

Joachim Latacz

# *Troya y Homero*

*Hacia la resolución de un enigma*



*Los sorprendentes hallazgos de las recientes excavaciones en el yacimiento de Troya son el punto de partida de esta investigación arqueológica, histórica y filológica sobre uno de los grandes misterios de la Antigüedad.*



Joachim Latacz |

Nacido en 1934, es uno de los más prestigiosos especialistas mundiales en Homero. Desde 1981 enseña filología griega en Basilea. Ha colaborado en las excavaciones que se llevan a cabo en la colina de Troya bajo la dirección de Manfred Korfmann y es coeditor de *Studia Troica*, la revista que publica las investigaciones sobre Troya. Ha escrito numerosos libros sobre literatura griega antigua.

Troya es uno de los mayores enigmas de la historia universal. ¿Existió la guerra de Troya tal y como la cuenta Homero en la *Ilíada*? ¿Qué hay de cierto y qué de mito en el caballo de Troya? E incluso, ¿hubo realmente un lugar llamado Troya? ¿Dónde estaba?

Toda nuestra información sobre el ascenso y la caída de Troya parte de la *Ilíada* de Homero, un libro escrito 450 años después de su desaparición, pero que es el más antiguo en el que se acreditan el nombre del lugar y los sucesos narrados, y de él parte toda la literatura posterior. Hasta hace poco, ni siquiera existía la certeza de que el emplazamiento excavado por el célebre arqueólogo alemán Schliemann fuera realmente el lugar en el que se levantaba la antigua Troya.

Pero todo ha cambiado en la última década. Las excavaciones, los nuevos descubrimientos y los esfuerzos de los expertos por descifrar lenguas antiguas indican que la ciudad de Troya estaba junto a los Dardanelos y que Homero no fantaseaba. En esta fascinante indagación detectivesca acerca del mito y la realidad de Troya, dirigida primordialmente a profanos en la materia, el especialista en Homero y profundo conocedor de Troya Joachim Latacz, nos guía hacia la resolución definitiva de uno de los grandes misterios de la Antigüedad.

Ilustración de cubierta | © Escena de la guerra de  
Troya pintada en una crátera griega del siglo VI a.C.  
Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

Joachim Latacz  
*Troya y Homero*  
*Hacia la resolución de un enigma*

Traducción de Eduardo Gil Bera



Título original: *Troia und Homer. Der Weg zur Lösung eines alten Rätsels*



© 2001 Joachim Latacz

© 2001 Koehler & Amelang, München Berlin

© Ediciones Destino, S.A., 2003

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

Primera edición: abril 2003

ISBN: 84-233-3487-2

Depósito legal: M. 12.385-2002

Impreso por Lavel Industria Gráfica, S.A.

Gran Canaria, 12. Humanes de Madrid

Impreso en España - Printed in Spain

## TOMAR EN SERIO A HOMERO

La *Iliada* va a cumplir veintinueve siglos. Durante casi todo ese tiempo, ha sido objeto de fascinación y controversia. Pocas generaciones después de Homero, los griegos discutían ya la veracidad de la acción narrada, no entendían todas sus alusiones y tampoco sabían situar gran parte de los lugares mencionados en el texto.

Desde los tiempos de Hecateo de Mileto y los pensadores que mostraron «ánimo investigador», en el siglo VI a. C., la realidad del relato homérico, la personalidad del autor, la naturaleza de su técnica poética, el trasfondo histórico de su narración, han sido materias debatidas. En un tema tan antiguo y recurrido, nadie esperaba novedades dignas de mención.

De Tróya y Homero, que aparecen unidos desde el principio de la tradición literaria de Occidente, no se sabía casi nada con certeza. Pero en la última década, el estado del conocimiento de uno de los enigmas más antiguos de la historia de la cultura ha sufrido un cambio revolucionario. Los descubrimientos son tan recientes y abarcan tantas disciplinas que algunos aún son ignorados en los círculos de los especialistas.

El escenario de la acción, Troya, ocupa desde siempre

un lugar excepcional en la leyenda, la literatura y la arqueología. Hoy, la ciudad de Troya ya no es un lugar fabuloso, ni un nido de piratas de localización problemática en la costa del Egeo. El descubrimiento de su barrio bajo ha permitido reconstruir su magnitud de gran ciudad anatólia residencial y comercial en la última Edad de Bronce. El hallazgo de documentación escrita en el verano de 1996, dentro del perímetro de su ciudadela, ha marcado un punto de inflexión definitivo en su valoración histórica.

La forma de investigar también ha cambiado. El humanista clásico, encastillado en su formación grecolatina y acercándose a Troya desde su eurocentrismo histórico, es una figura del pasado. En la investigación actual tienen su lugar otras disciplinas, desde la arqueozoología y la prospección magnética hasta la anatolística. Cada campaña arqueológica, cada mes, casi cada día, surgen nuevos indicios que dotan de una dimensión nueva al viejo enigma de Troya y Homero.

La dialectología y la asiriología han descubierto en el texto homérico construcciones métricas que son anteriores en ocho siglos a su puesta por escrito, es decir, versos acuñados hace más de tres mil seiscientos años. A mediados de los años 90, el descubrimiento en Tebas de nuevas tabletas de arcilla y su interpretación han revelado un fondo geográfico de una exactitud inimaginable en los topónimos del catálogo de naves de la *Ilíada*. Las grandes potencias mundiales del II milenio a. C., sus modos de vida, relaciones y ocaso repentino destellan con nitidez en los hexámetros del primer poeta de Occidente.

La *Ilíada*, el texto clásico por antonomasia, se leerá de otro modo en lo sucesivo. Ahora sabemos que es mucho más que el principio de la literatura occidental: es el punto culminante de un inmenso marco poético y narrativo anterior a la escritura, que se remonta a muchos siglos antes que Homero.

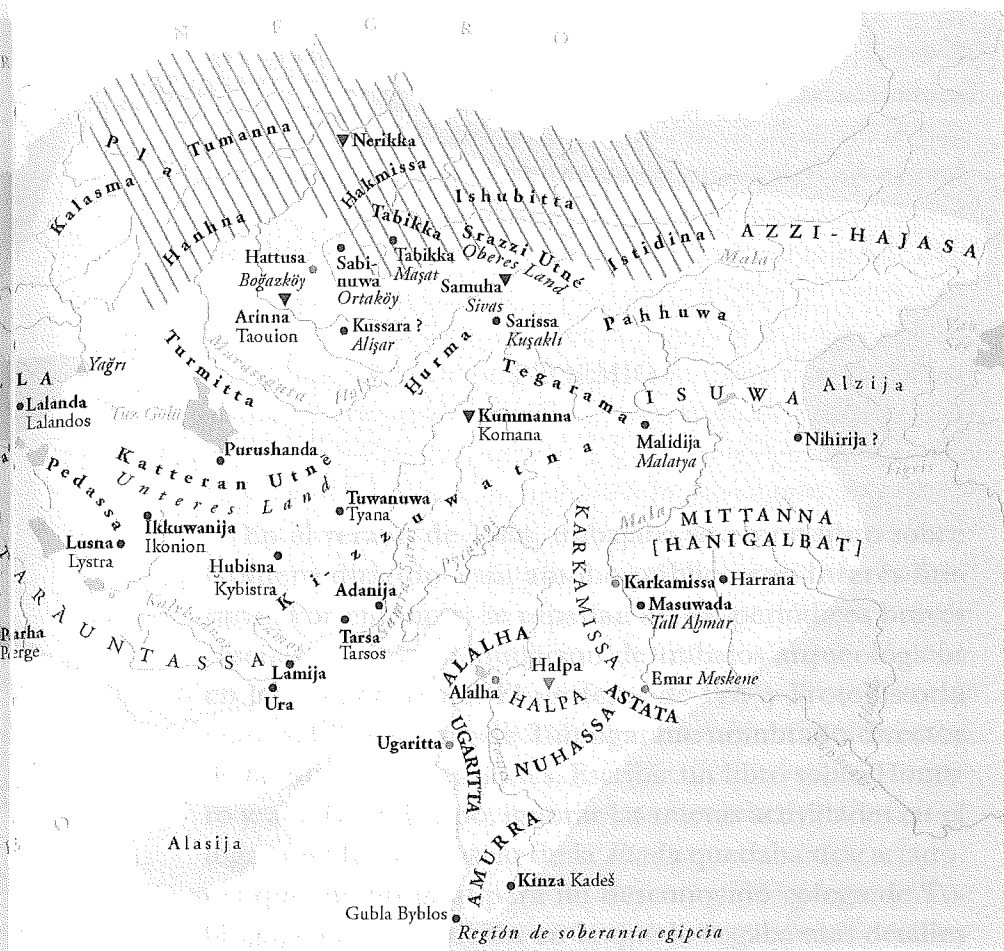
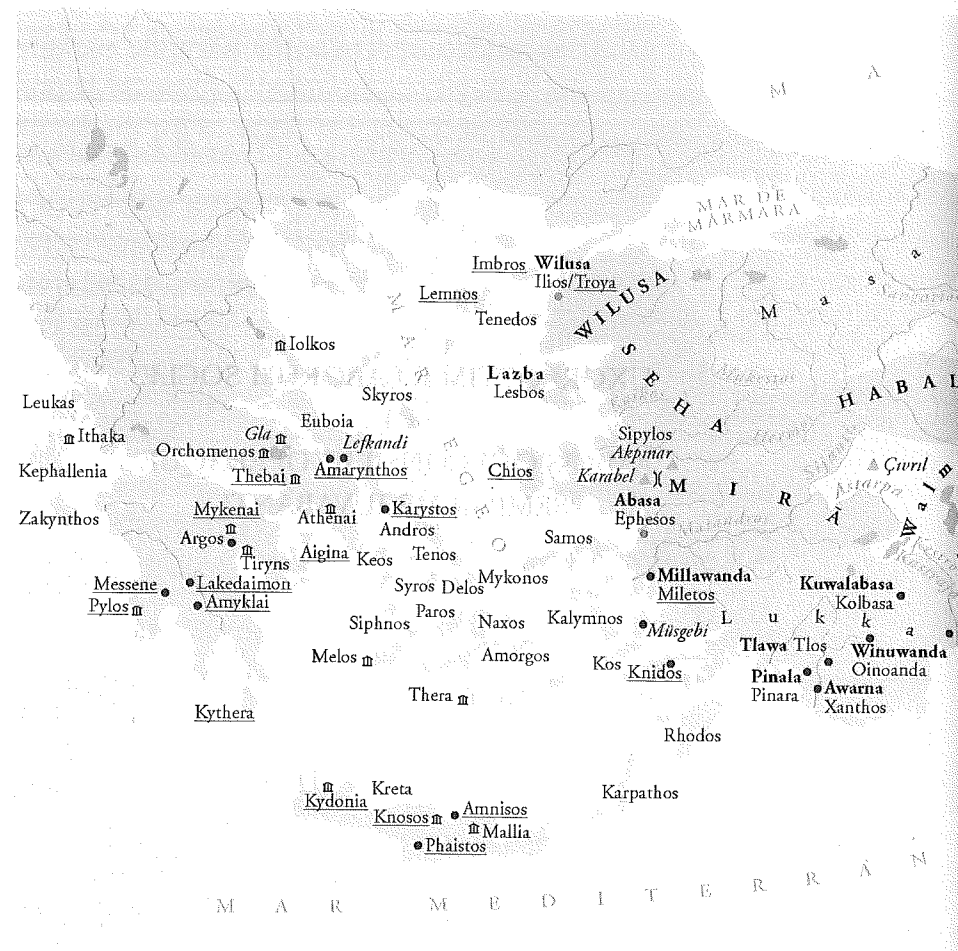
Los rasgos básicos del contenido de este libro están llamados a ser de obligado conocimiento, parte de eso que llamamos cultura general. Como dice el autor de la presente obra, ocuparse de Troya y la *Ilíada* es un medio de profundizar en nuestro propio origen.

Joachim Latacz, especialista en los textos homéricos y profundo conocedor de las muchas disciplinas que trabajan hoy en el esclarecimiento de la guerra y la historia de Troya, reconstruye para el lector no especializado las vías que desde muchas vertientes confluyen en la antiquísima intuición de que Homero debe ser tomado en serio.

Agradecemos al propio profesor Latacz que, para la presente traducción, nos haya facilitado las correcciones y actualizaciones que introduce en la cuarta edición alemana, aún sin publicar en el momento de redactar estas líneas.

EDUARDO GIL BERA

UXORI OPTIMÆ LABORUM SOCIÆ  
ET  
AMICIS QUI CONSILIO OPERAQUE  
SEMPER ME IUVABANT<sup>1</sup>



	Imperio hitita	Pl a	País interior
	Zona de intereses/influencia hitita	W I L U S A	País extranjero (estado miembro)
	Región de los estados aliados de Arzawa	H A L P A	Secundogenitura
	Región Kaskea	M a s a	Otros países
	Zona de cultura micénica. Territorio del país Ahijawa (¿inclusive Creta?)		

●	Capital	W a l m a	M a s a	K a r k a m i s s a	Nombre hitita, País, Población
●	Población			K a d e š	Otros nombres antiguos, Población
▼	Capital y lugar importante de culto			M y k e n a i	Nombre griego documentado en el 2º milenio a. C. (Transmisión Lineal B/egipcia)
▼	Lugar importante de culto				
■	Palacio micénico			M a l a	Nombre hitita, río
▲	Inscripción luvioglífica			K a i k o s	Otros nombres antiguos, río
⌘	Paso			O r t a k ö y	Nombre moderno
				K u s s a r a ?	Identificación insegura

Asia Menor, Egeo y Grecia en el siglo XIII a. C.

## PROEMIO

En el verano de 1984, trabajaba yo en un libro sobre Homero dirigido a un amplio público con interés literario. Por entonces, se repetían en los periódicos breves reseñas sobre la reanudación de trabajos arqueológicos en la zona de Troya. El profesor de Pre- y Protohistoria Manfred Korfmann, de Tubinga, fue nombrado director de las nuevas excavaciones. Escribir un libro sobre Homero y, al mismo tiempo, ignorar las nuevas actividades en el lugar que fue escenario de la *Ilíada* quedaba descartado. Así que me dirigí al para mí desconocido colega de Tubinga, con una petición en la que le rogaba más detalles sobre sus previsiones y objetivos de trabajo. Sin que apenas me diera cuenta, a la vez revelaba yo cierto escepticismo respecto al proyecto: en aquel momento daba por prácticamente excluido que, tras las excavaciones de Heinrich Schliemann, Wilhelm Dörpfeld y Carl Blegen, que se habían prolongado durante un espacio de tiempo total que rondaba los setenta años (1871-1939), en Troya y sus alrededores, la Tróade, pudieran hacerse descubrimientos que merecieran ese nombre. El receptor de la carta reaccionó de manera rauda y eficaz: no se perdió en explicaciones dilatadas, sino que me citó directamente



en la Tróade: yo mismo podía hacerme una rápida idea. Eso me impresionó. Hice mi reserva en un vuelo chárter a Izmir, alquilé allí un Ford desvencijado con el acelerador deformado y, catorce días después de aquel breve intercambio epistolar, fui a parar, una sofocante tarde de verano, a la plaza del pueblo de Yenikoj. Los viejos del lugar, con sus trajes negros, en los porches ante el ayuntamiento —bebiendo té, fumando y dando vueltas entre los dedos a sus sartas de cuentas—, intentaban ocultar en lo posible su curiosidad. A mi pregunta, en inglés y alemán, por el «profesor Korfmann» sólo siguieron cortesés inclinaciones de cabeza. Más fortuna tuvo la repentina inspiración de preguntar, al socaire de una reminiscencia de Karl May, por «Osman Bey»: <sup>2</sup> una fluida locuacidad, acompañada de expresiva gesticulación, me remitió a un sencillo edificio de dos plantas al otro lado de la plaza del pueblo: sin duda, la escuela. Cuando bajé allí del Ford, vino a mi encuentro un hombre con aspecto de deportista, rubio, ancho de espaldas y con brillantes ojos azules. Aventure un resuelto: «Usted ha de ser el profesor Korfmann». «Y usted el profesor Latacz.» Así comenzó una relación que había de convertirse en amistad y dura hasta hoy.

Aceptado amistosamente por el equipo de excavación, participé durante tres días en los trabajos en el Besik-Tepe, una colina al borde del Helesponto (los Dardanelos). Vivía en compañía de Korfmann, en una pequeña casa de labradores alquilada, con paredes encaladas y los más sencillos muebles de madera; todas las tardes iba con él, llevando cada uno un cubo, al pozo del pueblo, a sacar el agua para la merecida «ducha» (una recíproca mojadura), usaba la tosca letrina del patio trasero, me levantaba puntualmente a las cuatro de la mañana del duro lecho y me sentaba junto a los hombres y mujeres del equipo de excavación y la cuadrilla de trabajadores turcos, en el remolque del tractor que nos llevaba, en la oscuridad de la

madrugada, a campo traviesa, hasta el Besik-Tepe. Al cabo de dos días de observar y escuchar en el lugar y, por la tarde, en la casa del equipo de la excavación, asimilé lo suficiente como para no sentirme perplejo por ser repentinamente encargado de conducir a un grupo de visitantes alemanes por la zona de investigación.

Uno de los días de mi visita, fue un domingo, jornada de descanso para todo el equipo. Korfmann me invitó, junto a los colaboradores más cercanos, a un viaje en jeep a Truva (Troya). Una vez que todo fue mostrado y explicado, y cuando estábamos en el punto más elevado de la ciudadela, con la enorme extensión de ruinas a los pies, las aguas plateadas del Helesponto en la lejanía, la elevada región montañosa del Ida a nuestras espaldas, y tres mil años de historia local y universal sobre nuestras cabezas, se me escapó, como por su cuenta, la frase: «¡Aquí debía usted excavar, señor Korfmann, aquí!». Lo que siguió fue un largo silencio. Luego, un viaje a la región del Ida, a una fiesta popular llena de color, en el bosque, al pie del salto de un arroyo de montaña, con almuerzo campestre, elección de la chica más guapa de la comarca, bailes y cantos. Durante el regreso, narré de una tirada toda la historia de Troya, desde el juicio de Paris hasta la vuelta a casa de Odiseo. Jamás he tenido un público que escuchase con mayor atención.

Cuando me despedí, para reconocer la costa hacia abajo, hasta Éfeso, Mileto y Didima, todos sabíamos que algo había comenzado allí. Desde entonces, Troya no me ha abandonado jamás. Como resultado, aparece este libro. Espero que pueda convencer a muchos de que ocuparse de Troya y Homero es más que un divertimento intelectual que se presenta como ciencia. Es un medio de profundizar en nuestro propio origen.

No es posible mencionar a todos aquellos que han colaborado en la realización de este libro. Nadie de ellos ni ellas está olvidado. Es lo que querría decir, de manera lapidaria, la dedicatoria. No obstante, algunos de los partícipes deben ser destacados.

Esta empresa ni siquiera hubiera empezado sin el perseverante y firme arte de persuasión editorial de Michael Siebler. Las primeras frases obtuvieron aprobación merced a Manfred y Katja Korfmann, quienes leyeron las páginas del manuscrito que llegaban casi a diario, por fax, a Troya, y puntualizaron algunos extremos. En las especialmente importantes cuestiones de hititología,<sup>3</sup> Frank Starke fue para mí un fiel colaborador desinteresado; Günter Neumann me advirtió de algunas imprecisiones. En el campo de la arqueología clásica, he de agradecer sobre todo a Wolf-Dietrich Niemier, quien me proveyó, tanto ante las ruinas de Mileto, como en casa, por teléfono, con la más reciente literatura y provechosas conversaciones. Louis Godart me mantuvo continuamente informado por correo electrónico sobre los avances investigadores en la interpretación de las tabletas de Tebas de la nueva Lineal B;<sup>4</sup> a él y a quienes actuaron como mediadores, Rolf Stucky y Franco Montanari, les debo especial gratitud. El dominio de la ingente cantidad de literatura secundaria hubiera sido imposible sin la siempre solícita y reflexiva actividad de mi ayudante científico Andreas Külling; su asiduidad fue para mí alegría y estímulo al mismo tiempo. Redactar el manuscrito, no sólo formalmente, sino mejorándolo en no pocos pasajes mediante advertencias útiles, también desde el punto de vista del lector, fue la insistencia comprometida de la asesora del libro en su edición alemana, la señora Julia Hoffmann; reciba mi cordial gratitud.

Basilea, febrero de 2001

JOACHIM LATACZ

## INTRODUCCIÓN

El tema Troya ha sido aprovechado cada vez con más frecuencia en los últimos años por los medios de comunicación: periódicos, revistas, radios, televisiones, cine. La fascinación que aún emana de ese nombre y de todo lo relacionado con él (la guerra de Troya, el caballo de Troya) se debe a muchas razones. Una de ellas es, seguramente, la circunstancia de que Troya, para muchas personas, va unida a la arqueología, a la aventura del viaje al pasado, a la búsqueda de tesoros misteriosos que oculta la tierra, en una palabra, al redescubrimiento de lo desaparecido. Una segunda razón puede consistir en que Troya significa el inicio de la moderna ciencia de la excavación y que ese inicio está inseparablemente unido al nombre del comerciante y arqueólogo alemán Heinrich Schliemann, en torno al que se tejen algunos mitos. El «Tesoro de Príamo», que Schliemann sacó a la luz y trasladó a Berlín en 1873, y que reapareció hace pocos años en el Museo Pusckin de Moscú, es uno de ellos. En 1994, Michael Siebler describió con gran tensión dramática esa historia increíble en un número especial de la revista *Antike Welt* («Otra Odisea: del búnker Flak al Museo Pusckin»). Una tercera razón lleva consigo un cierto sentimien-

to de desagravio; tras una larga pausa de cincuenta años, desde 1988 vuelve a trabajarse con intensidad, bajo dirección alemana, en Troya y su problema, y ese trabajo, con sus, al menos en parte, sensacionales descubrimientos, hace de nuevo patente la relevancia del mérito de Schliemann.

Detrás de todas estas razones, aún yace algo diferente y más profundo: Troya es una de las grandes y ricas culturas de la humanidad que ponen ejemplarmente de manifiesto la ley histórica de ascenso y caída en procesos cerrados: Sumer, Babilonia, el imperio de Minos en Creta, el imperio de los hititas en Asia Menor, la primera cultura avanzada de los griegos en Micénicas-Tirinto-Pilos, el imperio asirio, el imperio de Alejandro Magno, el imperio romano y muchos otros sistemas de poder, últimamente el imperio soviético del siglo xx. Entre todas estas formas de poder y cultura, Troya ocupa un lugar peculiar: sabemos especialmente poco sobre el ascenso y declive de ese centro en los Dardanelos que permaneció vivo durante dos mil años. ¿Realmente fue destruido y entregado a las llamas en la «guerra de Troya»? Y el medio de hacerlo, ¿de verdad fue, tras un sitio infructuoso de una década por los griegos, el caballo de Troya, aquella genial creación del prototipo de todos los ingenieros e inventores, Odiseo? ¿Y qué tiene que ver con todo ello Homero, el poeta griego, quien habla del acontecimiento en su *Iliada*, siglos después de la caída de Troya y parece saber tanto sobre esa opulenta ciudad? Son, sobre todo, esas preguntas las que evocan una y otra vez renovado interés, así como despiertan en el hombre su hondamente arraigada pasión por la solución de los enigmas.

La ciencia, que no es sino esa misma pasión sistematizada, ha conseguido ahora, en los últimos diez o quince años, asombrosos éxitos en torno a Troya y su problema.

El objetivo de este libro es informar a aquellos que no pueden participar por sí mismos en la aventura científica. Como círculo de receptores, se ha pensado en un amplio público —lo cual no excluye que acaso también colegas expertos de las numerosas disciplinas de la ciencia de la Antigüedad, estudiantes y profesores puedan obtener provecho—. Pero, como no son los especialistas, sino expresamente los no especialistas, quienes han de figurar en el punto central, se ha procurado evitar en lo posible la jerga lingüística, ofrecer la mayor cantidad posible de aclaraciones adicionales, que el experto no necesita pero ha de tolerar con agrado, así como traducir siempre los textos citados de lengua extranjera y, en suma, expresarse tan claro como sea posible. Eso, cuando se ha trabajado con esta materia durante décadas, resulta a veces difícil, y, por lo mismo, puede que no se haya logrado en todos sus extremos. Pero es de esperar que el esfuerzo sea evidente.

Vaya por delante que aquí no se van a tratar la totalidad de los problemas que están relacionados con el «caso Troya». Eso significaría la acumulación de tal cantidad de materiales que se perdería todo hilo argumental. Aquí, más que nada, se va a encarar un problema en especial. Sin embargo, ese problema en especial representa el núcleo de toda la cuestión de Troya. Quien se ha familiarizado con ese núcleo comprenderá mucho más fácilmente todo el resto de interrogantes que se reúnen en torno a Troya.

La pregunta que constituye el núcleo de esta investigación se puede dividir en cuatro partes: 1) ¿Es la colina de los Dardanelos, donde se excava desde hace ciento treinta años, realmente la misma de aquella «Troya» que Homero presenta como lugar de la acción en su epopeya, bajo el título *Ilíada*? 2) Si es así, ¿qué aspecto tenía la Troya histórica, cuando aún existía y no había sido en-

tregada a las llamas? 3) ¿Cómo pudo llegar el conocimiento de esa Troya histórica y su caída, a través de cuatrocientos cincuenta años, hasta el poeta griego Homero? 4) Si eso fue posible y si el peregrinaje de ese conocimiento se puede reconstruir, ¿hasta qué punto podemos utilizar el poema de Homero, la *Iliada*, como fuente de información sobre la Troya histórica?

Esas cuatro preguntas proceden del interrogante sobre la relación entre Troya y Homero. Por eso mismo, *Troya y Homero* es el título de este libro. Eso no significa que todos los problemas relacionados con Troya y Homero encuentren aquí su solución. Lo que quiere indicar es que aquí se va a crear la condición previa para que esas preguntas pisen suelo firme. Porque ninguna cuestión relacionada con Troya y Homero se resolverá con éxito satisfactorio, si antes no queda claro cómo se presenta la relación entre Troya y Homero. La única fuente original que informa sobre la guerra y el caballo de Troya —y de muchas más cosas que vincula consigo— sigue siendo, antes como ahora, Homero. Todas las demás menciones son tardías y se basan en él.

Pero, antes de comenzar a proceder con las cuestiones planteadas, hay que procurarse o, mejor dicho, tener presentes unas informaciones básicas. Vienen a continuación, de la forma más resumida posible. Tal vez, para algunos sea demasiado resumida, pero el lector que quiera saber más y con mayor exactitud sobre los puntos que siguen debe dirigirse a la bibliografía, al final del volumen. Una secreta esperanza de quien escribe apunta a que la lectura de lo aquí expuesto abra el apetito a quien lee y lo implique en la gran aventura de la investigación sobre Troya. Pero quien se entusiasme deberá continuar el camino por sí mismo.



«Troya», también llamada «Ilios»,<sup>5</sup> es el escenario de un poema que el poeta griego *Hómeros* —que nosotros llamamos Homero— compuso hacia el 700 a. C., en lengua griega antigua. El poema es una larga epopeya, es decir, una gran narración que tiene nada menos que unos dieciséis mil versos; cada uno de ellos es un hexámetro (en griego: seis medidas), eso quiere decir: un verso largo que contiene seis pies (más adelante trataremos de la estructura del verso en detalle). La epopeya tiene lugar en una «remota antigüedad», es decir, que el narrador deja claro desde el inicio y de manera insistente: «Lo que aquí os cuento pasó hace mucho tiempo». El título de esta epopeya es «Ilias»; que, de hecho, es la forma femenina de un adjetivo que significa «lo perteneciente a Ilios» y, en origen, sobreentendía automáticamente, para el griego que escuchaba ese adjetivo, un sustantivo como *póiesis* = «poesía, poema», de manera que con «Ilias» comprendía: «el poema referido a [la ciudad de] Ilios». Ese título no procede del propio poeta, sino que le fue dado más tarde al poema que, en origen, no tenía título alguno; así podía distinguirse de otros del mismo género, por ejemplo, de la *Odysseia*, la *Odisea*, que también se atribuye a Homero (más de doce mil hexámetros), pero que no tiene lugar en Ilios, sino en muchos parajes del Mediterráneo y que, por eso, no podía denominarse por el escenario, sino mejor por el protagonista, Odiseo. La epopeya *Iliada*, como su hermana *Odisea*, ha sido copiada una y otra vez a lo largo de los siglos, primero entre los propios griegos, luego entre los romanos —cuya clase culta leía y hablaba griego, como primera lengua extranjera—, luego en el imperio de Bizancio (hoy, Estambul) y en los monasterios cristianos. Por fin, cuando alrededor de 1450 se inventó la imprenta en Europa, se transfirió a la forma de libro.

La epopeya *Iliada* es el más antiguo monumento literario de Europa. Eso se basa en que pocas décadas antes

de su redacción (alrededor del 800 a. C.) los griegos crearon el alfabeto que hoy, en su forma latinizada, seguimos empleando. Antes, a lo largo de siglos, los griegos no pudieron escribir nada, porque no poseían ninguna escritura.

Troya/Ilios, el escenario de la acción de Homero, fue equiparado por sus contemporáneos, pero también por todas las generaciones posteriores en Grecia y Roma, hasta el siglo VI d. C., con una fortaleza arruinada que se encontraba en la región de la Tróade, es decir, en la parte de Asia Menor de la actual Turquía, muy cerca del estrecho entre el Mediterráneo y el mar Negro, que llamamos *Dardanelos*, (por Dardanos, el patriarca troyano que figura en la *Iliada*); los griegos lo llaman *Helles-pont* = «mar de Helle», una figura mítica griega.<sup>6</sup> Toda esa región de la Tróade estuvo bajo dominio griego desde el 800 a. C. La propia fortaleza arruinada, sin embargo, permaneció en desuso y esencialmente intacta, según sabemos hoy; probablemente, hubo bajo su jurisdicción sólo un santuario al que se acudía en festividades divinas y se sacrificaban víctimas. Homero, al que los griegos consideraron siempre su poeta nacional, cantó en la *Iliada*, en la que los niños griegos aprendían a leer, una gran victoria de los griegos europeos unidos contra la Troya asiática. En consecuencia, Troya comenzó a ser venerada como una especie de triunfo y lugar de peregrinaje nacional. Alejandro Magno, en su ruta hacia Asia en el año 334 a. C., hizo patente su reverencia por el lugar. Debió de ser una señal porque, hacia el 300 a. C., reconstruyeron los griegos en toda la región de la colina —la cima y las lomas descendentes— una nueva ciudad moderna, la urbe helenizada conocida como «Ilion». Se erigieron nuevos y grandes templos que, con frecuencia, se asentaban sobre restos de muralla de diversa antigüedad y, por ello, se explanó toda la meseta superior. Cuan-

do, más tarde, Grecia y Asia Menor quedaron bajo dominio romano, se llevó a cabo, a partir de la época de Cayo Julio César (siglo I a. C.), bajo los *Caesares* (pronunciado *Kaisares*, de ahí el alemán «Kaiser») otra reconstrucción: nació la romana «Ilium». Las nuevas ciudades de Ilion e Ilium fueron visitadas y veneradas respectivamente por griegos y romanos como lugares históricos.

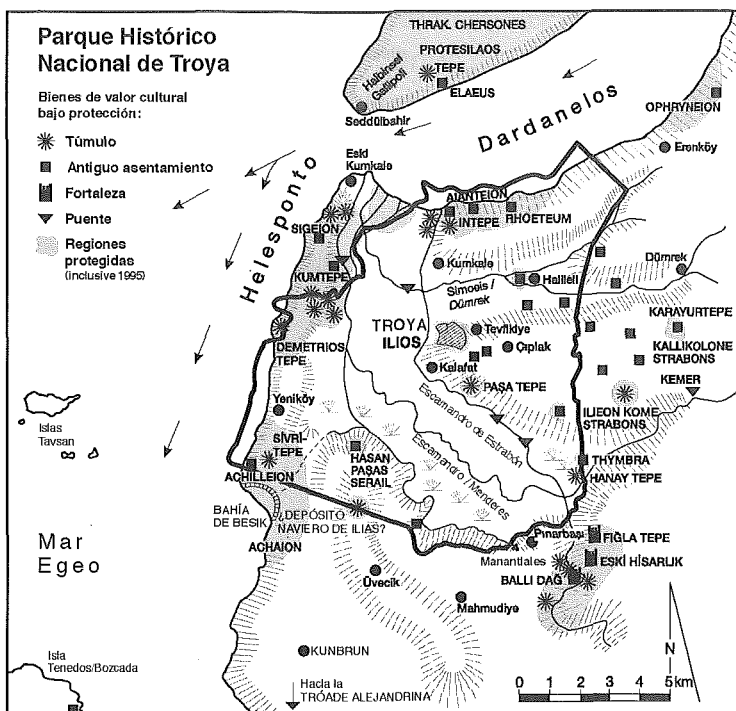
En el siglo VI d. C., el paraje quedó despoblado. Las edificaciones griegas y romanas se derruyeron en el curso de los siglos siguientes y fueron quedando enterradas. La comarca se convirtió en monte, dehesa, labrantío y desierto. Eran visibles restos de construcciones acá y acullá, pero los habitantes de los alrededores no sabían si eran modernos o antiguos. Cuando toda la región quedó bajo el dominio turco (en 1453 fue la toma de Constantinopla), la colina, sobre la que estuvieron en otro tiempo la fortaleza y las mencionadas ciudades, recibió el nombre turco de Hisarlik como consecuencia de los todavía evidentes restos.<sup>7</sup>

En su aspecto, la colina era semejante a muchas otras de la comarca. La exacta situación topográfica de Ilion/Ilium y, con ella, la de Troya/Ilios cayó en el olvido. Pero como la *Iliada* de Homero continuaba siendo leída —con especial interés en la Europa de los siglos XVIII y XIX, sobre todo, en los colegios de formación humanista de aquella época—, se intentó determinar de nuevo el emplazamiento. Los viajeros hacían una y otra vez diversas propuestas de localización (entre ellas, también estuvo Hisarlik), pero como no se excavaba, tampoco se imponía ninguna de esas propuestas.

Troya fue redescubierta y excavada por dos hombres: el cónsul británico y americano, así como arqueólogo aficionado, Frank Calvert, afincado desde tiempo atrás en los Dardanelos, estaba persuadido de que Troya e Hi-

sarlik debían de ser idénticas, así que comenzó en 1863 a excavar en la colina. Sin embargo, como carecía de los necesarios medios financieros para una excavación realmente eficiente, no pasó de ser una modesta tentativa. Entonces entró en escena Heinrich Schliemann. Aquel hijo de pastor protestante (nacido en Neubukow, en 1822, y fallecido en Nápoles en 1890) había acumulado, como comerciante en San Petersburgo, sobre todo durante la guerra de Crimea, en 1853-1856, una enorme fortuna. Desde 1864, se había en gran medida retirado de la vida de hombre de negocios y dedicado, privadamente, a diversos estudios: idiomas, literatura, arqueología (en la Sorbona de París), además de innumerables viajes. Tras las correspondientes indicaciones de Frank Calvert, comenzó en abril de 1870, guiado por la *Ilíada* de Homero, con las excavaciones en Hisarlik que continuó, a gran escala, de 1871 a 1873, en 1878/79 y en 1890, junto al médico, antropólogo y arqueólogo berlinés Rudolf Virchow, y el arquitecto e investigador de construcciones Wilhelm Dörpfeld. Sus hallazgos —entre ellos el llamado Tesoro de Príamo, que estuvo en Berlín y hoy se muestra, en gran parte, en Moscú y San Petersburgo— y descubrimientos (no sólo en Troya, sino también en Grecia: Micénicas, Tirinto, Orcomeno) lo hicieron mundialmente famoso.<sup>8</sup>

La colina Hisarlik (150 × 200 m, con una elevación actual de unos 37 m, estribación de una meseta de piedra caliza, a 6 km al oeste de la costa del mar Egeo y 4,5 km al sur de los Dardanelos; figuras 1-2), según sabemos hoy en base a las excavaciones, ya en la época prehistórica, aproximadamente desde el 3000 hasta el 1000 a. C., estuvo poblada y fortificada de manera ininterrumpida. Como para la construcción se empleaban ladrillos de adobe secados al aire libre, cuya duración es limitada, se hacía necesario renovar la mayor parte de la población

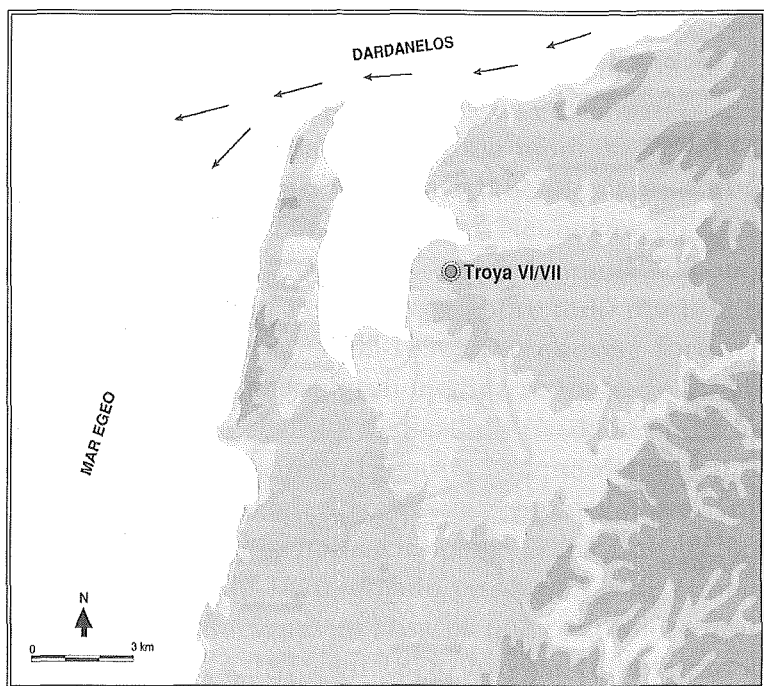


Troya y su entorno en la actualidad. La línea negra delimita el Parque Nacional.

**Figura 1:** Troya y su entorno en la actualidad. La línea negra delimita el Parque Nacional.

de tiempo en tiempo, cada cuarenta o cincuenta años de media. Entonces, se explanaban las antiguas edificaciones, de manera que las nuevas quedaban a un nivel más alto que sus precededoras (la llamada elevación de vivienda). Así se originó, sobre el fondo rocoso de la colina, una segunda elevación artificial de unos 16 m de altura. Si se hacen en esa tierra cortes verticales de arriba abajo (zanjas), se pueden reconocer en las paredes laterales de la zanja (perfiles) un total de 41 fases de construcción.

Además de la renovación vertical de la población, cada cierto tiempo tenía lugar una expansión horizontal, hacia afuera, de la totalidad del espacio habitado sobre



**Figura 2:** Troya y su entorno en el siglo II a. C.

la superficie de la colina. Cada una de esas poblaciones recrecidas era fortificada, es decir, nuevamente amurallada. Los correspondientes restos de muralla se pueden distinguir entre ellos, en base a diferentes modos de construcción, técnicas de amurallamiento y otros criterios. Desde Schliemann y Dörpfeld, se enumeraron de abajo (la más antigua ciudadela) hacia arriba (la más reciente).

De entrada, Schliemann creyó haber descubierto cinco de tales fortificaciones en época prehistórica, las cuales denominó de la manera siguiente (fig. 3):

- (I) 1. Población (16-10 m bajo la superficie de la colina).
- (II) 2. Población «ciudad quemada» (10-7 m).
- (III) 3. Población (7-4 m).

(IV) 4. Población «ciudad de madera» (4-2 m).

(V) «Pueblo extranjero» (2 m).

Sobre estas cinco poblaciones prehistóricas, estableció aún otras dos históricas:

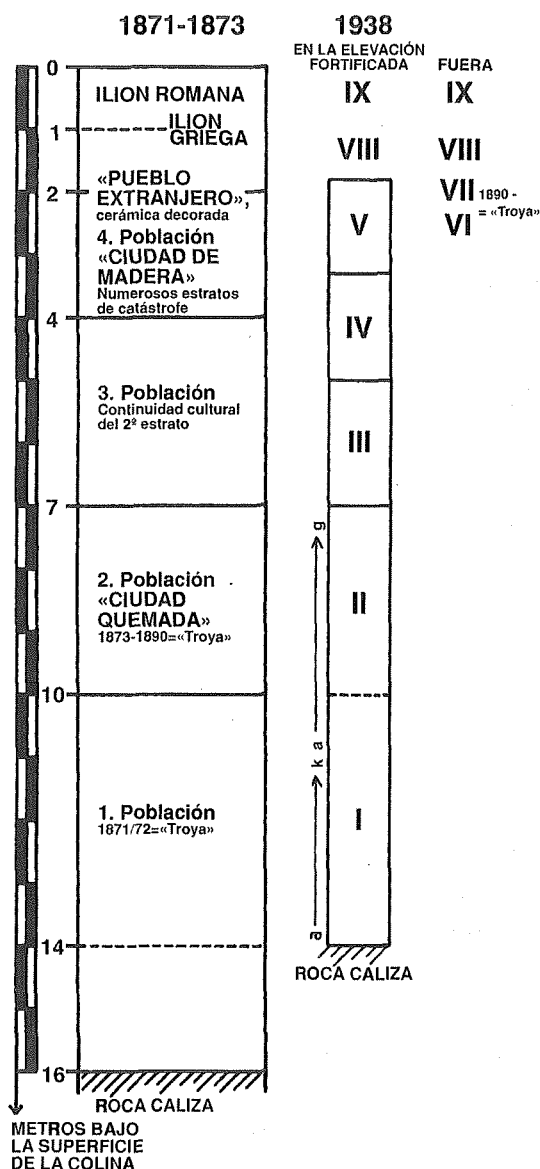
(VI) Ilion griega (1 m).

(VII) Ilion romana (1-0 m).

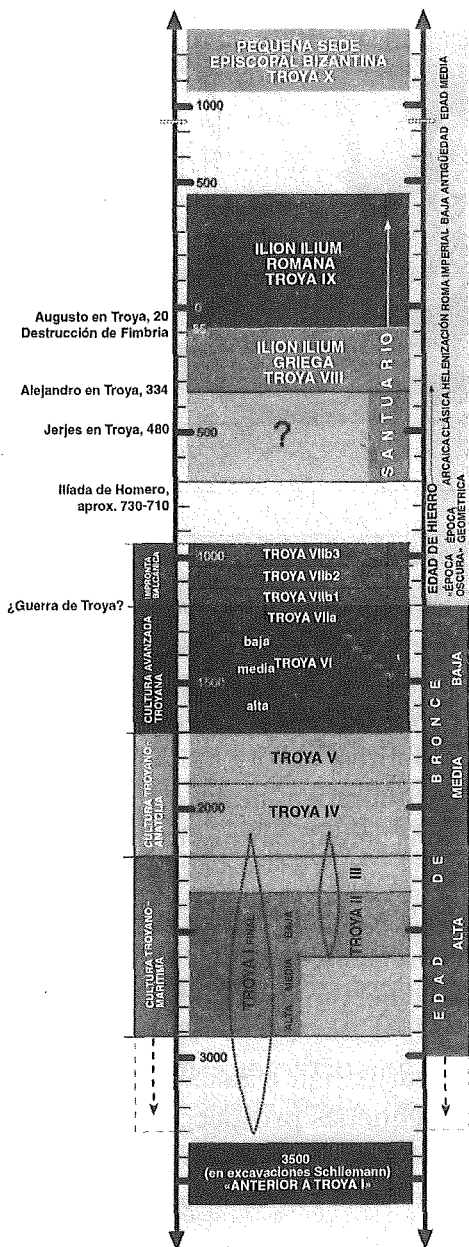
Esta división, como muestra la figura 3, se mantuvo incluso con las discrepancias de la excavación americana de 1932-1938. Entretanto, la terminología «1. Población» (y sucesivas) se sustituyó, bajo el influjo de Dörpfeld, en 1882, por la nueva de «Troya I», «Troya II» (y sucesivas) hasta «Troya IX».

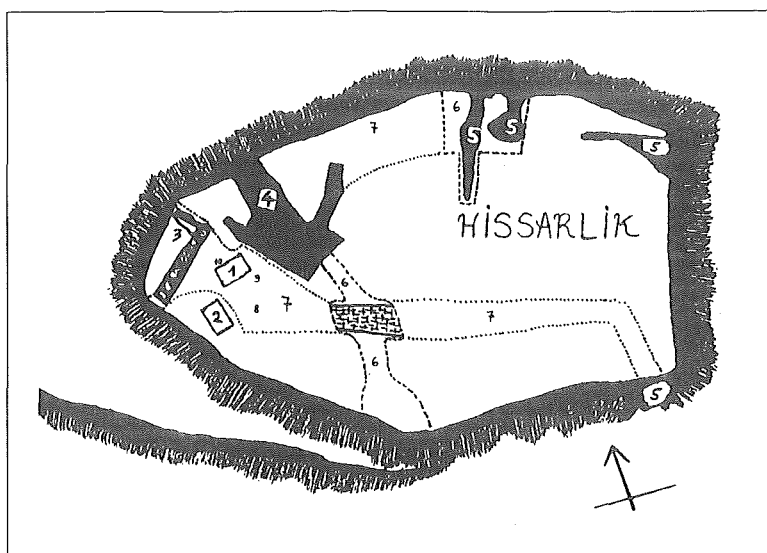
Aquella fortaleza que Schliemann creyó el escenario de la *Ilíada* hasta poco antes de morir<sup>9</sup> se reveló, tras la muerte de Schliemann, como Troya II en la nueva terminología, o sea, como una fase de fortificación que había durado desde 2600 hasta 2300 a. C. En aquel tiempo, los griegos ni siquiera habían emigrado al sur de la península balcánica, de modo que era imposible que hubieran atacado Troya desde sus fortalezas en Grecia, tal y como se narra en la *Ilíada*. Una época que pudiera ser tenida en consideración para un ataque semejante sería, antes que ninguna, la época dorada de la primera cultura griega avanzada, la generalmente llamada cultura micénica, por su capital Micenas: aproximadamente entre 1250 y 1150 a. C. Ese espacio de tiempo corresponde en Troya, como muestra la figura 3b, a la fase final de Troya VI (cuyas murallas no descubrió Dörpfeld hasta 1893/94) y a la inicial de Troya VII. Esa fase de la vida de Troya es denominada, por eso, «ciudad homérica» de manera generalizada. Por abreviar, se acepta aquí esa denominación, aunque sea sabido que se trata de pura convención y no de una afirmación histórica. Si los micénicos, es decir, los griegos de la época micénica, atacaron realmente Troya, incluso en una acción aislada y temporalmente reducida,





**Figura 3a/b:** Sucesión de los estratos de población en la colina Hisarlik. A la izquierda, conocimientos de Schliemann /Dörpfeld (1871-1890) y de Blegen (1938); a la derecha, conocimientos actuales (Excavación Korfmann 2000).





**Figura 4:** Las primeras excavaciones en la colina Hisarlik (Schliemann). Dibujo de Adolphe Laurent.

o sea, si la «Guerra de Troya» entre griegos y troyanos, de la que Homero en su *Iliada* parte como de algo sobreentendido, fue en definitiva histórica o una invención griega, incluso tal vez homérica, aún no ha sido completamente aclarado en la actualidad y es lo que aquí ha de ser explicado con más detalle.

En consecuencia, ese espacio temporal de la «ciudad homérica» —junto con la, en su caso, conjeturable «Guerra de Troya»— figura en el punto de mira del presente libro.

En la colina Hisarlik han trabajado hasta hoy —si se prescinde de las pequeñas prospecciones de Frank Calvert a partir de 1863 (fig. 4)— cuatro directores de excavación que dan nombre a sus equipos:

La excavación Korfmann es, hasta hoy, la más dilatada investigación en Troya. Está financiada por fondos públicos y privados. Tiene lugar todos los años, en verano, du-

[Frank Calvert	1863-1869]
Heinrich Schliemann	1870 1871 1872 1873 1878 1879
Heinrich Schliemann (+Wilhelm Dörpfeld)	1882 1890
Wilhelm Dörpfeld	1893 1894
Carl Blegen (Cincinnati)	1932-1938
Manfred Korfmann	1988-2000

rante unos tres meses por campaña. En cada una de ellas, participan entre cincuenta y noventa científicos, técnicos y estudiantes de diversas nacionalidades y de las más variadas disciplinas relativas a la Historia Antigua (incluyendo ciencias naturales y técnica de ordenador). Los hallazgos permanecen en Troya o en Çanakkale, los resultados de la excavación se valoran y estudian, durante el resto del año, en la unidad de trabajo «Proyecto Troya», en la Universidad de Tubinga. Lo más importante se publica anualmente en la revista especializada *Studia Troica* de la que, hasta ahora, han aparecido diez números (1991-2000).

PRIMERA PARTE

TROYA

## LA ANTIGUA SITUACIÓN DE LAS FUENTES: NADA AUTÉNTICO

Troya vivió, como fortificación, ciudad y centro comercial —esto ha quedado patente a partir de 1988, merced a la nueva excavación dirigida por el arqueólogo especialista en proto- y prehistoria Manfred Korfmann— alrededor de dos mil años: desde el 3000 hasta el 1000 a. C. Eso viene a ser cuatro veces más tiempo que toda la «Edad Moderna» (invención de la imprenta hacia 1450, descubrimiento de América en 1492). Pese a esa dilatada longevidad, el mundo no hubiera sabido apenas nada de Troya, tras su destrucción alrededor del 1200 a. C. —y nada en absoluto de la «Guerra de Troya», que todavía hoy sigue siendo vivamente debatida entre los científicos—, si un griego, y sólo uno, que vivió unos cuatrocientos cincuenta años después de la caída de la ciudad fortificada y muy lejos de tal escenario, no hubiera compuesto un poema con una dramática historia que tenía como fondo este preciso lugar. Hablamos de Homero y su *Ilíada*.

El estado de las cosas parece difícilmente comprensible: durante toda la duración de su existencia, el emplazamiento estuvo rodeado, según sabemos, por escritura

en diversas lenguas y sistemas (caracteres cuneiformes, hieroglifos), y puede excluirse que precisamente sólo en ese lugar de Troya no se escribiera<sup>10</sup> —sin embargo, hasta hoy, no ha aparecido un solo signo escrito que proceda incontestablemente de Troya—. De manera que la propia Troya permanece muda, ni una sola vez hace saber su nombre. Por supuesto, eso no ha de quedar así. Conocemos muchos lugares del mundo antiguo que tardaron en revelar su posesión de la escritura, en Oriente, Egipto, Grecia, Creta... Es, pues, bien posible que escuchemos un día a la misma Troya hablarnos en su propia lengua. Pero hasta hace poco, una sola voz hacía saber con detalle del poder y el declive de Troya: era griega y procedía de boca poética. No es extraño que, hasta la época más reciente, una sola disciplina científica se haya ocupado de Troya: la Historia de la Antigüedad Clásica (con su apartado de arqueología clásica) cuya materia es la historia y cultura de los griegos y romanos. Es fácil ver qué poco equitativo resultaba: vendría a ser como si, por ejemplo, Moscú estuviera reducido a ruinas desde mucho tiempo atrás y nouviésemos noticia de una sola palabra en ruso sobre la insigne historia de Moscú, pero tampoco en otra lengua que recordara a un texto histórico; y que, en lugar de tales documentos, poseyéramos sólo una novela francesa sobre la campaña rusa de Napoleón —y que supiésemos sólo por ese libro de la existencia de un Napoleón y de la Francia de aquellos años—. El resultado sería, primero, que Moscú sería para nosotros, antes que nada, un sitio novelesco, es decir, muy «romántico» —y Napoleón, un personaje de novela—, y, segundo, que únicamente la novelística, con una «arqueología novelística», se sentiría competente en la ruina de que se trata en la novela de Moscú. La imagen de Moscú, así como la de Francia, que resultara de semejante limitación a una sola fuente sería nebulosa y escasamente debería tomarse muy

en consideración. Lógicamente, aparecerían investigadores que declararían aquella novela puro producto de la fantasía y aseverarían que jamás existió en realidad Napoleón alguno y el Moscú de la novela no era identificable con las ruinas rusas.

La extrema parcialidad del estado de la fuente escrita —ninguna del propio país troyano, sólo una fuente del exterior; y ésta no recordaba, ni de lejos, a un corpus de inscripciones ni a una crónica, nada de historia, o sea, investigación, sistema; sólo un poema, y nada más que uno, que no nació hasta unos cuatrocientos cincuenta años después de la caída del emplazamiento y que además es algo diverso a una descripción de lugar con sus personas y guerras— tuvo su final en el año 1996. Pero, antes de proseguir, paso a paso, con el relato de cómo sucedió, es preciso tener presente con claridad el problema que así encontró su solución.



EL PROBLEMA BÁSICO:  
¿HISARLIK SE LLAMÓ REALMENTE,  
ALGUNA VEZ, TROYA/ILIOS?

Hasta 1996 se sucedieron veinticinco campañas de excavación, en cinco ciclos y bajo cuatro directores, en la colina turca de Hisarlik, en los Dardanelos. A lo largo de esas campañas de excavación se fue despejando cada vez más la historia de la población de la ciudadela sobre la colina y, por último —a partir de 1988 y, en especial, desde 1993—, también la de los barrios bajos situados delante, como veremos enseguida. Pero ninguno de los arqueólogos sabía cómo se llamó, en su tiempo, la población que sacaba a la luz. Todos sabían o creían saber que el lugar donde excavaban era idéntico al que un poeta griego del siglo VIII a. C. denominaba Troya o Ilios en su poema. Aceptaban esa denominación, lo mismo que todo el mundo antes que ellos, desde que existió la *Ilíada*. No obstante, nadie sabía cómo es que Homero dio en llamar Troya o Ilios a tan impresionante paraje ruinoso en la esquina noroccidental de Asia Menor. Es más, la ignorancia alcanzaba una hondura aún mayor: ¿es que hubo jamás una Troya o una Ilios? ¿No pudo Homero, poeta, al fin y al cabo, haber inventado

los nombres? ¿Y, lo mismo que los nombres, toda la historia de Troya, incluyendo la guerra de Troya? ¿Allá, sentado en un gran bloque de piedra, ante los restos de la ciclópea muralla que dan alas a la fantasía e inspiran hazañas poéticas? Ciertamente es que contra eso se pronunciaba el hecho de que el nombre fuera doble: ¿qué poeta inventaría para el escenario de la acción de una historia ficticia, no uno, sino dos nombres? ¿No era justamente esa doblez de los nombres un seguro indicio a favor de la vieja tradición, por más que esa doblez debiera explicarse? Tampoco esta reflexión bastaba para una total tranquilidad. Ya al pionero de la investigación troyana, al propio Heinrich Schliemann, le asaltaron ideas dubitativas en horas sombrías.<sup>11</sup> Ninguno de sus seguidores debió de quedar totalmente a salvo de ellas. La arqueología como tal puede, en efecto, establecer el nombre de una población excavada sin los correspondientes hallazgos de inscripciones sobre el lugar. En esos casos, está supeditada a identificaciones mediante fuentes externas. De este hecho, un influyente escéptico en lo referente a Troya, el antiguo catedrático de Proto- y Prehistoria en Saarbrücke, Rolf Hachmann, extrajo la siguiente conclusión con toda claridad:

Si, de la propia epopeya o de otras fuentes, no se evidencia ningún punto de apoyo de que Troya debe ser idéntica a una de las poblaciones de la colina Hisarlik, entonces no se ha dado absolutamente ninguna posibilidad de probarlo, tanto más cuanto que la arqueología no posee indicio alguno para hacerlo. Es más: si no se puede confirmar de la misma epopeya, o basándose en otra prueba, la historicidad de la ciudad de Troya y de la guerra de Troya, la cuestión de la historicidad de la ciudad y de la guerra es errónea, porque fuera del yacimiento arqueológico no es posible una prueba así.<sup>12</sup>

Casi treinta años más tarde, en 1992, la situación seguía siendo la misma. Donald F. Easton, quien, en una disertación de tres volúmenes publicada en 1989 se había posicionado con todo lujo de detalles de acuerdo con las excavaciones de Schliemann, aseveró una vez más:

La arqueología no puede suministrar noticias de la guerra de Troya, mientras no estemos seguros de que este lugar fuera Troya. Nada lo ha probado hasta la fecha. No hay testimonios de inscripciones de la Baja Edad de Bronce, ni tabletas cuneiformes o de la Lineal B,<sup>13</sup> ninguna piedra inscrita con jeroglíficos, nada que nos refiera realmente: «Aquí está Troya». Tampoco hay nada relevante en los textos de la Lineal B de otros lugares.<sup>14</sup>

Esas constataciones eran correctas y la conclusión final de Hachmann, lógica. La condición que imponía Hachmann para asegurar la identidad de Hisarlik con la de Troya/Ilios —puntos de apoyo para la identidad, o bien de la misma epopeya, o de otras fuentes— no se cumplió, pese a todos los esfuerzos, hasta el año 1996. Ciertamente es que dijo «de la misma epopeya», con creciente precisión de la interpretación del hallazgo y mayor proximidad del hallazgo arqueológico a los datos del texto. La duda de la identidad se agravaba, aunque la inseguridad básica continuaba para todo el que quería tener pruebas irrefutables y no indicios. Y el punto sobre la i: las «otras fuentes» exigidas por Hachmann se hacían esperar. Además, ¿de dónde iban a surgir? Lo ideal, por supuesto, sería el hallazgo de un archivo palaciego troiano, semejante al de Cnossos o Pilos, con tabletas de arcilla, en alguna de las lenguas usadas por entonces en el área mediterránea y se calificase a sí mismo como «Archivo de Troya/Ilios». Hay que decir que ése fue el sueño, durante mucho tiempo, de todo arqueólogo de Troya y, sin embargo, como aún veremos, hoy vuelve a tener

reales visos de cumplimiento merced a la excavación de Korfmann.

No ideal, pero sí con suficiente fuerza probatoria hubiera sido otra forma de identificación: textos procedentes de la época de Troya, en alguna de las lenguas que se originaron fuera de Troya, que localizaran el lugar de manera geográficamente indudable en el emplazamiento donde se ha excavado y denominaran a ese lugar «Troya» y/o «Ilios». La dirección en la que había que buscar tales textos en primer lugar la presumió otro escéptico de altura en lo referente a Troya, el prehistoriador de Essen Justus Cobet, asintiendo a antiguas conjeturas y por entonces recientes manifestaciones de boca de los especialistas en Asia Menor Kurt Bittel y Hans Gustav Güterbock, en el año 1983: «No quiero excluir como posibilidad que [...] Troya VI/VII [...] en efecto, se llamara Troya o Ilion», y añadió en una nota a pie de página: «Eso podrían demostrarlo, de improviso, *textos hititas...*».<sup>15</sup>

## ESTACIONES DE UNA BÚSQUEDA: ¿CÓMO SE LLAMABA HISARLIK EN LA EDAD DE BRONCE?

### LA NUEVA MIRADA HACIA ORIENTE

Cinco años más tarde, en 1988, Manfred Korfmann comenzó a excavar en Hisarlik. En ese mismo instante, las probabilidades de que la profecía de Cobet se convirtiera en realidad empezaron a crecer de manera súbita. Porque, con Korfmann, por primera vez en unos ciento veinte años de investigación en Troya, no fue a Hisarlik un clásico historiador de la Antigüedad, sino un arqueólogo proto- y prehistoriador. Eso significaba un viraje radical: desde los mismos griegos y, más tarde, desde los romanos hasta Blegen, el predecesor de Korfmann, siempre se había mirado a Troya partiendo de Occidente, desde Grecia y teniendo sin cesar a Homero en la cabeza. Con ello, no sólo había sido una mirada automáticamente grecocéntrica, sino también textualmente dirigida: el lugar quedaba siempre exclusivamente unido a la *Iliada* de Homero y no era visto con el rango que tenía por su propio derecho. Con Korfmann, que acudía desde Oriente —trabajó durante años en el Instituto Arqueológico Alemán en Es-

tambul y, posteriormente, excavó en la Anatolia Media—,<sup>16</sup> cambió la perspectiva de raíz. Él no fue en 1982 a los Dardanelos a verificar a Homero, sino a profundizar en la función de la antigua región cultural en torno a Troya, en la más estrecha posición entre Asia y Europa, en lo referente al tráfico, el comercio, la «economía mundial» y la constelación de poder en la era más temprana de ambos continentes, mucho *antes* del florecimiento de la cultura grecorromana. Por primera vez en la historia del influjo de Troya, el interés por el total monumento arqueológico troyano no era dirigido por su función como escenario de un momentáneo registro poético extranjero, la *Iliada* griega, sino por su significado autónomo como lugar de asentamiento y nudo comercial. Con ello, también la obligación de asociar automáticamente a «Troya» y «Homero» quedó suspendida.

Esta ruptura resultó ser liberadora para la investigación de Troya. Por fin podía dirigirse la mirada de manera intensiva hacia aquellas regiones que habían formado el interior del país natural de Troya a lo largo de dos mil años, lo mismo al norte que al sur, pero, sobre todo, a Oriente. Después de todo, cuando los griegos, allá por el 2000 a. C., emigraron desde el norte al sur de la península balcánica, ¡Troya ya estaba en el mismo sitio desde hacía más de mil años! ¿Es que en esos miles de años no se habrían desarrollado allí tradiciones venidas de Oriente que, en aquel tiempo, era el espacio cultural de primer orden? El hecho de que esta pregunta fuera apenas planteada con anterioridad se debe, como más tarde formuló Korfmann, «a la fascinación que emanaba de Homero y su obra como “protogriega”, lo cual mitificó el lugar y poco menos que lo envolvió en niebla».<sup>17</sup> Un cambio de perspectiva parecía, pues, más que necesario. Y Manfred Korfmann lo emprendió.

*... así que ahora declaro decididamente que es imposible que la ciudad de Príamo haya podido extenderse hacia lado alguno más allá de la antigua superficie cimera de esta fortificación...*

Heinrich Schliemann, 1874

## Conjeturas

El primer fruto de ese cambio de punto de vista fue el descubrimiento de un barrio bajo, de inequívoca impronta anatolia, pegado a la ciudadela. Ese descubrimiento tuvo una dilatada prehistoria. Ya Schliemann había expresado en el año 1884 dudas —pese a su «decidida declaración» original, citada en el epígrafe, no obstante, por otras razones (¡Homero!)— «respecto a la extensión de la ciudad», es decir, dudaba que Troya hubiera podido consistir únicamente en la fortaleza elevada que era, sencillamente, demasiado pequeña; tuvo que haber existido un barrio bajo más grande.<sup>18</sup> Para la prevista campaña del año 1891 se propuso, entre otras cosas, «sacar a la luz el barrio bajo de Troya».<sup>19</sup> Su muerte, el 26 de diciembre de 1890, en Nápoles, lo impidió.

Cuando Dörpfeld reemprendió las excavaciones en 1893/94, prosiguió con las conjeturas referentes al barrio bajo, pero sin advertir el hecho de que, en lugar del barrio bajo largamente esperado, descubría la muralla más exterior de Troya VI, encomendó a los prehistoriadores Max Weigel y Alfred Götze la ejecución de sondeos en la loma superior que se extendía hasta quinientos metros al sur/suroeste de la fortaleza. Los resultados indujeron al colaborador de Dörpfeld, Alfred Brückner, a concluir que la ciudadela de Troya VI —es decir, aquel estrato de población más extensa de Troya cuya caída

describe la *Ilíada* de Homero, en el punto de vista de los arqueólogos de entonces— tuvo un barrio bajo con una extensión de ochenta mil metros cuadrados como mínimo.<sup>20</sup> Como en los años posteriores no se continuaron las excavaciones, también la búsqueda del barrio bajo quedó detenida en sus inicios. Cuando Dörpfeld publicó en 1902 su informe general de excavación, lamentó mucho esa deficiencia. No quería cerrar el capítulo sobre la historia de las excavaciones de Troya, sin expresión de la esperanza de que «pronto sea descubierta una gran parte del barrio bajo».<sup>21</sup>

Por desgracia, la excavación americana de 1932-1938, dirigida por Blegen, no tuvo en cuenta aquel llamamiento. Cuando descubrió en 1934 un cementerio del estrato de población VI —o sea, aquella fase de población en que la fortificación en lo alto de la colina alcanzó su máxima extensión— a unos quinientos metros al sur de la puerta meridional de la muralla,<sup>22</sup> no dedujo en consecuencia la pregunta de si era verosímil que los habitantes de la parte fortificada recorrieran, en cada fallecimiento, medio kilómetro con el cadáver a través de un paraje deshabitado y, tras el enterramiento, regresaran a lo largo del mismo trayecto, o si no era más probable que el cementerio, lo mismo que en otros lugares de aquella época, marcara la linde de la población, es decir, que eran presumibles viviendas entre la muralla y el cementerio, lo cual significa un barrio bajo.<sup>23</sup>

## Descubrimientos

### *Bajo Ilion está Troya VI*

Todo lo contrario de Korfmann. Ya en 1988, el primer año de la nueva excavación, reanudó la búsqueda del barrio bajo correspondiente al anteriormente citado de-



seo de Dörpfeld.<sup>24</sup> Mediante la introducción de una nueva técnica entonces disponible, la «prospección (geo)magnética», una especie de método radiográfico que permite representar el bajo fondo de vastos espacios sin destrucción de la superficie y prepara así, de manera rápida y eficiente, los métodos de sondeo que requieren tiempo, se consiguieron en el primer año de excavación descubrimientos que superaban con mucho todo lo obtenido hasta la fecha. Ya Schliemann y quienes le siguieron habían sabido que al sur de la fortificación, en la era greco-helena (o sea, unos trescientos años antes de Cristo) y en la romana, en especial bajo César y los posteriores emperadores romanos, se había edificado una extensa ciudad de Ilion (en términos de los expertos, «Troya VIII», griega, y «Troya IX», romana), y Dörpfeld ya sacó a la luz inmediatamente extramuros el «Buleuterion» (ayuntamiento) y, en parte, también el «Odeion» (escenario orquestal, pequeño teatro) de aquella ciudad. Pero, prescindiendo de hallazgos aislados y casuales, apenas se había ido más allá en el terreno.

Ahora, con ayuda de la nueva técnica, la expedición Korfmann pudo establecer, ya el primer año de excavación, que la ciudad heleno-romana de Ilion había seguido evidentemente una concepción de urbanismo de alto vuelo (orientación este-oeste/norte-sur del trazado de calles y fachadas), hubo de tener un «entero aspecto de gran ciudad»<sup>25</sup> (calles anchas con aceras; grandes edificios; establecimientos públicos de importancia como teatro y baños; sobresaliente abastecimiento de agua por medio de tubos de arcilla; canalización con buen funcionamiento) y se extendió sobre una superficie mucho más extensa que lo jamás conjeturado hasta entonces. Sin embargo, otro descubrimiento fue aún más sensacional: donde quiera que se profundizara con sondeos dentro de la urbanización grecorromana, se topaba, inmediatamente debajo

del más profundo estrato heleno, con el de Troya VI, es decir, el estrato de la «ciudad homérica». Como se dio con él ya a ciento setenta metros al suroeste de la puerta meridional de la muralla de Troya VI, se sugería la conclusión de una «posible población baja de Troya VI»<sup>26</sup> y la conjetura ya citada de Brückner de que Troya VI pudo haber tenido un barrio bajo igual de extenso que la Ilion grecorromana se manifestó, ya en 1988, primer año de excavación, como realista desde todo punto de vista.

Cuando en las siguientes campañas los indicios se multiplicaron, en 1992 reunió Korfmann en una investigación propia todos los argumentos disponibles hasta entonces a favor de la existencia de un extenso barrio bajo de Troya VI. Entre otros, figuraba el argumento de la casi completa ausencia de flechas en la zona efectivamente fortificada. Un barrio situado delante lo explicaría, puesto que absorbería las armas arrojadas y así, además de su evidente función económica, habría servido también militarmente a la fortaleza, como zona de tope. Basado en diversas reflexiones Korfmann concluyó por entonces «que esa población exterior estaba amurallada»; más excavaciones eran insoslayables para la aclaración de esa importante cuestión.<sup>27</sup>

### *¿La muralla?*

El éxito de esa perseverante estrategia del barrio bajo no se hizo esperar mucho tiempo. En la campaña de 1992, los colaboradores de excavación Helmut Becker, Jörg Fassbinder y Hans Günter, en su prospección magnética con un magnetómetro de cesio más sensible que los aparatos utilizados hasta entonces, a unos cuatrocientos metros al sur de la muralla de la ciudadela de Troya VI, entre dos y tres metros de profundidad y por debajo de otras antiguas estructuras urbanas, dieron con un «muro quemado de adobe», de hasta seis metros de ancho, que

pudieron seguir durante unos ciento veinte metros y que además debía estar justo en el punto de la mayor extensión meridional, poco antes de una puerta que debía ser el acceso sur de la población. Para ellos no había duda de que habían encontrado la «buscada muralla de la Edad de Bronce de Troya VI/VII» o, dicho de otro modo, la «muralla de la ciudad homérica».<sup>28</sup>

Ese descubrimiento cambió radicalmente la habitual imagen de Troya. Ahora había que calcular —conforme a las deducciones de Brückner en 1894— la adición a los ya conocidos veinte mil metros cuadrados del espacio construido en el área de la ciudadela de *al menos* ochenta mil metros cuadrados de barrio bajo. Con eso, Troya VI/VII abarcaría en el momento de su máxima expansión, alrededor de 1200 a. C., cien mil metros cuadrados como mínimo; más adelante veremos que esa estimación aún era, por mucho, demasiado escasa. Tras los cálculos estimables planteados por Korfmann había que contar para esa ciudad con más de seis mil habitantes.<sup>29</sup>

### *Primeras consecuencias*

El cambio en la manera de representarse a la «Troya homérica» que significaba eso —y las excavaciones posteriores todavía aumentaron las dimensiones otra vez— no sólo se le escapó al público en general, sino también a la comunidad científica, aparte del grupo investigador en Troya, y por cierto no sólo en 1993, el año de la publicación de ese descubrimiento, sino también más tarde y de modo reiterado. No sólo al primer arqueólogo, Heinrich Schliemann, le pareció Troya «demasiado pequeña» en su momento, como ya hemos visto. En las cabezas de muchos expertos que estaban habituados a examinar poblaciones de muy diferente escala a las de Schliemann, Dörpfeld y Blegen, se había asentado una representación de Troya como un «nido de ladrones y piratas» más o me-

nos importante. Uno de los mejores conocedores de ciudades antiguas y su arquitectura, Frank Kolb, se expresó así en su trabajo modelo *La ciudad en la Antigüedad* respecto a Troya VI/VII:

Troya VI y VII, por más que puedan tenerse en consideración cronológicamente para una identificación con la Troya homérica, eran pequeñas poblaciones pobres y no podrían aspirar a una denominación como ciudad.<sup>30</sup>

Los nuevos hallazgos dejaban patente ese punto de vista como error de estimación. Sugerían comparaciones completamente diferentes: Troya VI/VII, como Korfmann ya declaró en 1993, se aproximaba mucho en su disposición a una serie de conocidas ciudadelas anatolias con población fortificada en la parte de abajo, del tipo de las antiguas ciudades comerciales y residenciales de Asia Menor. Enumeraba, entre otras muchas ciudades semejantes, si bien más grandes, «la capital de los hititas, Bogazköy-Hattusa».<sup>31</sup> Con ello, se ampliaba aún más la mirada hacia Oriente. Habría que estar más atento que nunca a los resultados de excavación de los años siguientes en el barrio bajo.

### *El foso*

Al año siguiente, 1993, vino la constatación fundamental, aunque de manera algo distinta a la esperada: tres excavaciones hechas a modo de test bajo la dirección sobre el terreno de Peter Jablonka, en la zona de la «muralla» localizada el año anterior mediante la prospección magnética, es decir cuatrocientos metros al sur de la ciudadela, produjeron el siguiente resultado que el descubridor describió, con todo derecho, como «espectacular»:<sup>32</sup> quedó a la vista un foso excavado limpiamente en la roca, de más de tres metros en su base y hasta cuatro en su borde superior —o sea, no una muralla, como se

dedujo erróneamente el año anterior, en base a la imagen radiográfica— con paredes aproximadamente verticales; en el lado sur, es decir, hacia la meseta, un metro de profundidad, y en su lado norte, aprovechando un escalón natural de la roca, llegaba a más de dos metros. En la parte excavada, discurría de oeste a este. La prospección magnética, que indagó su trazado desde ambos finales del fragmento excavado, ahora, como es natural, con mucha más fiabilidad, pudo establecer de entrada una longitud de trescientos veinte metros; una vez reconstruido todo su trazado en base a las características naturales del paraje, se dedujo una longitud de dos kilómetros. Eso significaba, junto con la ciudadela, una superficie cerca de la ciudad Troya VI/VII de unos doscientos mil metros cuadrados.<sup>33</sup> El foso era parte de una instalación defensiva, podía descartarse toda duda. Y, con ello, también quedaba claro por qué el cementerio de Troya VI que la expedición de Blegen descubrió pero, como vimos, no explicó, estaba situado tan lejos del muro de la ciudadela: el espacio intermedio estaba poblado.<sup>34</sup> Como es natural, esta disposición defensiva hubo de tener originalmente una muralla; un foso como impedimento a la aproximación sólo tiene sentido si retarda el ímpetu de los atacantes de modo que éstos, mientras intentan superarlo y acaso lo consiguen puntualmente, se encuentran ante el siguiente obstáculo, el muro, desde lo alto del cual pueden ser «asaeteados». En relación a esto, Jablonka anotó: «La existencia de una muralla al norte del foso [es decir, hacia la ciudad] ha de suponerse poco menos que forzosamente».<sup>35</sup> Veremos cómo se cumplió el pronóstico.

El foso defensivo había que datarlo, inequívocamente, en la época de Troya VI, pero en un período anterior al estrato «homérico»; sin duda, para el 1300 a. C., ya se había rellenado y abandonado; veremos el motivo. Así que Troya tuvo, ya *antes* de su mayor florecimiento hacia el 1200 a. C.,

una conocida y espectacular disposición defensiva que no pudo ser ignorada en el área mediterránea oriental, de ello se ocupaba también la navegación comercial.

La conclusión de Jablonka terminaba de golpe con los anteriores errores de estimación:

Con ello, pudo establecerse por primera vez un deslinde de la población de abajo. [...] Se estima una extensión de más de ciento setenta mil metros cuadrados para el barrio bajo de Troya VI y otros veintitrés mil para la fortaleza, o sea, un total de unos doscientos mil... [...] La cifra ya indicada por Korfmann de entre seis y siete mil habitantes parece plausible. [...] Observado el concepto global de ciudadela y barrio bajo fortificado, parece, como Korfmann estableció, más comparable con el área anatolia que con la micénica. Es probable que Troya perteneciera a la serie de «ciudades comerciales y residenciales» del área mediterránea oriental y antiguo-oriental de la misma época.<sup>36</sup>

Al año siguiente, 1994, se pudo asegurar aún más el hallazgo. Además de precisiones más detalladas en los ya existentes tres y en otros dos nuevos cortes, se efectuó uno más a trescientos metros al oeste del más oriental. Dio como resultado la continuidad del foso en la línea objeto de prospección magnética y lo hizo exactamente de la misma forma y semejante perfil que los tres cortes del año anterior. Así se puso en concreta evidencia el foso en dirección este-oeste, a lo largo de trescientos metros (no se hizo, por supuesto, del mismo modo en toda su longitud, el gasto sería excesivo y otras actividades rurales de la actualidad serían interferidas. Se considera la demostración efectuada cuando las prospecciones magnéticas y/o las líneas de trazado esperadas de una obra construida se constatan en algunas localizaciones significativas). El recorrido este-oeste del foso aprovechaba una arista del terreno en el perfil de la roca en la misma di-

rección. A este y oeste del foso comprobado la arista del terreno doblaba hacia el norte. Así quedaba el foso comprobado con exactitud en su curva meridional. Eso quería decir, primero, que debía continuar a este y oeste de la pendiente hasta unirse a la fortificación de la ciudadela, y, segundo, que en algún sitio conforme a la pendiente hacia abajo, a unos trescientos metros, según toda lógica, de su trazado este-oeste, debía poderse atravesar de algún modo por personas, animales y vehículos, a fin de asegurar el tráfico y el suministro, por medio de un puente, un terraplén o algo parecido. Ya en la prospección magnética se mostraba una interrupción en un sitio determinado. ¿Habría estado allí el paso? ¿Y dónde estuvo la muralla de la ciudad que, según sabemos de la historia de las ciudades fortificadas, allá donde hay un foso lo acompaña necesariamente?<sup>37</sup>

### *La puerta de la ciudad*

El verdadero punto de inflexión en la historia de la investigación de Troya vino en 1995. Su informe de excavación de ese año, que apareció al siguiente, lo introdujo Korfmann con la frase:

La excavación del año 1995 fue, desde el punto de vista de la dirección del proyecto, la de más éxito hasta la fecha.<sup>38</sup>

Lo que figuraba en las tres primeras páginas del informe, con la habitual pequeña escritura poco llamativa y en el acostumbrado estilo lapidario y neutro, debiera literalmente arrancar de su asiento a todo conocedor de la historia de la arqueología y de la secular discusión sobre Troya y Homero. Por desgracia, esos informes de excavación son leídos con regularidad y atención por unos relativamente pocos expertos y, contra la extendida idea de casi todos los profanos, también sólo por relativamente pocos arqueólogos. La arqueología se ha convertido en una dis-

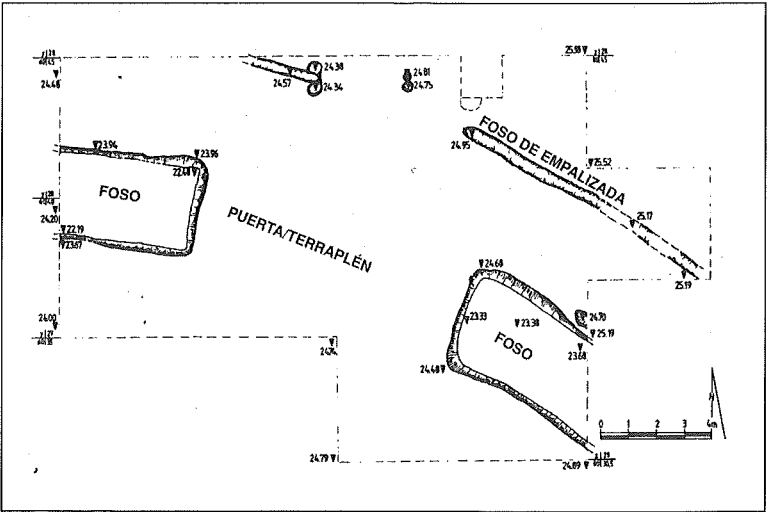
ciplina sobremanera ramificada, en la que los investigadores son afortunados si al menos no pierden de vista el campo de su especialidad. Para la gran totalidad, apenas queda tiempo; uno se informa ojeando revistas que, por su parte, sólo pueden dar cuenta de los hechos más importantes, en congresos y mediante contactos personales. Quien excava en Grecia, Italia, norte de África, Egipto, Israel, Siria o donde sea, carece generalmente del tiempo y la energía para seguir las excavaciones de sus colegas en otros lugares, con la total continuidad de sus microestructurales avances en conocimientos. Además, una revista de gran formato, como *Studia Troica*, con sus quinientas páginas anuales, incontables bosquejos, planos y gráficos de medidas, así como su inaudita multiplicidad de temas, especialmente en las ciencias naturales participantes de la arqueología (arqueobotánica, arqueozoología, métodos físicos de medición, estadísticas computerizadas y tantas otras) no puede esperar que todos los expertos colegas la aguarden impacientemente y la devoren acto seguido de su aparición. No obstante, el número anual 6, 1996, lo hubiera merecido por encima de todos sus predecesores.

La serie de descubrimientos en el año 1995 comenzó en el ya conocido foso de la ciudad. En el lugar del foso prospeccionado como «interrupción» pudo primero ponerse a la vista un paso en forma de terraplén. Estaba hecho al dejar en la excavación del foso en ese sitio la roca intacta de unos diez metros de anchura. A su izquierda y derecha se había excavado el foso más hondo que lo habitual, comprensiblemente con miras a la siempre especial exposición a riesgos de los accesos. (Sólo de paso notamos que entre los desperdicios que se habían acumulado justo en ese corte del foso se encontró, entre numerosos huesos de caballo, también la mandíbula inferior de un león; puede que la causa fuera un desolladero entre cuya materia de trabajo también hubiera fieras



cazadas). A unos tres metros y medio de ese terraplén rocoso hacia el lado de la ciudad, quedó a la vista un pequeño foso trazado en paralelo al grande, tenía escasamente cincuenta centímetros de anchura y treinta de profundidad. Igual que el foso principal, estaba interrumpido en la mitad, pero de modo que, en lugar de diez metros, sólo lo hacía en algo más de cinco. En medio del pasaje había agujeros de postes. La interpretación era clara: el foso pequeño era el fundamento de una empalizada donde se había enquiciado una puerta de madera de dos hojas (¡los agujeros de postes en el medio!).

Quedaba así claro que aquí se había hallado una de las puertas de la fortificación del barrio bajo de Troya VI, según la posición, la puerta sur. «De ese modo podía impedirse la circulación (por ejemplo, de carros de combate atacantes), así como, en general, controlar la entrada al barrio bajo y ciudadela de Troya/Ilios.»<sup>39</sup> Lo que seguía oscuro era la existencia y posición de la muralla en sí. La



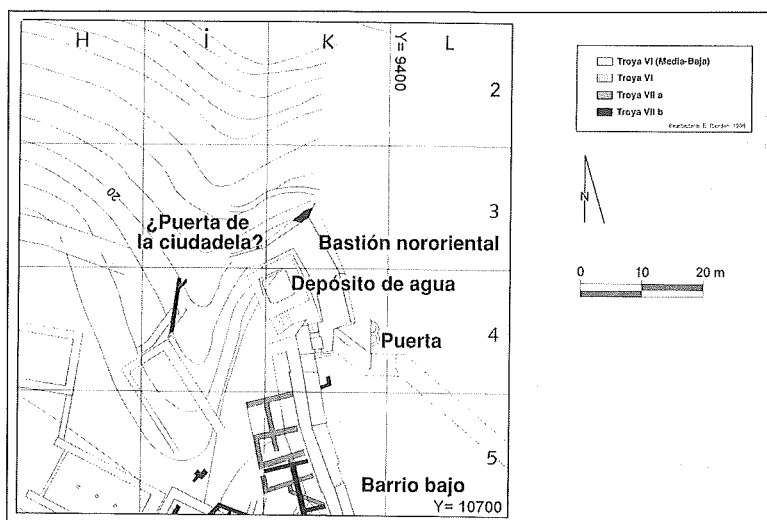
puerta de madera de la empalizada sólo era una especie de seguridad adicional de la abertura del foso; desde la empalizada se podía ciertamente controlar el terraplén rocoso. Pero ¿es que eso había sido todo el obstáculo? Como luego se vio, la empalizada también estaba limitada a la zona del terraplén.<sup>40</sup> La puerta de la empalizada difícilmente podía ser la puerta efectiva de la ciudad; para eso, era demasiado endeble. Seguramente funcionaba como *parte* de la entrada portificada a la ciudad, como «ante-puerta». Pero ¿dónde estaba la verdadera puerta? Y eso quería decir: ¿dónde estaba la muralla? Se puede explicar que ante ella no hubiera en principio ni rastro de la continuidad lineal del terraplén y la puerta de la empalizada: un foso se ciega o se llena, pero perdura excavado en la roca, insertado en el terreno. Los arqueólogos pueden redescubrirlo en cualquier momento, como aquí pasó. Pero una muralla está edificada, al menos en parte, con piedras. Eso es material aprovechable. En cuanto la muralla ya no está en «función», se demuele y utiliza para otra obra. Sabemos que, en el siglo VIII a. C., florecieron numerosas ciudades griegas nuevas (por ejemplo, Siggeion y Achilleion en la costa del Egeo). Si, por entonces, quedaba algo sobrante de una muralla, ciertamente se lo llevaron allí. Por otra parte, viejas murallas y sus cimientos podían estorbar. Quien tenga a la vista las numerosas y gigantescas actividades de construcción de la época griega y romana puestas en evidencia de manera ocasional por la excavación Korfmann, en el área del barrio bajo, no se asombrará de que en la explanación del nuevo suelo edificable finalmente desapareciera lo que por entonces aún restaba de la vieja muralla.

Entonces, ¿había que resignarse? ¿Renunciar tristemente a la prueba de una muralla en torno a Troya VI/VII? ¿O aún había posibilidades? Ahora se hacía preciso tener astucia.

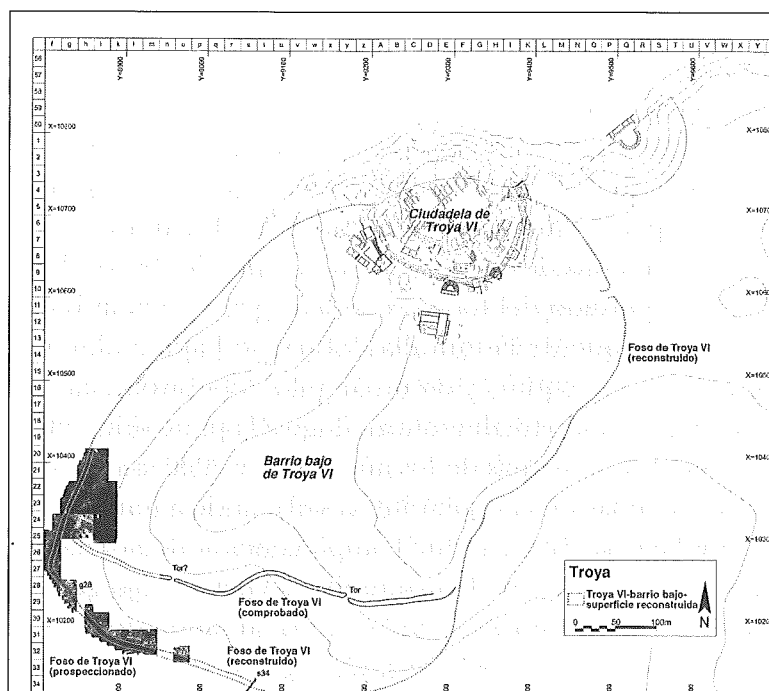
## La muralla

Si alguna vez hubo, en definitiva, una muralla en torno al barrio bajo, entonces debió proteger la zona habitada en *toda* su extensión. Eso sólo podía hacerlo si la rodeaba sin brechas. Así que tenía que haber conectado con ambos lados del muro de la ciudadela que protegía el espolón de la colina en la parte más elevada de la zona del barrio bajo. Como allí la pendiente es especialmente escarpada y, a causa de la natural angostura, en esos sitios hubo de construirse de manera superpuesta (por ese motivo, también allí la extracción de piedras era siempre peligrosa), se podía esperar hallar todavía restos de la muralla.

La búsqueda de la aguja en el pajar se llevó a cabo efectivamente. De entrada, al noreste de la ciudadela. Allí, aún impresiona hoy al visitante el «bastión nororiental» (el nº 3 en el camino de ronda oficial de Troya). Esa torre poderosa, con un fundamento de dieciocho por dieciocho metros, todavía alza sus siete metros de altura (original-



**Figura 6:** El bastión nororiental de Troya. Aquí se juntan la muralla de la ciudadela y la del barrio bajo.

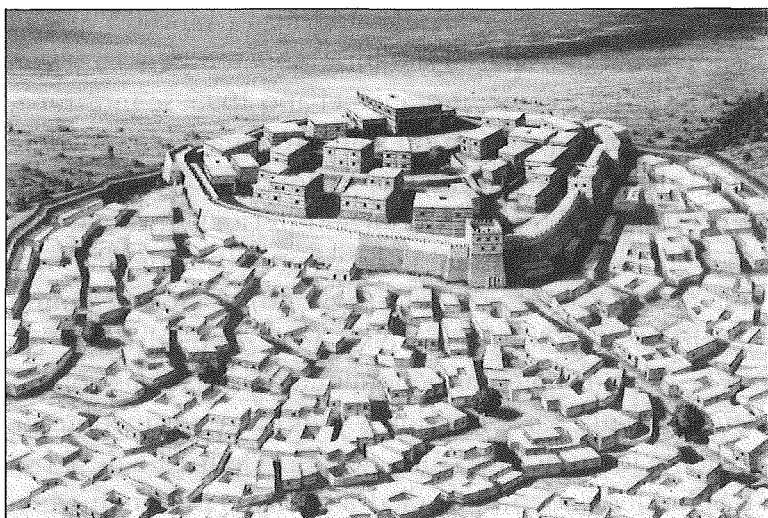


**Figura 7:** Extensión y dispositivos fortificados de Troya VI.

mente tenía dos más). Esa magnitud ya muestra que el bastión tenía un especial significado: desempeñaba *varias* funciones. Tal y como ahora, en el año 1995, se mostraba, en esa precaria posición no sólo protegía a la ciudadela (y una cisterna para el suministro de agua, de diez metros de profundidad, enclavada en su interior) sino también a la ciudad. En una esquina de su pared sur desembocaba la muralla del barrio bajo (figura 6). La juntura pudo identificarse en los típicos cimientos de piedra de Troya VI —grandes piedras generalmente rematadas cónicamente hacia la parte interior— y en los restos incontestablemente identificados como del período medio de Troya VI. Sobre los cimientos de piedra había un imponente bloque de adobe. «Así pues, más que de una muralla de piedra, se trataba de un muralla de adobe.»<sup>41</sup> Con ello que-

daba explicado, al mismo tiempo, por qué no pudo encontrarse nada más de la muralla (al menos hasta hoy) en la zona del barrio bajo: tras el abandono del barrio bajo, la construcción de adobe se abandonó a su erosión y ruina, las piedras de los cimientos se extrajeron y utilizaron en otra parte. Aun así, la esperanza de descubrir uno u otro fragmento de la muralla en la zona del barrio bajo no se ha perdido del todo. Pero la alegría de haber hallado el arranque de la muralla del barrio bajo también al oeste, en una esquina y en un ángulo del muro de la ciudadela (de modo totalmente análogo a la parte oriental),<sup>42</sup> durante las campañas de los años 1999 y 2000, se ha volatilizado: en la zona angular interesada, la vieja muralla del barrio bajo de Troya VI fue completamente demolida durante la construcción de la muralla del barrio bajo griego, así como la del muro circundante de un santuario.<sup>43</sup>

Después de esos hallazgos, ya es posible reconstruir el aspecto de toda la ciudad en el período Troya VI/VIIa; primero, como plano bosquejado (figura 7), pero también,



**Figura 8:** Aspecto reconstruido de Troya VI.

luego, como dibujo (figura 8). La muralla circundante del barrio bajo se ha representado alejada del foso un tiro de flecha, es decir, según la estimación de Korfmann, «situada a una distancia de unos noventa o ciento veinte metros del dispositivo del foso y la puerta de la empalizada. Una muralla así debió de ser, en la época de la *cultura avanzada de Troya* (=Troya VI/VIIa), un monumento de suma apoteosis en el paisaje. Pero también después, durante su progresiva ruina, *en la época de la impronta de Troya por la influencia balcánica* (Troya VIIb1, VIIb2, VIIb3 ¿y VIIb4?), el monumento hubo de tener una cierta consideración. Más tarde, vino la fase en que lo restante de la construcción se convirtió en un monumento del terreno. Como ruina de muro, la elevación debía estorbar esporádicamente; en todo caso, más tarde, cuando se emprendió la planificación y construcción de Troya/Ilion de manera adecuada [...] (Troya VIII y Troya IX)». <sup>44</sup> En esta «Breve historia de la muralla de la ciudad de Troya VI/VII» hay en especial una frase importante para la cuestión *cabecera* que indagamos en este libro: «Más tarde, vino la fase en que lo que restaba de la construcción se convirtió en un monumento del terreno». ¿Cuándo pudo comenzar esa fase, cuánto tiempo pudo haber durado y cuánto era aún visible de ese «monumento del terreno» en los diversos períodos de esa fase? Y a eso se añade la segunda cuestión: ¿cuánto se podía ver todavía de un foso? La respuesta sería importante para la estimación de la relación entre la Troya real y su imagen en productos literarios que se representan ante los bastidores de Troya. Así que habremos de regresar brevemente a esto, cuando hablemos de Homero y su *Ilíada*.

### *El segundo foso*

Lo dicho se hizo aún más apremiante cuando, en 1995, se descubrió un segundo foso en la roca, a más de cien metros de distancia al sur del ya conocido. Con una an-

chura de unos tres metros, tenía una profundidad constante de al menos dos metros, y corría aproximadamente en paralelo al primer foso. En ese lugar, ya se encuentra uno a una distancia de quinientos metros del muro de la ciudadela, al pie de la colina, aunque todavía no en el llano. El barrio bajo grecorromano jamás se extendió tanto. Por eso, la datación del foso era del mayor interés. ¿Sería todavía prehistórico? El arqueólogo Peter Jablonka, quien ya había sacado a la luz el primer foso, pudo datar también este segundo, en base al material de relleno («exclusivamente material de la época Troya VI/VIIa») en la época de Troya VI. Consideró, no obstante, «posible que el foso se preparara algo más tarde que el interior».

De inmediato surgió la pregunta por la función de este segundo foso. ¿Era una segunda línea de defensa («escalonamiento concéntrico de obstáculos al acercamiento»)? Como este foso parecía ser más reciente que el interior, también podría ser, según Jablonka, que «hubiera tenido que ver con una sucesión temporal de fosos con la misma función. El traslado hacia afuera habría que valorarlo [entonces] como indicio de un crecimiento de la población». También a favor de ello se manifestaba el tipo del material de relleno: cerámica usada (fragmentos de tazas, platos, jarras) y huesos de animales. «Si no se quiere suponer que se transportaron escombros y desechos un largo trecho fuera de la población, con el único propósito de colmar el foso, sólo queda como conclusión, en base a la composición del relleno, que el entorno próximo al foso estaba poblado. [...] De modo que la Troya de la Baja Edad de Bronce sería aún mayor que lo supuesto hasta ahora. La zona poblada al sur habría llegado hasta más allá del borde de la ciudad grecorromana. Al final de Troya VI, también habrían sido en parte urbanizadas superficies fuera de la fortificación del barrio bajo.»<sup>45</sup>

El propio Korfmann, por el contrario, propuso primero la interpretación de «segundo obstáculo en la misma época». Para esa apreciación, fue decisivo su punto de vista de que ambos fosos debían de haber sido dispuestos como obstáculos de acercamiento «contra el manejo de máquinas de embestida y, en especial, contra carros de guerra». Esa visión surgió en él bajo el influjo de un trabajo de Brigitte Mannsperger<sup>46</sup> que «respecto al tema “fosos y carros de guerra” [...] hacía las afirmaciones decisivas sin perder de vista la fuente de la *Ilíada*». <sup>47</sup> Acto seguido, Korfmann compuso el cuadro de una lucha de carros de guerra conforme a las descripciones de la *Ilíada*.

Ambas interpretaciones no tienen que ser mutuamente excluyentes. La población urbana pudo haber crecido tanto hacia el final de Troya VI, es decir la fase de cultura avanzada de Troya, que también se pobló fuera del propio dispositivo de fortificación (foso y muralla). Ese extrarradio pudo haber querido asegurarse del mismo modo que el anterior centro urbano. Así que se preparó un foso semejante al que ya existía (hasta la fecha no es conocido si también dispuso de muralla, aunque es más bien improbable). De esa manera, nació una *doble* seguridad para el centro urbano. Es posible que los fosos se construyeran especialmente contra ataques de carros de guerra.

En este punto de nuestro camino, aún no deseamos manifestarnos con más precisión respecto a estas tesis y eso porque acabamos de afrontar la cuestión de si la *Ilíada* puede, en definitiva, considerarse como fuente. Hasta que eso no se pruebe, no se podrá hablar de en qué criterio y medida son utilizables afirmaciones de la *Ilíada* para la interpretación de hallazgos arqueológicos. El tercer paso sería la propia utilización. En consecuencia, bástenos aquí la sola constatación de que en Troya VI/VII hubo, ante la (probablemente única) muralla de la ciu-



dad, con toda evidencia, dos fosos defensivos, el primero a una distancia de cuatrocientos metros de la ciudadela, el segundo, cien metros más afuera, en el límite exterior de la colina. La zona urbana asegurada habría sido la mayor en toda la historia de Troya, antes de la refundación helena. De momento, no resolvemos qué función pudieron haber tenido los fosos.

### *La puerta occidental y la calzada carretil*

El visitante actual de Troya se aproxima a la ruina de la ciudadela, generalmente, desde el este, es decir, desde el interior del país: después de un desvío de la carretera general Canakkale-Edremit, se pasa por el estrecho carril con apartadero que conduce a las ruinas de Troya, poco después de cruzar el pueblo de Tevfikiye, la puerta de acceso al terreno de excavación. Desde esa dirección, debió de haber un importante camino de entrada a la ciudadela también en la época prehistórica; por eso, la mayor torre de la ciudadela de Troya II (alrededor de 2500 a. C.) está en el sudeste. Sin embargo, la ruta principal de entrada en la ciudadela de Troya VI estaba al oeste, o sea, al lado del mar. Hasta 1995 no se comprobó. Ese año, bajo la enorme masa de desechos y escombros de la época grecorromana, se desenterró una amplia calzada empedrada del período de Troya VI, al oeste del gran santuario grecorromano que conoce todo visitante (nº 10 en la guía oficial de Troya de 1988). Conducía, con una suave pendiente, a la muralla de la ciudadela y acababa en una puerta de la misma (VI U en al plano topográfico arqueológico). Esa puerta se clausuró poco antes del final de Troya VI o al principio de Troya VII —el porqué aún está por discutir—. Korfmann dejó claro, en 1997, que esa puerta «con una luz de entre tres sesenta y cuatro metros [era] la puerta más grande en la muralla de la ciudadela de Troya VI».<sup>48</sup> Aunque se tenga en cuenta que, en

ese punto, una pendiente natural del terreno hace especialmente fácil el acceso a la ciudadela desde la llanura del río Escamandro —motivo por el que había también antes caminos de subida a la puerta de la ciudadela, por ejemplo, al que iba a la impresionante rampa porticada de Troya II (nº 8 en la guía de Troya de 1998)—, éste es un hallazgo muy notable. Porque indica que, sin duda, la conexión directa de la ciudadela con la costa era de la máxima importancia para el gobierno de la ciudad. Korfmann proseguía en 1997: «Desde esta puerta, una calzada conducía, hacia el suroeste, a la llanura del Escamandro. La colina de la ciudadela y la meseta del barrio bajo tienen aquí un suave declive y ofrecen así la más cómoda subida desde la llanura. [...] Pero, al mismo tiempo, también es el punto más peligroso».

Peligroso, ¿por qué? Desde el principio de nuestro viaje en la historia del descubrimiento del barrio bajo de Troya, indicamos que un barrio bajo también podía conjeturarse por su función protectora para la ciudadela. Como es natural, esa función protectora es máxima donde la fortificación del barrio bajo está más alejada de la ciudadela. A causa de las condiciones del terreno, en el caso de Troya, es al sur de la ciudadela. Por el contrario, donde más se aproxima la fortificación del barrio bajo a la ciudadela y, por lo mismo, la distancia entre ambos muros es menor, la función protectora del barrio bajo se reduce. En Troya, por la situación de la ciudadela arriba, en el espolón de la colina (y no, por ejemplo, en medio de un barrio bajo), la muralla de la ciudad se eleva en dos lugares y enlaza directamente con el muro de la ciudadela: a este y oeste. En ambos casos, la cuña del terreno entre ambos muros se hacía progresivamente menor. Al este, eso no era tan peligroso porque allá el terreno se elevaba abruptamente. Al oeste, sin embargo, el suave declive del terreno conllevaba, junto a la ventaja que ofrecía de posibilidad de un ac-

ceso a la ciudadela, un inmenso inconveniente: justo ahí la separación entre ambos muros era mínima. Entre las puertas de la ciudad y la ciudadela, a través de la cual discurría el acceso, sólo había aquí unos ochenta metros. Justo un tiro de flecha. Korfmann comentó en 1988: «Y por eso era un lugar predilecto para los atacantes y en consecuencia ha tenido que ser muy expuesto».<sup>49</sup> Korfmann relaciona esa peculiaridad arqueológicamente comprobable de la topografía de Troya con determinados pasajes de la *Iliada*. Nosotros deseamos evitar conscientemente semejantes relaciones transversales por el ya mencionado motivo metódico. Por eso, con vistas al posterior regreso a este punto, sólo retenemos esta frase: «En ese lugar hay visión libre [desde el muro de la ciudadela] sobre la llanura hasta Tenedos [...] una vista sobre la llanura por la que los atacantes debieron de acercarse, sobre la zona de marcha. [...] Hay [...] sólo un lugar en la ciudadela donde [...] los atacantes [...] estaban lo bastante cerca de la línea defensiva de la ciudadela [...] como para [...] poder ser identificados...». Estas constataciones arqueológicas, que se aseguraron merced al descubrimiento del barrio bajo, son las que deseamos no perder de vista.

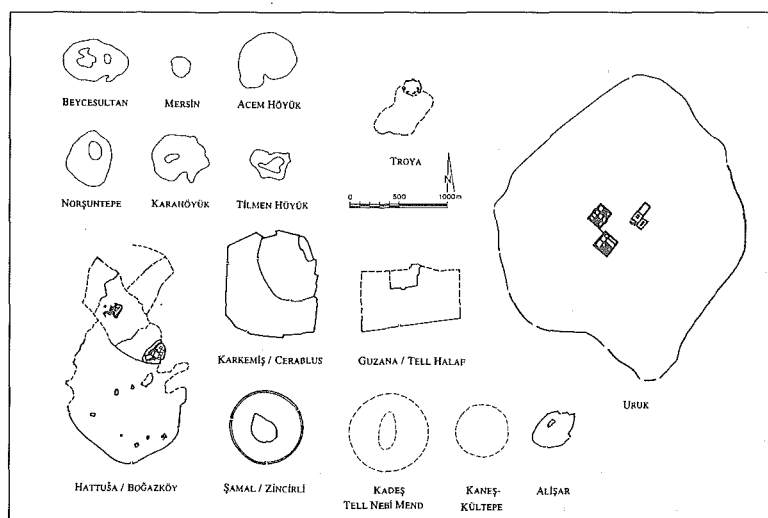
El resultado: Troya VI/VIIa es una ciudad anatolia comercial y residencial

### *Ciudad residencial*

Ya la sola constatación de que Troya VI/VIIa no sólo estuvo constituida por la ciudadela —con lo que hubiera sido una especie de nido roquero con la función de un «castillo feudal»—, sino que fue una combinación de ciudadela con una ciudad al menos cinco veces más grande, había incorporado el lugar al tipo de «antigua ciudad comercial y residencial de Asia Menor».<sup>50</sup> El descubrimiento del siste-

ma de defensa del barrio bajo no deja dudas respecto a la adecuación de esa clasificación. Porque, si es cierto que ese sistema también<sup>51</sup> muestra semejanzas estructurales con el grecomicénico, son mucho más notorias las coincidencias con la disposición urbana de Anatolia y Asiria septentrional del siglo II: 1) Los fosos defensivos no son parte constituyente de los dispositivos micénicos,<sup>52</sup> pero sí característicos de las ciudades anatólicas, por ejemplo, Bogazköy, Karkemis/Cerablus y Tell Halaf.<sup>53</sup> 2) Los amurallamientos micénicos apenas muestran haber tenido construcciones de adobe;<sup>54</sup> éstas, en cambio, son características de los dispositivos anatólicos. 3) Las torres son parte fundamental de los amurallamientos en Anatolia durante el período de dominio hitita.<sup>55</sup> Y en Troya, las torres son poco menos que la columna vertebral del amurallamiento de la ciudadela.

Prescindimos aquí de la enumeración de más coincidencias de detalle que han deducido los especialistas en arquitectura. Un vistazo a la figura 9, donde se comparan



**Figura 9:** Disposiciones urbanas anatólicas, comparación de tamaños.

proyecciones horizontales de ciudades y ciudadelas antiguorientales y anatolias, podría evidenciar la pertenencia de Troya VI a este tipo de disposición urbana.

Al argumento arquitectónico se añade el del tamaño: gracias al establecimiento de la delimitación del barrio bajo ha quedado claro que Troya VI/VIIa era, como mínimo, diez veces más grande que lo supuesto por los anteriores arqueólogos y, con ellos, el público interesado. Con unos doscientos mil metros cuadrados o más y, según la estimación de Korfmann, entre cinco y diez mil habitantes, Troya VI/VIIa era, en la relación de aquella época, una ciudad grande e importante.<sup>56</sup>

Ciudades así, por supuesto, no proliferan espontáneamente. Tienen su clase dirigente que organiza, planea y gobierna, por ejemplo, el concepto y realización del sistema de defensa. La cúspide de esa clase dirigente está formada por el gobierno de la ciudad que consiste en una determinada gran familia y está organizado jerárquicamente. En lo más alto está el monarca/patriarca (rey, príncipe o como quiera que se llame) que procede, él como su familia, directamente de un dios; el área de la ciudadela es su residencia. Estas dinastías suelen ser hereditarias y no carecen de denominación. Esos nombres de los señores son ampliamente conocidos y nos aparecen en diversos testimonios escritos, como inscripciones y correspondencia. Esto es así en Bogazköy/Hattusa, lo mismo que en Karkemis o Ugarit, y más tarde ha continuado en Europa de múltiples formas, mientras la nobleza tuvo un papel dirigente. No sólo puede, sino que debe suponerse que no fue de otra manera en la ciudadela de Troya VI/VIIa. De modo que si aparecieran en las transmisiones escritas del siglo II, en la lengua que fuera, nombres de los señores de una dinastía de Troya, no sería algo sorprendente, sino simplemente natural.

A la vez que estas coincidencias entre Troya y Anato-

lia, de índole arquitectónica urbana, demográfica y político-dinásticas, aparecen otras que aquí han de ser al menos citadas.

1) En la excavación de Troya, a diario se sacan a la luz multitud de fragmentos de cerámica. La mayor parte de ellos eran siempre del género llamado pardo-minoico. Suele ser material usado de arcilla parda: platos, tazas, escudillas, vasos, jarras; todo lo que se usa en cocina y comedor. Ya en 1992, Donald F. Easton, colaborador en la época del nuevo proyecto Troya, indicó que toda aquella vajilla, ni por su hechura ni tampoco por su forma, estaba fabricada conforme a modelos griegos, como supuso Blegen, sino anatolios, y que eso fue así desde, al menos, Troya V.<sup>57</sup> Tras las ocho campañas de excavación, desde 1988 a 1995, esa afirmación pudo precisarse de una manera efectiva: desde entonces quedó claro que toda esa producción cerámica es ciertamente anatolia y una vez puesto de manifiesto que, de muchas toneladas de ese género pardo, sólo el uno por ciento era cerámica micénica (la mayor parte imitaciones hechas en la misma Troya), se cambió decididamente la denominación «género pardo-minoico» en «género pardo-anatolio».<sup>58</sup> De modo que toda la producción usual de vajilla doméstica de Troya es de impronta anatolia, en técnicas y formas; la vajilla griega (micénica) es género de importación, que ciertamente era estimado, de lo contrario no habría sido reproducido; pero ajeno al lugar.

2) No sólo los usos de entierros (tumbas en forma de casa, vasijas de provisión como urnas, incineración en lugar de inhumación) son anatolios, sino que también lo es parte del culto: en la campaña de 1995 se desenterró en una esquina de una casa del estrato Troya VIIa un estrado de piedra con añadido de adobe. Como ante esa instalación se halló, a ras de suelo, una figura broncea de dios que, según toda evidencia, se había caído, el estrado

era un pequeño lugar de culto doméstico. La figura representaba a una deidad anatolia. Figuras del mismo tipo se encuentran en el área hitita, así como en Siria y Palestina. Así que, alrededor de 1200, los habitantes de Troya veneraban deidades anatólicas.<sup>59</sup>

3) Una peculiaridad anatolia que justo en el caso de los hititas está amplia y profusamente documentada —incluso en *documentos escritos* hititas— es el culto a las piedras: se consideraba que dioses y espíritus moraban en grandes piedras y se aseguraba su protección cuando se situaban tales piedras, a menudo de la altura de un hombre, en forma bellamente tallada y con diversa decoración (estelas), especialmente ante las entradas: accesos a casas, calles, cementerios, pero con especial frecuencia ante las puertas de la ciudad. En Troya se han hallado hasta ahora diecisiete de tales estelas, todas delante o pegadas a las puertas de la ciudadela. Entre los anteriores arqueólogos no tuvieron prácticamente ninguna consideración, como consecuencia de su orientación occidental. Korfmann les dedicó especial atención y, lo mismo que otros especialistas en religiones antes que él, las relacionó con el dios anatólico *Ap(p)aliunas* especialmente venerado en Troya VI; supuso, como otros antes que él, que entre ese dios y el griego *Apollon* había una relación no sólo fonética.<sup>60</sup> Eso no es todavía seguro.<sup>61</sup> Pero no se puede dudar de la conexión entre las estelas de puerta en Troya VI y el culto anatólico a las piedras liminares.

### *Ciudad comercial*

En consecuencia de todo ello, la pertenencia de Troya VI/VIIa al área de culto anatólico del siglo II a. C. puede darse por segura. Con eso, también queda dicho que hubo de haber multitud de relaciones culturales entre Troya y otras ciudades anatólicas, tanto en la costa del Egeo como en la Anatolia del interior. Por supuesto, una de

esas relaciones es la comercial. Es, probablemente, el aspecto más importante si se quiere comprender la significación de Troya en la época prehistórica —y con ello, su permanente amenaza—. Si Troya hubiera sido únicamente un centro rural y de mercado ganadero para la región circundante, no sería explicable su continuo crecimiento hasta alcanzar una dimensión notoriamente suprarregional en el período Troya VI. La ineludible condición previa para ello es una patente superioridad en poderío económico y financiero, especial pericia tecnológica y también seguramente una fuerza militar disuasoria sin competencia, al menos en la región. ¿De dónde vinieron esos medios?

Troya estaba a la orilla del mar. Korfmann, antes de comenzar a excavar en la propia colina, investigó detalladamente (1982-1987) la bahía de Besik, al suroeste de Troya, en la costa del Egeo, a unos ocho kilómetros de la ciudadela. Numerosos hallazgos pusieron en evidencia que esa bahía fue, desde tiempos inmemoriales, parte de Troya. Era su puerto.<sup>62</sup> Según toda lógica y probabilidad, ese puerto constituía la base para el progreso de Troya. Porque en el estrecho de los Dardanelos reinan condiciones extraordinarias para la navegación: justo durante la estación (mayo-octubre) sopla un fuerte viento del nordeste contra los barcos que quieren entrar, a eso se añade una corriente constante del mar de Mármara al Egeo. Ambos unidos imponían largas pausas de espera a la navegación a vela y remo, en una época en que el arte de navegar de través apenas comenzaba a dominarse. La bahía de Besik era allí «la última estación de servicio antes de la autopista».<sup>63</sup> Aquí podía esperarse, en relativa seguridad, hasta que las condiciones mejorasen algo. Pero, por supuesto, aquí también se podía desembarcar y tomar carga. Por último, aquí podía uno aprovisionarse de agua fresca y alimentos. Suponer que todo eso sería gra-



tis iría contra todo lo razonable. La fortificada y opulenta Troya reinaba sobre la costa de entonces y estaba atenta a todo lo que pasaba. En el puerto, precisamente, no podía pasar nada sin su aprobación.

Como es natural, no sabemos con todo detalle cómo se ejercía el control. Para ello tenía que habernos llegado el reglamento portuario. Claro está que no podemos esperarlo. Pero la experiencia vital y las analogías de tiempos pretéritos pueden ayudar, en un caso como éste, a imaginarse que no sólo tenía su coste el aprovisionamiento de la tripulación, sino también la estadía del barco.<sup>64</sup> Y así mismo es de imaginar que lo tendría el servicio de prácticos, como consecuencia del meticuloso conocimiento de contracorrientes y rutas especialmente seguras de navegación a través del estrecho. Habría servicio de transporte entre las costas europea y asiática de los Dardanelos. Al mismo tiempo, la involuntaria parada del barco ofrecía abundantes posibilidades de intercambiar productos propios y géneros acumulados por mercancías ajenas, es decir, de constituir un comercio profesional. Todo esto se sobreentiende respecto a la principal actividad económica de las ciudades portuarias de todos los tiempos, igual antiguos que modernos, hasta tal punto que uno apenas se atreve a resaltarlo. A eso se añade que las gigantescas dimensiones de muchos edificios en la elevación fortificada de Troya, ya desde Troya I, no dejan lugar a duda: no debían de dedicarse sólo a la representación. Hace mucho que se ha supuesto que la mayor parte de esas construcciones eran almacenes para la segura custodia de mercancías. En tanto nada de eso se ha comprobado en la misma costa, la suposición de que todo eso está dirigido al comercio sigue siendo muy esclarecedora.

La cuestión de la importancia comercial de Troya estuvo mucho tiempo pospuesta ante la pura actividad ar-

queológica. Es cierto que siempre se ha considerado que Troya hubo de mantener, desde el principio, amplias relaciones comerciales en todas las direcciones. Ya lo mostraban los más de veinte «hallazgos de tesoros» que en las ruinas quemadas del estrato Troya II (alrededor de 2450 a. C.) salieron a la luz —entre ellos, el «Tesoro de Príamo», así llamado por Schliemann, y que en realidad no tiene nada que ver con el Príamo de Homero—: ahí se han empleado materiales que no proceden del lugar, ni de sus contornos próximos o lejanos, es decir, que hubieron de ser intercambiados en comercio a gran distancia.<sup>65</sup> Sobre todo, el abundante empleo de bronce, imprescindible, entre otros usos, para la fabricación de armas, indica unas relaciones comerciales de gran amplitud, puesto que la materia prima exigida para la producción de bronce, el zinc, debía adquirirse en Asia central o Bohemia. También Troya fue el primer lugar de la zona del Egeo que empleó el torno alfarero de giro rápido para la fabricación de cerámica. Pero esa innovación técnica se inventó en Mesopotamia, de modo que hubo de importarse desde allí y, además, como en los últimos tiempos se revela cada vez más claramente, a través de contactos con la Anatolia interior.

Así pues, el comercio tuvo en Troya una tradición antiquísima. El continuo crecimiento de la ciudad y la construcción, cada vez más perfecta, de su dispositivo de defensa, al que hemos echado un pequeño vistazo, muestran que esa tradición comercial y su correspondiente intercambio cultural no pudieron ser destruidos a lo largo de siglos y que, al contrario, debieron de adquirir cada vez mayor extensión. En Troya VI tenemos el resultado a la vista: una gran ciudad opulenta, con grandes casas de cimientos pétreos —incluso de dos plantas en el área de la ciudadela—, con la planificación urbana sobresaliente en su dirección y ejecución —sólo la muralla de la ciudadela

de Troya VI es un ejemplo de exactitud increíble a cualquier escala—, con una intensa producción de todo tipo de cerámica y trabajos en metal. El conocimiento creciente, de año en año, del barrio bajo saca más cosas a la luz. Hoy ya se sabe algo, por ejemplo, de la actividad industrial en el barrio bajo de Troya VI. En los informes de excavación se habla cada vez más de lugares donde se trabajaba el metal y las tinturas purpúreas: así, en las campañas de 1996 y 1997, junto a un edificio del barrio bajo de la fase media de Troya VI, en el espacio más reducido, se hallaron más de diez kilogramos de conchas de múrice de la púrpura.<sup>66</sup> A eso se añaden, en comparación, inmensos hallazgos de huesos de caballo justo en la fase tardía de Troya VI. Antes se prestaba poca atención a esos hallazgos óseos. La excavación Korfmann, con la participación de sus disciplinas múltiples, por ejemplo, también la arqueozoología, es decir, la ciencia del mundo animal del pasado, se esfuerza por dirigir su atención, clasificar y analizar clases completas de hallazgos y en emplearlos para la reconstrucción de una imagen global de la vida de entonces.

En lo concerniente a los hallazgos de huesos de caballo, hace tiempo que es conocido que el II milenio a. C. fue la «Edad de los Carros de Guerra». Eran, como quien dice, los tanques de la época en todo el Próximo Oriente, en especial entre los hititas. Funcionaban, como es natural, mediante «caballos de fuerza», en sentido estricto del término. El consumo de caballos tuvo que ser enorme. Había caballos salvajes en la Anatolia interior y en las zonas esteparias del área septentrional del mar Negro. Claro está que debían ser adiestrados para su cometido. Los hititas nos han dejado tratados completos de hipología (ciencia del caballo).<sup>67</sup> Ante los mencionados hallazgos óseos hay que preguntarse si Troya hacía de emporio del comercio caballar, tal vez incluso de centro de crianza y entrenamiento.<sup>68</sup>

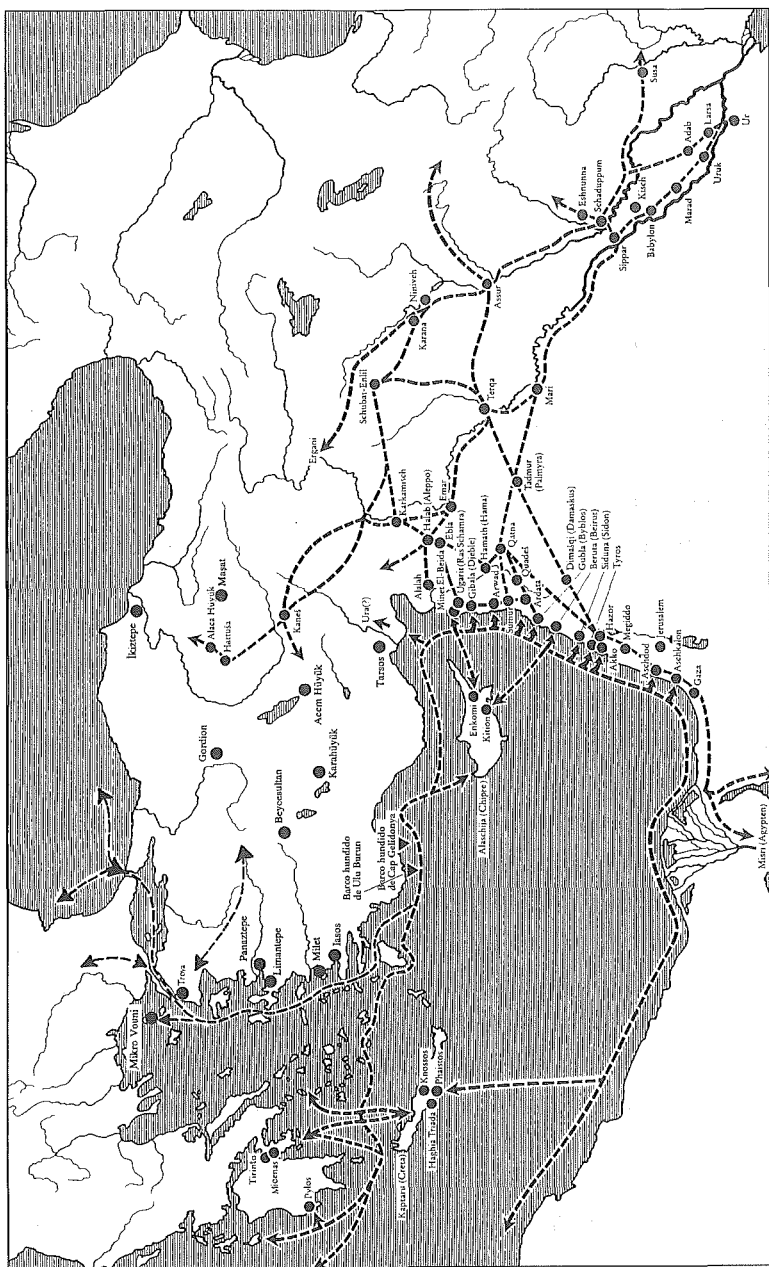
Son preguntas que, de entrada, sólo pueden plantear-

se. La explicación la debén aportar las posteriores excavaciones. Pero, entretanto, son posibles las teorías. No hay que hacer aspavientos negativos ante la palabra «teoría». Las teorías dirigen con frecuencia nuestra búsqueda que, de lo contrario, tendría que ser ciega. El pensador griego Heráclito mostró el camino a toda la ciencia europea en el siglo VI a. C., cuando formuló en una de sus «oscuras» sentencias: «... si no se espera, no se hallará lo inesperado, pues no es hallable ni descubrible».<sup>69</sup> En ese sentido, el propio arqueólogo jefe de Troya en los últimos años, Manfred Korfmann, se ha adelantado con una teoría sobre la relevancia comercial de Troya que merece la mayor atención.

En base a su situación geográfica y su magnitud, en el caso de Troya, comercio sólo puede significar *comercio a gran distancia*. En la extensa región mediterránea, el comercio a gran distancia tuvo lugar, desde el III milenio a. C., como más tarde, entre tres espacios culturales principales: Mesopotamia (Babilonia y Asiria), Egipto/Arabia y las grandes ciudades portuarias fenicias en Levante, como Byblos, Beruta (Beirut), Siduna (Sidón) o Tyro, desde donde continuaba el posterior reparto por barco hacia el oeste —Creta, Grecia, España, norte de África— y el norte —Anatolia occidental, Tracia—. Entre los vértices de este triángulo y según las características del terreno, se formaron rutas comerciales para las caravanas de asnos que, en parte, son la base de las carreteras actuales. Al principio del II milenio, los asirios dominaban esa red de caminos, incluso con cadenas de establecimientos comerciales, las llamadas poblaciones *Karum*. De todas las regiones posibles que tenían en oferta mercancías deseadas confluían rutas de abastecimiento en esa red triangular. Una de esas rutas venía de la costa meridional del mar Negro —desde donde partía la entrada a la zona del Cáucaso con sus ricos yacimientos de metales, entre ellos también de oro—, a través de la Anatolia central, hasta el

triángulo central. Sin embargo, desde el siglo XVIII a. C., los hititas surgieron como la potencia dirigente político-militar en la Anatolia central. Si las viejas rutas comerciales a la costa del mar Negro querían continuar, se veían obligadas a quedar bajo la custodia de los hititas. Pero éstos no pudieron tolerar el paso más tiempo (no discutiremos ahora los motivos). Desde luego, con eso no se hacía imposible el comercio con la zona del mar Negro: sólo debía conducirse por nuevas rutas.

Con ese trasfondo, sería mucha casualidad que precisamente en esa época —por decirlo con exactitud, alrededor de 1700 a. C.— florezcan Troya y el comercio del mar Negro, así como que, al mismo tiempo, se iniciara la promoción de Troya a cultura avanzada (= Troya VI). Todo indica que los antiguos comerciantes trasladaron sus rutas comerciales de la tierra al mar. Las calzadas a larga distancia entre Mesopotamia y los otros dos espacios culturales en la costa mediterránea no fueron afectadas y continuaron en uso. Por el contrario, el transporte de mercancías a y desde la zona del mar Negro pasó al barco.<sup>70</sup> El incremento del tráfico marítimo comercial a lo largo de la costa oriental del Mediterráneo en la segunda mitad del II milenio también es recientemente comprobable en las cargas de los barcos comerciales hundidos que se han investigado y evaluado intensivamente en las últimas décadas por la arqueología submarina.<sup>71</sup> Los transportes marítimos eran incomparablemente más rentables, ya que una sola carga de barco sustituía a la fuerza de transporte de unos doscientos asnos y, además, llegaba mucho más rápido al lugar de destino. Así se aumentó la velocidad del tráfico y multiplicó el beneficio. Con el paso del comercio del mar Negro de rutas terrestres a marítimas, Troya debió de adquirir una nueva y eminente significación como la instancia natural de control del tránsito del mar Negro.



**Figura 10:** Principales rutas de transporte terrestre y marítimo en el II milenio a. C.

El comercio a gran distancia estaba básicamente organizado por instituciones centrales. Solían ser los soberanos regionales y suprarregionales con sus palacios. Al decir «palacios» en ésta y otras conexiones semejantes (política, militar, religión), no hay que entender edificios de representación privados, sino administraciones centrales (gobiernos). Como el comercio servía a sus propios intereses (importación y exportación de materias primas para la producción de armas, tráfico de mercancías de lujo, cobro proporcional de ganancias y demás), lo protegían. Para eso servían sobre todo los pactos de estado; y, en un caso dado, también podían contemplarse ataques militares (guerras comerciales). La dirección práctica se encomendaba a agentes. Para garantizar la continuidad, los establecimientos comerciales se fomentaban y protegían. Esos establecimientos en su mayoría buscaban el contacto de poblaciones ya asentadas, pero establecían sus propios distritos en el extrarradio. Entre las familias de comerciantes, a las que solían pertenecer también personas de alto rango social como diplomáticos y militares, se establecían relaciones fortalecidas por matrimonios. Así representaba el comercio una segunda escala horizontal junto a la escala política de las dinastías palaciegas. Ambas cooperaban entre sí en pro del mutuo beneficio.

Una vez examinado el entorno próximo y lejano de Troya —al este y norte, la Tróade, ambas costas de los Dardanelos con las del mar de Mármara y luego la meridional del mar Negro; al sur, la costa occidental de Asia Menor con las islas de Imbros, Tenedos y Lesbos, situadas enfrente, y hacia abajo, *Abasa* (en griego, más tarde, *Ephe-sos*) y *Millawanda* (en griego, más tarde, *Miletos*); al oeste, la costa septentrional del Egeo (Tracia) y la posterior área balcánica—, no se aprecia en toda esta dilatada zona ningún centro de poder y economía que pudiera competir con ella. Dicho de otro modo: si Troya no hubiera existi-

do, habría habido que fundarla. Se impone la conclusión de que todas esas regiones, con sus centros locales pequeños y medianos, veían en Troya su puesto avanzado y mantenían allí sus agentes y representaciones comerciales pactadas. Troya, como centro de recepción, almacenamiento y organización, funcionaba como lugar principal de esa «Unión de los Tres Mares» (Egeo, Mármara y Negro) y como rueda de la fortuna cuyo giro ininterrumpido era del interés de todos.

En consecuencia, la familia reinante en la ciudadela de Troya se debió de apoyar menos en tropas o incluso flotas expansivas, que en el permanente fomento de su importancia comercial y el fortalecimiento de la necesidad absoluta del lugar. La idea de sí mismas de las ciudades-república fenicias y, más tarde, desde alrededor del 600 a. C., de la griega Mileto era, básicamente, del mismo carácter. Eso explicaría también el carácter defensivo de Troya, con sus extraordinariamente masivas construcciones de seguridad, puesto de manifiesto desde un principio por las excavaciones. La situación geográfica permitía a la ciudad la forma de existencia de una «araña en la red» a la que todo acude por sí, en tanto y cuanto mantenga en vida la red. Sosténimiento de almacenes, administración de haberes, seguridad de mercancías, organización del comercio y control de los movimientos de los barcos retienen en este caso las fuerzas y utilizan el pleno rendimiento de las energías. En tales condiciones, no se dispone de necesidad ni tiempo para afanes expansivos.

Si Troya —y, en especial, Troya VI/VIIa— debiera ser puntualmente clasificada y caracterizada, hablaríamos aquí de un puesto de supremacía en una especie de Liga Hanseática.<sup>72</sup> Eso explicaría también la relativa independencia política de Troya frente a las grandes potencias de la época: los hititas, egipcios y micénicos. En tanto esas potencias estaban interesadas en el comercio a gran dis-

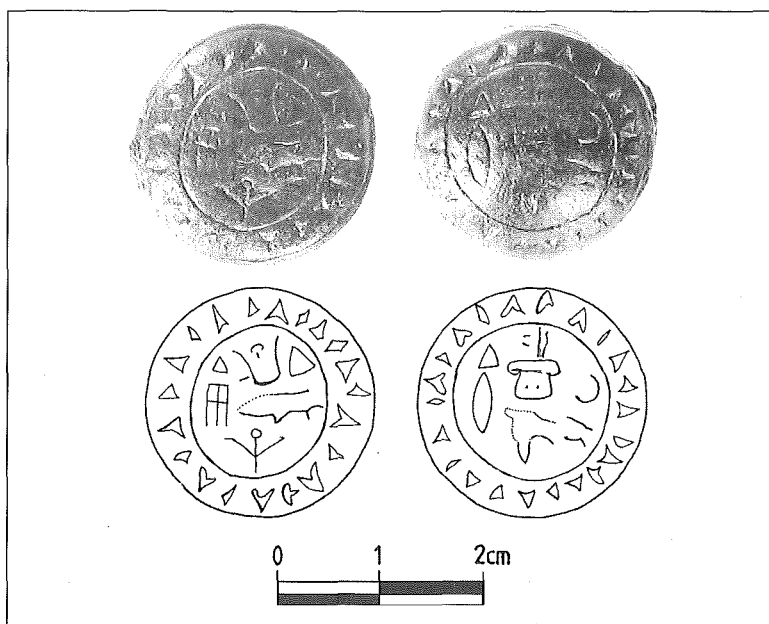


tancia con las zonas de Troya y del mar Negro, la ciudad comercial podía serles útil en función de plataforma y emporio comercial bien organizado y de buen funcionamiento, como una especie de puesto exterior septentrional del que no había que temer amenaza militar alguna. Sin embargo, la posición de monopolio de Troya y, con eso, la capacidad potencial de bloqueo, así como su continua acumulación creciente de capital, también podía convertirse para alguno en espina clavada. Relegar regularidades históricas de esta clase en el caso de Troya al campo de la fantasía, como se ha hecho con frecuencia, significaría mezclar sentido político real con afectos ajenos que surgen en demasía en el enconado debate sobre Troya y Homero. Tras los múltiples descubrimientos de los últimos años en muchas áreas especializadas, parece que ese debate no ha hecho sino comenzar a ser metódicamente susceptible de respuesta. Y ahora es oportuno mostrarlo más claramente.

Todas las actividades de organización y comercio de la dimensión citada dependían de un instrumento determinado cuya aplicación podía aportar orden y, con él, asegurar el dominio de la situación: la escritura. Escenarios como el descrito antes podían ser fácil objeto de especulación en tanto seguía sin comprobarse el empleo de la escritura en Troya. También el año 1995 trajo el punto de inflexión en este extremo.

#### APARECE UN DOCUMENTO ESCRITO

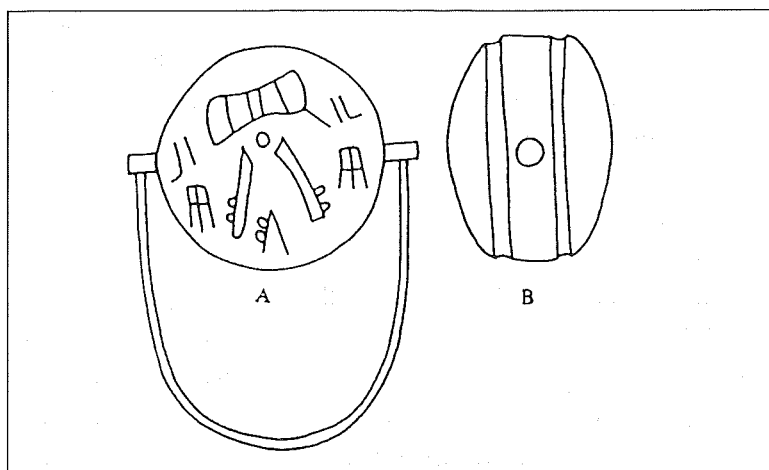
Después de Schliemann, todos los arqueólogos de Troya fueron lo bastante previsores como para dejar intactas, acá y allá en la colina de la ciudadela, determinadas áreas a fin de posibilitar controles posteriores. Una de esas prominencias de tierra, los llamados pináculos, que indican



**Figura 11:** El sello (original y dibujo).

el nivel original de la colina antes del inicio de la excavación Schliemann, se encuentra al sur de la eminencia de la ciudadela, al oeste de la «casa de los pilares», pegada a la muralla de la ciudadela de Troya VI (cuadrante E 8/9, en el plano general de la guía de Troya 1998). Cuando se excavó el ramal meridional de esa prominencia (en E 9), en el marco de la nueva excavación 1995, salieron a la luz los cimientos de varias viviendas que estuvieron entre la muralla de la ciudadela y una calle interior que discurría paralela a aquélla y desde donde eran accesibles. En una de esas casas apareció, junto a fragmentos, huesos y desechos de todo tipo, en el estrato «Troya VIIb2 temprano» —es decir: segunda mitad del siglo XII a. C.—, una pieza que tuvo un efecto electrizante no sólo en el equipo de excavación. En la descripción del hallazgo que se imprimió un año después en *Studia Troica*, se denominó «la pri-

mera inscripción prehistórica garantizada de Troya». Se trata de un pequeño sello de bronce, redondo y convexo por ambas caras (es decir, «biconvexo», fig. 11). Un sello, como tal, no es algo extraordinario en las poblaciones antiguas de Asia Menor, ni tampoco de Grecia y los demás países mediterráneos. Los sellos son las más antiguas marcas de propiedad. Con ellos se «sellan», hasta hoy, depósitos de mercancías, documentos, cartas, en una palabra, todo lo que debe permanecer cerrado entre el remitente y el receptor previamente determinado, así como documentos oficiales, como testimonio de su autenticidad y fiabilidad. Antes como ahora, nuestros certificados (nacimiento, matrimonio, contratos de todo tipo) necesitan el sello oficial para su validez. Éste suele guardarse en depósito y sólo puede ser utilizado por quien es autorizado por una instancia superior. El derecho de sellar es signo de la jurisdicción administrativa. Hasta el día de hoy, el sello de los documentos, incluso en su forma de goma estampillada, suele ser redondo.



**Figura 12:** Representación esquemática de un sello giratorio anatolio.

Los sellos más antiguos conocidos son de piedra, de forma aún no tipificada —pueden ser cuadrados, rectangulares, ovales, redondos— y suelen mostrar la incisión de un solo y determinado signo. Con el tiempo, los sellos se van homologando, con una tendencia a la forma redonda y de contenido más expresivo. Contienen breves indicaciones de propiedad, rango o procedencia, como también nuestros sellos. Los biconvexos forman una clase especial. Su atributo característico consiste en que suelen portar inscripciones en ambos lados; para la utilización más rápida posible de las dos caras suelen estar perforados a lo largo de su diámetro horizontal y a través del orificio perforado se ha introducido un eje metálico que va unido a una pieza en forma de estribo (figura 12). De esa manera, el sello podía girarse rápidamente.<sup>73</sup> Como cada una de las caras portaba un nombre distinto —generalmente, en una, el de la persona encargada, y, en la otra, el de su esposa—<sup>74</sup> el documento correspondiente podía ser doblemente sellado al mismo tiempo, sin duda para la exaltación de la autoridad y confianza, por la misma persona y con el mismo sello, en lugar de los preceptivos dos sellos y dos funcionarios.

El sello de bronce hallado en Troya pertenece a este último tipo de sellos giratorios. Korfmann lo describió así en 1996:

Como los sellos solían tallarse en piedra casi por regla general, éste llama la atención ya sólo por el metal. Además de ello, se trata de un hallazgo especial porque muestra signos inscritos en ambas caras. Así como otros, partimos del supuesto de que los troyanos sabían leer y escribir.<sup>75</sup>

Después de lo visto, eso no sólo debiera suponerse, sino incluso deducirlo como consecuencia de todo lo hallado. Ahora bien, ¿en qué lengua leían y escribían los troyanos?

A la vista de la inscripción del sello, ni Schliemann, ni Dörpfeld, ni Blegen hubieran podido responder a la pregunta porque, en su tiempo, la inscripción aún no había sido descifrada y la lengua que se fijó en ella o bien era todavía desconocida (en el caso de Schliemann y Dörpfeld) o bien apenas acababa de descubrirse (en el caso de Blegen). Para poder valorar adecuadamente la importancia del hallazgo del sello en Troya, se impone hacer una incursión en la historia del desciframiento de escrituras e interpretación de lenguas.

En tanto sabemos, la escritura, como medio mantenedor de contenidos hablados, es decir, de hacerlos perdurar con independencia del tiempo y el lugar y así convertirlos en transmisibles, se inventó por primera vez por los sumerios en Mesopotamia, entre los ríos Éufrates y Tigris, en el actual Irak, y en las riberas del Nilo por los egipcios, acaso de un modo no independiente entre ellos en lo referente a la idea básica, hacia el 3000 a. C. Al principio, tanto entre los sumerios como también los egipcios, consistía en simples dibujos de imágenes que sólo significaban la materia representada: un sol = «sol», una línea ondulada = «agua», un ojo = «ojo», y así sucesivamente. A esos signos susceptibles de una sola interpretación se les llama «logogramas» (inscripción de palabras). El siguiente paso fue la utilización de los dibujos de imágenes también para los contenidos emparentados: el sol pintado también = «luz», «día», «claro», «caliente». Los signos con esa función se llaman «ideogramas» (inscripción de ideas). Hasta ahí, esa protoescritura es independiente de la lengua de quien la ve, lo mismo que nuestros pictogramas (inscripción de imágenes): una mujer dibujada esquemáticamente, que se inclina sobre un bebé también esquemáticamente dibujado sobre una mesa igualmente

trazada, significa en los aeropuertos «sala de pañales», en cualquier lengua que sea; una línea en forma de S, en una señal de tráfico, significa «¡atención! ¡curvas!», en cualquier idioma. Escrituras limitadas a dibujos de ese estilo son, pues, independientes de las lenguas individuales y por eso pueden entenderse y utilizarse por miembros de diversas comunidades idiomáticas: son «internacionales». Esas escrituras, por lo mismo, son especialmente adecuadas para la comunicación dentro de comunidades plurinacionales que al mismo tiempo son comunidades de hablantes en diversas lenguas. Sin embargo, no son útiles para expresar contenidos que van más allá de lo elemental.

El siguiente escalón consiste en utilizar el sol dibujado de modo que se entienda sólo la primera sílaba de esa palabra que, en la lengua correspondiente, significa «sol» (en alemán, *Sonne*, sería *so-* o también *son-*). El último paso es figurar el sol, aunque sólo se alude a la letra inicial de la palabra correspondiente para «sol» (en alemán sería */s/*).

Con las dos últimas escrituras se forma una de tal índole que, como fácilmente puede verse, está sólo relacionada con aquella lengua a partir de la que se ha creado esa escritura. Se le llama *acrofónica*, en griego = «sonido del extremo». Si el lector de nuestro ejemplo no fuese hablante alemán, sino griego, nunca entendería el sol dibujado, según el principio acrofónico, como *so-*, *son-*, o */s/*, ya que, en su lengua, el sol no figura como porción sonora *Sonne*, sino como porción sonora *helios*; así que no entendería *so-/son* o */s/*, sino *he-/hel-* o */h/*.

Por lo dicho hasta aquí, las lenguas de imágenes, en cuanto rebasan lo más elemental, son inadecuadas para una comunicación internacional inmediata. No obstante, también son la base de nuestra escritura. Sus signos, con el deseo de minimizar el tiempo empleado en el dibujo

de cada imagen en la escritura usual, se van haciendo cada vez más simples, estilizados y abreviados. Hasta el punto de que un día se simplifican tanto que, en lugar de la imagen original, sólo quedan signos que no son imágenes pero se distinguen entre sí con nitidez y con los que se describe un solo sonido completamente determinado. Posteriormente, ese inventario de signos se transmite de una comunidad lingüística a otra. En ese caso, el maestro sólo debe enseñar al alumno la significación fonética de cada signo.

Desde los griegos, Europa ha seguido por ese camino de la transmisión esencialmente inalterada de un sistema de reproducción formado. El resultado es que, en la actualidad, todas las lenguas europeas y muchas extraeuropeas se transmiten mediante el alfabeto griego, generalmente en su forma latinizada. Sin embargo, el paso a esta forma más altamente desarrollada de la escritura con el principio «un sonido = un signo» no tuvo lugar hasta alrededor del 800 a. C. Todas las escrituras que se desarrollaron y emplearon en la época anterior eran combinaciones más o menos incompletas de imágenes, sílabas y sonidos. De los soportes sobre los que se escribió —piedras, tabletas de arcilla y otros objetos— muchos llegaron hasta nuestra época a través de siglos y milenios, por ejemplo, las piedras con inscripciones que se utilizaron en nuevas casas, las inscripciones en rocas que siguen siendo evidentes al cabo del tiempo, las inscripciones monumentales como los obeliscos egipcios y, finalmente, los objetos inscritos que han salido a la luz en excavaciones modernas, como el mencionado sello. Como los hablantes de las lenguas para las que se crearon esas escrituras ya no existían, todas esas inscripciones debían ser descifradas trabajosamente en la era moderna, y las hay que aún están por descifrar. En esa labor ayudaban los llamados bi- y trilingües, es decir, monumentos inscritos

que reproducen conjuntamente el mismo texto, generalmente decretos de una instancia gubernamental, en dos o tres lenguas (y escrituras), de las que al menos una es ya conocida. También en casos así, la interpretación de la escritura desconocida y la reconstrucción de la lengua ignorada transmitida con ella resulta ser uno de los mayores desafíos para la inteligencia humana y la historia de los desciframientos de lenguas y escrituras, una de las más interesantes novelas de aventuras de la ciencia.

El inicio de esa historia interminable lo constituyó la interpretación de la escritura egipcia antigua, los llamados jeroglíficos (literalmente: «tallas sagradas»; la primera parte de la palabra la tenemos también, por ejemplo, en «jerarquía» = dominio sagrado, y la segunda parte en «gliptoteca» = almacén de tallas o sala de esculturas), como denominaron a esos signos los griegos que dominaron Egipto desde la época de Alejandro Magno (332 a. C.). La interpretación de esa escritura no se consiguió, tras incontables tentativas erróneas de innumerables expertos, hasta el año 1882; el intérprete, el francés Jean François Champollion, figura como padre de la moderna ciencia del desciframiento.

El segundo gran desafío descifrador lo representaba la antigua escritura cuneiforme antiguopersa, que se conocía desde 1684, en inscripciones pétreas de Persépolis, a unos sesenta kilómetros al nordeste de la actual Schira, en Irán. Con esa labor están especialmente unidos los nombres de Carsten Niebuhr, Georg Friedrich Grotefend y Henry Creswicke Rawlinson. La interpretación fue esencialmente concluida alrededor de 1850.

El tercer desciframiento, dirigido a la escritura cuneiforme mesopotámica, es decir, sumeria, elámica y asirio-babilónica, también llamada acádica, transcurrió dramáticamente. Rawlinson, quien también estudió profundamente esta escritura, escribió en 1850: «Quiero reconocer espon-



táneamente que [...] he estado a punto más de una vez [...] de abandonar el estudio [de las inscripciones asirias] definitivamente, porque desesperaba por completo de la consecución de un solo resultado satisfactorio». Tras incontables tentativas, éxitos parciales y fracasos de numerosos expertos, consiguió aquel mismo año de 1850 el irlandés Edward Hincks el conocimiento pionero de que la escritura era silábica (cada signo indica una sílaba que puede ser «consonante + vocal», «vocal + consonante», o «consonante + vocal + consonante»), además, que el mismo signo puede ser polivalente: puede indicar una palabra o una sílaba, o, como componente de determinados grupos de signos, indicar una determinada categoría de objetos como determinativo, por ejemplo, HOMBRE, MUJER, PAÍS, MADERA. No obstante, cuando se puso de manifiesto que tampoco se habían agotado todas las posibilidades, sino que el mismo signo silábico podía tener diversos valores fonéticos, todo el trabajo de interpretación llevado a cabo hasta entonces cayó en descrédito.

En esa aparente situación sin salida, la Real Sociedad Asiática de Londres planteó a cuatro reputados asiríólogos que trabajaban hacía tiempo en el desciframiento, Rawlinson, Hincks, Fox Talbot y Oppert, la tarea de traducir, de manera independiente entre ellos, una entonces recién descubierta inscripción, que ninguno de los cuatro conocía, y remitir la solución. En una sesión solemne de la Sociedad se abrieron los sobres sellados remitidos: las cuatro traducciones coincidían en todo lo esencial. Desde entonces se da por lograda la interpretación de la escritura cuneiforme asirio-babilónica (acádica).

Con ello, estaban descifradas las tres principales escrituras del Antiguo Oriente: la jeroglífica egipcia, la cuneiforme antiguopersa y la asirio-babilónica (acádica) junto a su predecesora, la escritura cuneiforme sumeria. Pero un enigma aguardaba todavía su solución e iban a trans-

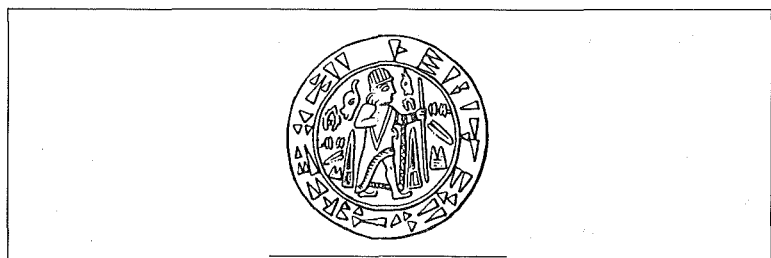
currir más de cien años, hasta que fuera hallada: hablamos de la(s) escritura(s) y lengua de los hititas. Se sabía por la Biblia que ese pueblo existió y que debió de tener un papel significativo en Asia Menor, en el siglo II a. C. En numerosos pasajes bíblicos se hablaba de los «hijos de Heth» y de los «hititas»,<sup>76</sup> como por ejemplo en Génesis 23, 1 y ss. Uno de esos pasajes despertaba especialmente la fantasía, se trata del Segundo libro de los Reyes, capítulo 7, versículo 6, y dice:

El señor había hecho oír un estrépito, el estrépito de carros y caballos, el estrépito de un gran ejército. De modo que se dijeron unos a otros: «El rey de Israel ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los hititas y egipcios».

Los «reyes de los hititas» en alianza con los «reyes de los egipcios», o sea, las grandes potencias sobresalientes de la época: eso sólo podía querer decir que esos hititas no eran un pueblo insignificante. Pero eso era todo lo que podía decirse de ellos. Ningún monumento, ningún resto de población, ningún testimonio escrito aparte de la Biblia informaba de su existencia. Si, en definitiva, existieron alguna vez —en la ciencia histórica, la Biblia pasó a ser en el siglo XIX una fuente dudosa—, posteriormente habían desaparecido.

Para colmo de desdichas, cuando más tarde salieron por primera vez de su olvido a la luz con un testimonio escrito, el descubridor de ese documento no reconoció que se refería a ellos: en 1812, el descendiente de una antigua familia patricia de Basilea, el comisionado de la Real Sociedad Africana y de la Compañía de las Indias Orientales Johann Ludwig Burckhardt («Scheich Ibrahim»), durante una visita en la ciudad siria de Hama (la bíblica Hamath, más tarde en griego Epiphaneia de Orontes), se topó en el bazar con una pequeña piedra cu-

bierta de figuras y signos que le recordaron los jeroglíficos egipcios pero que se diferenciaban radicalmente de ellos. Por desgracia, sus observaciones al respecto fueron pasadas por alto. A los informes de otros viajeros sobre la misma piedra no les fue mejor. Hasta que en 1872, la piedra, junto a otras cuatro del mismo tipo, se envió por el gobernador de Siria a Constantinopla; al British Museum de Londres llegaron sus vaciados en yeso. Los orientistas europeos y americanos pronto estuvieron de acuerdo en que debían tener ante sí la escritura y la lengua de los hititas. La conjetura fue atestada por numerosas inscripciones del mismo estilo que aparecían desde 1876 en las excavaciones británicas en Dscherablus de Éufrates (en la actualidad el puesto fronterizo turco-sirio de Carablus). La ciudad excavada resultó ser el antiguo centro de poder hitita de Karkame (también Karkamisch, Karkamis y versiones semejantes), que para entonces se conocía por fuentes egipcias y acacias. A unos ciento cincuenta kilómetros al este de Ankara, en el pueblo turco de Bogazköy, que más tarde resultaría ser Hattusa, la antigua capital de los hititas, se hallaron más inscripciones del mismo tipo en unión de monumentales esculturas roqueiras, así como, entre otros lugares, en el paso Karabel, a treinta kilómetros al este de Izmir, como veremos más



**Figura 13:** El llamado sello de Tarkondemos, conocido desde el siglo XIX.

adelante. Hay que decir que, de entrada, nadie podía leer todos esos textos.

En 1880, el nativo galés y más tarde profesor oxfordiano de Asiriología Archibald Henry Sayce, dio un paso decisivo y, por cierto, ¡de la mano de un sello! Ese sello (figura 13) fue en origen una plaquita de plata descrita ocho años antes por el orientalista alemán Mordtmann en una publicación especializada.<sup>77</sup> Fue a parar, en Smyrna (= Izmir) a las manos del numismático Alexander Jovanoff, quien lo ofreció en venta al British Museum de Londres. La dirección del museo la tuvo por una falsificación y rechazó la compra, aunque con la precaución de hacer una copia. Esa precaución tendría su recompensa, no en el año 1880, sino, como luego veremos, de manera poco menos que sensacional, por segunda vez en el reciente pasado, en 1997, y además en conexión inmediata con la cuestión de Troya. Pero no nos adelantemos. Por entonces, en 1880, el mencionado asiriólogo Sayce examinó la copia de aquel sello en el British Museum. El sello portaba, en un estrecho segmento anillar circundante una inscripción cuneiforme, y, en la parte central, mostraba un ricamente ataviado «guerrero» —como dijo entonces Mordtmann— armado, y: «en ambas caras se ven diferentes *símbolos*». Mordtmann ya había intentado leer el texto cuneiforme exterior y, con ayuda del determinativo que también aquí aparecía, había penetrado el armazón del significado «XY (= nombre no legible), rey del país XY (= nombre no legible)». Así mismo había interpretado el nombre del rey como «Tarkudimmi», un nombre frecuente en Cilicia, y comparado ese «Tarkudimmi» con el nombre que aparece en el autor griego Plutarco (siglo II d. C.) «Tarkondemos». Desde entonces, el sello es conocido en hititología como el «sello Tarkondemos»; hasta 1997 no se reveló qué reza la lectura correcta.

La interpretación por Mordtmann de la parte cunei-

forme del sello era correcta hasta la lectura del nombre. Pero no había dado el paso decisivo para el completo desciframiento futuro del hitita. Ése lo dio Sayce: Mordtmann no había reparado mayormente en los signos figurativos de ambos lados de la figura central y los despachó como «símbolos». Sayce reconoció que esos signos no eran símbolos cualesquiera, sino signos escritos. Y fue más allá al reconocer que esos signos de escritura pictográfica en la parte interior debían expresar el mismo texto que los signos cuneiformes del anillo exterior. Eso fue un hito en la investigación. Porque así se tenía en la mano el primer bilingüe hitita. Pero, por entonces, eso no bastaba para empezar. Porque, tanto la lengua que se transmitía mediante el escrito cuneiforme en el anillo exterior, como la que parecía transmitirse mediante los signos figurativos del interior, eran desconocidas. Era como si se tuviera hoy un texto escrito en letras latinas y un segundo escrito en letras griegas. Se reúnen en palabras las letras, cuyo valor fonético se conoce, y hay que concluir que esas palabras no son de la lengua latina ni de la griega. Producen varios sonidos que parecen totalmente carentes de sentido, porque no son latinos ni griegos, sino que proceden de una lengua que no se conoce. Así que se pueden leer los textos, pero no entenderlos. Una situación frustrante.

Y no mejoró, sino que se tornó aún más atormentadora con el hallazgo hecho en 1888 en El Amarna, Alto Egipto. Allí salió a la luz un archivo de tabletas de arcilla, se trataba del resto copioso de un intercambio epistolar entre los faraones egipcios Amenofis III y Amenofis IV (Ekhnatón), y los reyes de Asia Menor. Entre esas cartas, redactadas en acadio perfectamente comprensible, también se encontraban dos procedentes de los «reyes de Hatti», es decir, de los reyes hititas. ¡Así que la Biblia tenía razón! Una de las cartas procedía de un cierto rey

Suppiluliuma y felicitaba a Eknatón por su entronización. Más cartas portaban valiosas explicaciones referidas a guerras y expediciones de los hititas en Asia Menor meridional (Siria). Los historiadores estaban exultantes. ¡Por fin regresaba a la claridad de la historia el tanto tiempo desconocido pueblo e imperio de los hititas! Los especialistas en lenguas tenían menos motivos para el regocijo. Porque aquí se repetía lo que les había llevado a la desesperación con el sello Tarkondemos. Dos de las cartas en las tabletas de arcilla estaban redactadas en escritura cuneiforme acadia, pero en una lengua que era completamente desconocida. Estaban dirigidas a un receptor en el «país Arzawa». Eso sí podía deducirse, pero nadie conocía el «país Arzawa» y el texto era incomprensible. Hasta 1997 no se reveló de qué manera conectaban esas «cartas Arzawa» con el sello Tarkondemos. En la época en que se publicaron, el año 1902, originaron un gran escándalo. Sus editores, Knudtzon, Bugge y Torp, avanzaron la hipótesis de que la lengua desconocida sería hitita, y que el hitita pertenecería a un grupo lingüístico totalmente diferente al de la mayoría de los textos redactados en escritura cuneiforme: mientras esas lenguas serían semíticas, el hitita sería indoeuropeo, de modo que, con las cartas Arzawa, se disponía del monumento lingüístico más antiguo del tronco indoeuropeo. Ésa era, en la época, una hipótesis inaudita. La indoeuropeística la rechazó y los editores se retractaron. La cuestión de la lengua de las cartas quedó irresuelta.

La situación iba a tornarse aún más atormentadora. En 1905, el asiriólogo alemán Hugo Winckler acudió a Bogazköy, en misión de la Sociedad Oriental Alemana y del entonces káiser Guillermo II, excavó con su equipo un gran templo y encontró allí un archivo de tabletas de arcilla con más de diez mil fragmentos. Una gran parte de esos documentos estaba en buen estado de conserva-

ción. Los que estaban redactados en acadio, la lengua diplomática de la época en el Próximo Oriente, Winckler pudo leerlos enseguida. En el acto supo que se hallaba sobre el suelo de la antigua capital de los hititas, ¡en Hattusa! Veinte días después del inicio de la excavación, el 20 de agosto de 1905, Winckler tenía en la mano una carta del faraón egipcio Ramsés II al rey hitita Hattusili III, sobre el tratado de paz entre egipcios y el imperio de Hatti del año 1269 a. C., ¡un tratado que ya se conocía, en su versión egipcia, de los jeroglíficos en los muros del templo de Karnak, la antigua Tebas oriental en el Nilo! Pronto surgieron más documentos, informes y cartas de todo tipo. En una segunda campaña de excavación, en los años 1911-1912, aumentó el material y la historia de los hititas comenzó a perfilarse. Pero no todos los textos estaban redactados en acadio. Muchos estaban en la misma dichosa lengua que ya se conocía de las cartas Arzawa (lengua que muchos tenían por «caucásica»). Ya hacía cuarenta años que se había reconocido esa lengua en la leyenda cuneiforme del sello Tarkondemos y seguía sin ser entendida por nadie...

Tres años después llegó la solución. Había que agradecerla al hijo del pastor protestante Bedrich (más tarde Friedrich) Hrozny, nacido en Bohemia en 1879, quien había estudiado semitística y asiriología en Viena y Berlín, y a los veinticuatro años llegó a ser profesor extraordinario en la Universidad de Viena. En 1914, la Sociedad Oriental Alemana lo envió a Constantinopla, en cuyo museo debía copiar los textos de Bogazköy allá depositados. Hrozny hizo el decisivo descubrimiento de que en los textos hititas, hasta entonces incomprensibles, aparecían una y otra vez «series» de los mismos grupos de signos cuneiformes. Debían de ser terminaciones. Pero entonces el hitita tenía eso en común con el indoeuropeo, el cual declina las palabras (las conjuga o flexiona). La revela-

ción llegó cuando aquel hombre de treinta y cinco años separó del texto la frase:

nu BROT-an e-iz-za-at-te-ni wa-at-tar-ma e-ku-ut-te-ni

El signo para BROT<sup>78</sup> era un ideograma conocido del acadio. ¡Pero aquí tenía una terminación: *-an*! Y si se leía la tercera palabra conforme a las normas de la escritura cuneiforme, sonaba *ezzāteni*. Su raíz resultaba difícilmente separable del radical indoeuropeo *ed-*, que aparece en griego: *édein*, en latín: *édere*, en alemán: *essen*.<sup>79</sup> La cuarta palabra, puesta en forma fonética, quedaba así: *wātar* (*-ma*). Eso, probablemente, sólo podía emparentarse con «wasser». <sup>80</sup> Así que ahí debía hablarse de «comer pan» y «beber agua». En ese instante todo casó entre sí y Hrozný disponía de la frase «ahora coméis pan y bebéis agua».

La conclusión era ineludible: ¡el hitita era una lengua indoeuropea!<sup>81</sup> El 15 de noviembre de 1915, Hrozný expuso esta conclusión ante la Sociedad Próximo Oriental de Berlín. Fue una sensación científica. En 1917 publicó su recopilación *La lengua de los hititas, su construcción y su pertenencia al tronco lingüístico indoeuropeo*. No había nada de peso que objetar a los resultados. Con ello quedaba descifrada la escritura cuneiforme hitita.

En cambio, seguía sin interpretarse la «imagen» o el llamado «jeroglífico hitita». Desde el hallazgo del sello Tarkondemos y el reconocimiento de Sayce de que los signos figurativos en el interior del sello debían repetir el mismo contenido que los signos cuneiformes del anillo exterior circundante, apenas se había avanzado nada en el desciframiento. Sin embargo, había ganado terreno cierta hipótesis que más tarde debía revelarse como correcta y esencial (y que es de capital importancia para nuestra cuestión del sello de Troya): la escritura pictográfica parecía transmitir una lengua, ciertamente emparen-



tada, pero no idéntica a la cuneiforme. En los textos hititas cuneiformes había fragmentos donde palabras y pasajes de las dos lenguas emparentadas estaban indicados con las señales *luwili* o *palaumnili*, lo que sólo podía significar «en luvio» o «en palavio»<sup>82</sup>. La hipótesis sugería que la escritura pictográfica transmitía uno de estos dos dialectos del hitita cuneiforme, el luvio o el palavio. Esa suposición se fortaleció y precisó cuando se encontró, en más amplios estudios de los textos hititas cuneiformes, que a lo largo del posterior transcurso de la historia hitita (siglos XIV/XIII a. C.) especialmente el luvio ejerció una influencia creciente en la lengua hitita básica o primordial.

Los luvios, un pueblo estrechamente emparentado con los hititas, formaban desde el principio una parte esencial del imperio hitita. El influjo de su lengua en el hitita se muestra también en el léxico. El luvio evolucionaba claramente hacia una especie de lengua popular dentro del imperio y por su intermedio se introdujeron en los textos hititas numerosos préstamos de otras lenguas mediterráneas contemporáneas.<sup>83</sup> Después del declive del gran imperio hitita alrededor de 1175, el luvio perduró en consecuencia en los nuevos pequeños estados y principados sucesores que surgieron, especialmente en el área siria (se habla del «cinturón luvio» de Asia Menor), pero con extensión también hacia el norte. Muchas lenguas anatólicas que hallamos en Asia Menor en el I milenio a. C. como, entre otras, el cilicio, capadocio y licio, se llaman hoy «luvio tardío», «nuevo luvio» o se designan como «luvoides», en consideración a esa continuidad.<sup>84</sup>

Según se desprende de estudios sobre la partición lingüística en el imperio hitita, el luvio se habló especialmente en el sur y oeste del imperio. Los textos pictográficos, como hemos visto, fueron hallados sobre todo en esas zonas: en Hama y Karkemis, en Siria, así como en el

paso Karabel junto a Esmirna (Izmir), y también el sello Tarkondemos procedía de Esmirna. Cada vez estaba más claro que el «hitita jeroglífico», la dichosa escritura pictográfica, era luvio. Pero, desde luego, no había quien la leyera.

El desciframiento de esa escritura pictográfica, de modo diverso al descrito en otros casos, no lo logró un hombre determinado en un momento preciso, sino que se consiguió en un dilatado proceso de búsquedas e intercambios, especialmente en los años entre 1928 y 1946, de varios expertos de diferentes naciones (y hoy aún no se ha completado). Entre esos investigadores hay que mencionar en especial al italiano Piero Meriggi, el polaco de nacimiento y más tarde americano Ignace J. Gelb, el suizo Emil Forrer y el alemán Helmuth Theodor Bossert. Al final de la Segunda Guerra Mundial, se podían leer unos cincuenta signos pictográficos de sílabas del tipo «consonante + vocal». En 1947, se vio que se iba por el buen camino: ese año, encontró Jobert, en Cilicia, sobre el *Karatepe*, la «Colina Negra», al nordeste de la moderna ciudad turca de Adana, un bilingüe «hitita jeroglífico-fenicio». Lo conseguido hasta entonces fue confirmado en todo lo esencial por ese texto, donde un reyezuelo llamado *Asitawatas* narraba sus hazañas.

En los años posteriores, la investigación del hitita jeroglífico se continuó sobre todo por parte del francés Emile Laroche así como mediante un trabajo conjunto científico de dos ingleses, J. David Hawkins y Anna Morpurgo Davies, junto con el alemán Günter Neumann. Los tres últimos pudieron manifestar en una publicación conjunta de 1973 la conclusión de que el hitita jeroglífico estaba estrechamente emparentado con el luvio (en 1996, Hawkins lo recalcó en su artículo «Anatolian Languages» en *Oxford Classical Dictionary*, donde describía al hitita jeroglífico como un «dialecto luvio») y en 1992, Neumann formuló en

un trabajo más amplio con el título «Sistema y Construcción de la escritura jeroglífica hitita» el ya conocido resultado de que «hay indicios en el sentido de que [la escritura jeroglífica hitita] fue creada *primariamente* para la lengua *luvia*». <sup>85</sup> Esta escritura pictográfica combina también sistemáticamente, como ya hemos comprobado como principio de todas las escrituras pregriegas, logogramas, ideogramas y determinativos, junto con signos silábicos inequívocamente acrofónicos: una cabeza de asno dibujada, por ejemplo, puede significar simplemente «asno» como también la primera sílaba abierta de la palabra *luvia* para «asno», *targasna*, es decir, *ta-*.

Neumann respondía en ese trabajo a la pregunta que sin duda se impone a cualquiera que ha llegado hasta aquí: «¿Por qué?». ¿Por qué una parte del gran pueblo de los hititas, los *luvios*, se permitió el lujo de inventarse, además de la ya disponible escritura hitita, la cuneiforme, una segunda escritura? La respuesta que da Neumann nos devuelve a nuestro punto de partida, el sello biconvexo de bronce que se encontró en Troya en 1995. Provistos del conocimiento básico sobre el nacimiento y construcción de las primitivas escrituras de la humanidad, podremos conocer mejor qué importancia tiene ese hallazgo para el conjunto de la cuestión de Troya.

Vaya por delante la aseveración de que, como consecuencia del intenso estudio de los textos cuneiformes hititas que fue posible tras el desciframiento de Hrozný en 1915, hoy tenemos una cosa clara: los hititas y sus pueblos partícipes, los *luvios* y *palaicos*, eran un pueblo indoeuropeo que, en el III milenio a. C., emigraron de las zonas al norte del mar Negro hacia Anatolia y que allí, tras modestos inicios, se fueron convirtiendo, mediante la expansión, en una gran potencia. En el punto culminante de su extensión, esa gran potencia dominaba una gran parte de Asia Menor, si no era incluso toda Asia

Menor, desde el mar Negro hasta Levante, en el suroeste, y hasta el Egeo, al oeste. Para una mejor comprensión del siguiente resumen de la historia hitita, anticipamos un gráfico sinóptico, así como una lista de los reyes y, hasta donde se conocen, las reinas hititas (figuras 14 y 15).<sup>86</sup>

Tras un primer período de expansión con el derrocamiento de tres pequeñas monarquías domésticas, el rey Anitta fundó el primer gran reino hitita, cuya capital era Nesa. Siguió el período del llamado Imperio Antiguo con la nueva capital Hattusa (aprox. 1650-1500), donde la política expansiva se dirigió especialmente contra Asia Menor —los denominados países Arzawa— y Siria; en 1531 llegó a invadirse Babilonia. Pero, como consecuencia de luchas internas por el poder dinástico, se perdieron todas las conquistas hasta que, alrededor de 1500, comenzó el Imperio Medio con el rey Telibinu y la política de conquistas puramente militares se complementó con una política de confederaciones: el poder central en Hattusa impuso reyes vasallos en las partes de Anatolia conquistadas o dependientes y los sujetó mediante tratados. Al mismo tiempo, volvió a ganar Siria y a marchar contra Arzawa en el oeste.

A partir de 1400, comenzó el ascenso a gran imperio de Hattusa que, finalmente, se situó como tercera gran potencia mundial de la época, a la misma altura que Babilonia y Egipto. En esa época dorada del imperio (XIV-XIII a. C.) todos los pequeños estados entre la capital y Levante le pertenecían; más allá, el país Arzawa con su capital Abasa (= Éfeso) fue destruido y convertido en estados vasallos (Mira, Haballa, Seha) al tiempo que el territorio imperial se extendía hasta las islas situadas frente a la costa del Egeo, como Lazba (= Lesbos). También la zona de Troya quedó ligada a Hattusa; volveremos, por supuesto, a hablar de esto. En la batalla de Kades (Qua-

	Ahhijawa	Wilusa	Seha	Arzawa/Mira	Haballa	Hattusa
1400	SH III A 1 Primera mención de Ahhijawa en textos hititas.	Troya VIg Perteneciente al país Asuwa. Primera mención de Wilusa en hitita.		Kubantakurunta		Tudhalija I (aprox. 1420–1400) Arnuwanda I (aprox. 1400–1375)
desde aprox. 1375	É P O SH III A 2 Colonización micénica de Millawanda/Múetos. C A	Troya VIh		Tarhantaradu Arzawa es el estado más poderoso de Asia Menor Occidental y un reino ficticio.		Tudhalija II (aprox. 1375–1355)
1350	D E		Muwawalwi			Suppiluliuma I (aprox. 1355–1320)
	L O S	Kukkunni		Uhbazidi (hasta aprox. 1316)		Arnuwanda II (aprox. 1320–1318)
aprox. 1316	P		Uratarhunta			Mursili II (aprox. 1318–1290)
aprox. 1315	A L SH III B 1		Manabatarhunta			
1300	A C	Alaksandu Troya VIIa		Formación pactada de los «países Arzawa» (Mira, Seha, Haballa) como estados federados dentro del Imperio Hitita, bajo la preeminencia política de Mira.		
entre 1290 y 1280	I O S			Mashuiliwa (aprox. 1315–1307) Kubantakurunta (desde aprox. 1307)	Tarkasnalli	Muwattalli II (aprox. 1290–1272)
	M I C	Wilusa se adhirió por pacto al Imperio hitita y se hace miembro de los «países Arzawa».	Masturi		Urahattusa	Mursili III (aprox. 1272–1265)
1250	É N («Carta Tawaglawas» al rey de Ahhijawa) I O SH III B 2					Hattusili II (aprox. 1265–1240)
aprox. 1223	S Última mención de Ahhijawa en un texto hitita.	Walmu	Tarhunnaradu (Usurpador) «descendiente de Muwawalwis»	Tarkasnawa («Carta Millawada»)		Tudhalija III (aprox. 1240–1215)
1200		Troya VIIb, Última mención de Wilusa en un texto hitita.		Mashuitta		Arnuwanda III (desde aprox. 1215) Suppiluliuma II (hasta aprox. 1190)
	SH III C (aprox. 1190–1050/30)			Mira tiene el rango de un gran reino		
				Fin del gran imperio hitita		
				En el sur y suroeste de Asia Menor y Siria, surgen como grandes monarquías sucesoras las secundogenituras hititas de Tarhuntasas y Karkamis. Se interrumpe la transición de Asia Menor.		
1150						
aprox. 1130	SH III C	Troya VIIb, sello levio jeroglífico				

**Figura 14:** Sinopsis cronológica de la historia de Asia Menor Occidental.

Sinopsis de reyes y reinas hititas		
Fechas	Reyes	Reinas
Final siglo XVIII	<p>a) Reyes de Nesa</p> <p>Plithana de Kussara Anitta (hijo de Plithana), gran rey</p> <p>(Laguna de aprox. 130 años en la transmisión después de Anitta)</p> <p>b) Grandes reyes de Hattusa</p>	
<p>aprox. 1565-1540</p> <p>aprox. 1540-1530</p> <p>después aprox. 1530</p>	<p>1. Hattusili I («sobrino de Tauannanna»)</p> <p>2. Mursili I (hijo de 1)</p> <p>3. Hantili I (cuñado de 2)</p> <p>4. Zidanta I (yerno de 3)</p> <p>5. Ammuna (hijo de 4)</p> <p>6. Huzziya I (parentesco no aclarado)</p>	<p>Kaddusi</p> <p>Kali</p> <p>Harapsegi</p> <p>?</p> <p>?</p> <p>?</p>
después aprox. 1500	<p>7. Tellbinu (¿hijo de 5? cuñado de 6)</p> <p>8. Tahurwaili (posición 8 insegura, parentesco no aclarado)</p> <p>9. Alluwamna (yerno de 7)</p> <p>10. Hantili II (probable hijo de 9)</p> <p>11. Zidanta II (probable hijo de 10)</p> <p>12. Huzziya II (probable hijo de 11)</p>	<p>Istabarija</p> <p>Harapsili</p> <p>?</p> <p>Ijaja</p> <p>Summlr</p> <p>Katteshabi</p> <p>¿Katteshabi?</p>
<p>aprox. 1420-1400</p> <p>aprox. 1400-1375</p> <p>aprox. 1375-1355</p> <p>aprox. 1355-1320</p>	<p>13. Muwattalli I (¿hijo o hermano de 12)</p> <p>14. Tudhalija I (hijo de 12)</p> <p>15. Arnuwanda I (yerno e hijo adop. de 14)</p> <p>16. Tudhalija II (hijo de 15)</p> <p>17. Suppiluliuma I (hijo de 16)</p>	<p>Nigalmadi</p> <p>Asmunigal</p> <p>Taduheba</p> <p>Taduheba</p> <p>Henti</p> <p>Malnigal</p> <p>Malnigal</p> <p>Malnigal</p> <p>Gassulawija</p> <p>Tanuheba</p> <p>Tanuheba</p>
<p>aprox. 1320-1318</p> <p>aprox. 1318-1290</p>	<p>18. Arnuwanda II (hijo de 17)</p> <p>19. Mursili II (hijo de 17)</p>	<p>Tanuheba</p> <p>Puduheba</p> <p>Puduheba</p> <p>?</p> <p>?</p> <p>?</p>
<p>aprox. 1290-1272</p> <p>aprox. 1272-1265</p>	<p>20. Muwattalli II (hijo de 19)</p> <p>21. Mursili III Urhitesub (hijo de 20)</p> <p>(en 125 mencionado en el exilio egipcio)</p>	
<p>aprox. 1265-1240</p> <p>aprox. 1240-1215</p> <p>aprox. 1220-?</p> <p>después aprox. 1215</p>	<p>22. Hattusili II (hasta ahora III) (Hijo de 19)</p> <p>23. Tudhalija III (hasta ahora IV) (hijo de 22)</p> <p>24. Kurunta de Tarhuntassa (hijo de 20)</p> <p>25. Arnuwanda III (hijo de 23)</p> <p>26. Suppiluliuma II (hijo de 23)</p>	
alrededor 1200	<p>Los primeros reyes de los reinos procedentes del imperio hitita</p> <p>a. <i>Secundogenitura de Karkamis:</i> Kuzitesub (tataranieto de 17) gran rey</p> <p>b. <i>Secundogenitura de Tarhuntassa:</i> Hartapu (hijo de Mursilis = prob. 21) gran rey</p> <p>c. <i>Estado vasallo de Mira:</i> Mashulta (biznieta de Mashuiluwa de Arzawa/Mira y de la hija de 17) gran rey</p>	

**Figura 15:** Sucesión cronológica de los reyes y reinas hititas.

desch) de 1275, incluso llegó a detenerse el ataque de Egipto, bajo Ramsés II, hacia el norte.

Hacia 1175, el imperio se desmoronó. Los motivos son múltiples y su interacción aún no ha sido aclarada del todo. Numerosas monarquías pequeñas y grandes que hasta entonces se hallaban en la confederación del gran imperio, continuaron tras su caída como principados autónomos. En ellos se mantuvo la antigua cultura hitita o luvia junto con su lengua y escritura. Hasta los siglos VIII/VII a. C., estos estados sucesorios hititas, también llamados secundogenituras = «zonas de soberanía de hijos segundones y sus dinastías», no conformaron nuevas unidades como Licia, Caria o Lidia. Sin embargo, la lengua, es decir, el luvio, siguió existiendo en determinadas zonas de Asia Menor todavía en los siglos IV/III a. C. —en las provincias romanas de Isauria y Licaonia (en la Turquía actual viene a ser el triángulo Antalya-Konya-Adana), se mantuvo en nombres propios incluso hasta el siglo VI d. C.<sup>87</sup>

En este somero vistazo a la historia hitita, queda claro que el imperio jamás fue dirigido por un pueblo unido. Muchas regiones y pequeños estados de procedencia no hitita fueron incorporados al territorio imperial, o vinculados mediante tratados. El imperio de los hititas se presenta, en el momento de su máxima extensión, como un estado plurinacional y multilingüe. Aquí aplica Günter Neumann su explicación de por qué, junto a la escritura cuneiforme hitita tradicional, se empleó una segunda, la hitita jeroglífica (la cual, tras los nuevos conocimientos, para evitar confusiones con los jeroglíficos egipcios, sería preferible denominar «luvioglífica» o «pictoluvia»):<sup>88</sup>

La escritura nuevamente creada en Asia Menor tiene la ventaja de que muchos de sus glifos son figurativos y naturalistas, de modo que muestran de inmediato al lector contemporáneo lo que expresan, independientemente de qué

lengua habla o entiende ese lector. Eso la diferencia de la escritura cuneiforme en su más alto grado de abstracción, cuyos signos propios en el II milenio sólo consisten en combinaciones de trazos y ganchos, y únicamente puede leerla quien ha sido adiestrado en el conocimiento del idioma del texto. También el formato de las tabletas cuneiformes muestra que están adecuadas al tamaño de la mano de un lector individual.

Por lo mismo, en la creación de los jeroglíficos pudo tener su papel el deseo de dirigirse —con la ayuda de un nuevo medio en el que cada cual, y no sólo los que sabían escribir, entendía enseguida al menos una parte de los signos— a más amplios sectores en un país de varias lenguas. No sólo la monumental inscripción de Nisantas, en la capital Hattusa, sino también el monumento roquero de Karabel al borde de una importante calzada [...] y muchos otros son, claramente, documentos asequibles. Se dirigen, como grandes carteles, a los transeúntes de un modo que nunca se intentó con la escritura cuneiforme en Asia Menor. En Nisantas se hace evidente que Supiluliuma II, uno de los últimos reyes de la gran época imperial, se «presenta» con titulares detallados. Y también será lícito suponer, respecto a las demás antiguas inscripciones pétreas, que fueron grandes señores quienes las encargaron y hablan en ellas.

Neumann sostiene ahora esta esclarecedora hipótesis sobre el sello «luvioglífico»:

Los más antiguos signos garantizados de esa escritura jeroglífica hitita son los sellos o sus grabados. En ellos, los signos ofrecen sobre todo los nombres (y título) del señor, de una forma artística que ha de experimentarse como representativa y solemne. Pero, en esos sellos, además de los nombres y títulos de reyes (REX [=REY]) y príncipes/princesas (REX FILIUS, REX FILIA [=HIJO DEL REY, HIJA DEL REY]) se encuentran los signos de PRAECO («heraldo»), AURIGA



(«conductor de carro»), PINCERNA («copero»), SCRIBA («escriba», que aparece como mínimo en tres clases de rango), además de MAGNUS DOMUS INFANS [...] que solemos traducir como «doncel palaciego». Todos son signos para altos funcionarios de corte. Aparte figura un signo (L 372) para el título SACERDOS («sacerdote»). De modo que ha existido el derecho (o la costumbre), por lo visto desde la época más temprana, de utilizar sellos también para el entorno del rey. (Para tal título se emplea un signo específico y son los que pertenecen a la parte central y más antigua de esta escritura). Las más de las veces, aparecen en el sello jeroglíficos y escritura cuneiforme juntos. En conjunto, se tiene la impresión de que la escritura se percibía como adecuada para mostrar públicamente con ella el poder de los señores y los grandes de la corte.<sup>89</sup>

En consecuencia, los hititas emplearon una «escritura cortesana» para uso en el restringido círculo gubernamental y administrativo, así como en la relación diplomática: la escritura cuneiforme (sus documentos forman una enorme masa textual que, a causa del limitado número de los expertos, sigue en la actualidad sin interpretarse en su mayor parte). En cambio, para la representación y la ostentación señorial ante el pueblo, de puertas adentro del imperio, se empleaba preferentemente la pictográfica, más comprensible e impresionante a simple vista, y también probablemente entendida como oficial por la gente rasa.

La escritura «luvioglífica» muestra ahora una determinada peculiaridad del producto escrito que la distingue profundamente de la escritura jeroglífica egipcia. En su tiempo, una célebre hetitóloga formuló así la diferencia:

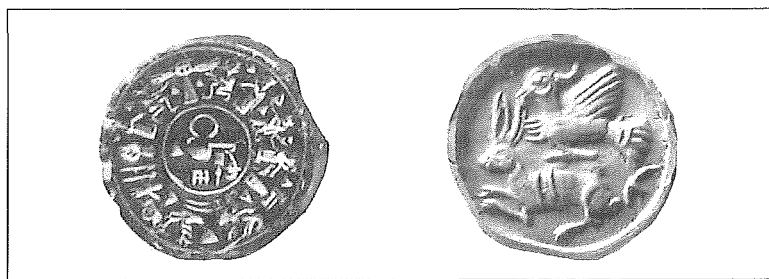
Cuando el *egipcio* escribe, da forma. Es un placer para el ojo y eso es, para él, mucho más importante que el contenido formal. Pero el *hitita* es comunicativo. Lo que rebosa el

corazón sobrepasa la escritura. Él escribe por amor al contenido. Le preocupa poco qué hechura tendrá luego. Por eso, no están las únicas letras dispuestas según un esquema convencional [...]. Los signos flotan más en el espacio que cuando se disponen en líneas. Es precisa mucha experiencia del hititólogo para poder leerlos en la debida sucesión [...]. Entre los hititas, la escritura va corriendo [...] realmente por todas partes. Con total despreocupación por el borde, las esquinas, el bloque vecino [en el caso de inscripciones roqueras], por encima de los cuerpos de los animales, en fin, por donde le parece al escriba [...]. ¿Qué habría dicho [...] el pedantemente ordenado egipcio sobre esta escritura flotante?

### Y sobre los sellos hititas:

Los sellos *hititas* no revelan nada de ese intrincamiento y orden [característicos del sello asirio]. O bien reina aquí una sola figura y sólo tolera junto a sí signos escritos y atributos en un papel subordinado, o bien encontramos al par de la escritura una hinchazón multitudinaria, una tendencia a la narración y el desborde sin el más mínimo sentido de la sucesión y el orden. Ése es el motivo principal por el que los hititas no pudieron emprender nada con el sello enrollado y se quedaron con el cuño. Porque el enrollado hace ángulos rectos que reclaman una consideración a lo vertical y horizontal, mientras el cuño es redondo y, con ello, el marco ideal para la oscilación flotante en la soldadura espacial del arte hitita.<sup>90</sup>

A la luz de esa característica, apenas será asombroso que el texto del sello luvio hallado en Troya en 1995 no pudiera ser completamente descifrado ni por los más competentes hititólogos de la época. A eso se añade la mala conservación de los signos grabados: el sello fue utilizado con mucha frecuencia de modo que la superficie



**Figura 16:** Ejemplos de sellos hititas.

de metal entre las tallas, igual que el perfil de un neumático de un automóvil, está en parte totalmente «gastado» y las incisiones se han difuminado.

### Contenido del sello: ¡un escriba en Troya!

Por fortuna, eso no es decisivo porque lo legible muestra inequívocamente el tipo de inscripción: «título + nombre». J. David Hawkins, a cuya custodia se confió el hallazgo inmediatamente, puso claro en su peritaje publicado en 1996,<sup>91</sup> en primer lugar, que ese tipo es corriente entre los sellos «luvioglíficos»: en una cara del sello suele figurar un nombre masculino acompañado de título, en la otra, un nombre de mujer, se supone de la esposa. Y, en lo tocante al uso de ese tipo de sello, el hititólogo Ronald L. Gorny llegó a la conclusión, en un estudio especial ya en 1993, de que es característico de la época dorada imperial de los hititas (siglos XIV/XIII a. C.) y de que fueron usados con la mayor frecuencia en el siglo XIII, es decir, la era más tardía del imperio.

El sello de Troya es pues legible de la mejor manera, incluso sin lugar a duda, justo en los pasajes más importantes para nuestros intereses científicos actuales: allá donde, en la cara del hombre, aparece la titulación y, en

la otra cara, el dato «mujer». En cambio, ambos nombres individuales del hombre y la mujer ya no son claramente descifrables. Enseguida se ve que esa circunstancia de conservación es poco menos que un golpe de fortuna para nosotros: si cayera en manos de nuestros sucesores un cuño de nuestra época que, en una parte, permitiera identificar los nombres individuales «Richard» e «Irene», mientras en otra parte, en la posición donde quizá estuviera la dirección de Richard e Irene, no la conservase, el valor informativo del hallazgo no sería muy grande para quien lo encontrase. Por el contrario, en el sello Troya se reconoce claramente el título del XY en la cara del hombre: «escriba» —o, por decirlo con Günter Neumann, «maestro escriba»— y, en el reverso, la palabra «mujer». Como de costumbre, a ambos lados, los datos del dueño están enmarcados por el signo «bueno». Se desea suerte al dueño del sello.

El título «escriba» o «maestro escriba» en estos sellos, en tanto no se muestran como simples signos de estampillar, es un signo de oficio o rango relativamente frecuente. Da a entender que el dueño del sello no es propietario o remitente de la materia sellada, o sea, por ejemplo comerciante, sino perteneciente a un alto estatus, una persona que ha disfrutado de una formación, que sabe leer y escribir, y, por lo tanto, se cuenta entre los «intelectuales». Es más: el título muestra que aquí «habla» una personalidad oficial autorizada por las más elevadas instancias del poder. Gorny definió a los dueños de semejantes sellos como gente que posee las más altas posiciones sociales y concluyó:

Si el uso de este sello estaba reservado a un grupo de funcionarios especiales, entonces se está autorizado a vincular a esa gente con el rey hitita o, como mínimo, con un grupo de personas ligadas a la corona.<sup>92</sup>

Lo mismo, e incluso más decididamente, formuló Günter Neumann en 1992, como acabamos de ver. ¡Y ahora resulta que aparece un sello precisamente de esa clase en Troya! ¿Hay que tenerlo por algo indigno de atención? ¿Por una casualidad que no quiere decir nada? Dada la mencionada situación de la investigación, cuesta mucho suponer que alguien llevó al cuello como adorno una antigua joya, cuyo significado hacía mucho que ya no podía entender, y, luego, un día, la tiró a la basura de puro hastío; o bien darse por satisfecho con la suposición de que un visitante de Troya perdió el objeto, no se dio cuenta, y, cuando por fin lo notó, no se preocupó más. ¿Es que un alto funcionario gubernamental que hoy perdiera su pasaporte diplomático reaccionaría con esa despreocupación? ¿No debemos extraer otra conclusión del sello de Troya? Veamos, de entrada, en qué lugares del mundo antiguo se han hallado esos sellos. Porque sólo de ese modo se llegará a una adecuada clasificación del hallazgo del sello en un posible contexto estructurado.

## La zona de distribución del sello luvio

En su primer informe sobre el hallazgo del sello, Korfmann ha indicado que objetos así son habituales en su forma y que han aparecido en más de quince ciudades anatólicas.<sup>93</sup> Eso parece comedido. El ya mencionado estudio especial de Gorny sobre el sello biconvexo en Alisar Höyük, que Korfmann cita, mostraba una imagen más esencialmente contundente. Gorny enumera y describe sellos biconvexos del mismo tipo de más de veinte yacimientos de Anatolia y acredita que su número llega al centenar. Establece expresamente que la cantidad de sellos biconvexos publicados en los últimos años ha subido

«dramáticamente». Cita de una carta del arqueólogo de Hattusa, Peter Neve, del 17 de junio de 1990:

Poseemos cientos de los típicos sellos biconvexos tardíos o sus improntas en decretos que fueron hallados en la ciudad alta [...]. Todos ellos pertenecen [...] al período tardío del gran imperio hitita.<sup>94</sup>

En esa comunicación de Neve, tienen especial interés las «improntas» y la indicación de la época de procedencia del sello: si se hojea la literatura de los últimos años sobre hallazgos de sellos en Anatolia, aunque sólo sea muy por encima, saltan a la vista los unánimes testimonios sobre poco menos que innumerables *improntas cóncavas* en documentos. Por supuesto, sólo pueden provenir de sellos convexos. Así que, a los cientos de sellos «luvioglíficos» biconvexos que físicamente se disponen, hay que añadir esas pruebas «negativas». El elevado número no asombra en el mismo momento en que se repara en la segunda observación del informe: la masa más importante de esas improntas o sus sellos procede de la última época del imperio, o dicho grosso modo, de finales del siglo XIII y principios del XII. Ambas observaciones juntas dan lugar a una imagen que también a nosotros nos es familiar, la de una desarrollada cultura avanzada donde la institución administrativa ha cubierto toda la vida con una telaraña de burocracia: el sello de nunca acabar.

Sabido esto, no parece tan revelador hacer notar que también se han encontrado sellos de este tipo en Grecia. El mismo Korfmann mencionó un sello biconvexo del mismo estilo de un mausoleo de Perati, en Ática, pero añadía que el sello era parte de un collar: una muchacha lo había ensartado como «perla» en la cadena. Han aparecido más sellos así en Tebas y Micénicas, como hace sa-

ber Neumann.<sup>95</sup> La probidad científica impide, como es natural, subestimar ése y otros hallazgos. Pero debe quedar claro que difícilmente ha de tratarse de algo diverso a lo que suele llamarse «hallazgo importado», puesto que los nuevos dueños, como muestra el adorno de la muchacha, no sabían hacer con el objeto nada de su función original. La auténtica zona de empleo «profesional» de esos sellos de lengua luvia, como podemos decir ya mismo en base a la situación del conjunto de los hallazgos, estaba en Anatolia y no en Grecia.

Troya, ¿una ciudad residencial de los hititas?

¿Qué consecuencias hay que extraer de este estado de las cosas? No, desde luego, la apresurada conclusión de que los habitantes de Troya hablaban luvio. A la vista de la probable función mediadora de la ciudad en el marco de una red comercial que reunía a los habitantes de la región de los tres mares, se deduce cierta «internacionalidad» que también debiera incluir hablar más de una lengua. Pero cuál fuera la lengua de los nativos aún no debe quedar establecido tras este hallazgo. Aunque según lo que hoy sabemos, así como lo concluido en el párrafo precedente sobre la orientación básicamente anatolia de Troya independientemente del hallazgo del sello, no hay nada que objetar a lo que Korfmann ha dicho respecto a ese tipo de cuños inmediatamente después de su descubrimiento: «Allá donde aparecen, se trata de una zona de actividad o interés hitita»,<sup>96</sup> y seguirlo en el siguiente paso que ha dado del concepto general geográfico «Anatolia» al político «imperio hitita».

En un nuevo trabajo, Günter Neumann se ha expresado en el mismo sentido, aunque algo más cauteloso:

Este hallazgo aislado indica que entre Troya y las demás partes de Anatolia hubo relaciones económicas o políticas...<sup>97</sup> /

Dado que «las demás partes de Anatolia», en el II milenio a. C., fueron completamente dominadas por los hititas, esa aseveración corrobora una inclusión de Troya en el sistema soberano hitita.

Los indicios mencionados y las conclusiones extraídas hasta ahora, todas en la misma dirección, permiten formular la situación con más decisión: después de que las investigaciones de los últimos años —sobre todo, las de Günter Neumann— hayan revelado que «en la creación de los jeroglíficos, [pudo] haber intervenido el deseo de hacerse entender inmediatamente por más amplios sectores en un país plurilingüe» y que los sellos «luvioglíficos» «debían ser sentidos como solemnes y representativos»,<sup>98</sup> el hallazgo del sello de Troya lleva necesariamente a la conclusión, como remate de una cadena de indicios previos, de que Troya estaba en todo caso vinculada al imperio hitita. De qué manera —si como «ciudad residencial», «puesto avanzado» o «estado satélite»—, cuándo, por cuánto tiempo, son cosas por dilucidar, en tanto el hecho de que el sello proceda de la segunda mitad del siglo XII, merece especial atención; porque, poco antes, alrededor de 1175, el gran imperio hitita se deshizo: si en Troya, lo mismo que en los pequeños principados del «cinturón luvio del sur» (Karkamis, Tarhuntassa), que se llamaban a sí mismos grandes reinos, se siguió sellando en luvio, entonces surgiría una imagen totalmente nueva de Troya.

A esta altura de la discusión del hallazgo hay que establecer el resultado parcial de que la importancia de este objeto ha sido quizá demasiado poco estimada. El argumento cuantitativo de que una golondrina no hace



verano condiciona mucho el juicio. Sin embargo, el número de objetos hallados que señalan al imperio hitita no es lo decisivo, sino su mera existencia en Troya, una ciudad que está a doscientos kilómetros en línea recta del paso Karabel con sus monumentales relieves «luvioglíficos». Dos, cinco o diez sellos luvioglíficos biconvexos, como los que próximamente podrían aparecer en Troya, inclinarían el peso de la argumentación. Lo decisivo es que este sello encaja, como una pieza de puzle largamente buscada, en la gran imagen que existía previamente.

#### «ILIOS» Y «TROYA»: AMBOS NOMBRES SE REHABILITAN

Todos los indicios en favor de una relación entre Troya VI y el imperio hitita que la excavación Korfmann ha traído a la luz indican que Troya —una ciudad anatolia con más de doscientos mil metros cuadrados de superficie construida, entre siete y diez mil habitantes avencidados y una función económica central— no debió de ser una zona desdeñable para los hititas en la época de su dominio como potencia preponderante de Anatolia. En la fase ascendente de su imperio, como ya se ha dicho, los reyes hititas se habían apoyado en principio en la expansión militar. En el transcurso de los siglos siguientes, esa política se transformó. Se basó más en la anexión de zonas aún no invadidas mediante tratados con las dinastías locales. En la numerosa correspondencia diplomática de los reyes hititas que se encontró en el archivo de tabletas de arcilla de Bogazköy, emergen por encima de los siglos —como era de esperar de la propia naturaleza del fenómeno— una y otra vez determinados nombres de regiones y sus señores. El trabajo de ordenamiento y sistematización de esa correspondencia y demás documentos por

zonas —en buena medida, la distribución en archivadores para las regiones y estados individuales que pertenecieron al imperio hitita o estuvieron vinculados con él— está en proceso y durará más a causa de la incorporación de nuevos hallazgos arqueológicos. En la investigación hasta la fecha se han dirigido primero, como es natural, a las mayores unidades estatales, como Egipto; de manera que el desarrollo de las relaciones entre hititas y egipcios se puede seguir cronológicamente, más aún cuando la parte contraria, Egipto, está representada con la pertinente correspondencia de respuesta. Pero también las actas del «Ministerio de Exteriores» hitita para las relaciones con pequeños y menos significantes reinos y principados, aunque generalmente y por desgracia se conservan con muchas lagunas, dan a conocer, en tanto ya están ordenadas de manera al menos bosquejada, el curso de las relaciones entre «provincias» extranjeras o estados agregados y el «central» —así es en el caso de la región Arzawa,<sup>99</sup> con la que ya nos hemos encontrado en la historia de la interpretación del hitita cuneiforme—. Algo semejante, aunque con precisión gradualmente menor, puede decirse de las relaciones de Hattusa con regiones o países como Isuwa, Alalha, Amurra, Lukka y otros muchos.

Por desgracia, no ha llegado hasta nosotros ningún mapa del imperio hitita. En consecuencia, los hititólogos tienen que reconstruir la geografía imperial a partir de los fragmentos de las actas —una penosa empresa—. Porque, si bien es cierto que en las cartas y demás documentos aparecen una y otra vez menciones de determinadas zonas imperiales y objetos de tratado, así como nombres de mandatarios, de modo que al menos puede registrarse la existencia de esa zona en la terminología oficial, también lo es que la mayor parte de esas menciones, generalmente dirigidas a «conocedores», son mucho más

superficiales e hipotéticas para un lector actual de los documentos que si pudieran ordenarse con precisión y vincularse a una imagen establecida. Tenemos, pues, nombres de países y soberanos, menciones de sucesos, peticiones, demandas, indicaciones y autorizaciones de actas estatales de toda índole, pero, por lo pronto, no es posible reconstruir a partir de ahí y de modo fiable toda la red de la diplomacia hitita y la historia de los sucesos en Anatolia, en el II milenio a. C. Lecturas más amplias y nuevos hallazgos de documentos aclararán seguramente la oscuridad parcial en un futuro. De momento, no obstante, tenemos motivo para estar satisfechos con las escasas informaciones de que disponemos.

Esa situación necesariamente deficiente del material es muchas veces mal entendida precisamente en círculos de la Historia de la Antigüedad Clásica. A menudo, los documentos son considerados —si llegan a serlo— con suma reticencia. Eso es erróneo. Las lagunas (provisionales) del material no deben interpretarse como si a ese documento del que ahora disponemos debiera concederse poco o ningún valor probatorio respecto a esta o aquella cuestión. Eso sería una actitud metódicamente equivocada. En el caso de esos documentos, no se trata de opiniones privadas hechas desde una perspectiva de a pie, sino de fragmentos de escritos oficiales de una administración imperial. Muchas veces nos veríamos satisfechos de poseer documentos de parecido valor informativo respecto a épocas mucho más recientes e históricamente de más clara evidencia; por ejemplo, en el campo de las relaciones de la Roma imperial con determinados estados aliados o vasallos. La extendida desconfianza en especial de la ciencia histórica clásica frente a los documentos hititas y, a menudo, simplemente orientales podría ir vinculada, por un lado, al común prejuicio del europeo frente a Oriente —del que habría que esperar poco más que his-

torias de las mil y una noches— y, por otro, al recelo del investigador humanista, adiestrado y versado en las lenguas clásicas griega y latina, frente a textos redactados en lenguas tan «exóticas» como el acadio, egipcio, hitita o luvio, que él no puede leer en el original y debe recibir de segunda mano. El historiador del futuro —y también justamente el historiador de la Antigüedad— tendrá en cuenta la inmensa apertura de nuestro horizonte histórico mediante la interpretación y consiguiente acceso a esos documentos y habrá de convertirse, lo primero, en un conocedor de idiomas más universal, en una medida hoy apenas imaginable. El tiempo en que la historia antigua era identificable en esencia con el conocimiento de la antigüedad grecorromana se aproxima a su final.

### «Ilios» es «Wilusa»

Entre los documentos del archivo imperial en Hattusa, llamó la atención, ya poco después del desciframiento del hitita cuneiforme, un tratado que se concertó entre el rey hitita Muwatalli II (aprox. 1290-1272 a. C.) y cierto *Alaksandu de Wilusa*. El preámbulo del texto muy deteriorado, reza, entre otras cosas (en la traducción del hititólogo Frank Starke de 1997):

Si cualquier enemigo se alza contra ti, yo, la Majestad, no te dejaré en la estacada, así como ahora no te he dejado en la estacada, y por tu causa derrotaré al enemigo.

Si tu hermano, *Alaksandu*, o alguien de tu familia se subleva contra ti —o si en su momento alguien se subleva contra tu hijo (o) nieto— y pretende el reinado del país *Wilusa*, yo, la Majestad, no te dejaré caer en ningún caso, *Alaksandu*, es decir, no lo aceptaré. Así como es enemigo tuyo, igualmente es enemigo de la Majestad, y sólo a ti, *Alaksandu*, te reconoceré yo, la Majestad, a él no lo aceptaré.<sup>100</sup>

Ya en 1924, en un artículo muy llamativo bajo el título «Alaksandus, rey de Vilusa»,<sup>101</sup> el indoeuropeísta Paul Kretschmer había comparado el nombre que aparece aquí, «Wilusa» (según la grafía hoy acostumbrada) con el topónimo griego «Ilios», que en la *Ilíada* de Homero, como segundo nombre junto a «Troya», designa más de cien veces al escenario de la acción y del que toda la epopeya recibe su nombre. En base a regularidades lingüísticas descubiertas en la lengua griega, por entonces ya hacía tiempo que era conocido e indiscutido que la forma original del nombre de ese lugar en una época muy *anterior* a Homero había sido «Wilios», es decir con /w/ inicial. (Eso significa, dicho sea de paso, que en la poesía griega se trató de ese lugar mucho antes de Homero; volveremos a esto.) La /w/ inicial, en el tiempo que Homero compuso su poema (siglo VIII a. C.) y en el dialecto griego en que lo hizo (jónico), había caído («desaparecido») ya en general y no sólo en ese topónimo. La comparación parecía, pues, absolutamente posible. Y parecía tanto más atractiva —y, en cambio, por lo mismo, para muchos tanto más fantástica— cuanto que el Alaksandu hitita recordaba aparentemente al nombre propio griego Aléxandros y, en la *Ilíada*, Alejandro (= Paris) es el príncipe primogénito de Troya (quien, aparte de eso, no muere en la *Ilíada*, sino que, por decirlo así, la sobrevive y más tarde, como se profetiza en la obra, incluso matará al héroe supremo de Troya, Aquiles). ¿Era entonces «Wilusa» lo mismo que «Ilios»? (La cuestión Alaksandu la dejamos, por lo pronto, aparte.)

El artículo de Kretschmer apareció en un momento en que el hitita cuneiforme acababa de ser descifrado (el descubrimiento de Hrozný se publicó siete años antes) y la hititología estaba en pañales. Así que su propuesta debió de parecer más sensacional que científicamente fundada. Pero cuanto más avanzaba la investigación hititológica des-

pués de Kretschmer aparecían más documentos hititas donde se hablaba igualmente de «Wilusa». ¿Qué se hizo con ello? En efecto, se era proclive a aceptar la equivalencia. Así escribía el patriarca de la hititología, Oliver Gurney, ya en 1952, en su influyente libro *The Hittites*:

Fonéticamente, ninguna de esas equivalencias [más tarde trataremos de las otras equivalencias que Gurney menciona aquí] es totalmente imposible [...]. *Wilusa* fue, con seguridad, un país situado a Occidente y parte de la confederación con *Arzawa*.

Pero Gurney, lo mismo que la mayoría de los hititólogos y orientalistas de aquel tiempo, no estaba dispuesto a aceptar sin reservas la equivalencia. ¿Cuál era el motivo?

Pero mientras siga sin resolverse el mayor problema de la *geografía hitita*, los argumentos de la localización de Wilusa no pueden considerarse definitivos.<sup>102</sup>

Ese juicio no es vigente desde 1996. Hoy lo sabemos definitivamente: «Wilusa» y «Wilios» son idénticas. El proceso de investigación que condujo a ese conocimiento tiene el suficiente interés como para ser al menos bosquejado aquí.

En el preámbulo del tratado antes mencionado entre el rey hitita Muwattalli II y Alaksandu de Wilusa, se ofrece, como en semejantes garantías de reconocimiento y protección es habitual hasta hoy, un breve perfil histórico de las relaciones políticas entre la parte reconocedora (Hattusa) y la reconocida (Wilusa) hasta el momento de la concertación del tratado. Ahí, entre otras cosas, recuerda Muwattalli lo siguiente:

Antes, en una ocasión, mi antepasado, el *labarna* [*labarna* es un alto título, no un nombre propio] sometió a todo

el país Arzawa [y] todo el país Wilussa. Más tarde, estuvo por eso el país Arzawa en pie de guerra; aunque no tengo noticia, ya que el suceso [el sometimiento de Willusa por el *la-barna*] data de muy atrás, de que ningún rey del país Hattusa haya abandonado al país Wilussa. [Con todo] (incluso) si el país Wilussa ha sido abandonado por los reyes de Hattusa, aun así se ha mantenido desde lejos estrechamente unido a los reyes de Hattusa y [les] ha enviado regularmente [embajadores].<sup>103</sup>

Sigue una exposición detallada de las relaciones entre ambos países desde el tiempo del rey hitita Tudhalija I (aprox. 1420-1400) hasta el presente del oficio (aprox. 1290-1272), es decir, a lo largo de unos ciento cincuenta años. Toda esta parte contiene información extraordinariamente importante para nosotros. Dice nada menos que, primero, hubo relaciones amistosas durante ciento cincuenta años entre la capital de los hititas y Wilusa; segundo, que esas relaciones, desde el punto de vista de la estructura política, representaban una especie de subordinación de Wilusa respecto a Hattusa (Wilusa no ha sido abandonado por Hattusa); tercero, no obstante, Wilusa nunca fue en todo ese período una «provincia» del imperio hitita, sino una formación estatal autónoma, que trataba con la corte y el gobierno central por medio de «embajadores». Nos recuerda a unas relaciones como las de la corona británica con la India, bajo un virrey impuesto por la corona, o con Australia, bajo un primer ministro ratificado por la corona. Con ello, Wilusa se presenta «políticamente exterior», como un país miembro de la «Commonwealth hitita». Con esa estructura encaja Wilusa exactamente en la mencionada política del imperio hitita. Al mismo tiempo, se hace patente que el trato diplomático entre las esferas dirigentes de los hititas y la dinastía en Wilusa se lleva a cabo, desde al menos ciento cincuenta años, en lengua hitita. Wilusa hubo de tener

una cancillería estatal donde, lo mismo que en otros centros de soberanía vinculados con Hattusa, se elaboraba regularmente el correo entrante y saliente. De todo esto se puede deducir también que los «embajadores» mencionados en el texto del tratado despachaban entre ellos en hitita. Así que, en cualquier caso, en Wilusa, al menos entre la clase dirigente, (también) se hablaba hitita.

Pero el texto del tratado Alaksandu contiene además otra información que es importante para nuestra cuestión: Wilusa no tuvo siempre la vinculación política de un estado asociado con el imperio hitita. Al principio del pasaje citado se recuerda expresamente, en la consabida forma diplomática de la amistosa pero soterradamente admonitoria cita de paso, la fecha fundacional de la vinculación entre ambos estados, ¡que consistió en el sometimiento bélico de Wilusa por Hattusa! Ese suceso poco regocijante para Wilusa tuvo lugar en un remoto pasado del que el actual gran rey hitita no puede (supuestamente) acordarse históricamente: bajo el «*labarna*, mi antepasado», Starke ha expuesto que «con la indicación de la mera denominación de soberanía *labarna* [...] se alude a una época anterior a 1600 de la que no había ningún material de archivo [completo] disponible»;<sup>104</sup> con la denominación *labarna*, sin la indicación nominal de su detentador, se aludiría a Anitta, fundador del estado.<sup>105</sup> En consecuencia, el sometimiento de Wilusa por Hattusa se data unos trescientos años antes de la fecha de redacción del tratado de Muwattalli. Así que, hacia 1280, hace todo ese tiempo que Wilusa es un miembro asociado o, como quien dice, «correspondiente» del estado hitita.<sup>106</sup>

No menor atención merece una segunda información dentro del citado texto del tratado: «... mi antepasado sometió a todo el país Arzawa [y] todo el país Wilussa», y, especialmente importante:



Más tarde, estuvo por eso el país Arzawa en pie de guerra.

Eso indica inequívocamente que Wilusa estuvo vinculado, tal vez incluso confederado con Arzawa y que Arzawa fue sometido, primero junto a Wilusa, pero luego, diversamente a éste, no se conformó con el sometimiento ni tampoco con la separación de Wilusa y, por eso, emprendió la guerra contra Hattusa.

La pregunta que, con todo esto, continúa pendiente es: ¿dónde estaban Arzawa y Wilusa?

Aquí conviene llamar la atención con firmeza sobre el hecho de que esta cuestión de la localización se origina del propio material hitita: es imposible bosquejar una historia concluyente del imperio hitita sin conocer su geografía interna. Ése fue, desde el principio, el motivo constante de la hititología, el ocuparse de geografía con una intensidad que para las personas ajenas a la investigación podía parecer extraña a primera vista —y no, como a veces los profanos parecen suponer, el deseo de relacionar topónimos hititas con los de otras lenguas, sobre todo, griegos.

Los esfuerzos por aclarar las relaciones geográficas condujeron, ya treinta años después del desciframiento del hitita cuneiforme, a un primer gran resultado por completo impresionante: en el *Gran Atlas Histórico Universal* de la Editorial de Libros de Texto de Munich, concebido en 1949 y publicado en su primera edición en 1953 (en la época, una producción científica pionera que tuvo gran repercusión internacional), apareció como mapa 5, bajo el título «Época de las grandes emigraciones (Cementerios de urnas – Edad de Bronce) 1250-750 a. C.» una representación del «imperio hatti» que, en sus rasgos básicos, sigue vigente hoy. En lo sucesivo, nos referiremos a menudo a las localizaciones en ese mapa que, ya por entonces, hace alrededor de medio siglo, señala-

ban lo correcto y debieron de ser transmitidas en las clases de historia de los colegios, a fin de contrarrestar la posible impresión de que el tema de la geografía hitita tratado aquí sea una adquisición completamente nueva o incluso algo exótico que ha de ser considerado con desconfianza.

Sin embargo, en los detalles aún quedaba mucho por hacer. Había una demanda ya acumulada, sobre todo, en lo concerniente a la *certeza* de las localizaciones. En ese sentido, en 1952 Gurney lamentó, como ya queda dicho, la carencia de una representación global fiable de la división geográfica del imperio hitita y su entorno. Siete años más tarde, en 1959, apareció en Londres, como publicación del Instituto Arqueológico Británico en Ankara, la obra *The Geography of the Hittite Empire* concebida por el prehistoriador John Garstang y redactada por su sobrino, el propio O. R. Gurney. Desde 1927, Garstang ya había elaborado una larga serie de artículos sobre el problema de la aclaración de la geografía, pero había estado ocupado una y otra vez con otros quehaceres, sobre todo excavaciones, entre otras la de Yümüktepe, junto a Mersing, en Cilicia, la población de la Edad de Piedra de ocho mil años de antigüedad, lo que le había impedido dar la última mano al trabajo. En sus últimos días de vida, en agosto de 1956, ya estaba listo el esbozo fundamental del manuscrito. Gurney lo revisó, pero no alteró el concepto básico.

En el prólogo, Garstang introducía así su libro:

Los archivos imperiales de los reyes hititas encierran numerosos informes de empresas y éxitos militares, de relaciones con amigos y enemigos, y de épocas peligrosas para el trono y el imperio periódicamente repetidas. Esos fascinantes informes, por más que se traduzcan con nítida claridad del hitita, siguen siendo incomprensibles en su parte sustancial —o al menos carentes de su valor efectivo—, porque

no hay ningún mapa fiable con cuya ayuda puedan estimarse correctamente los escenarios y la importancia de los movimientos descritos [...].

Esta situación sustrae a los futuros investigadores un rico material del máximo interés e importancia histórica. Porque los archivos hititas no sólo conservan informes de éxitos militares, sino también muchas páginas perdidas de la historia de la Antigüedad que podrían llenar la laguna entre la historia de Siria en la época Amarna [= alrededor de 1350 a. C.] y la historia prehomérica de Troya.<sup>107</sup>

El resultado del libro es un mapa del imperio hitita basado en los más minuciosos análisis de todos los textos hititas entonces conocidos donde aparecen nombres de lugar. De ello resulta para los países Arzawa y Wilusa, que aquí nos interesan, una posición geográfica que fue aceptada en lo esencial por la investigación durante mucho tiempo (figura 17), no obstante, siempre con una reserva. Así, por ejemplo, Heinrich Otten, uno de los orientistas más destacados del siglo xx, acepta ciertamente el mapa de Garstang en su excelente presentación aparecida en 1966, «Hethiter, Hurriter y Mitanni», pero sólo como segundo mapa junto al elaborado ya en 1928 por el hititólogo A. Goetze.<sup>108</sup> Garstang localizaba *Arzawa* en la zona de la posterior Lidia (desde el valle de Hermos hasta el de Mayandros) con la ciudad residencial *Abasa* (= Éfeso), a su norte, en la comarca del valle Caicos (donde está Pérgamo), situaba el país *Seha* y, aún más al norte, suponía finalmente *Wilusa*. Sin embargo, asignaba a su Wilusa una superficie enorme, que debía de extenderse desde el río Sangarios (hoy, en turco, *Sakarya*) hasta la Tróade. Su equiparación de *Wilusa* y *Wilios*, que luego debía de dar nombre a la capital en el extremo occidental del país, no quedaba así completamente evidente.

Igualmente difuso —en lo referente al apoyo a la loca-

lización noroccidental de Wilusa— quedaba el resultado de un detallado análisis especial de las fuentes correspondientes que llevó a cabo Susanne Heinhold-Krahmer.

... Wilusa pudo haber tenido una posición noroccidental dentro del área de Arzawa. Entonces, estaría separado de Arzawa (en sentido estricto) y de Mira por el país fluvial de Seha, en cuyo caso, éste debiera ser considerado como su vecino meridional, suroriental u oriental.<sup>109</sup>

En consecuencia, también Heinhold-Krahmer debía dejar irresuelta la cuestión de la equivalencia:

Al mismo tiempo, dada la actual situación de la investigación, sigue siendo problemática una identificación de Wilusa con «Ilios», tanto en un aspecto lingüístico como geográfico.<sup>110</sup>

La inseguridad e indecisión reinantes desde entonces en la cuestión de si la hitita *Wilusa* —también en las formas *Wilussa* y *Wilusija*— podía unificarse con la griega *Wilios*, ha concluido definitivamente en 1996. Ese año consiguió el hititólogo de Tubinga Frank Starke la prueba convincente de que el montón de ruinas en los Dardanelos a cuya arrogante urbe antecesora Homero llama alternativamente «Troya» e «Ilios», era, en efecto, el resto de aquel centro de poder en Asia Menor noroccidental que aparece en la correspondencia imperial de los hititas bajo los nombres *Wilus(s)a* o *Wilusija*.

El proceso probatorio de Starke no tenía, por otra parte, nada de sensacional. Se conducía por las viejas y metódicamente confirmadas vías que conocíamos de mano de la reconstrucción de Garstang. Tenía, sin embargo, dos decisivas ventajas o superioridades respecto a los trabajos anteriores: por un lado, podía apoyarse en nuevos documentos hallados que permitían una mayor preci-

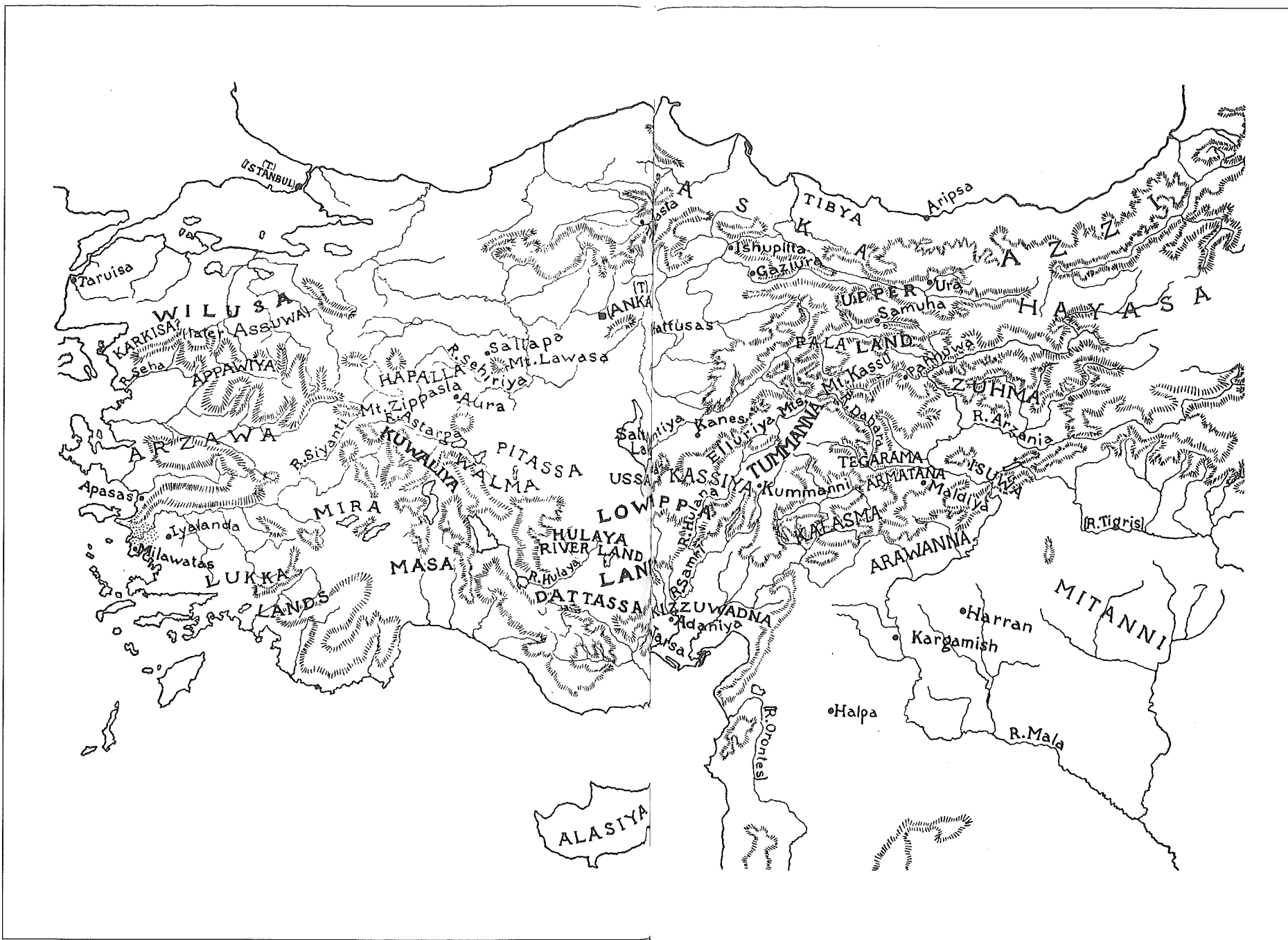


Figura 17: La geografía del imperio hitita según los conocimientos de 1959.

sión, y, por otro, estaba caracterizado por una perspicacia y consecuencia que ninguno de los competentes trabajos previos había mostrado.

Por desgracia no es posible reproducir aquí la totalidad de la argumentación de Starke a causa de la abundancia de presuposiciones y la necesaria longitud de la cadena de argumentación. Como mínimo, debe señalarse la inestimable consolidación que la reconstrucción de la geografía del imperio hitita ha experimentado gracias a una tabletta de bronce, hallada en Hattusa-Bogazköy en 1986 y publicada en 1988 por Heinrich Otten, que Starke pudo ahora utilizar: la tabletta contiene un pacto de Estado que el gran rey hitita Tudhalija IV (aprox. 1240-1252) concertó con su primo Kurunta de Tarhuntassa. El texto del pacto ofrece, como Starke concluye con comprensible alegría, «una descripción fronteriza muy detallada del país Tarhuntassa [...] que no sólo explica las relaciones geográficas en Asia Menor meridional y suroccidental, sino que también crea una sólida base para la determinación de la situación y entorno de los países situados al *oeste* y *noroeste* de Asia Menor».<sup>111</sup>

Cuando en 1996 Starke presentó su argumentación primero en dos «recorridos textuales» en forma de conferencia en las universidades de Tubinga y Basilea, el público entendido tuvo claro que aquí se había operado la irrupción: el mapa del imperio hitita se fue llenando ante los ojos de los atentos oyentes paso a paso, hasta el punto de que al final restaban exclusivamente una sola zona libre y un solo nombre. La zona era la esquina noroccidental de Asia Menor, la posterior Misia —o sea, ya no toda la zona entre los Dardanelos y el río Sangarios, como en Garstang—, y el nombre era *Wilusa*.

Ese avance probatorio modélico en la consideración de todos los detalles disponibles en la época fue coronado con la referencia a una carta<sup>112</sup> utilizable desde 1983-1984 en la cuestión de la localización. La había escrito el rey va-



A los escépticos contumaces les puede dar que pensar, por añadidura, un descubrimiento arqueológico en Troya que no fue llevado a cabo hasta *después* de la localización de Starke, en las campañas de excavación de los años 1997 y 1998.<sup>115</sup> En el distrito occidental del barrio bajo (cuadrante tu 14/15), inmediatamente delante de la muralla del barrio bajo, se sacó a la luz un pozo de captación de agua excavado en la montaña, con un brazo principal de trece metros de longitud y tres estrechos brazos laterales que partían de él, de los cuales uno de más de cien metros de largo (figura 18). La instalación presentaba originalmente un pequeño estanque subterráneo, cuyo manantial se conduce hacia el exterior por un surco elevado y es acumulado allí en un depósito. Tras la limpieza, fluyeron sólo del brazo lateral izquierdo al estanque interior unos treinta litros por hora; en todos los conductos todavía fluyen en el día de hoy entre quinientos y mil cuatrocientos litros de agua por día. Según las petrometrías llevadas a cabo en 1999/2000 por la estación investigadora radiométrica de la Academia de Ciencias de Heidelberg (A. Mangini/N. Frank) la instalación fue dispuesta ya a principios del III milenio a. C. como «captación de agua». Lo significativo en este descubrimiento para nuestra cuestión no es, sin embargo, la instalación como tal —que ya es en sí una singularidad—, sino la particularidad de que en el llamado «tratado Alaksandu» entre el rey del imperio hitita y Alaksandu de Wilusa (véase más adelante el texto completo), en la relación de testigos del juramento, que suele ser usual en tales tratados, se menciona, entre los «dioses de Wilusa» también a un «curso de agua subterráneo del país Wilusa» como dios jurado. Como es natural en tales tratados, se nombraban, junto a los grandes dioses suprarregionales, también con especial interés a los dioses locales que eran particularmente afectos de las partes del tratado y cuya venganza,



en caso de incumplimiento, incidiría con especial acritud, como se puede suponer, en la parte correspondiente (es comparable a fórmulas actuales de juramento como «por la memoria de mi madre»). Sería una extraña casualidad que este documentalmente atestiguado «curso de agua subterráneo del país Wilusa» *no* fuera el mismo que el de la antiquísima captación de agua sacada a la luz en la colina Hisarlik por la excavación de Korfmann.

Quizá los lectores especialmente atentos reparen en que la coincidencia lingüística entre la forma hitita *Wilusa* y la griega *Wilios*, considerada con exactitud, se limita sólo a las tres primeras letras de ambos nombres: *Wil-*. Pero es básico tener en cuenta que justo en la adopción de nombres de una comunidad lingüística por otra —y, por cierto, también entre comunidades que son de la misma familia lingüística, en este caso la indoeuropea, a la que pertenecen tanto el hitita como el griego— se establece una ley que no concuerda ni puede hacerlo con el resto de leyes fonéticas efectivas: el vocabulario se hereda de la lengua (madre) básica por las lenguas individuales que son miembros de la familia (hijas) y sigue entonces determinadas reglas que pueden definirse como «fonéticas». Por eso, se suele poder predecir en qué forma fonética aparecerá una determinada palabra en los diversos miembros de la familia (por ejemplo, el indio *pitar* debe aparecer luego como *pater* en latín, y como *Vater* en alemán).

Los nombres, por el contrario, y especialmente nombres de lugar en caso de cambios de colonización, son *encontrados* por la nueva comunidad lingüística y adoptados a la propia lengua generalmente según se oyen. Primero, se intenta dar al nombre extranjero una figura fonética conocida y característica de la propia lengua, y, segundo, si se puede, vincularlos a algún concepto con sentido en la propia lengua. Ejemplo evidente puede ser la adopción del nombre de ciudad italiana *Milano* (del latín *Medio-*

(p)lanum = en medio de la llanura) en alemán como *Mailand*: no se puede explicar por leyes fonéticas.<sup>116</sup> Starke indicó ya en 1997 que «el acomodo del hitita *Wilus(s)a* al griego en la forma *Wilios* tiene tan poca explicación lingüística como, por ejemplo, la adopción de los topónimos *Milano* o *Ljubljana* en alemán como *Mailand* y *Lai-bach* respectivamente. También los griegos adoptaron del nombre *Wilussa* lo que creían oír (y lo que querían oír) y asimilaron todo a un patrón propio habitual».<sup>117</sup> En el mismo sentido, ya en 1959 en el ejemplo del nombre de lugar *Millawa(n)da* ~ *Miletos*, se posicionaron Garstang y Gurney, junto con muchos otros, a favor de la preferencia de consideraciones fácticas ante las lingüísticas:

... la forma de la palabra *Miletos* no sugiere, de hecho, que la segunda sílaba haya perdido una /w/. Pero la evolución de los topónimos no se guía siempre por exactamente las mismas leyes que se han establecido para una lengua determinada y en el caso susodicho hay poderosas razones *fácticas* que nos llevan a preferir la equivalencia con *Miletos*.<sup>118</sup>

La corrección de esa postura quedó mostrada cuarenta años después: en 1999, el investigador de Mileto Wolf-Dietrich Niemeier, en base a los nuevos descubrimientos, tanto en el campo arqueológico como hititológico, pudo establecer definitivamente:

De todas las localizaciones de *Millawanda* propuestas únicamente queda Mileto.<sup>119</sup>

En el caso *Wilusa* = *Wilios*, acaso convenga pensar un paso más: el nombre de la colina del asentamiento procedía, sin duda, de los más antiguos colonizadores en la época de alrededor de 3000 a. C., así que originalmente no era hitita ni griego (ambos pueblos no emigraron hasta mucho más tarde) y, en consecuencia, seguramente no era

*Wilus(s)a* ni *Wilios*. Los hititas y griegos llegados al mismo tiempo a sus nuevos emplazamientos adoptaron el antiguo, y para ellos extraño, nombre del lugar, cada cual conforme a la forma aparentemente más adecuada a lo que creyeron oír y a la estructura de su lengua. En casos como éste, la insistencia en equivalencias fonéticamente «puras» no puede ayudar al avance científico.

A la luz de estas reflexiones, habría que meditar de nuevo la cuestión de la llamada «Wilusiada»: en 1984, el hititólogo americano Calvert Watkins, en un congreso sobre «Troy and the Trojan War», en el Bryn Maur College en EE.UU., en el marco de una conferencia sobre la lengua de los troyanos, planteó la tesis de que un inicio de canción que tenía cuatro palabras, según toda evidencia un canto de culto luvio que se remonta al siglo XVI y es citado en una descripción hitita de ritual, debía ser traducido como «Cuando vinieron de la escarpada Wilusa...»: «La línea podía muy bien ser el inicio de una canción épica luvia, una “Wilusiada”». Cuando esto se publicó en 1986,<sup>120</sup> fue una sensación mediática. Hay que decir que la tesis fue rechazada por la mayoría de los expertos. Mientras Starke sólo mencionó la corrección de que no decía «de la escarpada», sino «del mar» («cuando vinieron del mar, de Wilusa»),<sup>121</sup> Neumann indicó que, en la palabra luvia *wilusa* parecía hallarse la raíz hitita *wellu-* «prado, pradera»,<sup>122</sup> así que debiera traducirse: «Cuando vinieron del ... país de los prados», o: «vinieron de donde las praderas», y, que, en fin, todo ello debía entenderse como el inicio de una canción pastoril.<sup>123</sup> Prescindiendo de otras objeciones que adujeron en contra otros hititólogos, la interpretación parecía poco atractiva para un canto ritual. Se sugirió un compromiso que, por último, el propio Neumann indicó:<sup>124</sup> el nombre previo de la colina pudo ser vinculado por hititas y luvios con su conocida raíz *wellu-*, a causa de una semejanza fonética; o

sea, que se trataría de un topónimo que no podían discernir desde sus propias lenguas pero que en su interpretación significaba «prado» o similar. Nombres de lugar con ese componente abundan en indoeuropeo.

En 1997, Starke presentó la argumentación sostenida en las conferencias ahora en forma de artículo elaborado.<sup>125</sup> Cuando el número 7 de *Studia Troica* que contenía ese artículo aún se estaba distribuyendo en Alemania, otro hititólogo hizo en Turquía un descubrimiento, independientemente de Starke, que ratificaba la conclusión de éste, desde otra vertiente totalmente diferente: como quedó dicho antes, uno de los más antiguos testimonios conocidos de escritura «luvioglífica» o «pictoluvia» es un monumento roquero en las proximidades de Izmir, el «Monumento de Karabel». Se encuentra junto a una ruta de montaña, el paso Karabel, a más de dos mil metros de altitud en el destacado macizo montañoso de *Boz daglari* (el posterior *Tmolos*, en griego) al sur del valle Hermos, y consta o constaba (para nuestro efecto, es igual) de dos bloques de roca con figuras esculpidas de mandatarios rodeados a su vez de inscripciones pictoluvias; en total son cuatro conjuntos designados como «Karabel A, B, C1 y C2». «Karabel A» fue descubierto ya en 1839 por Renouard. Hasta 1977, los cuatro conjuntos aún existían y fueron visitados por numerosos expertos que los fotografiaron e intentaron leer o descifrar su enunciado general; en 1982, los bloques «Karabel B y C» desaparecieron: habían caído víctimas de la construcción de la carretera.

Hasta 1997, tras varios éxitos parciales, no se logró una interpretación satisfactoria del monumento en cuatro partes. Todavía en 1997, Starke escribió en el artículo mencionado antes: «Aunque todavía hay poca claridad en la lectura de los nombres de reyes, debe tratarse de soberanos locales».<sup>126</sup>

En tanto los expertos de todo el mundo leían ese ar-

título, fueron desbordados: en septiembre de ese mismo 1997, una de esas intuiciones que han ocasionado ya algunos descubrimientos en la ciencia llevó al hititólogo británico J. David Hawkins al Karabel. Unos años antes, Hawkins participó, junto a su colega Anna Morpurgo Davies, en el renovado afán de leer satisfactoriamente el llamado sello Tarkondemos ya publicado en 1872 por Mordtmann.<sup>127</sup> El motivo para ese nuevo impulso lo dieron las reproducciones de dos sellos que aparecieron en 1967 en Hattusa y se publicaron en 1975:<sup>128</sup> los sellos en cuestión mostraban gran semejanza en forma y escritura con el sello Tarkondemos. Hawkins y Morpurgo Davies compararon las reproducciones de los sellos y llegaron a la conclusión de que el nombre del rey representado en el sello Tarkondemos como arquero, leído hasta ahora de manera diversa (Mordtmann: *Tarkudimmi*; Güterbock: *Tarkasna-tiwa*; Nowicki: *Tarkasna-muwa*), debía leerse como «*Tarkasnawa, rey de Mira*» y que ese texto era idéntico al del sello recién hallado en Hattusa. Un rey, con cuyo sello también se sella en la capital del imperio hitita, en una especie de consulado, no podía ser una figura insignificante. En consecuencia, *Tarkasnawa, rey de Mira* debía ser considerado como figura histórica de rango.

Teniendo en mente ese conocimiento, observaba casualmente Hawkins, algo más tarde, nuevas y llamativas fotografías del monumento «Karabel A». Súbitamente se percató de que la primera línea de las tres de la inscripción de «Karabel A» parecía idéntica a la inscripción de los tres sellos. A fin de verificarlo sobre el terreno, visitó personalmente el monumento Karabel, los días 11 y 12 de septiembre de 1997, y fue en efecto capaz, después de dar con el ángulo óptimo de incidencia solar, de leer la primera línea como «*Tarkasnawa, rey de Mira*». Además de eso, consiguió hacer la lectura de las dos líneas si-

guientes: (2) «Hijo de X-li, rey del país Mira», (3) «Nieto de [...] rey del país Mira».<sup>129</sup> Con eso se identificaban tres generaciones de reyes de Mira en la época del final del siglo XIV y principios del XIII (aunque los nombres del padre y abuelo de Tarkasnawa sean desconocidos hasta la fecha).<sup>130</sup> Reyes que se habían inmortalizado en carteles fijados en una pared rocosa «al borde de una importante ruta»<sup>131</sup> en las cercanías de la actual ciudad portuaria de Izmir («Karabel B» y «Karabel C», según la conjetura de Hawkins, mostraban originalmente, como complemento de la inscripción principal, las «fotografías» del padre y el abuelo). De ese descubrimiento, Hawkins extrajo la conclusión siguiente<sup>132</sup> (véase el mapa al respecto):

*Mira* es conocido de tiempo atrás como el más destacado reino de los países Arzawa [...]. La lectura de la inscripción de Karabel establece de golpe la localización de *Mira* en el entorno de Karabel y rechaza todas las demás propuestas.

Como sabemos, el propio *Mira* tenía en el interior del país una frontera común con el imperio hitita en la esquina occidental de la meseta anatolia, en la comarca de la actual Afyon.

El relieve Karabel que está en la ruta que conduce desde el territorio de Éfeso, en el valle de Kaystros, hacia el norte, al valle Hermos, muestra que *Mira* se extendía [desde el país interior anatolio] hacia Occidente hasta el punto de que efectivamente alcanzaba la costa.

Es probable que esta extensión occidental de *Mira* represente el tronco del estado *Arzawa*, con la capital en *Abasa*, de cuya identificación con Ephesos no cabe duda alguna<sup>133</sup> [...].

La envergadura e importancia de *Mira* quedan así explicadas. Y de ese modo pueden también localizarse con precisión los *vecinos* de *Mira* [...].

En especial queda ahora asegurada la identificación del *país del río Seha*, que tenía como es sabido una frontera común con *Mira*, con el valle de Hermos [...].<sup>134</sup> El respectivo interés de esos estados en el «país de Lazpa» (= Lesbos)

—comprensible en cuanto se hace patente que su zona de influencia también encierra el valle Caicos<sup>135</sup> y las vinculaciones del *país del río Seha* con *Wilusa* del país Arzawa, que quedaba más allá pero se alcanzaba por el territorio Seha—*devuelve a ese reino de Wilusa hacia su sede original en la Tróade*—*cuya denominación en el pasado es discutida desde que se propuso su equivalencia con Ilios.*<sup>136</sup>

El hecho de que dos expertos en una determinada cuestión lleguen a la misma conclusión independientemente entre sí y mediante la valoración de diversos documentos al mismo tiempo, se valora en ciencia, desde siempre, como importante indicio de la probable corrección de los resultados mencionados. En la cuestión de la localización de *Wilusa*, ante la multitud de indicios arqueológicos acumulados, como ya se ha dicho aquí, la coincidencia de Starke y Hawkins es valorable como eslabón final de la cadena de pruebas.

Los días 13 y 14 de diciembre de 1998 tuvo lugar en la Universidad de Würzburg un coloquio internacional sobre Troya que reunió a investigadores de diversas disciplinas, entre otros, junto a arqueólogos, filólogos y prehistoriadores, también prestigiosos hititólogos (Hawkins, Neumann, Nowicki). La equivalencia de Starke *Wilusa* = *Wilios* se aceptó.<sup>137</sup> Desde entonces estamos seguros de que Homero no fantaseó, por lo menos en lo concerniente al nombre del lugar de su escenario. Con ello se cumple por primera vez la condición previa para considerar a Homero al menos como fuente; una condición que todavía en 1992 parecía imposible de cumplir, cuando Donald D. Easton constató, como ya se dijo:

La arqueología no puede suministrar noticias de la guerra de Troya, mientras no estemos seguros de que este lugar [se refiere a Hisaralik] fuera Troya. Nada lo ha probado hasta la fecha.

En lo sucesivo, está probado. Más adelante, se mostrará de dónde pudo Homero obtener el nombre y, sobre todo, que no lo adoptó de contemporáneos que vivían en el mismo sitio y lo conocían por transmisión oral. De momento, basta establecer como hecho que la *Ilíada* de Homero, en lo tocante al punto nuclear de la historia, ha perdido la calidad de ficción novelística que le imputaban muchos: Ilios = Wilios no es un producto de la fantasía griega, sino un lugar histórico y real. Ese lugar se encuentra en la misma posición en que aparece en Homero. Y era lo bastante significativo como para tener un papel en el horizonte de la política de las grandes potencias dirigentes en el II milenio a. C.

Ahora bien, sería metódicamente erróneo deducir de la historicidad del lugar la conclusión de que también los sucesos que Homero hace transcurrir en ese lugar fueron históricos. Ese error de pensamiento que una y otra vez se ha cometido y comete lo recordó de manera penetrante Franz Hampl hace más de treinta años en un artículo que se hizo célebre «La *Ilíada* no es un libro de historia».<sup>138</sup> Por medio de ejemplos diferentes hizo ver «que con métodos semejantes, al final, cualquier saga podría probar autenticidad histórica» y señaló, como advertencia, la frase del «lego en materia histórica» Helmuth V. Moltke: «Una narración puede ser históricamente incierta y completamente exacta en su localización».<sup>139</sup> Vale la pena citar uno de los ejemplos de Hampl en toda su longitud para que se comprenda con toda nitidez la diferencia entre «realidad del lugar» y «realidad de la acción»:

En diferentes [...] sagas austríacas, tienen su papel pasadizos subterráneos que, por ejemplo, unen dos castillos. De hecho, tales pasadizos están en sitios donde, según la saga, debiera esperarse encontrarlos. La conclusión deducida por muchos de que las historias narradas pasaron realmente es,



por supuesto, igual de errónea metódica y objetivamente. Aún más hemos de suponer que los pasadizos fantásticos sugieren y provocan por su parte la fantasía cuentista de los hombres, así como que sagas ya existentes experimentaron la correspondiente ampliación y que arraigaron en las localizaciones respectivas.<sup>140</sup>

Puede quedar por ver si realmente «debemos» suponer exactamente lo que Hampl sugiere como refutación. Lo cierto es que la historicidad del lugar no avala la historicidad de los sucesos localizados en ese lugar. Por otro lado, la posibilidad de que sucesos localizados en un determinado lugar hayan pasado efectivamente allí, en ningún caso es menor porque se pruebe la historicidad del lugar. Quien preguntaba, antes de la identificación de (W)ilios con *Wilusa*, por el grado de realidad de los sucesos narrados en la *Iliada*, tenía la merma de no tener bajo los pies el suelo firme de la comprobada historicidad del lugar de la acción. Ahora puede partir de un punto fijo: el lugar que en la *Iliada* hace la función de escenario es histórico. El viejo problema de investigación «Troya y Homero» adquiere así un fundamento básico asegurado. Lo que ahora puede emprenderse es la búsqueda del *modo de vinculación* entre la Ilios/Troya histórica y la Ilios/Troya de Homero.

Como primer hito fundamental de nuestro camino podemos establecer que, desde 1996, la *Iliada* de Homero ha conseguido, por primera vez en la historia de la investigación de Troya, la posibilidad de acceder al rango de texto fuente.

Ese resultado desarrolla una poderosa fuerza motriz. Nos lleva, antes que nada, a dar el paso lógicamente consiguiente, o sea, a examinar si también otros nombres de lugar, comarcas y habitantes de comarcas que en Homero designan el escenario de la acción y sus protagonistas

tienen correspondencias en documentos extragriegos del II milenio. Si fuera ése el caso, total o parcialmente, entonces se probaría que no sólo el estrechamente delimitado escenario, sino también el gran marco geográfico-etnográfico de la *Ilíada* de Homero es histórico. Ése sería un gran paso adelante. Porque si el estrechamente delimitado escenario de la acción de la *Ilíada* —Ilios/Troya— hubiera existido todavía en vida de Homero —aunque fuera en forma de ruina—, podría haber sido teórico desencadenante de la historia también en vida de Homero, en el sentido de la explicación de Hampl. Pero, como aún hemos de ver, el gran marco geográfico-etnográfico de la acción de la *Ilíada* no existía en vida de Homero. Si ese marco tuvo alguna vez realidad histórica, entonces, en el caso de que Homero hubiera *compuesto* la historia de Troya como una urdimbre narrativa sólo existente en su fantasía para las ruinas del lugar Ilios/Troya, debió inventar al mismo tiempo un marco geográfico-etnográfico, que en su época no era hallable en ningún lugar y que, no obstante, existió efectivamente en la misma forma en que Homero lo ofrece. Semejante coincidencia de producto fantástico y realidad histórica sería altamente asombrosa y exigiría una explicación. De modo que continuemos con el examen de los nombres.

Como primer candidato para semejante examen se ofrece, como es natural, el nombre, tan cargado de significación, de «Troya».

¿Es «Troya» = «Taruwisa»/«Tru(w)isa»?

Homero emplea para el escenario de su acción, junto a «Ilios», un segundo nombre: «Troie» (la /e/ larga del final de palabra en el dialecto jónico de Homero corresponde en los demás, que luego se harían usuales, a una

/a/ larga; de ahí nuestra forma «Troya»). Este nombre aparece en la *Ilíada* más de cincuenta veces. En Homero, la denominación de los habitantes se deriva de él: «troyanos» o «troyanas» (varios centenares de veces), pero jamás «ilianos» o «ilianas». <sup>141</sup> Después de que uno de esos nombres, Ilios, se ha probado históricamente, no sería lógico suponer que Homero o sus predecesores en el oficio de bardo (de ellos nos ocuparemos luego con más atención), a pesar de que ya dispusieran de un nombre para el lugar, hubieran inventado libremente el segundo y, luego, ¡derivaran del *inventado* la denominación de los habitantes! Por qué, *en definitiva*, se emplearon dos nombres es algo que merece preguntarse y no lo pasaremos por alto. En cualquier caso, tras la más escrupulosa indagación de todas las posibilidades, no se vislumbra un motivo para la invención de un segundo nombre. Sólo queda la conclusión de que también ese segundo nombre fue transmitido —es decir, es histórico—. Y, así como en el caso de «Ilios», ¿hay un apoyo para ello *aparte* de Homero?

En los llamados *Anales* del gran rey hitita Tudhalija I (aprox. 1420-1400), informa Tudhalija sobre sus empresas guerreras. El informe de una «expedición contra los países *Arzawa*» ocupa no poco espacio. Ya nos hemos encontrado varias veces con *Arzawa* o los *países Arzawa*, primero en las cartas *Arzawa* que tuvieron su papel en el desciframiento de la escritura cuneiforme hitita. Tempranas conjeturas sobre la situación geográfica de *Arzawa* que coincidían en señalar hacia el oeste de Asia Menor (como el ya mencionado mapa de los libros de texto de 1953) fueron definitivamente concluidas por Frank Starke con la prueba de que *Arzawa* abarcaba la parte media de Asia Menor occidental, desde el valle Meandros hasta el macizo montañoso de Tmolos y tenía una ciudad residencial, posible y ocasionalmente su capital, en Abasa (= Ephesos). El hititólogo británico David J. Hawkins, con su lograda

lectura de las inscripciones Karabel, llegó en 1997, independientemente de Starke, a la misma conclusión: la equivalencia de Apasa y Ephesos queda «mediante los nuevos descubrimientos de Karabel prácticamente corroborada».<sup>142</sup> Las recientes excavaciones turcas del museo Selçuk en la ciudadela de Éfeso, que hasta la fecha pudieron comprobar, entre otras cosas, un muro fortificado de la Baja Edad de Bronce con la misma técnica que la muralla de la ciudadela de Troya VI, lo constatan.<sup>143</sup> Según la más alta probabilidad, el país desarrolló una cultura avanzada ya antes de la formación del imperio hitita. Siendo Arzawa básicamente enemigo de los hititas, como atestiguan los documentos de éstos, hubo frecuentes choques bélicos entre ambos poderes especialmente en los siglos xv y xiv a. C. Hasta finales del siglo xiv no logró el gran rey hitita Mursili II (aprox. 1318-1290), tras una decisiva batalla victoriosa en la cabecera del Meandro, acabar con la autonomía de Arzawa, dividir el país —con lo que la zona central pasó al «país Mira»— e incluirlo en el recién formado conjunto de reinos sometidos a vasallaje hitita.

Unos cien años antes de esa disgregación de Arzawa, emprendió Tudhalija su antes mencionada expedición contra Arzawa y una serie de otros países y pequeñas comarcas en su área de influencia. Una vez que declara, en la relación de hazañas, haber ocupado una a una todas las comarcas, entre ellas también Seha y Haballa, que según sabemos limitaban al norte con Arzawa, viene un giro inesperado:

(13) [Tan pronto como] me volví [hacia Hattusa], los siguientes países me declararon (14) la guerra.

Siguen los nombres de unos veinte «países». Entre otros, son legibles los nombres «el país Karkisa», «el país

Kispuwa», «el país Dura», «el país Kuruppija» y algunos otros. Ya el final de la lista, vienen dos nombres que nos interesan en especial:

(19) ... el país Wilusija, el país Taruisa.

Con ellos se cierra la lista y Tudhalija continúa:

(20) [Esos países...] se unieron con sus guerreros. / (21) [Ellos...] sus [...] y dirigieron sus tropas contra mí. / (22) [Pero yo] Tuhaliya conduje mi ejército de noche, / (23) [de modo que] pudiera rodear el campamento de las tropas enemigas / (24) y los dioses me lo concedieron: la diosa solar de Arinna, el dios del tiempo celestial / [*siguen otros cinco dioses*] / (26) Puse fuera de combate el campamento enemigo. (27-28) Entré luego en los países que habían levantado ejército contra mí.

(29-30) [Y los dioses] me los entregaron, y los dioses me dieron los países que he nombrado / (30) cuando me declararon la guerra. / (31) Puse en movimiento a todos esos países: habitantes, ganado mayor y menor (y) los bienes muebles de los países me los llevé a Hattusa.

(33) En cuanto arrasé el país Assuwa, volví a Hattusa / (34) y llevé como séquito diez mil soldados y seiscientos tiros de carros de guerra / (35) junto con sus aurigas a Hattusa / (36) [y los] trasladé a Hattusa. Pijamakurunta, Kukulli, (37) Mala-zidi, el cuñado de Pijamakurunta, también lo llevé (38) [a Hattusa]. Y sus hijos y nietos que / (39) [...] ... (ilegible) también los llevé a Hattusa [*sigue tratando sobre la conducta de los «internados» Pijamakurunta y Kukulli; luego cambia el escenario a otros países*].

Como se ve en la línea 33, el gran rey incluye los anteriormente mencionados veinte «países» (más adelante veremos qué se quiere decir con ese término) bajo el nombre «el país Assuwa». ¿Dónde estaba Assuwa? No puede ser lo mismo que Arzawa, mencionado junto a Seha y Ha-

balla, que acaba de someter. Y como, después de la victoria, el rey «regresó» (13), eso sólo puede querer decir que se puso camino de casa con el ejército y el botín —«diez mil soldados y seiscientos tiros de carros de guerra», es decir un séquito considerable— luego se puede deducir que no se dirigió al sur, sureste ni suroeste, porque eso hubiera significado un gran rodeo y suscitado los consiguientes problemas de logística, sino que fue derecho hacia el noreste, en dirección a Hattusa. Cuando ya se movía en esa dirección, «el país Assuwa», con sus alrededor de veinte comarcas que nos constan, le declaró la guerra. De modo que toda esa región no había estado hasta entonces involucrada en la guerra y tenía tropas hábiles. Por lo visto, deseaba vengar la derrota de Arzawa y sus aliados, cualesquiera fuesen sus móviles político-militares. ¿Dónde pudo estar entonces Asuwa con sus «países miembros»? Ya Garstang/Gurney dedujeron a partir de otras consideraciones:

En su campaña previa Tudhalija atacó Arzawa y sus aliados [... que debieron estar localizados al sur de Arzawa...]. En consecuencia, la confederación de Asuwa sólo podía estar al norte de los países Arzawa —lo que de hecho se muestra por una mención de Troya e Ilios...»<sup>144</sup> [Así, para Asuwa se propone la opción de una equivalencia con la posterior «Asia», «en los alrededores de Sardes», o bien con «Assos» en la Tróade.]

Con el empleo de Troya e Ilios como apoyo para la localización de Assuwa al norte se da a entender que Garstang y Gurney equiparaban el penúltimo mencionado «país Wilusa» en la lista de regiones de Tudhalija, con Ilios, y el último «país Taruisa», con Troya. En lo tocante a Ilios, han sido ratificados, como hemos visto. Por el contrario, en lo concerniente a «Troya», la cuestión de la equivalencia sigue hoy en día sin ser definitivamente decidida en el círculo de los hititólogos.

Emil Forrer, del que ya sabemos como codescifrador del pictoluvio, propuso por primera vez la equivalencia en 1924.<sup>145</sup> Ese mismo año, fue aceptada por Paul Kretschner en un suplemento a su artículo «Alaksandu». En 1932 se sumó también Ferdinand Sommer en *Los documentos Ahhijava*, su obra que hizo época. En 1952, en su trabajo capital *The Hittites*, Gurney concluyó respecto a ambas equivalencias: Wilusa = Ilios y Taru(w)isa = Troya, después de manifestar ciertas reflexiones, lo siguiente:

Fonéticamente, ninguna de estas equivalencias está completamente descartada.

Abundando en la misma dirección, Gurney y Garstang declararon en *The Geography of the Hittite Empire*:

La posibilidad de que el último nombre en esta lista [o sea, Taruisa] pueda ser identificado con el griego Troya, es decir la ciudad de Troya, fue mencionada en 1924 por E. Forrer y, tras una larga controversia, los filólogos se han mostrado de acuerdo en que la equivalencia es posible a través de una hipotética forma «Taruiya» [...]. La posición contigua de ambos nombres en la lista [o sea, Wilusiya y Taruisa] habla a favor de que estas atractivas percepciones sean correctas...<sup>146</sup>

Desde entonces, hubo una temporada de tranquilidad en el frente «Taruwisa»/«Tru(w)isa». En 1986, el decano de la orientalística Hans Gustav Güterbock retomó la cuestión. En un repaso a la historia del problema bajo el título *Troy in the Hittite Texts* declaró que la equivalencia era, de entrada, posible.<sup>147</sup> Poco después, propuso dos reflexiones en el marco de una revisión de los Anales de Tudhalija. La primera se refería a la recopilación y serie sucesiva de «los países Assuwa», señalaba una interpretación errónea de la lista de Tudhalija y hoy ya está supera-

da. La segunda incidía en que Tudhalija describe como «países» lo mismo *Wilusa* que *Taruwisa/Tru(w)isa*, mientras Homero sólo usa *Troya* como concepto comarcal y, por el contrario, con Ilios se refiere a la *ciudad*.<sup>148</sup> Si, en el caso de que fuera válido para Homero, se quisiera dar a eso valor argumental (volveremos a considerarlo), con ello se llamaría la atención sobre el hecho de que los hititas tenían la costumbre de denominar a los países según su capital, empezando por ellos mismos: cuando, tras numerosas invasiones, su zona de dominio se extendió hasta Levante y el Egeo, seguían llamándose según su capital: *Hattusas utne*, literalmente: «país de Hattussa». Lo mismo hacían, por ejemplo, con el país *Assura* (capital Assura), el país *Karkamissa* (capital Karkamissa), el país *Alalha* (capital Alalha), el país *Halpa* (capital Halpa [= Aleppo]), el país *Ugaritta* (capital Ugaritta), y así sucesivamente. En todos esos casos, la misma palabra puede denominar a la ciudad y también al país; la diferencia se indica mediante añadidos como «país» o «ciudad», lo mismo que cuando nos referimos a Brandenburgo especificando si se trata de la ciudad o la región. Los griegos, por el contrario, *no* solían designar las regiones y sus habitantes, ya en el II milenio (ni tampoco después), según sus capitales. De otro modo, debiéramos encontrarnos en Homero *micénicos* (según la ciudad de Agamenón, Micenas), *lacedemonios* (según la ciudad de Menelao, Lacedemon), *orcomenios* (según la capital Orcomene) y así con el resto. Es evidente que hititas y griegos tenían diversas preferencias a la hora de designar países, regiones y poblaciones. Por eso, la diferencia de denominación del país no puede servir de argumento contra la equivalencia de «Taruwisa»/«Tru(w)isa» con «Troya».

Intentemos formular con claridad el estado de la cuestión: en una documentada lista de topónimos del centro gubernamental del poder dirigente en Asia Menor, hacia



1400 a. C., aparecen inmediatamente seguidos —o sea, mostrando probable vecindad— dos nombres de lugar que, incluso por escrito, muestran una evidente semejanza fonética con otros dos nombres que también en la *Iliada* de Homero están en patente relación entre sí, hasta el punto de poder figurar alternativamente el uno por el otro. Ambas parejas de topónimos se refieren a la misma región geográfica. La conclusión natural podría ser que ambos nombres designan idénticos lugares.

Podría preguntarse por qué en Homero pueden figurar ambos nombres el uno en lugar del otro, mientras en la lista de Tudhalija aparecen separados, como designaciones de dos «países». Hay varias explicaciones admisibles. Una podría ser que el texto hitita de alrededor de 1400 reproduce una estructura regional anterior, dentro de la que ambos lugares —bajo la dirección de Wilusa— aún son autónomos; mientras que, más tarde, si bien siguen existiendo con sus antiguos nombres, se han vinculado en una unidad política de la que el lugar «Taruwisa» / «Tru(w)isa» podría transmitir el nombre en la percepción profana; el texto griego reproduciría entonces la situación más tardía, tal y como los griegos la conocieron y como perdura hasta hoy en su designación «Troás» (del griego «Tro(i)ás gê», «país de Troya»). El concepto hitita «país» permite esa acepción sin más: no es idéntico a nuestro concepto «país», en sentido de «Estado» o «nación», sino que designa unidades de superficie política que pueden ser mayores o menores (como en el sentido de nuestro término «distrito»); el previo signo cuneiforme KUR sólo indica que se denomina según una unidad de superficie política, y no dice nada de magnitud, envergadura, número de habitantes o importancia de esa unidad local.

Es de toda evidencia que el término «país» sólo puede ser usado en ese sentido en la lista de Tudhalija: si quisiéramos entender «país» en el sentido de unidades geográ-

ficas mayores, no sabríamos dónde colocar las al menos veinte unidades designadas con «país» al norte de Arzawa/Seha/Haballa, ya que allá se encuentra el (gran) país Masa (ver el mapa). En esas circunstancias, lo más probable es que, en la lista de «países» de Tudhalija, se nombraran también asentamientos de población tan pequeños para encarecer la magnitud del triunfo.<sup>149</sup> Seguramente también es ésa la razón por la que hoy en día apenas puede ser identificado un «país» de toda esa lista junto a Wilusa. Los distritos de población mencionados eran por lo visto lo bastante pequeños como para desaparecer sin huella bajo el manto de la historia. Excepto uno: *Taruwisa/Tru(w)isa*. Estaba muy próximo a Wilusa, probablemente le pertenecía de alguna forma. Pero como formaba una unidad nominal conocida, fue incluido como los demás «países» en la lista del rey.

Pero si *Taruwisa/Tru(w)isa* fue un lugar histórico real, en las proximidades de la capital Wilusa que imponía la denominación —de lo que no cabe duda ante la lista de Tudhalija—, sería muy extraño que ese nombre no tuviera nada que ver con el griego Troya.

Al respecto, Frank Starke argumentó en 1997 que un país Assuwa sólo se percibe como entidad política en los textos hititas en la segunda mitad del siglo xv. Los alrededor de veinte países partícipes mencionados en la lista de Tudhalija sólo se comprenden «en una demarcación al norte de Arzawa, Haballa y Seha, ya que el mismo texto nombra a los tres países en relación con la previa expedición de Arzawa». Para los países *Wilusija* y *Taruwisa/Tru(w)isa* que figuran en el último pasaje se deduce «de hecho una posición en la Asia Menor más noroccidental. Allá, es decir, en la Tróade, o en las comarcas limítrofes, se localiza generalmente hasta la fecha Asuwa» (como ya aparece en el mapa del libro de texto mencionado de 1953). El nombre Asuwa estaría más bien rela-

cionado con el lugar llamado más tarde en griego «Assos» y situado en la costa meridional de la Tróade, que con el nombre «Asia», que no aparece hasta relativamente tarde y en principio estaría limitado a Lidia y Jonia, situadas más al sur. El país llamado *Taruwisa* o *Tru(w)isa* inmediatamente al lado del país Wilusija podría «muy probablemente haber estado en vecindad del país Wilusa/Wilusi-ja». La relación con el griego «Troya» sería evidente, aun cuando «apenas sea fundable en leyes lingüísticas».<sup>150</sup> Con ello queda la equivalencia geográficamente reconocida, si bien lingüísticamente permanece sin aclarar.

De modo que, en el caso del nombre de lugar «Troya» que aparece en Homero, estamos en la misma situación básica que en el caso del nombre «Ilios»: también «Troya» tiene una pronunciación fonéticamente semejante en una relación de topónimos reales suministrada por un texto histórico hitita del II milenio a. C. Igual que en el caso de «Ilios», el lugar que tenía ese nombre es localizable, con toda la probabilidad que por ahora se puede pedir, en aquella estricta comarca geográficamente delimitada que ofrece el escenario de la *Iliada* de Homero. Sin embargo, con nuestros métodos usuales de leyes fonéticas tampoco podemos en este caso hacer patente la semejanza de la denominación hitita con la griega.<sup>151</sup>

Como en el caso de «Ilios», la explicación de la imposibilidad de una equivalencia fonética indoeuropea entre las dos denominaciones podría radicar en el hecho de que el nombre original fuera muy anterior e imposible de vincular con nada de la lengua entonces común de los posteriormente llegados hitito-luvios y griegos, y, por lo mismo, les resultara impenetrable. Ambos debieron de entrar en contacto con ese lugar, independientemente entre ellos, en diversos momentos (el punto de partida tácitamente supuesto de que los griegos hubieran tomado el nombre de los hititas, es decir, formado *Troya* a par-

tir de *Taruwisa/Tru(w)isa*, es una hipótesis carente de fundamento lógico e histórico). Ambos podrían haber sido formados en las propias lenguas según lo que creyeron oír en un primer encuentro, lo mismo en el caso de *Wilusa-Wilios* como en el de *Taruwisa/Tru(w)isa-Troya*.<sup>152</sup> Tras aquel primer encuentro, las relaciones locales en la comarca de la actual Tróade debieron de suceder de un modo que hoy no podemos reconstruir, hasta que ambos lugares originalmente separados formaron una supuesta unidad mayor.

Sin embargo, para Homero o el prehomérico poema troiano, esa transformación interna que, en sí, sólo necesitaba un nombre habría sido irrelevante. El poema griego de Troya pudo acoger la disponibilidad de las dos denominaciones para la misma unidad geográfica; de hecho, como se ha probado no hace mucho,<sup>153</sup> los dos nombres facilitan mucho, en base a su diferente estructura rítmica, la inclusión de ese lugar capitalino del poema en el verso, el hexámetro. Se trata de un principio de la poesía hexamétrica griega (más adelante volveremos a ello con más precisión): donde hay, para la misma cosa, variantes de denominación que faciliten escandir en hexámetros se utilizan con gusto. No había, pues, ningún motivo para dejar en el olvido una de las dos denominaciones de lugar, y sí que había todas las razones para utilizarlas la una junto a la otra e incluso *sin* diferencia concreta.<sup>154</sup> Así pues, el que hoy hablemos todavía de Ilios y de Troya lo debemos a la normativa interna de la poesía hexamétrica griega que preservó ambos nombres. De otro modo, lo más probable es que *Taruwisa/Tru(w)isa* hubiera caído en el olvido, junto con la mayor parte del resto de las denominaciones de lugar de la lista de Tudhalija.

Quien no quiera aceptar una explicación en ese sentido queda emplazado ante la cuestión de si debemos acha-

car la semejanza fonética que nos confunde a pura casualidad y así evitar la equivalencia de los lugares, sólo porque esa semejanza no concuerda con aquellas leyes que hemos derivado de determinados fenómenos lingüísticos (¡no de denominaciones de lugar!) en la disciplina europea de la lingüística comparada. La otra posibilidad que en éste como en semejantes casos ha sido contemplada y favorecida por numerosos hititólogos consiste en admitir y conceder, ante el peso de la serie pragmática de indicios, que, en casos así, nuestros tradicionales métodos lingüísticos no están (todavía) a la altura de los hechos.

Parece que tenemos ante nosotros uno de esos casos de investigación en los que debe recorrerse un camino que, pese a su metódica irresolución según los criterios actuales, nos llevará a un resultado que luego, en caso de alcanzarse, dará lugar por su evidencia a la posibilidad de ampliar también el propio camino.

## CONCLUSIONES: TROYA Y EL IMPERIO HITITA

Nuestra pregunta inicial está contestada: en la Edad de Bronce, Hisarlik se llamaba *Wilusa* entre los hititas y *Wilios* entre los griegos. Además de eso, hacia finales del siglo xv a. C., los hititas conocían en el «país Wilusa» una región *Taruwisa* o *Tru(w)isa* que apenas puede discernirse de la griega *Troya*. De modo que la ciudad de que se trata en la *Ilíada* de Homero es, en todo caso, histórica. Y estaba en la Edad de Bronce en la misma región al noroeste de Asia Menor en que aparece en la *Ilíada* de Homero.

Además de este resultado principal, han aparecido los siguientes:

- 1) La ciudad Wilusa, según la cual los hititas denominaban a todo el país (idéntica al menos con nuestra «Tróade» aunque probablemente mayor), no era ningún «nido de piratas» en un cerro, abarcando un máximo de veinte mil metros cuadrados, sino una población extensa con una superficie amurallada de más de doscientos mil, con entre siete y diez mil habitantes. Según los conceptos de la época, una (pequeña) gran ciudad.

- 2) La ciudad estaba dispuesta según el modelo de po-

blación anatolia: ciudadela amurallada con un barrio bajo densamente poblado y protegido por un foso circundante. El barrio bajo se extendió tanto en el curso de la segunda mitad del II milenio a. C., que incluso se consideró necesario un segundo foso. De modo que la población seguía creciendo.

3) La ciudad era al mismo tiempo residencial y comercial. Era dirigida por un gobierno civil. Su bienestar, expresado en su número de habitantes y el consecuente crecimiento continuado, radicaba en su importancia como centro comercial. Esa importancia resultaba de su situación extraordinariamente estratégica para la beneficiosa actividad económica de aquel punto de Asia Menor que mejor controlaba el tráfico comercial entre dos mares —Egeo y Negro— y entre dos continentes —Asia y Europa—, pero que también podía ser fomentado y protegido de la manera más a propósito.

4) Esa función de fomento y protección predestinó la «internacionalidad» de la ciudad: anatolia según su posición geográfica e impronta arquitectónica (acaso también en su orientación religiosa), sin embargo, no se encasilló como «anatolia», sino que tomó el papel de un punto mediador económico y centro de organización de las regiones próximas y lejanas, no sólo en Asia, sino también en la Europa que tenía enfrente, con el natural aprovechamiento de las estructuras económicas concurrentes y beneficio para todos los partícipes. Así funcionó como puerto comercial, granero, centro de manufactura para materias primas (metales, textiles, alfarería), gran mercado (probablemente, junto a todo el resto de productos, de caballos, como la «moderna» fuerza de tiro por entonces, para la paz y la guerra) y lanzadera para toda la población del país interior y de la región de los tres mares, Egeo, Mármara y Negro, es decir, para la Tróade y su país interior anatolio oriental y meridional, para las islas

que estaban delante (sobre todo, Imbros, Tenedos, Lesbos), para la costa europea y asiática de los Dardanelos, para Tracia y los Balcanes al oeste, y, seguramente, al menos una parte de la costa meridional del mar Negro al noreste. Una sugerente hipótesis de Manfred Korfmann propone, además, que la ciudad formaba la plataforma de apoyo del tráfico costero e isleño en el Egeo nor-oriental, como especie de centro hanseático. Esas funciones y las posibilidades de aprovechamiento vinculadas con ellas representaban la fuente de su riqueza «fabulosa», siempre supuesta (¡los hallazgos de tesoros!), pero, en especial, durante la Edad de Bronce, claramente real.

5) Es evidente que un lugar de esa importancia e irradiación suprarregional debió de atraer el interés de las formaciones de poder político que vinculaban gran potencial militar con relativa proximidad territorial y expansividad. Una formación política de esa dimensión surgió en el amplio entorno de la ciudad, a lo largo del II milenio, en la figura del imperio hitita. Por eso, el sello luvio-glífico que se encontró en 1995 dentro de la ciudadela de Troya, en un complejo construido junto a la muralla, difícilmente puede ser un hallazgo casual o importado. Unido a los documentos hoy disponibles de la correspondencia imperial hitita, ese hallazgo de escritura indica más bien un lazo político muy antiguo entre el gobierno del imperio hitita en Hattusa y los mandatarios de la ciudad en Wilusa.

## EL TRATADO ALAKSANDU

De qué tipo pudo ser ese lazo es algo que, en principio, hemos dejado en suspenso a la luz del estudio conjunto del material hoy disponible. Ahora vale la pena retomar esa cuestión. Partimos por segunda vez de aquel tratado que



el gran rey hitita Muwattalli II (aprox. 1290-1272 a. C.) concertó con Alaksandu de Wilusa. Para evitar la impresión de que este texto del tratado represente un fragmento aislado y deba, en consecuencia, ser considerado con especial cautela como documento histórico e incluso ser puesto en duda, presentamos pasajes de otro tratado que tiene un tema semejante y que, un tiempo antes, concertaron al padre de Muwattalli II (aprox. 1318-1290) y Manabatarhunta, rey del país del río Seha (que, como se ha visto, tenía frontera con Wilusa):<sup>155</sup>

§ 1 (1) Como dice a continuación su Majestad, Mursili, gran rey, rey [del país Hattusa, héroe]: (2) A ti, Manabatarhunta, tu padre [...] (3) te dejó y eras (todavía) un niño. [Y así intentaron... (nombres de persona)] (4) y Uratarhunta, tu hermano, matar[te] varias veces. (5) Te habrían matado, [pero tú] (6) escapaste. Pero te desterraron de [Seha], (7) de modo que te pasaste a los karkiseos,<sup>156</sup> (8) y ellos te [arrebataron] tu país y la casa de tu padre, (9) y así se lo pudieron quedar para sí. [Yo, su Majestad, a ti, Manabatarhunta] (10) [te recomendé] a los karkiseos [y] (11) envié [varias veces] presentes a los karkiseos. [También mi hermano (= Arnuwanda II)] intercedió (12) varias veces por ti ante ellos, de manera que los karkiseos te (13) protegieron por nuestra recomendación.

§ 2 (14) Cuando Uratarhunta en adelante [incumplió] los juramentos, (15) lo atraparon los dioses del juramento. Entonces los expulsaron los de Seha, (16) mientras los de Seha, por [nuestra] (17) palabra, te dejaron entrar y, por [nuestra] (18) palabra, te protegieron.

§ 3 (19) Cuando luego mi hermano [Arnuwanda se hizo dios (= murió)], (20) [me senté, yo,] su Majestad, en el trono [de mi padre], (21) y así, yo, su Majestad, te [sostuve] en lo sucesivo a ti. (22) Hice que los de Seha te [juraran fidelidad], (23) [y] te [protegieron] por mi [palabra]. (24-28) [*muy fragmentario*] (29) [Cuando] luego [Uhhazidi, el arzawano (= el monarca reinante en Arzawa)] (30) declaró la

guerra [a su Majestad] tú [Manabatarhunta cometi]ste [contra su Majestad] (31) [gran perjurio]. Así apoyaste [a Uhhazidi, mi enemigo] (32) cuando [tú combatiste] a su Majestad (33) [y] no [me] apoyaste.

§ 4 (34) [Cuando marché] yo contra Uhhazidi y los [de Arzawa] (35-36) los dioses del juramento atraparon a Uhhazidi porque (como usurpador en Arzawa) [había roto el juramento], [así que] yo [su Majestad] (37) [lo] pude aniquilar. Y como tú [te habías puesto de su lado], (38) [quise] aniquilarte por igual. [Aunque tú no] te echaste [a mis pies] (39) sino que [enviaste ancianos y mujeres] a mí, (40) [para que ellos] como enviados tuyos [se echaran a mis] pies (41) [y me] escribiste lo que sigue:

«Señor mío, ¡sostén mi existencia (política)! [¡No, me] aniquiles (42) sino tómame en vasallaje y [mantén la lealtad] a mi persona! (43) ¡Habitantes del país Mira, habitantes del país Hattusa (44) [o] habitantes del país Arzawa, que (45) se pasaron a mi lado, de aquí (texto: ahí) mismo (46) los haré regresar!]]» Entonces yo, su Majestad, me interesé por ti, (47) cedí [a tu ruego] y [te concedí] mi amistad. Una vez que yo, su Majestad, me intereso por ti (49) [y te] doy mi amistad, prende a [los habitantes] del país Arzawa (50-54) que se pasaron a tu lado, y los del país Mira y los del país Hattusa que [huyeron] de mí y se pasaron a tu lado, así como un juramentado entre ellos, y entrégamelos. No dejes uno solo (55) permanecer en tu país, ni huir de él, (56) captúralos en su totalidad (58) y entrégamelos. Y si cumples estas condiciones, (59) te aceptaré en vasallaje. (60) Sé pues mi amigo [y] debes en lo venidero (61) mantener este tratado. Así te protegeré. Y eso has de tenerlo (62) bajo juramento:

§ 5 (63) Mira que te concedo Seha y el país Appawija (64) y ha de ser tu país. Protégelo. (65) Aparte de eso, no pretendas ningún habitante de Hattusa, ni parte alguna de Hattusa. (66) Si pretendes de mala manera algún habitante de Hattusa y alguna parte de Hattusa, mira que rompes el juramento.

El discurso está claro: 1) El interlocutor, legítimo heredero del trono, pero huérfano y amenazado de muerte, era un nadie, 2) entonces lo salvó el gran rey mediante su recomendación, 3) le hizo recuperar sus derechos y 4) lo protegió ininterrumpidamente. 5) Aun así el protegido se distanció de su benefactor. 6) El gran rey ha perdonado generosamente al arrepentido y 7) le ha devuelto su país (y también un fragmento más). 8) El interlocutor debe administrar bien ese país de parte del gran rey y 9) no incurrir en la más mínima enemistad contra el imperio hitita.

Manabatarhunta de Seha es, pues, rey vasallo del rey de Hatti; dicho de otro modo, reyezuelo por gracia del gran rey.

Ante el telón de fondo de esta fórmula de tratado, se perfilarán y dibujarán con más nitidez y profundidad, en su dimensión política, el escenario y la importancia del tratado que concertó el hijo de Mursili, Muwattalli II, con Alaksandu de Wilusa. A causa de lo significativo de este texto para toda la investigación de Troya, reproducimos aquí textualmente todo su contenido, por cierto, en la primera traducción completa alemana desde hace setenta años<sup>157</sup> (Frank Starke). La minuciosidad puede fatigar a algún lector, pero, por otra parte, acaso también lo llene de asombro. Piénsese que tratados entre Estados modernos sobrepasan con mucho, en longitud y minuciosidad, es decir, también en previsión teórica de las más remotamente imaginables posibilidades, a este tratado que tiene más de tres mil años. Con todo, el tipo de «Tratado entre Estados» sigue siendo el mismo. Entonces, como ahora, era y es necesario para la completa comprensión del tema.

§ 1 (BI 1-2) Como dice a continuación su Majestad, Muwattalli, gran rey, [rey] del país Hattusa, amado del dios del rayo, hijo de Mursili (II), del gran rey, del héroe:

§ 2 (CI 3-13) Antes, en una ocasión, mi antepasado, el *labarna* sometió a todo el país Arzawa [y] todo el país Wilussa. Más tarde, estuvo por eso el país Arzawa en pie de guerra; aunque no tengo noticia, ya que el suceso data de muy atrás, de que ningún rey del país Hattusa haya abandonado al país Wilussa. [Con todo] (incluso) si el país Wilussa ha sido abandonado por los reyes de Hattusa, aun así se ha mantenido desde lejos estrechamente unido a los reyes de Hattusa y [les] ha enviado regularmente [embajadores]. (BI 9-14) Cuando Tudhalija [I...] se dirigió contra el país Arzawa [y...]. No lo hizo contra el país Wilusa, [porque era] amigo [y le] enviaba regularmente embajadores. Después [...] y Tudhalija [...] los antepasados en el país [...].

§ 3 (BI 15-20) El rey del país Wilusa se alió con él [y le] envió [embajadores]; tampoco se dirigió contra él. [Cuando] el país Arzawa [emprendió la guerra] mi abuelo Suppiluliuma [lo derrotó]. Kukkunni, el rey del país Wilusa, [estaba] aliado con él, de modo que no [le atacó, sino que] le enviaba regularmente embajadores [a mi abuelo Suppiluliuma].

§ 4 (AI 20'-34') Después [el país Arzawa] otra vez [emprendió la guerra contra el país Hattusa]. El rey de Arzawa [... 3 líneas fragmentarias...] mi padre (Mursili II). [...] El país Wilusa [...] el rey del país Wilusa [...] ayuda [...] atacó y [...] (30') [dominó todo] el país Arzawa. [El país Mira] y el país Kuwalija [se lo dio a Mashuiluwa, el país Seha y] el país Appawija [se los dio] a Manabatarhunta, el país Haballa [se lo dio a Tarkasnalli, y] el país Haballa [...]

§ 5 (AI 35'-42) *Muy fragmentario. Describe en qué circunstancias («según la palabra de tu padre») ha incorporado Alaksandu en Wilusa a los sucesores de Kukkunni.*

§ 6 (AI 43'-54') Cuando mi padre [se hizo dios], me senté [en el trono] de mi padre. [Entonces] tú Alaksandu, no me mostraste menos [reverencia] ni fidelidad. [Cuando] luego emprendieron la guerra contra mí [y...] se alzaron, pediste mi ayuda. Acudí, yo, su Majestad, a ti Alaksandu, para ayudarte y aniquilé el país Masa. [También...] aniquilé [y...] a ellos en (las montañas) Kupta [...] a sus habitantes [...]. [Los países que emprendieron la guerra] contra ti,

Alaksandu, aquéllos yo los destruí [...] [...] lo llevé a Hattusa. (55»-61») *Muy fragmentario. Hay aquí otro principio de párrafo que no es considerado en la enumeración de J. Friedrich:*

§ 6a... (AI 62»-64») nadie en el honor regio en el país Wilusa [...] porque murmuren las gentes? [... Si] Alaksandu llega el día de tu muerte [...]. (65»-79») Cualquier hijo tuyo que se determine para el honor regio [sea] de tu esposa, sea de tu segunda esposa —aunque sea también [...] así como diga el país que no y, en consecuencia, diga: «Él [tiene que ser príncipe] de origen», entonces yo, su Majestad, diré no. En consecuencia, mi hijo y mi nieto y biznieto [...] mantendrán la lealtad. Tú, Alaksandu, mantén la total lealtad a su Majestad. Como a mi hijo y mi nieto. Y como yo, su Majestad, la he mantenido a ti, en virtud de la palabra de tu padre y fui en tu ayuda y, por ti, batí a tu enemigo, así mismo mantengan tu hijo, nieto y biznieto la lealtad a mis hijos y nietos. Si cualquier enemigo se alza contra ti, yo, la Majestad, no te dejaré en la estacada, así como ahora no te he dejado en la estacada, y por tu causa derrotaré al enemigo. Si tu hermano, Alaksandu, o alguien de tu familia se subleva contra ti —

§ 7 (B II 5-14) o si en su momento alguien se subleva contra tu hijo (y) nieto— y pretende el reinado del país Wilusa, yo, su Majestad, no te dejaré caer en ningún caso, Alaksandu, es decir, no lo aceptaré. Así como es enemigo tuyo, igualmente es enemigo de su Majestad, y sólo a ti, Alaksandu, te reconoceré yo, su Majestad, a él [no lo aceptaré] y además destruiré su país. Mantén así tu lealtad, Alaksandu, a su Majestad y mantendrán su lealtad en honor soberano tus hijos, nietos [y biznietos a los hijos de su Majestad]. Nada [malo] emprenderán contra ti [ni tampoco] te [fallarán]. (A II 8-14) Así como yo, su Majestad, expongo la tableta del tratado, procede tú igual Alaksandu, en consecuencia con ella y tus hijos, nietos y biznietos mantendrán la lealtad a los hijos de su Majestad en honor soberano. No planees nada malo contra ellos y no los abandones.

§ 8 (A II 15-33) *Se refiere —con más insistencia— a que su Majestad ha entronizado a Alaksandu como rey de Wilusa. En el resto, es muy fragmentario.*

§ 9 (A II 34-57) *Muy fragmentario.*

§ 10 (A II 58-74) [En lo sucesivo: Si hay una sublevación entre los estados vasallos del país Hattusa y alguien se conduce enemistosamente con su Majestad] espera [las instrucciones] de su Majestad [así como yo, su Majestad, te escribo]. [Si en interior de los países del propio Hattusa un grande o un grupo y] carros de guerra [o en su caso, hombres] son quienes se sublevan contra su Majestad], yo, su Majestad, capturaré [esas tropas y carros de guerra]. Si a ti, Alaksandu, te escribo «Envía [tropas y carros de guerra] en mi ayuda», emprende [esa ayuda] y hazlos [venir enseguida]. Si te escribo sólo: «apresúrate» entonces, hazlo. Pero si yo, [su Majestad, sobre ese caso de sublevación no] te escribo, pero tú sabes de ello, [apresúrate]. Sitúa a un grande al frente de las [tropas] y tiros de carros de guerra, para que [acuda en ayuda de su Majestad]. No te pares a considerar ningún ave augural.

§ 11 (A II 75-81) Si sabes con antelación de un alzamiento, o sea, que un hombre del país Seha o un hombre del país Arzawa (es decir, un hombre de los estados vasallos de Arzawa, en especial del más vecino, Seha) [trama una sublevación] aunque eres benevolente frente a esos *kurinawanes* (difícil de entender, concepto acaso procedente del luvio) que también ahora son tus *kurinawanes* —si lo sabes de antemano, escribe a su Majestad— y no vayas a decir: «pase pues lo malo» <no hagas eso>, sino escribe, en cuanto lo sepas, sin tardanza a su Majestad.

§ 12 (A II 82-85) En cuanto sepas de un caso así, no te sea indiferente. No cambies de parecer y te relaciones con un hombre así. Así como es enemigo de su Majestad, debe serlo tuyo.

§ 13 (A II 86-III 2) Si tú, Alaksandu, sabiendo de un caso así, te mantienes indiferente al respecto y tratas con el hombre que trama semejante cosa, mira, Alaksandu, que estás incumpliendo el juramento ante los dioses y ellos no dejarán de cazarte sin dilación.

§ 14 (A III 3-15) Las condiciones del tratado para tus tropas y tiros de carros de guerra son como sigue: Si su Majestad emprende una expedición en territorio de esos países, o

en territorio de Karkisa, de Lukka o de Warsijalla, te pondrás tú también a mi lado con tropas y tiros de carros de guerra en la expedición. O si envío cualquier jefe en el territorio de ese país (es decir, en el interior del propio) a una expedición, así mismo lo harás tú a su lado. En el territorio de Hattusa (es decir, del imperio) te conciernen estas expediciones: si alguno de los reyes que son de parejo rango a su Majestad —el rey de Egipto (Mizra), el rey de Babilonia (Sanhara), el rey de Hanigalbat (= Mittanni);<sup>158</sup> o del hombre del país asirio (Assura)—<sup>159</sup> emprende el combate (explicación C: se subleva en el exterior), o si alguien se rebela en el interior (del imperio) contra su Majestad, y yo, su Majestad, te escribo por ello en demanda de tropas y tiros de carros de guerra, envíame enseguida <tropas> y tiros de carros de guerra.

§ 15 (A III 16-25) Igualmente, como hay gente desleal, si hay rumores en derredor de modo que alguien murmura en tu presencia: «Su Majestad habla de ti en malos términos, te arrebatará el país o perjudicará», escribe en el acto a su Majestad sobre ese rumor. Y si el rumor sigue, trátalo del modo que yo te escriba, no te precipites, ni ocasiones confusión ni perjudiques a su Majestad. Así como has estado del lado de su Majestad, sigue estándolo.

§ 16 (A III 26-30) Si alguien en tu presencia, Alaksandu, expresa una cosa peligrosa para su Majestad, y tú se la ocultas a su Majestad, la tratas con precipitación y perjudicas a su Majestad, mira que incurres, Alaksandu, en ruptura de juramento ante los dioses y los dioses te darán caza sin dilación.

§ 17 (A III 31-60) Además: de los cuatro reyes que sois en los países Arzawa —tú, Alaksandu, Manabatarhunta (de Seha), Kubantakurunta (de Mira) y Urahattusa (de Haballa)— Kubantakurunta proviene, por la línea paterna del rey del país Arzawa y, por la línea materna, del rey del país Hattusa: porque era sobrino de mi padre Mursili, rey del país Hattusa, es primo de su Majestad. Si alguien busca perjudicar a Kubantakurunta, sé tú, Alaksandu, su ayuda y apoyo, y mantén la lealtad. Si alguno de sus súbditos se subleva, captúralo y devuélvelo a Kubantakurunta. Así, cada uno debe ser apoyo fiel del otro. Más aún: si algún enemigo se moviliza contra

alguna frontera de los países que te he entregado, cuyas fronteras pertenecen al país Hattusa, y tú lo sabes y no escribes al señor del país y no le ayudas, y si el enemigo ataca y tú no ayudas de antemano y lo combates, o si el enemigo cruza tu país y no lo combates, sino que hablas así: «Ve tranquilo y cruza; no quiero saber nada», será contra juramento y los dioses del juramento te darán caza sin dilación. O si pides tropas y tiros de carros de guerra de su Majestad para que puedas atacar al enemigo y su Majestad te da tropas y tiros de carros de guerra, que tú, en la primera ocasión, entregas al enemigo, será contra juramento y los dioses del juramento, Alaksandu, te darán caza sin dilación.

§ 18 (A III 61-72) Sobre los fugitivos, pongo bajo juramento lo que sigue: si [un fugitivo] va de tu país al país Hattusa, [no se te devolverá]. No rige derecho de devolución de fugitivos del país Hattusa. Pero si huye algún artesano [al país Hattusa] y él no cumple su trabajo (en Wilusa), [será capturado y a ti] entregado. [Si] algún [fugitivo] es capturado de terreno enemigo [huye del país Hattusa] es decir, cruza tu país, y lo capturas, pero no lo entregas, [sino que] lo devuelves al enemigo, será contra juramento.

§ 19 (A III 73-83) Además, esta tableta que yo te he entregado a ti, Alaksandu, debe ser leída de viva voz, cada año, tres veces, para que así me seas leal. Este texto no rige para la parte contraria, porque procede del país Hattusa. No emprendas, pues, nada, Alaksandu, contra su Majestad. Así, en nada te perjudicará Hattusa. Mira como convoco como testigos, yo, [su Majestad, *labarna*] gran rey, amado del dios del rayo, [los mil dioses] y deben ellos asentir [y ser testigos]:

§ 20 (A IV 1-30) Lista de los testigos divinos, en la parte final: (A IV 26-30) ... todos los [dioses] del país Wilusa, el dios de los ejércitos [dos nombres de dioses], Appaliuna, los dioses masculinos, los dioses femeninos, las montañas [los ríos, las fuentes], el curso de agua subterráneo del país Wilusa, los he convocado yo, [su Majestad, *labarna*, gran rey] amado del dios del rayo, para [la misma] cosa.

§ 21 (A IV 31-46) Si tú, Alaksandu, incumples estas palabras de la tableta, las que están en la tableta, así te extermin-



narán de la oscura tierra esos mil dioses, junto con tu persona, tu esposa, tus hijos, tus países, tus ciudades, tus viñedos, tus eras, tus campos, tu ganado mayor, tu ganado menor y tus bienes y tu semilla. Si guardas estas palabras, así te preservarán graciosamente esos mil dioses que yo, su Majestad, *labarna*, Muwattalli, gran rey, he convocado en reunión —los dioses de Hattusa y los dioses de Wilusa, el dios del rayo de la persona de su Majestad— junto con tu esposa, tus hijos, tus nietos, tus ciudades, tus eras, tus viñedos, tus campos, tu ganado mayor, tu ganado menor y tus bienes. Vive dichoso en responsabilidad a su Majestad y cumple años en responsabilidad a su Majestad.

La analogía estructural de ambos tratados salta a la vista: a una previa exposición introductora (más personal en el caso de Seha, política en el caso de Wilusa), sigue el recuerdo admonitorio de la entronización merced al gran rey y de los beneficios recibidos, sobre todo, la ayuda percibida en guerras contra Wilusa (§ 6), luego, el encargo de la administración leal de los países encomendados, finalmente la advertencia de abandono, revuelta o enemistad contra los mandos. En el caso de Wilusa, concluyen detalladas indicaciones sobre 1) la obligación de informar al gran rey por parte del rey vasallo de revueltas o defecciones de los países vecinos (se mencionan Seha y Arzawa), 2) la obligación de presentar tropas auxiliares al gran rey mismo y sus generales en caso de una guerra de Hattusa, lo mismo contra otro estado vasallo en las proximidades, que contra un país extranjero del mismo rango que Hattusa, 3) la obligación de prestar ayuda a los reyes de los estados vasallos vecinos, 4) la obligación de evitar un tránsito enemigo por Wilusa, 5) la obligación de entregar presos huidos de Hattusa.

La enumeración de las obligaciones del rey vasallo entronizado respecto al gran rey, que semeja a un tratado moderno del mismo contenido, termina con la invoca-

ción de los dioses del juramento, es decir la indicación de las sanciones previstas en caso de incumplimiento del tratado y, por otra parte, las esperadas recompensas en caso de fidelidad al tratado.<sup>160</sup>

Desde el momento de la firma del tratado, Alaksandu de Wilusa, como Manabatarhunta de Seha, es vasallo del gran rey de Hattusa. No obstante, hay que observar que sus obligaciones —al menos, según el texto del tratado— son exclusivamente de política exterior. Ni en política interior, ni en economía —mediante pagos de tributos, disposición de contingentes militares o cosas semejantes—, se limita su autonomía. En tanto cumpla las obligaciones establecidas, es relativamente independiente.

Esta situación es de una importancia decisiva para la historia de Wilusa en el II milenio a. C.: el descubrimiento arqueológico de la ciudad ha mostrado un creciente y constante desarrollo económico en el curso de ese milenio, hasta la «fase de la cultura avanzada de Troya» en su segunda mitad. Esa coyuntura sólo era posible con una estabilidad aliada a posibilidades de reinversión económica. El tratado Alaksandu muestra que la autoridad reinante en Wilusa mantuvo esas posibilidades. Y, además, indica que las aprovechó durante toda la historia de la ciudad. No vemos motivo alguno para dudarlo, a la luz del bosquejo histórico disponible. Salta a la vista lo que Garstang y Gurney establecieron ya en 1959 como base de las relaciones entre Wilusa y el imperio hitita: la «ininterrumpida lealtad de Wilusa para con los reyes de Hatti» durante «al menos, cuatrocientos años».<sup>161</sup> En concreto los siguientes puntos fijos de la relación bilateral que se mencionan en el texto del tratado:

- 1) Sometimiento de Wilusa por Hattusa en la época del *labarna* (= 1600 a. C.).

- 2) Ningún abandono (significativo) de Wilusa por Hat-

tusa entre ese momento y el período del reinado de Tudhalija I (aprox. 1420-1400), en que se combatió contra Arzawa.

3) Ninguna alianza de Wilusa con Arzawa, enemigo de Hattusa, en la época de Suppiluliuma I (aprox. 1655-1320).

4) Ninguna participación de Wilusa en la guerra entre Arzawa (bajo Uhhazidi) y Mursili II (aprox. 1318-1290).

5) Concertación de un tratado de vasallaje entre Alaksandu de Wilusa y Muwattalli II (aprox. 1290-1272).

A esto se añade un texto identificado como fragmento suplementario a la denominada «carta de Millawa(n)-da»<sup>162</sup> escrita por el gran rey Tudhalija IV (aprox. 1240-1215) a un receptor hasta ahora no identificado con total certeza (o bien el rey de Mira<sup>163</sup> y entonces, posiblemente, Tarkasnawa de Mira,<sup>164</sup> o bien el hijo del representante en Ahhijawa de los hititas, en la segunda mitad del siglo XIII, Atpa de Millawanda, según se ha supuesto últimamente).<sup>165</sup> En esa carta, el gran rey se esfuerza en reponer en su derecho al probable sucesor de Alaksandu, Walmu, según parece, depuesto en Wilusa y refugiado desde entonces en exilio:

(36") ... (muy fragmentario, aquí se suprime) huyó [...] (37") y [tomaron] a otro señor [...] yo [su Majestad] no lo he reconocido. (38") Los documentos que [se han/he] redactado los tiene preparados Kulanzidi. (39") Mira, él [te] los llevará, hijo mío. Míralos (... se suprime aquí el final 39-40). Envíame, hijo, a Walmu (que está contigo, en exilio) para que de nuevo, en el país Wilusa (42") lo pueda reponer en el reinado. Así como fue antes rey del país Wilusa, así mismo debe serlo ahora. (43") Así como fue nuestro vasallo (y) soldado, así mismo debe ser ahora nuestro (44") vasallo (y) soldado.<sup>166</sup>

Ésta es la última mención de Wilusa conocida, hasta la fecha, en la correspondencia imperial hitita.<sup>167</sup> Muestra

que el ininterrumpido status de vasallaje de Wilusa se mantuvo hasta el final del imperio hitita. Los soberanos de Wilusa tuvieron la habilidad de entenderse bien y continuamente, a lo largo de casi medio milenio, con la superpotencia dominante en aquella época en Asia Menor y así cubrirse las espaldas. Situación geopolítica favorable unida a política exterior prudente y una especie de aspiración de neutralidad, en medio de las turbulencias de la época que siempre giraban en torno a la vecina Arzawa, aseguraron así a la ciudad su relativa independencia, cuyos resultados saca a la luz, cada año con más abundancia, la nueva excavación arqueológica de Manfred Korfmann.

Como es natural, esa política de libre conformidad a lo largo de siglos y su consecuente prosperidad económica sólo fue posible merced a que los soberanos aceptaron la inclusión de la ciudad y de todo su entorno en la red de dependencias multilaterales con la que el imperio hitita cubrió toda Asia Menor desde el siglo xv a. C. Los párrafos del tratado de Alaksandu dan por supuesta una forma de cooperación diplomática de Wilusa con Hattusa que, de parte de aquélla, prevé una continua observación de los movimientos políticos en todo el noroeste y oeste de Asia Menor. El cumplimiento de esas obligaciones significaba forzosamente la integración de Wilusa en los usos políticos, militares, económicos y de toda índole de la comunicación dentro del imperio hitita o, dicho de otro modo: la autoinclusión de Wilusa en el espacio cultural hitita.

Eso debió de tener también sus efectos en el campo de la lengua. Ya hemos indicado en otro pasaje que el sello pictoluvio hallado en Troya en 1995 no representa una prueba en favor del luvio como *lengua común* en Wilusa, pero que ese hallazgo, junto a los documentos de la correspondencia imperial, indica que el hitita o el luvio era

la *lengua diplomática regular* también en Wilusa. La misma consecuencia dedujo Frank Starke en 1997:

De inmediato se concluye que los diplomáticos de Wilusa hablaban luvio, lo cual no es aún una prueba estricta en favor de la lengua luvia en la ciudad —aunque yo lo veo muy probable— (en todo caso, el luvio pudo ser sólo la base común para el entendimiento idiomático entre diplomáticos de Wilusa e hititas...<sup>168</sup>

Con todo, aquí no se incluye en el cálculo que no sólo pudiera tratarse de entendimiento verbal (el cual, como el mismo Starke indica, pudo ir a cargo de intérpretes —como está parcialmente documentado en las relaciones hitito-egipcias—), sino también escrito: el tratado Alaksandu ordena en sus detalladas determinaciones de la obligatoria información por parte de Wilusa una especie de continua comunicación por escrito («escribe enseguida», «manda un informe», «esta tableta debe ser leída de viva voz, cada año, tres veces»), que debe estar en la base del uso, sin otra constatación, de una relación postal regular.<sup>169</sup> Se sigue forzosamente la constitución de una «cancillería de documentación estatal» en Wilusa que tendría que llevar a cabo toda la relación por escrito, lo mismo que en el resto de los reinos vasallos hititas (por ejemplo, Karkamis, Ugarit) —seguramente, no sólo en hitita/luvio, pero, en todo caso, también en esa primordial lengua de la diplomacia en la época en Asia Menor.<sup>170</sup>

Cuando decimos: «no sólo en hitita/luvio», tenemos en cuenta la circunstancia de que Wilusa, que se nos evidencia como significado centro comercial, tuvo que entrar en contacto con muchas lenguas y escrituras del área mediterránea a lo largo de su existencia bimilenaria. Así, no sería una sorpresa que hubiera también restos de la Lineal A, es decir de la escritura de la Creta pregregia del principio del II milenio, entre los hallazgos de Schliemann, que, en

su época, como es comprensible, apenas llamaran la atención.<sup>171</sup> Habida cuenta de la relación a lo largo de siglos de Wilusa con los griegos de la Edad de Bronce («micénicos») que está constatada, sobre todo, por la cerámica micénica en Wilusa, no sería en absoluto sorprendente si un día aparecieran restos de textos de Lineal B, la escritura de los micénicos en la segunda mitad del II milenio; incluso jeroglíficos egipcios no supondrían ningún shock. Que no haya aparecido nada de eso hasta ahora en Wilusa/Troya se puede explicar con facilidad: ya la reconstrucción sobre el área de la colina, en la época helena y luego romana, estuvo unida a una tan radical explanación de los restos de construcción de Troya VI y VII, que los existentes restos de la «cancillería estatal», con la que en esa época hay que contar, debieron de ser esparcidos en todas direcciones; y la excavación de Schliemann debió de suponer el tiro de gracia. En tales circunstancias, el hallazgo del sello en 1995 es poco menos que un milagro. No está descartado que puedan surgir restos textuales, en cualquier escritura, dentro del barrio bajo hasta ahora sólo puntualmente explorado, en escombros procedentes de edificios (en especial públicos), y también las muchas toneladas de desechos de la época de Schliemann, acarreados colina abajo, podrían contener alguna sorpresa.<sup>172</sup> Valdría la pena la puesta en marcha de un comando rastreador de escritos.

La «comunicación medular» que era vital para Wilusa, en el II milenio a. C., tenía lugar, según toda lógica, en hitita/luvio. Sólo un vistazo al «asunto Pijamaradu» del que se hablará más adelante, o a las negociaciones para la reposición de Walmu, el sucesor de Alaksandu, descubre tan estrechos lazos entre las dinastías de los diversos estados vasallos de Hattusa y la propia Hattusa, que se puede concluir que la diversidad de lenguas impondría al menos la necesidad de un continuo servicio profesional de traducción. Si se tiene en cuenta el conocimiento dispo-

nible desde 1997 de que el rey de Mira se presentaba en luvio en el paso Karabel, a doscientos kilómetros al sur de Wilusa, parece mucho más prudente no sólo suponer la utilización del hitita/luvio mediante escribas interpuestos, sino dar por hecho el propio y seguro dominio de la lengua. La conjetura de Starke de que los diplomáticos de Wilusa, que con el tiempo fueron reclutados de la propia estirpe regia,<sup>173</sup> hablaban luvio en otros lugares del imperio así como en la capital, gana en probabilidad a la luz de estas reflexiones.

Menos seguro parece el resultado de la argumentación de Starke en el sentido de que la lengua básica de Wilusa era el luvio. Starke construye la siguiente cadena de indicios:

1) Wilusa es presentada en el tratado Alaksandu (§ 17), junto con Mira, Haballa y Seha, con el término «países Arzawa». Puesto que eso no tiene fundamento histórico-político (como hemos visto, Wilusa se distanció de Arzawa durante toda su fase de vasallaje) «esa comunidad estaría fundada, sobre todo, en la lengua».<sup>174</sup>

2) En la tableta I de la antigua ley hitita, cuyo texto se remonta al siglo xvii a. C., se designa en el § 19 a la zona al oeste de Halys como «país Luwija»; éste es sustituido en una copia del siglo xiv por «país Arzawa».

3) El material textual y onomástico indica que toda la zona entre Melitene en el suroeste hasta el país Seha, al oeste de Asia Menor (valle Kaikos, en la frontera con Wilusa) era luvioparlante.

4) La probable conclusión sería «que el resto de Asia Menor, incluyendo el noroeste más extremo, es decir, la zona del país Wilusa, era luvioparlante, y, en efecto, ya en 1986 el indoeuropeísta americano C. Watkins se pronunció, sobre todo en base a la consulta cotejada de nombres de persona de la *Iliada*, en el sentido de que en Wilusa/Troya se hablaba luvio».

Starke menciona luego, como apoyo a la tesis de Watkins, la «seguramente más llamativa equivalencia de nombre, la de Príamo [el nombre del rey de Troya en la *Iliada* griega] con el nombre luvio de persona *Priiamuua*, que, además, significa “poseedor de destacado valor” y concuerda perfectamente con el mundo de representaciones homéricas». <sup>175</sup> Concluye con la indicación del (probable) dominio del luvio por parte de los diplomáticos de Wilusa «presentado por tal cúmulo de indicios de fondo histórico y lingüístico que, a mi parecer, ahora harían falta inscripciones y textos no luvios de Troya para su debilitamiento. Como ha mostrado el afortunado hallazgo, en el verano de 1995, de un sello biconvexo de bronce con inscripciones luviojeroglíficas de la segunda mitad del siglo XII, no sólo son poco probables las posibilidades de ello, sino que más bien crece la certeza de que también Wilusa/Troya pertenece a la gran comunidad lingüística luvia». <sup>176</sup>

Si bien está uno inclinado a seguir intuitivamente a Starke, sigue pareciendo arriesgado el paso de la acaso indudable «lengua *funcionarial* luvia» a la «lengua *común* luvia». Todos los argumentos aducidos apuntan en última instancia a que el luvio era hablado o, al menos, dominado en el seno de la clase dirigente. Ya la comparación de los nombres de persona lo hace evidente. Si tomamos en consideración, al menos lingüísticamente (no históricamente), la genealogía homérica de la familia soberana en Troya, en la *Iliada* (20, 215-240), y nada hay sostenible contra este argumento, tenemos una serie de nombres que desde siempre han sido reconocidos como no griegos. De los dieciséis nombres, nada menos que nueve (en cursiva): *Dardanos*, *Erichthonios*, *Tros*, *Ilos*, *Assarakos*, *Ganymedes*, *Laomedon*, *Tithonos*, *Príamos*, *Lamos*, *Klytios*, *Hiketaon*, *Kapys*, *Achises*, *Hektos* y *Aineias* fueron considerados o bien «pregriegos-asiáticos», o «ilirios» (una denominación genérica antigua para «extraños e impenetra-



bles»), en trabajo originario ya de 1958: «Nombres de persona homéricos», obra de Hans von Kamptz aún no superada. Un examen de todos los nombres de persona de la más ramificada estirpe regia troyana en la *Ilíada*, a la luz de los conocimientos actuales de las lenguas anatólias, mucho más amplios que en 1958, aumentaría notablemente el cupo de denominaciones asiáticas.

Hay que añadir los tres nombres de los soberanos de Wilusa que han llegado a nuestro conocimiento mediante los citados documentos: *Kukunni*, *Walmu* y *Alaksandu*. Según el testimonio de Starke, los tres son luvios. El nombre *Alaksandu* representa un caso especial. En otro pasaje, quedó indicado que ese nombre, poco después de su desciframiento del hitita, fue comparado con el nombre griego *Alexandros*. La mayoría de los hititólogos están hoy de acuerdo en que el nombre no podía ser *originalmente* hitita/luvio, sino que representa una conversión en hitita/luvio de un nombre de otra lengua. Tras esa «otra lengua» se sugiere, de hecho, la griega.<sup>177</sup> Porque también en otras ocasiones han pasado al hitita/luvio diversos nombres griegos, como pone de manifiesto el caso de *Tawagalawa* (= en griego *Etewoklewes*, con caída de la vocal inicial), ya citado en la nota 82.

En cualquier caso, la circunstancia de que aparezca de repente alguien de nombre griego en la dinastía básica y evidentemente no griega de Troya es algo que merece una explicación. La indicación decisiva parece darla el mismo tratado *Alaksandu*, cuando en el § 6 dice: «Cualquier hijo tuyo que se determine para el honor regio [sea] de tu esposa, sea de tu segunda esposa —aunque sea también [...] así como diga el país que no y, en consecuencia, diga: “Él [tiene que ser príncipe] de origen», entonces yo, su Majestad, diré no”, entonces, queda claro que 1) también hijos de segundas esposas<sup>178</sup> pueden acceder a la sucesión (cfr. las secundogenituras antes mencionadas) y 2) tam-

bién hijos no biológicos, es decir, adoptados (hijos que no eran «de origen») podían considerarse como herederos. Alaksandu mismo, según reza el § 5, accedió al trono «según la palabra de tu padre», o sea, no según la sucesión absolutamente regular. Las muy detalladas disposiciones de herencia del § 6 tenían un motivo acaso actual. Es imaginable que, dada la internacionalidad de la ciudad, de la que ya se ha hablado, Alaksandu fuera hijo de una segunda esposa de Kukunni, así como que un hombre destacado de origen griego fuera adoptado por Kukunni (como sospechaban Garstang/Gurney en 1959).<sup>179</sup>

No obstante, sería un caso peculiar, como lo indica la circunstancia de que el único tratado entre un gran rey hitita y un señor de Wilusa que (hasta hoy) ha llegado a nosotros fuera concertado precisamente con ese Alaksandu que, por lo visto, también necesitaba ayuda en política interior. En todo caso, la dinastía de Wilusa se presenta como inequívocamente anatolia, posiblemente incluso luvia en parte (los indudables nombres *griegos* en la genealogía de la *Iliada* podrían tener un cometido de relleno métrico, como suele ser habitual en la poesía rapsódica griega; más adelante se hablará del «relleno»). Por supuesto, nombres luvios dentro de una dinastía de un estado vasallo son comprensibles sin mayor dilucidación. Pero, con eso, aún no queda probado que en Wilusa se hablase corrientemente luvio. De todos modos, en los ya mencionados coloquios de Würzburg, Günter Neumann enumeró una serie de topónimos y nombres de persona de la comarca de Troya, entre otros, *Tros* y *Troilos*, los nombres de lugar *Daskyleion* y *Pedastos*, el nombre del río *Satnioeis*, que indican «que aquí, en el macizo montañoso de Ida, se habló una lengua que pudo haber pertenecido a la familia hitita/luvia». <sup>180</sup> Hay pues señales a favor de que la tesis de Starke pudiera ser correcta, pero para un dictamen habría que recopilar y valorar aún más material.

Lo que hoy está establecido es el conocimiento de que Wilusa, en todo caso política y culturalmente, estaba dentro de la esfera de influencia hitita/luvia en el II milenio a. C.

Eso plantea una última cuestión: el momento de la deposición, es decir del «desechamiento», del sello picto-luvio encontrado en Troya en 1995, que ahora podemos considerar, con certeza, como resto de una parte componente de una «cancillería estatal» en Wilusa, ha sido datado por su descubridor, el arqueólogo británico D. F. Easton, basado en un análisis minucioso de las adherencias, en la segunda mitad del siglo XII.<sup>181</sup> En esa época el gran imperio hitita ya se había desplomado (aprox. 1175). Por supuesto, el momento de la elaboración del sello hubo de ser mucho antes. Aun así, el desechamiento del sello resulta tardío en relación con la caída de la supremacía hitita. La conservación del sello en la ciudadela como antiguo ornamento, durante setenta u ochenta años, para luego ser tirado un día, no es tan probable como que, incluso después del desplome de la administración central en Hattusa, en Wilusa se continuara sellando con él.

Eso abre una nueva perspectiva para el estatus de Wilusa tras la caída del poder supremo en Hattusa: es sabido hace tiempo que, como Starke formuló en 1997, «al principio del siglo XII, las secundogenituras Karkamis y Tarhuntassa, a este y oeste, tomaron la herencia inmediatamente como grandes reinos», y, además, «el estado vasallo más importante de Arzawa, Mira, (parece) haber alcanzado, aún en el tiempo de Suppiluliuma II [alrededor de 1200] la categoría de gran reino».<sup>182</sup>

Nuevas interpretaciones textuales llevaron luego a Starke a una mayor certeza en esta cuestión: «Mira alcanzó hacia el final del siglo XIII el estatus de gran reino que la soberana Arzawa poseía fácticamente ya al principio del siglo XIV».<sup>183</sup> Es sabido que esos pequeños reinos (que se denominaban a sí mismos grandes reinos) aseguraron

la continuidad política y cultural en Asia Menor, parcialmente, hasta los siglos VIII y VII a. C. Wilusa tuvo, como ya se ha indicado, relaciones tradicionales en especial con Seha y Mira; eso muestra particularmente el § 17 del tratado Alaksandu y el ya citado pasaje de la «carta Milla-wanda». El hallazgo del sello podría ser la indicación de que también Wilusa intentó mantener en principio su cultura hitita/luvia, tras la destrucción de Troya VIIa (alrededor de 1200), en el renacimiento de Troya VIIb (después de 1200).<sup>184</sup>

LA PARTE CONTRARIA:  
«AQUEOS» Y «DÁNAOS», SE REHABILITAN  
DOS NOMBRES MÁS

En el caso Taruwisa/Tru(w)isa-Troya, da lo mismo si admitimos la equivalencia de nombres, como si (todavía) no: el nombre de la *ciudad atacada* en la *Ilíada* es histórico por la probada identidad de Wilusa = Wilios. Así, parece del todo adecuado deducir de ello que tampoco los nombres de los *atacantes* en la *Ilíada* sean inventados. Los atacantes proceden de aquella región que designamos como «Grecia» —en todo caso y grosso modo (pero luego hablaremos de las excepciones territoriales de la Grecia «clásica»).

¿Cómo se llamaba esa gente en Homero? A nadie le asombrará que jamás se llamen *griegos*: ese nombre («greeks», «grecques», «griechen», «greci» y demás) es una denominación *moderna* que procede del latín. Los habitantes de Italia, en su primer encuentro con los habitantes de la península balcánica que tenían enfrente, se toparon con una gente que se llamaba a sí misma «graikoi» y asimilaron ese nombre como «graeci». Según el mismo principio, los alemanes no se denominan en francés «deutsche», sino «allemands», porque se encontraron primero con la

tribu de los alemanes. Pero los atacantes, en su conjunto, nunca se llaman en Homero «helenes» —es decir, como el pueblo se designa a sí mismo desde hace casi tres mil años, correspondiendo al nombre del país «Hellas»—. Los atacantes tienen en la *Ilíada* tres nombres diferentes: «achaioi», «danaoi» y «argeioi». Los tres son intercambiables entre sí y no designan a diversas tribus separadas, sino a la totalidad de los agresores.

Los especialistas en Homero siempre se han asombrado de ese trío. ¿Por qué no una denominación colectiva que comprendiera a todos? Y, si ha de haber un trío de nombres, ¿por qué motivo ha de ser siempre ése? En el terreno habitado del pueblo que nosotros llamamos «griegos», hubo desde hace siglos, desde la emigración del pueblo a su nuevo espacio vital, alrededor de 2000 a. C., innumerables tribus y grupos diferentes. ¿Por qué, entonces, precisamente *esos* tres nombres? A eso se añade que al menos dos de ellos, «achaioi» y «danaoi», según todo lo que sabemos, no existían en la época de Homero como denominación genérica de los griegos. Por lo visto, ya no hubo desde siglos más denominación genérica; incluso lo más probable es que jamás existiera ninguna, salvo en la poesía rapsódica. En realidad, en la época de Homero había, como denominación de grandes grupos, los nombres «jonios», «eolios» y «dorios»; el exitoso ascenso, siglos después, del nombre «aqueos», en latín «achaei» —*Achaea* era, desde 146, provincia romana— procede del país tesalio de «Achaia» (posiblemente por *segunda* vez en la historia griega).

También aquí puede encontrarse la clave para la comprensión en la realidad histórica. Porque, como en el caso de la duplicidad Wilios/Troya no había ninguna razón imaginable para la invención, tampoco es comprensible en el caso del trío *achaioi/danaoi/argeioi* ningún motivo racional para que un poeta haya tenido que inventarse tres

nombres en un determinado momento para el ejército agresor. ¿Qué iba a hacer su público con eso? ¿Es que, ante la multitud de posibilidades de denominación realmente disponibles, invenciones de esa guisa no se hubieran percibido como extravagantes? Y si ese trío no era inventado, sino antigua y fiable tradición, ¿dónde tuvo su origen esa tradición?

«ACHAI(W)IA» Y «ACHIJAWA»

En el caso del primer nombre, es la pregunta más fácil de responder. En los documentos hititas, aparecía ya de antiguo una denominación de país «Ahhijawa» (hoy, generalmente, se escribe «Achijawa») que no sólo indicaba en la *Iliada* una evidente relación fonética con los «achaioi» (y con un adjetivo toponímico «achaiis» que aparece cinco veces) —porque, así como en el caso Ilios, también aquí había que contar con la desaparición de la /w/ en la forma homérica, de modo que originalmente era «achaiwoi», «achaiwi»— sino que considerada geográfica y políticamente también parecía referirse a ese pueblo que conocemos como griego. ¿Eran entonces los «achai(w)oi» homéricos los mismos que los habitantes de la «Ahhijawa» hitita? Así se lo preguntó, ya en 1924, Emil Forrer.<sup>185</sup> El problema fue debatido durante un tiempo. En 1932, Ferdinand Sommer presentó por primera vez de manera sintética el estado de la investigación en esta cuestión de la equivalencia.<sup>186</sup> Desde el primer momento, su libro fue objeto de una dilatada controversia científica en lo tocante a la equivalencia.<sup>187</sup> Por fortuna no hay necesidad de repetirla aquí, ya que hoy puede darse por cerrada; apenas nadie pone en duda la equivalencia.<sup>188</sup> Por parte de la hititología<sup>189</sup> y arqueología<sup>190</sup> se da por cierta, la micenología se adhiere igualmente<sup>191</sup> y la hele-

nística está en camino de hacerlo.<sup>192</sup> Por eso, en 1998, Hawkins pudo escribir:

Desde los primeros años ochenta, la corriente científica aumenta muy fuertemente en favor del reconocimiento de una conexión de Ahhiyawa con un centro micénico de poder, aunque algunas distinguidas personalidades nadan tenazmente contra ella.<sup>193</sup>

La importancia de ese conocimiento rebasa con mucho el mero hecho de la equivalencia. Porque, en conexión con esa identificación adquirimos nuevas informaciones que tienen rango documental (y que, por supuesto, son totalmente independientes de la *Iliada* de Homero) sobre las relaciones entre los hititas y egipcios, por una parte, y los griegos, por otra, a lo largo del II milenio a. C. Y, de nuevo, no sólo se ve coincidencia, sino también aclaración mutua.

Sólo en los propios textos originales hititas puede ser realmente llamativo. Y de la manera más patente se deduce este nuevo valor en la ya mencionada carta, accesible desde 1984, que el rey vasallo hitita Manabatarhunta de Seha envió, después de 1300 a. C., al en la época gran rey hitita Muwattalli II y que utilizamos en la cuestión de la equivalencia de «Ilios» con «Wilusa». En esa carta se trata, como es sabido, de un cierto Pijamaradu que primero invadió Wilusa y luego Lazba, de donde deportó artesanos a Millawa(n)da = Mileto. El remitente, rey de Seha, informa al gran rey hitita que Pijamaradu entregó a los deportados a Millawa(n)da a su yerno, un cierto Atpa, *representante del rey de Ahhiyawawa*. Éste se negó primero a devolverlos a su legítimo dueño, pero luego, como consecuencia de una intervención del rey de Mira (recordemos que el país Mira estaba entre el país Seha y Millawanda, muy indicado, pues, para un papel de intermediario) en-



tregó a la gente perteneciente al propio gran rey, pero rechazaba la devolución de los que pertenecían al remitente.

A este Pijamaradu que aparece aquí por primera vez en la correspondencia hitita —y, por cierto, como el más feroz enemigo de Mira y Seha— nosotros, desde nuestro observatorio científico actual —diversamente a los soberanos hititas de la época—, tenemos todos los motivos para estarle agradecido. Porque sus actividades incansables son la causa de que sepamos cosas más esencialmente exactas sobre Ahhijawa, ya que él «durante décadas, ya desde el reinado de Hattusilis III [1265-1240] suscita inquietud continua en toda la costa de Asia Menor, desde Lukka hasta Wilusa»;<sup>194</sup> así aparece en muchos otros textos de la correspondencia imperial hitita.

En ella se encuentra también la llamada «carta Tawagalawa», así conocida por el nombre de una destacada personalidad de nombre *Tawagalawa* que aparece en ella.<sup>195</sup> Esa carta —por desgracia, destruida en muchos pasajes— está dirigida por Hattusili III al *rey de Ahhijawa* (cuyo nombre, de manera desafortunada, no aparece en la parte de texto que ha llegado hasta nosotros). El gran rey hitita trata siempre al rey de Ahhijawa con el título «hermano mío». Eso significa, de entrada, nada menos que el rey de Ahhijawa es aquí presentado al mismo nivel que el rey de Egipto y el propio rey hitita.<sup>196</sup> Así que Ahhijawa significaba para la corona hitita, al menos en la época de la redacción de esa carta, una fuerza político-militar que se tomaba en serio. Pero nos enteramos de más. Hattusili III describe con detalle en este largo texto las conductas enemistosas llevadas a cabo contra él y sus reyes vasallos por el mencionado Pijamaradu y se queja de que Pijamaradu es protegido por Atpa en Millawa(n)da y cada vez que él, Hattusili, va a atacarlo, huye en barco, y llega finalmente al punto principal de su carta:

Además, mira [se informa] que suele decir: «Voy a pasar al país Masa o al país Karkija, pero voy a dejar aquí los prisioneros, mi mujer, mis hijos y mi casa».

Según ese rumor, tu país le brinda protección mientras él deja su mujer, sus hijos y su casa en el país de mi hermano. Pero él inquieta sin cesar a *mi* país. Y cada vez que yo se lo impido, regresa a *tu* territorio. ¿Ves tú, hermano mío, con agrado su proceder?

(Si no es así), entonces, hermano mío, escríbele al menos lo siguiente:

«Levántate y ve al país Hatti, tu señor ya ha solventado su discusión contigo. Si no, ven al país Ahhijawa y allá donde yo te establezca [allá debes quedarte]. Levántate [con tus prisioneros], tus mujeres e hijos [y] establécete en otro sitio. En tanto vivas en enemistad con el rey de Hatti, ejercita tu hostilidad desde otro país. No tienes que emprender hostilidad alguna desde mi país. Si tu corazón está en el país Masa o en el país Karkija, entonces ve allá. El rey de Hatti y yo, aunque estuviéramos enemistados por aquella ocasión de Wilusa, ya me ha persuadido y hemos quedado como amigos [...] no nos conviene una guerra.»

Por desgracia, no queda claro en el texto si «aquella ocasión por la que estuvimos enemistados» fue, de hecho, un enfrentamiento por Wilusa, porque el nombre está destruido por la mitad.<sup>197</sup> Pero, en cualquier caso, hubo un enfrentamiento entre el rey hitita y el rey de Ahhijawa, y, algo más adelante, el texto de la carta dice más sobre eso:

Ahora mi hermano me ha [escrito lo que sigue]: [...] Te has conducido hostilmente conmigo [pero entonces, hermano mío] yo era joven, cuando [entonces] escribí [algo ofensivo] [eso] no [sucedió con premeditación]...

Lo más importante para nosotros en este texto es que permite examinar someramente una correspondencia en-

tre el rey de Hattusa y el rey de Ahhijawa que, por lo visto, duró un tiempo considerable, con las habituales fases diplomáticas de enfriamiento y aproximación («Te quejas por una enemistad pasada. Con razón. Pido disculpas...»). Vemos, además, que el rey de los hititas está en muy buenas relaciones con Ahhijawa. Finalmente, es evidente que Ahhijawa está fuera del ámbito de poder y alcance de los hititas; porque lo que tenemos ante nosotros es, según la terminología actual, nada menos que una demanda de extradición a un estado soberano o, si es el caso, una petición de retención. Durante mucho tiempo, no estuvo claro dónde estaba ese estado soberano: giros como «en barco» o «pasar» sugerían que Ahhijawa no podía estar en Asia Menor, sino que había que localizarla en «ultramar» y, según lo más probable, a occidente de Asia Menor —porque el reclamado había huido de Millawanda = Mileto y se trasladaba en relativamente poco tiempo entre Millawanda y su país de huida—, pero no parecía del todo seguro y daba campo libre a las especulaciones de dónde podía situarse exactamente ese país, si es que realmente estaba en «ultramar».

En 1997, dos hititólogos llegaron al mismo resultado —otra vez de manera independiente entre ellos y basándose en materiales diferentes— en la cuestión de si Ahhijawa estaba o no en Asia Menor. Y el resultado era que Ahhijawa no podía situarse allí.

De entrada, Starke mostró, en el marco de un nuevo análisis del caso Pijamaradu,<sup>198</sup> que ese hombre era de ascendencia regia<sup>199</sup> (probablemente era nieto de *Uhhazidi*, rey de Arzawa depuesto por Mursili II antes de 1300 y exiliado en Ahhijawa) pero que no disponía en Asia Menor de ningún país propio y por eso se indicaba que «todas sus operaciones las organizaba desde territorio de Ahhijawa» y que, dada la nueva partición geográfico-política de la zona, carecía de todo espacio operativo. Mediante

su análisis de las fuentes, Starke dejó además claro que Pijamaradu, quien quería recuperar el reino perdido de su abuelo, sólo podía actuar con eficacia como hostigador, porque, como muestra con toda evidencia la carta Tawagalawa, estaba apoyado por Ahhijawa, y porque tenía una base de operaciones en Milaw(n)da = Mileto que, en aquella época, funcionaba como «cabeza de puente del rey de Ahhijawa en el continente asiático».

Ese mismo año de 1997, J. David Hawkins, en base a su exitosa lectura de la inscripción de «Karabel A» que ya mencionamos antes, llegó a la conclusión de que, primero, desde ahora la identificación de Millawanda con Mileto era «prácticamente segura» y, segundo, «el tejido de los territorios mutuamente atacantes que se deduce de ello debía tener efectos en la debatida cuestión de la situación del país Ahhijawa. Ahora puede aseverarse con más energía que nunca, por una parte, que en el continente anatolio no hay sitio para ese país y, por otra, que Ahhijawa, situado “al otro lado del mar”, debe entenderse como frente a la costa anatolia occidental, es decir ante Millawanda-Mileto». Y Hawkins concluía de ello: «Con ello, se remite el problema del carácter y la extensión del país Ahhijawa bajo su antiguo gran rey a la disciplina de la arqueología de las islas del Egeo o, acaso, a la del continente griego».<sup>200</sup>

Así pues, la situación es clara por parte de la hititología: Ahhijawa queda definitivamente fuera de la competencia de la disciplina científica que estudia Asia Menor. Es una región griega extrasiática, con cabezas de puente, sobre todo Mileto, en la zona costera de Asia Menor.

Ya en 1995, tras un estricto y sistemático proceso arqueológico-prehistórico de eliminación, que se asemejaba al emprendido por Starke en el caso de Troya, Wolf-Dietrich Niemeier concluyó el resultado, independientemente de Starke y Hawkins, de que todas las localizaciones de

Ahhijawa propuestas hasta entonces quedaban excluidas, salvo la del continente griego, con prolongación en las islas del Egeo y determinados puntos en la costa suroccidental de Asia Menor.<sup>201</sup> Esto ha sido definitivamente probado y, en consecuencia, la disciplina que estudia Grecia es la competente para Ahhijawa.

Por su parte, esa disciplina, que así consigue por fin claridad y vía libre, conjeturaba ya de tiempo atrás que *Achaiói* debió de haber sido «la autodenominación de al menos una parte de aquellos griegos de la Edad de Bronce»<sup>202</sup> y que Achaiwia pudo haber abarcado una franja oriental del continente griego así como una parte de la zona insular oriental hasta Rodas.

En 1996, el prehistoriador Gustav Adolf Lehmann estableció de entrada, después de numerosos trabajos previos<sup>203</sup> en el marco de una perspectiva general de las relaciones internacionales en el II milenio a. C., que la «cuestión de una vinculación de principio, histórico-geográfica y política de Ahhijawa con la denominación genérica en Homero del ejército sitiador de Troya [...] tan repetida como designación étnica de *Achai(w)oi*/*\*Achawyos* (o el topónimo *Achai[w]ia*) tiene hoy mayoritaria respuesta positiva».<sup>204</sup> Tras una indicación de que posiblemente aparezca el mismo país también en el informe de guerra del faraón Merneptah (aprox. 1209-1208 a. C.), bajo el nombre *Aqajwasa*, como «poderoso “país extranjero del mar”», Lehmann localizó el reino *Achaiwia* de manera provisional al sur de Tesalia y Lokris, y en el espacio suroriental del Egeo: en Rodas, en el Dodecaneso, en Chipre y Creta (como aparece ya dibujado en el mapa de la mencionada Editorial de Libros de Texto de Munich de 1953 y, por cierto, expresamente como *Reino de Ahhijawa*).

Cierto que todavía hoy no está dicha la última palabra sobre la pertenencia de la región concreta aquí mencionada, pero la orientación básica geográfica se puede

constatar con seguridad, sobre todo merced a más excavaciones y también a nuevos o nuevamente interpretados documentos. Ese optimismo está motivado, por ejemplo, por el hecho de que la residencia del «rey de Ahhijawa» aún no esté definitivamente comprobada,<sup>205</sup> pero que tabletas de la Lineal B recién halladas en Tebas indican que este lugar, presentado en esas tabletas como gran reino con inclusión de la isla de Eubea y con puerto en *Aulis*,<sup>206</sup> podía haber sido un centro o incluso el centro del reino. Eso explicaría de golpe muchos detalles hasta hoy oscuros en muchos campos de transmisión tradicional, entre otros la posición destacada que en el conocido catálogo de naves de la *Iliada* —una enumeración del contingente naval aqueo que se reunió contra Troya y que abarca 287 versos— ocupa precisamente *Beocia* (Tebas fue desde antiguo la capital de *Beocia*; el catálogo de naves también tuvo en la antigüedad el nombre «Boiotía»). También se explicaría con ello el hecho siempre considerado con asombro de que la alianza aquea partiese precisamente de Aulis (enfrente de Eubea), para la expedición de venganza contra Troya.

También se percibe optimismo respecto a la reconstrucción de la *historia* de ese reino. Ahora ya se sabe que, por una parte, las relaciones entre Hattusa y Ahhijawa comenzaron ya mucho antes que el antes descrito asunto Pijamaradu y que, por otra parte, las diplomáticas ofertas de reconciliación de Hattusili III, que también conocimos en la carta Tawagalawa, no alcanzaron por lo visto su objetivo: unos veinte años después de esa carta, alrededor de 1220 a. C., Tudhalija IV, el hijo de Hattusili, concertó un tratado de Estado con uno de sus reyes vasallos, en este caso, además, su cuñado, el rey Sausgamuwa de Amurru (al norte de Líbano), donde Amurru quedaba comprometido a un bloqueo comercial contra Asiria, que también debía impedir todo comercio del reino Ahhija-

wa con Asiria. Entretanto, Ahhijawa había iniciado intensas relaciones comerciales con Asiria que pasaban por Amurru. Pero Hatti estaba entonces en guerra con Asiria y Tudhalija IV, en consecuencia, decretó un estricto bloqueo comercial contra Asiria:

Un comerciante tuyo [es decir, del rey de Amurru] no puede acudir al país Asiria; un comerciante suyo [es decir, del rey de Asiria] no debes permitirlo en su país, [tampoco] puede atravesar tu país [...] Ningún barco [del país Ah]hijawa [permítas] pasar a él [es decir, al rey de Asiria].

Del grado de frialdad alcanzado entre Hatti y Ahhijawa da idea que, en ese mismo tratado, se borró con posterioridad, de la tradicional «fórmula de grandes reyes» (Hatti, Egipto, Babilonia, Asiria y Ahhijawa), el automáticamente inscrito «rey de Ahhijawa», por instrucciones «de la superioridad».<sup>207</sup> Recordamos la frase de Hattusili III en la carta Tawagalawa: «no nos conviene una guerra». Incluso para nosotros, que sólo tenemos acceso a una fracción de la realidad histórica de la época, resulta aquí evidente cómo empeoraron las relaciones entre Hatti —y eso quiere decir: toda el área de poder e influencia de los hititas en Asia Menor— y Ahhijawa, hacia el final del siglo XIII a. C.: primero la intrusión en el reino de Hatti, a través de Mileto, en forma de «consentimiento benévolo» de las actividades de Pijamaradu, luego, la irritación de Hatti por la intensificación de las relaciones comerciales con la potencia rival y enemiga de guerra de Hatti que era Asiria, a través de la zona de reinos vasallos hititas (Amurru). Con derecho puede conjeturarse que la verdadera razón para esa intrusión en zona hitita radicaba en un fuerte crecimiento de poder y una expansión creciente de Ahhijawa en la segunda mitad del siglo XIII: «Quizá Ahhijawa no alcanzó, después de todo, la cúspide de su poderío como consecuente enemiga de Hattis [...]

hasta alrededor de 1200 a. C. (es decir, hasta la fase pospalaciana micénico tardía)». <sup>208</sup> La eminente posición del nombre de los atacantes «achaioi» en la *Ilíada* encontraría así en efecto, como aún mostraremos con más exactitud, su explicación más natural.

En cualquier caso, ante todo este escenario de fondo, queda establecido que también el nombre de los atacantes en Homero, «achaioi», es histórico. Las zonas que hoy podrían atribuirse por la investigación, con toda fiabilidad, al país *Ahhijawa* = *Achai(w)ia* tienen en la *Ilíada* un papel destacado: Aquiles, el héroe protagonista de la *Ilíada*, es del sur de Tesalia (Achaia Phthiotis) y, en la descripción de su región soberana natal, los habitantes de su país son llamados, a partir de la unidad menor a la más grande, unos tras otros, «mirmidones», «helenos» —puesto que habitan la comarca de «Hellas»— y «achaioi» (2, 684); <sup>209</sup> el pequeño Ájax viene de Lokris, de Creta proceden Idomeneo y Meriones con antiquísima vinculación que se verá más adelante, de Rodas viene Tlepolemos, y así sucesivamente. Aquí se abren posibilidades de conexiones históricas a las que regresaremos luego.

#### «DANAIOI» Y «DANAJA»

El trasfondo del segundo nombre de los atacantes, «danaoi», no se deja iluminar con tanta riqueza de detalle como en el caso del nombre «achaioi» (pero aún está vivo en nuestro giro «hacerle a alguien un regalo dānao»). <sup>210</sup> Las fuentes extrahoméricas poseen, no obstante, el suficiente valor informativo como para considerar a este nombre como histórico.

Así como, en el caso de «achaioi», el complejo escritural hitita aparece como suministrador de material, en el caso de «danaoi» esa función la detenta el complejo es-



critural egipcio. Es algo que no asombrará a quien conozca la antiquísima tradición rapsódica griega en torno a Dánaos, Danae y las Danaides: su núcleo está formado por la vinculación entre el país griego de Argos (posteriormente Argolís), en el Peloponeso, y Egipto. Los gemelos Dánaos y Aigyptos nacieron, o bien en Argos, como hijos de Io, hija de Inachos, dios río —en esta versión, Dánaos debió desterrar a su hermano Aigyptos al país del Nilo, que luego tomó de él su nombre (!)— o bien los hermanos fueron egipcios, hijos de Belos (= Baal) y una hija de Nilo (Neilos), el dios río, que riñeron por la soberanía y, en consecuencia, Dánaos huyó a Argos con sus cincuenta hijas (las Danaides) y mantuvo allí la monarquía (su biznieta Danae fue visitada en Argos, según el mito, por Zeus en forma de lluvia de oro).

En la historia de la Antigüedad Clásica, no se ha osado creer en las últimas dos décadas que estas sagas podrían ser reflejo de una vinculación histórica entre Argos y Egipto. Así, por ejemplo, en el divulgado *Lexicon der Alten Welt* de 1965, en el artículo «Dánaos», no se menciona ni una vez la relación con el mítico Dánaos que dio el nombre, y los «dánaos» homéricos son allí «un cierto grupo de aqueos [...] una tribu o, en general, la nobleza guerrera». En el igualmente difundido diccionario de la Antigüedad *Der Kleine Pauly* de 1979, se lee bajo «danaoi», que ése es el «nombre de una desaparecida tribu peloponésica (¿de origen tesalio?) griega». Casi veinte años después, sigue sin mejorar el grado de conocimiento: el *Oxford Classical Dictionary* aparecido en 1996, se encuentra, bajo la entrada «Danaus and the Danaids» (no hay una entrada «dánaos») la nota de que Dánaos es «el epónimo de los dánaos (*danaoi*), una palabra de origen desconocido que es usada por Homero y otros poetas para la designación genérica de los griegos». Hasta la aparición en 1997 del diccionario *Der Neue Pauly* en su tercer tomo, no pudo en-

contrar el usuario, bajo la entrada «dánaos», una indicación (auspiciada por quien escribe) de los conocimientos presentados más abajo, que estaban disponibles desde hace más de treinta años.

«Informaciones» léxicas del estilo de las citadas son enojosas, no sólo porque reflejan una época de la Historia de la Antigüedad Clásica donde se acostumbraba a tomar la tradición épica como tal, no sólo la de los griegos, mayormente como cuentos, sino, sobre todo, porque pone en evidencia el largo tiempo de autoaislamiento del experto que se privaba, para su propio perjuicio, de dirigir su mirada, más allá del vallado de su propia disciplina, al conjunto del paisaje de la investigación de la Antigüedad (orientalística, egiptología, anatolística) y la continua actualización de la ciencia. La interrelación de todos los conocimientos alcanzables sobre la historia del mundo antiguo lleva hoy a la investigación a otros resultados nuevos, pragmáticos y motivadores.

Ya en 1966, el egiptólogo Elmar Edel publicó una monumental inscripción egipcia<sup>211</sup> que fue hallada en un pedestal de estatua en el templo de los muertos del faraón Amenophis III (aprox. 1390-1352) en la llamada ciudad de los muertos de Tebas occidental y que tiene una importancia decisiva para nuestra cuestión planteada. La inscripción pertenece a una serie de cinco inscripciones de pedestal que enumeran, en forma de lista, los más significados nombres de regiones y lugares del mundo entonces conocido y que tenían la mayor importancia política para Egipto; en cierto modo, una especie de *Descriptio orbis* política. La quinta inscripción, que nos interesa aquí (EN), enumera las regiones y lugares con valor político representativo al norte de Egipto. Primero figuran, en la mitad derecha de la cara frontal del pedestal, uno junto al otro, los dos nombres de países *Kafta* (*kftw*)<sup>212</sup> y *Dana-ja/Tanaja* (*tnjw*) «como “reinos” del mismo rango (o apar-

tados político-geográficos)». <sup>213</sup> El primero de esos dos nombres, *Kafta*, corresponde al bíblico *Kaphthor*, que designa la patria de «cretenses y filisteos» <sup>214</sup> en el Antiguo Testamento y, por ejemplo, al ugarítico *Kaptara*. Dada la semejanza fonética, también podría significar simplemente Creta, puesto que bajo tal título sólo se enumeran nombres de lugar cretenses. El segundo nombre, *Danaja*, es, como constató en 1991 Gustav Adolf Lehmann (después de otros), <sup>215</sup> «la transcripción egipcia de la forma nominal griega “Tanaja”-Danaja, como equivalente parejo de “Kafta”-Creta y designación genérica, al menos para el Peloponeso, junto con la isla Kythera (y) no es separable de la denominación étnica de los *danaoi*». <sup>216</sup>

Posibles dudas sobre la corrección de estas equivalencias se esfuman en el mismo instante en que se leen los trece nombres de lugar que se conservan de los quince originales ordenados en la cara anterior izquierda y el costado del pedestal subordinados a los nombres genéricos *Kafta* o *Danaja*. Para *Kafta* son: 1) *amnisa*, que es el puerto urbano de Konossos, Aminisos, 2) *bajasta*, que es Phaistos, 3) *kutunaja*, que es Kydonia, 4) *kunusa*, que es Cnossos, 5) *r/likata*, que es Liktos. Y para *Danaja* son: 1) *mukanu/mukana*, que es Mukanai, más tarde *Mykene*, 2) *deqajis*, que es Thegwais, más tarde *Thebais* (la comarca en torno a Tebas, hasta hoy), 3) *misane*, que es Messina, más tarde *Messene*, (hasta hoy), 4) *nuplija*, que es Nauplion (hasta hoy), 5) *kutira*, que es la isla de Kythera (hasta hoy) que se extiende ante el Peloponeso, 6) *waleja/weleja*, esto es, Waleja, que más tarde, tras la consabida desaparición de /w/, suena como Elis (hasta hoy): otro nombre de esta lista que el picapedrero intentó borrar y se endosó con *amnisa* (= n.º 1 en lista 1), pero aún está bien legible, dice 7) *amukla*, esto es, Amyuklai, la antigua capital de Laconia (= Esparta). En estas equivalencias, hay que señalar que la letra griega que en las transcripciones

alemanas de palabras griegas reproducimos con /y/, se pronunciaba como /u/ en el griego del período que nos interesa.

La articulación de las dos listas aún no está totalmente aclarada; en 1996 se anunció una reelaboración. De entrada, es evidente al menos el principio de la clasificación: cada una de las listas está encabezada por la capital: Amnisos (= Cnossos) y Micenas.<sup>217</sup> Luego siguen las principales regiones y/o lugares del país en cuestión —todavía no está claro si se trata de importancia sólo geográfica o también política, ni si están regidas por la capital o dependen de ella (en el caso de Tebas, a la que sigue inmediatamente Micenas, esa explicación sería especialmente importante; las mencionadas tabletas de la Lineal B recién halladas muestran ahora a Tebas como gran reino de la Baja Edad de Bronce, con inclusión de Eubea, como se verá más adelante)—. En todo caso, es evidente que en la lista 2 (*Danaja*), con la enumeración de las capitales y regiones, es decir, del original Amyklai y luego Micenas, Tebas y Mesenia, con Nauplion, Kythera y Elis, se describe un semicírculo en torno al Peloponeso.

De modo que, para Egipto, aquella península griega que más tarde sus habitantes llamaron «Peloponeso» (= isla de Pelop) y, además, Beocia con su capital Tebas, al otro lado del golfo de Corinto, era «el país Danaja» entre 1400 y 1350 a. C. Su conocimiento llegó a Egipto por medio de diplomáticos o representantes de comercio egipcios, como Peter W. Haider ha explicado.<sup>218</sup> También Haider ha indicado (después de Helck)<sup>219</sup> que, en los restos de una jamba de loza verde azulada que aparecieron en Micenas, figuran en ambos lados los dos nombres, faraónico y de pila, de Amenophis III. En su opinión, nos encontramos ante una «habitación egipcia» importada a mitad del siglo xiv a. C. en la ciudadela de Micenas; las hipótesis de Haider sobre su cometido —¿«consulado»

egipcio, consulta médica egipcia, tocador de una dama de harén egipcia?— están en directa confrontación con la interpretación de otros egiptólogos que sostienen se trataría de fragmentos de bandejas de loza para ofrendas de un santuario, como los hallados en Micenas; bandejas semejantes, con el nombre de Amenophis III o el de su mujer Teje, se han encontrado en un total de seis lugares en el Egeo, entre ellos, cuatro que aparecen designados en la lista de nombres de lugar: Cnossos, Phaistos, Cidonia y Micenas.<sup>220</sup>

Pero el nombre de país «Danaja» y las relaciones entre las dinastías de Danaja y Egipto son todavía más antiguas; se remontan como mínimo al siglo xv. Lehmann ha llamado la atención (una vez más, después de otros) sobre un documento egipcio, cuyo valor probatorio en esta vinculación es tan elevado como desconocido parece seguir siendo en la disciplina de la Historia Antigua:

La (adjunta) anotación en los anales de Thutmosis III (42 año de reinado: aprox. 1437 a. C.; 16 expedición siria: doc. IV 733, 3 s.) da testimonio de un notorio peso específico y radio de acción del reino de Danaja ya en el siglo xv a. C.; según reza en ella, el príncipe de Danaja envió al faraón, a través de la costa oriental, un valioso servicio de bebida, como obsequio de reconocimiento (una jarra de plata de trabajo Kafta [es decir, de estilo cretense micénico] junto con cuatro cráteras de cobre con asa de plata, con un peso total de más de cinco kilos).<sup>221</sup>

Haider reparó ya en 1988 en la misma anotación y concluyó de ella, en relación con la lista de nombres:

Con esto ya no cabe duda de que los egipcios tenían también noticia, desde 1450 a. C., de la existencia de una gran parte del Peloponeso.<sup>222</sup>

Lehmann dio un paso más en 1991 y concluyó de esta anotación, con todo derecho, que con ese «valioso presente honorífico [...] el príncipe de Danaja, en quien desde ahora podemos ver al soberano de la ciudadela palaciana protogriega de Micenas, se esforzó por conseguir relaciones diplomáticas con el triunfante poder faraónico que, en ese momento, controlaba toda la costa oriental (y el norte de Siria hasta el Éufrates)». <sup>223</sup> Esto concuerda con una anterior observación de Lehmann: <sup>224</sup> en la mencionada lista de nombres de lugar de Amenophis III, los nombres *cretenses* tienen una forma fonética no griega; por el contrario, los nombres de *Danaja* figuran con la forma griega que nos es familiar. Ambas observaciones tomadas en conjunto llevan a la conclusión de que, primero, las relaciones entre Egipto y Creta deben ser más antiguas o al menos más firmes que las habidas entre Egipto y Danaja, y, segundo, que las relaciones entre Egipto y Danaja se intensificaron en el momento en que las gentes de Danaja, es decir los micénicos, ocuparon Cnossos en Creta (alrededor de 1450).

Los documentos e indicios mencionados, y otros más que aquí pasamos por alto, dan por seguro, como Lehmann subrayó ya en 1991, <sup>225</sup> primero, que al menos en los siglos xv y xiv a. C., existió un vasto *reino de Danaja* en el Peloponeso, cuya capital era Micenas; los príncipes de Micenas parecen haber tomado, por lo menos en ese período, una posición destacada políticamente en el mundo de los centros palacianos griegos de entonces; y, segundo, que los *danaoi* homéricos, así como toda la tradición griega *Danaos/Danaiides/Danae* tiene su origen en este *reino de Danaja*, cuyo centro estaba formado por la llanura de Argos (posteriormente Argolís).

Para el trío de nombres *Achaioi/Danaoi/Argeioi*<sup>226</sup> en Homero, disponemos en lo sucesivo de las siguientes explicaciones:

1) El nombre «argeioi» forma parte la categoría toponímica más frecuente y universalmente extendida de «denominaciones geográfico-topográficas»: la palabra *argos* significaba originalmente en griego «llanura, país llano»; en consecuencia el nombre de región o lugar *argos* es tan frecuente en griego que los diversos «Argos» tuvieron que distinguirse por añadidos (son comparables los topónimos del tipo «Stein» o «Burg» que sólo en Alemania aparecen hasta veinte veces). Justamente como la «llanura» políticamente más importante de la península balcánica meridional se desarrolló, en la primera mitad del II milenio a. C., aquel país central del Peloponeso que llevaba ese nombre. Conforme a la importancia de ese centro, el nombre de los habitantes de *ese Argos* se generalizó como nombre del pueblo grecoparlante.

Para la poesía rapsódica griega que entonces —como veremos con más precisión— se practicaba ya en los centros de la cultura griega, igual que siglos más tarde, con Homero, eso significaba que el nombre «argeioi» se presentaba como el primero de los tres nombres de la denominación genérica de las personas grecoparlantes.

2) Como muestran los testimonios egipcios, hacia 1500 a. C., una tribu o linaje noble de nombre «danaoi», con sede en esa misma Argos (y con fortaleza en Micenas), ascendió a clase dirigente en el Peloponeso. «Danaoi» se presentaba así como la nueva denominación genérica con los mismos derechos junto a la vieja designación de «argeioi». La poesía rapsódica incluyó ese nombre como segundo.

3) Se puede seguir de la documentación hitita que en

el siglo XIII a. C., un pueblo griego de nombre «achaioi», que dominaba el cinturón oriental del continente griego y las islas del Egeo oriental, ascendió a potencia de reconocimiento internacional. En consecuencia, se añadió este nombre a los otros dos disponibles de «argeioi» y «danaoi» como tercera denominación genérica para el pueblo grecoparlante.

Según esta hipótesis, los tres nombres deben su entrada en la poesía rapsódica griega a una graduación temporal del proceso de ascenso real histórico-político. Sin embargo, su coexistencia en el seno de esa poesía —un fenómeno que difícilmente es explicable en pura lógica, porque para un pueblo sólo se precisa, en boca de un perteneciente a ese pueblo, lógicamente un nombre— sería la consecuencia natural de su diferente estructura métrica. Éste es un aspecto que hasta ahora no hemos tratado porque no se habían presentado las cuestiones correspondientes. Trataremos de la disposición básica de la poesía rapsódica griega, o sea las cuestiones técnicas de la *métrica* que presenta esa poesía, en otro punto de nuestro proceso de argumentación. Pero, para hacer inteligibles ahora las hipótesis mencionadas, cuya base presenta la métrica, también para los más profanos, tenemos que adelantarnos un poco en este punto y mencionar siquiera los datos correspondientes:

La poesía rapsódica griega se lleva a cabo exclusivamente en la métrica (*metrum*) del hexámetro (*seis medidas*). El hexámetro, que fue adoptado como imitación primero por los romanos y luego por todos los pueblos de cultura, consiste en seis unidades (metros)<sup>227</sup> que a su vez consisten en una larga + dos breves; sólo en el último metro aparece una larga + una segunda larga o bien una breve, para lo que figura el signo X. El esquema es:

1	2	3	4	5	6
— UU	— UU	— UU	— UU	— UU	— X



En cada uno de los cinco metros «normales» antes del último, las dos breves pueden sustituirse por una larga (en lugar de — ∪∪, figura entonces — —) con lo que se origina la posibilidad de variación:

1	2	3	4	5	6
— —	— —	— —	— —	— —	— x

Ambas variantes también pueden mezclarse, de modo que, por ejemplo, se puede llegar a una forma:

1	2	3	4	5	6
— —	— ∪∪	— —	— ∪∪	— ∪∪	— x

Una regla importante del hexámetro griego, cuyo conocimiento es además preciso para la comprensión de lo que sigue, es que en la sucesión de las palabras en el verso se evita en lo posible que una terminada en vocal sea seguida por otra que empiece con vocal. Es decir, se evita el llamado hiato (del latín *hiatus* «apertura», o sea, el no cierre del órgano de articulación entre dos palabras). En alemán, por lo mismo, nunca se dice «*goldene Äste*» sino que se sustituye por «*goldene Zweige*».<sup>228</sup>

Sabido esto, volvemos a los tres nombres de los atacantes en Homero: su estructura métrica es diferente: 1) «ar-geioi»: — — —; 2) «danaoi»: ∪∪ —; 3) «achaioi»: ∪ — —. Además, tienen diverso sonido inicial: «ar-geioi»/«achaioi» empiezan por vocal, «danaoi», por consonante. Justo esa diversidad hace que su reunión sea notoriamente adecuada para la poesía hexamétrica. Porque el poeta conseguía con ellos unas posibilidades de alternativa que le vienen extraordinariamente bien: podía introducir el nombre genérico de los atacantes, cosa que, en un poema que trata del enfrentamiento de dos partes (griegos contra troyanos), precisaba sin cesar y cada muy poco espacio, prácticamente en la posición deseada en el verso y sin tener que meditar mucho, puesto que echaba mano de la denominación adecuada a la métrica en cada pasaje. Los tres nombres se mantuvieron como significativas variantes métricas.

Cada uno de ellos indicaba lo mismo: los griegos. Lo efectivo era aquí el mismo principio que con la duplicidad del nombre (W) Ilios/Troya.

Hasta aquí la hipótesis (cuya parte puramente métrica, por lo demás, es «antiquísima»: ya en 1864 fue propuesta por el profesor de Bonn Heinrich Düntzer).<sup>229</sup> Es evidente que el material disponible en el presente y procedente de fuentes extrahoméricas aún es escaso y con lagunas temporales. En los detalles, la hipótesis aún debe ser completada y consolidada. Es menos probable que pueda ser completamente errónea en sus antecedentes fácticos. En ese sentido, también es inequívoco que la denominación de la parte atacante en Homero no responda a una fantasía poética, sino que sea reflejo de relaciones históricas reales.

## EL RESULTADO: EL ESCENARIO DE LA ACCIÓN DE HOMERO ES HISTÓRICO

Si se reúnen los nuevos avances científicos en los diversos frentes que hemos puntualizado uno tras otro, se hace patente un movimiento integrador en la investigación: imágenes parciales de Oriente (Anatolia), Occidente (Grecia) y sur (Egipto) encajan y vemos un cuadro conjunto de la partición de poder en el área mediterránea, durante la segunda mitad del II milenio a. C., donde tres grandes centros de fuerza e influencia intentan mantener el equilibrio contra y entre sí: el imperio hitita, el imperio faraónico de Egipto y el reino aqueo, en una parte del continente griego y las islas del Egeo.

Ese escenario se deshizo poco después de 1200 a. C.: el imperio hitita se desmoronó. Homero vivió en la segunda mitad del siglo VIII a. C., es decir, unos cuatrocientos cincuenta años después de la época en que ese escenario era realidad. No obstante, su *Ilíada* contiene elementos que, como se ha visto, sólo pueden proceder de aquel tiempo en que el escenario descrito funcionaba: no sólo los dos nombres del lugar de la acción, Ilios/Troya, se muestran como reales e históricos en el lapso temporal entre alrededor de 1500 y 1200 a. C., también los nombres de los atacantes que en la historia de Homero

sitieron esa plaza. Esto último es lo decisivo. Porque los nombres de la plaza, Ilios y Troya, pudieron permanecer en aquel lugar, así llamado por los griegos entre 1500 y 1200, en el lenguaje cotidiano de los habitantes, incluso más allá del momento del abandono del asentamiento —según Korfmann, alrededor del 950 a. C.—. Considerado en pura teoría, un rapsoda griego pudo tener noticia de esos nombres, en el siglo VIII a. C., merced a un simple paso por el sitio —siempre en la suposición de que el lugar siguiera llamándose así al cabo de un notorio período de despoblamiento (algo concebible en topónimos—. Pero, en lo concerniente a los nombres colectivos de los *atacantes*, «achaioi» y «danaoi», es distinto: según todo lo que sabemos, en el siglo VIII no podían haber sido todavía realidad viviente como denominación colectiva de personas de lengua griega. Los griegos ya no se llamaban así y nadie más los nombraba de ese modo. Ni entre ellos, ni para ellos, había designación colectiva alguna en el siglo VIII. Así que esos nombres hubieron de llegar de alguna manera desde la época en que estaban en uso hasta aquella en la que Homero los empleó como denominaciones colectivas en su *Ilíada*. De esa «alguna manera» es de lo que se trata: ¿de qué modo puede un rapsoda griego del siglo VIII a. C. hacerse con conocimientos de una época que, en el tiempo en que él vive, pertenece al pasado desde hace unos cuatrocientos cincuenta años? Esta pregunta regirá la segunda parte de nuestra búsqueda de solución. De entrada, ahora sólo establecemos que el Homero del siglo VIII posee esos conocimientos.

Por lo demás, podemos formular, como segundo resultado principal de nuestra indagación, que la *Ilíada* de Homero, por primera vez en la historia de la investigación de Troya y en base a los nuevos resultados de investigación en el campo extragriego, ha alcanzado el valor de fuente. ¿Qué consecuencias tiene eso?

1) La excavación en la colina Hisarlik ha quedado libre de la persistente sospecha de ir detrás de un fantasma nacido de una fantasía poética: la colina y su entorno representaron, al menos en la segunda mitad del II milenio a. C., un factor de poder de atención suprarregional. Indagar su historia —en tanto nuestra civilización aún esté interesada en el conocimiento de su devenir— no reviste menor relevancia que la investigación de, por ejemplo, Micenas, Tirinto, Cnossos, Luxor, Alejandría y otros centros de cultura avanzada en la Antigüedad. A la vista de la evidente situación del lugar en la posición divisoria entre las dos partes del mundo (Europa/Asia) y los dos mares (Mediterráneo/mar Negro) la función investigadora es de la máxima importancia.

2) La exclusividad de la vinculación «Troya-Homero» ha terminado. La investigación de Troya no se remite hoy sólo a Homero. A las señales que, ya de tiempo atrás, se encaran a Oriente, a Anatolia, antes de y bajo el dominio hitita, puede ahora prestarse atención con renovado ímpetu. A la clásica Historia de la Antigüedad, la única disciplina que hasta hoy velaba sobre Troya, se añadirán otras como la Hititología y la Anatolística. Con ello, Troya recuperará su histórica función original de plataforma multifacética entre los pueblos, al menos en la ciencia, es decir, como plataforma multidisciplinar de investigación.

3) La *Ilíada* de Homero, con sus cerca de dieciséis mil versos, aparte de que ahora su estatus de fuente está asegurado, podría convertirse en una oportuna y básicamente fiable suministradora de ciencia. Porque los textos hasta ahora valorados, los que están por valorar y los que aún se pueden esperar son documentos de administración central, correspondientes a una gran estructura especial y temporal, es decir, a dimensiones que ordenan las conexiones de una unidad geográfica, un país o una ciudad, y que, si bien rebasan ampliamente la visión sesgada de una

*Ilíada*, sólo pueden ser abarcadas con esa unidad a vista de pájaro y de tiempo en tiempo, cuando surge la correspondiente necesidad. Es cierto que la *Ilíada* de Homero sólo puede iluminar el lugar al que se refiere desde puntos de vista reducidos, pero, por otro lado, dada su riqueza de detalle, podría suministrar informaciones que documentos estatales jamás alcanzarán. Habrá pues que releer la *Ilíada*, teniendo en consideración las diversas hipótesis en cada caso —con nuevo brío, pero también con un acceso metódicamente diferente.

Decisivo para ese cambio del acceso deberá ser la siguiente reflexión: pese a toda la alegría por la adquisición de una fuente más para la historia de Troya, nunca deberán olvidarse las proporciones. En relación al estatus político de Troya en la estructura mediterránea de poderes en el II milenio a. C., la *Ilíada* de Homero nunca podrá ser más que una *fuentesecundaria* y marginal. Porque, a lo largo de su historia bimilenaria, Troya no fue seguramente atacada una sola vez y desde un bando. Para apoyar esto bastarían sólo sus dispositivos de fortificación cada vez más fuertes de estrato en estrato de población. Pero tenemos también pruebas escritas y documentales. Sólo en el tratado Alaksandu (§ 6) se prueban históricamente con seguridad varios enfrentamientos bélicos, entre ellos una guerra con el gran país vecino oriental Masa (más tarde, Frigia), donde el propio gran rey hitita vino en ayuda de Wilusa. Semejantes sucesos, que también están documentados en la sucesión de estratos de construcción como «frecuentes guerras por Troya»,<sup>230</sup> pudieron ser en su tiempo y para sus respectivos autores igual de importantes y, en la perspectiva de una historia completa de Troya cada uno de ellos podría aparecer como un suceso entre muchos, de modo que un informe al respecto, procediera de quien procediera, sería una fuente junto a otras. Una guerra de los aqueos contra Troya,

si tuvo realmente lugar, no representaría una excepción, y un posible reflejo de ello en la escritura griega tendría por lo mismo sólo estatus de fuente secundaria.

Pero no todas las fuentes secundarias son iguales. Si el recuerdo de un ataque griego contra Troya se hubiera guardado, en efecto, entre los griegos a lo largo de siglos, y hubiera finalmente desembocado en la *Ilíada*, esa fuente secundaria tendría un estatus aparte entre todas las fuentes secundarias imaginables, porque preservaría el recuerdo, no de una de las muchas guerras de Troya, sino de aquella guerra singular que rubricó el declive de Troya. Ya ante el trasfondo de la ausencia de otro reflejo comparable en la época, semejante preservación de un recuerdo histórico representaría un extraordinario caso de fortuna. Para nosotros, la cuestión radicaría en aprovechar ese caso afortunado. Si se pudiera evidenciar que la *Ilíada* ha preservado, además de los meros hechos básicos del lugar y los actores principales, o sea, más allá de los marcos de acción geográfico-etnográficos, también lo antiguo e histórico de aquel escenario del II milenio, entonces, la *Ilíada* de Homero —prescindiendo de su carácter de fuente secundaria— sería de una importancia merecedora de no poca atención para la reconstrucción de al menos un determinado y breve estadio de transición de la historia de Troya.

SEGUNDA PARTE

HOMERO



## ESTADO BÁSICO DE LA CUESTIÓN

En la primera parte del libro, Homero ha sido nuestro continuo acompañante. Se hablaba con frecuencia de él, como si al lector le fuera familiar todo lo que haya que saber sobre él y su poesía. Quien esto escribe era consciente de que ése puede no ser el caso de todos los interesados en Troya. No obstante, en un principio, las anticipaciones eran inevitables porque, en la primera parte del libro, la mirada se dirigía a Troya, y Homero funcionaba ahí como realce y referencia, quedando en un segundo plano. A esa altura de la obra se podía esperar que aquellas informaciones fueran suficientes para los primeros pasos, en el sentido de quién y qué son Homero y la *Ilíada*. Sin embargo, para la comprensión del problema que el lector tiene a partir de ahora ante sí, una vez que ha tenido noticia de la última investigación referida a Troya, lo expresado sobre Homero en la introducción no es suficiente.

Con Homero no pasa lo mismo que con Troya. Muchas personas, aun siendo ajenas al mundo de los expertos en Historia Antigua y su círculo, han oído algo de Troya. Justo en los últimos años, se dio una suerte de coyuntura Troya: incontables noticias de periódico, emisiones de radio y televisión se ocuparon de Troya, aparecieron en el

mercado numerosos libros de bolsillo y novelas y, en 1998, Troya llegó incluso a dar título a un *Spiegel*. La revista científica americana *National Geographic* no se quedó a la zaga: en su edición alemana de diciembre de 1999 publicaba un reportaje sobre la Troya de Schliemann copiosamente ilustrado y bien cuidado de más de treinta páginas. El 17 de febrero de 2000, Alemania alcanzó el clímax (provisional) de la fiebre Troya: ese día se pudo admirar, incluso en el periódico *Bild*, una gran imagen reconstruida de Troya junto a la preceptiva información sobre los nuevos hallazgos arqueológicos. De modo que el contemporáneo ya no pasa de largo por Troya.

Homero, en cambio, lo tiene difícil. Hoy en día ya no hay mucha gente que sepa de él.<sup>231</sup> Pero la fascinación que irradia Troya sería superficial si Homero no estuviera implicado. No es casualidad que al finalizar conferencias sobre el tema Troya, donde también se habla de Homero, siempre surja una pregunta: «¿Qué tiene que ver *de hecho* Troya con Homero?». La pregunta exige una explicación.

Troya tiene mucho que ver con Homero. No se notará cuánto, hasta que Homero, como segundo miembro de la asociación «Troya y Homero», sea «erigido» a los ojos del lector con el mismo esmero que el primero. Para el lector, esa construcción de un edificio paralelo significa que debe encontrarse dispuesto para un segundo gran asalto. Si se consigue, la ganancia final será una situación que se pueda describir con «nitidez», en lugar de oscuro desorden. No se puede prometer más, porque tampoco es otro el objetivo de la ciencia.

Homero figuró siempre para los griegos como su primer y, al mismo tiempo, mayor poeta. De entrada, ¿por qué el primero? Eso puede mostrarse mediante una mirada retrospectiva a la historia griega.

Después de que los griegos emigraran, alrededor de 2000 a. C., desde el norte —el solar original exacto no es conocido hasta la fecha— al sur de la península balcánica e islas adyacentes, es decir, al espacio donde aún se encuentran hoy, experimentaron, en el lapso de unos mil años, un insólito avance cultural, al que siguió un desastroso retroceso.

El avance: en el II milenio a. C., llevaron a la mayor parte de su región poblada una forma de sociedad homogénea y de elevado nivel económico y cultural. La llamamos «cultura central palaciana». En partes del país de especialmente favorable situación geográfica o económica, la clase dirigente, la nobleza, construyó grandes complejos fortificados que servían, al mismo tiempo, como centros de soberanía y administración. Hoy hablaríamos de capitales de regiones. Los centros eran autónomos, pero vinculados por relaciones de parentesco dentro de la clase noble. Se comunicaban por tierra y mar pero no originaron una administración suprema sobre los demás. No sólo comerciaban entre ellos, sino también con todo el mundo exterior mediterráneo; sobre todo, con Creta, que representaba una cultura propia, con Egipto y con Oriente. Como han mostrado las excavaciones modernas, las crecientes posibilidades de bienestar y poder conllevaron diversas fases de expansión militar de los palacios. Uno de esos centros parece haber superado a todos los demás a partir de la mitad del milenio y por mucho tiempo: Micenas en el Peloponeso, cuyos restos siguen impresionando sobremanera a todo turista en Grecia. Por debajo de Micenas quedaban centros como Pilos, Ephyra (más tarde, hasta hoy, Corinto), Esparta, Tebas, Orcomenos y también la Atenas que más tarde ascendió tan notablemente, al menos por un lapso de tiempo. El moderno estudio de la historia griega ha extraído sus conclusiones de ese hallazgo: desde las excava-

ciones de Heinrich Schliemann en Micenas en 1874 y años siguientes, se conoce a la primera cultura avanzada de los griegos como cultura «micénica». Es importante, para aclararse al respecto, que con «micénico» no se alude a algo no-griego, pregriego o extragriego, sino nada menos que la cultura griega del II milenio a. C., sobre todo, en su segunda mitad.

En esa segunda mitad del II milenio, comenzaron los centros su expansión. El ejemplo más impresionante de esa presión hacia el exterior, que incidió especialmente en el área mediterránea meridional y oriental, es la invasión del palacio supremo de Creta, Cnossos, en el siglo xv. Semejante dominio sólo fue posible mediante una flota poderosa, porque el reino de Creta, que llamamos «minoico» conforme a su fundador legendario, Minos, poseía en aquella época la superioridad marítima en el Mediterráneo. Hasta la fecha no se ha explicado cómo tuvo lugar, en detalle, la expedición griega contra Creta, si fue un hecho puntual contra una de las soberanías palacianas o la toma general de varios palacios bajo la dirección de Micenas. Sólo es seguro que la ruptura del predominio cretense en el Mediterráneo y la apropiación de la sucesión de Creta por parte de los griegos micénicos significó el inicio de una nueva escala de su imperio, poder y prestigio en el área mediterránea. El rey de Micenas se relacionó, de igual a igual, con el faraón de Egipto y, más tarde, el rey de Achaia/Achijawa, como hemos visto, tuvo el mismo rango que los reyes de asirios e hititas. La toma de poder tuvo gran repercusión en la cultura micénica. Las influencias cretenses, egipcias y orientales, que sin duda existieron con anterioridad, se hicieron mucho más intensas. Eso queda patente, tal y como han mostrado las excavaciones modernas, en la arquitectura, pintura y escultura micénicas, en la técnica, y también en la vida cotidiana, de lo que nos dan testimonio numerosos restos.

La escritura tuvo un papel significativo en esta relación. Según todo lo que sabemos, los griegos micénicos no poseyeron escritura propia hasta la invasión de Cnossos; su cultura era ágrafa. La invasión les proveyó también de ese bien cultural: tomaron de los cretenses, que no hablaban griego, la escritura silábica que se empleaba allí —la llamada Lineal A, que hasta la fecha no ha sido descifrada— y escribieron con ella su propia lengua griega. A esta escritura, que no pudo ser descifrada hasta 1952, la llamamos Lineal B (más adelante hablaremos de ella). En las excavaciones en Grecia, han salido a la luz miles de tabletas de arcilla normalizadas y escritas en Lineal B. Las expectativas depositadas en su lectura, que ahora es posible, quedaron defraudadas. En esencia, indicaban lo que nosotros designamos con fichas: largas listas de cosas y personas, inventarios, catálogos de exportación e importación, catástrofes y materias semejantes. Son testimonios de un insólito gusto por la eficiencia administrativa. Nos ayudan a comprender detalladamente el sistema económico y social de esa primera cultura avanzada griega. Pero, por desgracia, nada más. «Por desgracia», porque los aficionados a la literatura de entre nosotros habían esperado algo literario, acaso poesía, escritos religiosos, prosa... nada de tal cosa hasta la fecha. Hay las suficientes explicaciones para eso; entre otras, la indicación de la gran complejidad de esa escritura con sus alrededor de noventa signos diferentes, cuyo número y complicación gráfica dificultaba, sin duda, la redacción rápida de textos con pretensiones expresivas. Ésa es otra cuestión que no se discutirá aquí. Lo decisivo en nuestra relación es que, según toda probabilidad, en esa primera cultura avanzada griega, no se dio una literatura escrita en griego, que se pudiera mantener al menos en restos a través de los siglos siguientes.

Pero eso no significa que no hubiera arte poética. Semejante cosa sería rara a la vista de la situación de eleva-

do desarrollo de todas las demás artes. Sin embargo, hasta hace unos veinte años, la existencia de poesía en Micenas y los demás centros era sólo conjeturable. Ahora ya se puede probar. Hoy sabemos que había un arte de la oralidad. No se reflejó por escrito porque su esencia desde siempre, desde siglos atrás, consistía en la oralidad. Era ejercitada por artistas que se llamaban rapsodas (*aioidoi*, *aedos*). Cómo trabajaban en la práctica esos rapsodas, cómo mostraban sus producciones, qué temas trataban, dónde comparecían, todo eso se detallará más adelante. Ahora basta establecer con toda firmeza que, según el estado de la investigación más reciente, ese arte poética fue la predecesora demostrada de aquel arte poética que siglos más tarde salió a nuestro encuentro en la figura de Homero.

A algún lector le podrá parecer dudosa esta aseveración. ¿Un arte poética que perduró siglos? Sin embargo, formas de arte poética de gran longevidad no son raras. La poesía rimada alemana vive desde hace más de ochocientos años, desde que Heinrich von Veldeke la trajera a la vida en el siglo XII. La forma poética griega del hexámetro épico, es decir, la elaboración oral improvisada de historias en versos yuxtapuestos de seis *daktyloi* (— ∪ ∪), no tiene nada que envidiarle. Lo que eso significa es de toda evidencia: Homero no inventó su forma artística, más bien la recibió. Fue un eslabón en una cadena que existía siglos antes y llegó hasta él. Esto, por muchas razones, ya se suponía hace tiempo. Pero faltaban pruebas y, en consecuencia, los escépticos eran mayoría. Entretanto, han surgido argumentos que son concluyentes y, por lo mismo, obligan a cambiar de opinión. No obstante, toda esta argumentación es tan reciente que ni siquiera es de general conocimiento en el círculo de los especialistas en griego. Por eso, hay que presentarla cuidadosamente detallada.

De entrada, volvamos a la historia griega. El dilatado auge de la cultura micénica tuvo un abrupto final. En las décadas de alrededor y, en especial, después de 1200 a. C., se produjo una invasión de pueblos extranjeros del norte. El motivo radicaba en la atracción de la riqueza de la zona que se había formado en el sur de Europa y Oriente del área mediterránea (Asia Menor, Levante, Egipto). La sucesión de las hordas invasoras y el exacto proceso de agresiones aún está por aclarar. Probablemente, se trataba de un alud emigratorio, un fenómeno que es muy conocido en la historia. De momento, se trabaja intensamente en investigaciones y en una larga serie de congresos interdisciplinarios para la explicación. Lo que hoy ya está claro se puede resumir en una frase: la invasión tuvo lugar, tanto por tierra como por mar, en varias oleadas separadas y conllevó la ruina de las culturas avanzadas tanto en Grecia como también en Asia Menor, así como del imperio hitita, bien directamente, mediante la toma y destrucción de sus centros, y/o indirectamente, mediante bloqueos comerciales, desmoronamiento de la administración, desórdenes interiores, alzamientos y otros trastornos estructurales. La completa ruina de las culturas mediterráneas sólo pudo ser impedida merced a las exitosas medidas defensivas de Egipto: en la zona limítrofe entre Oriente y Egipto amainó la tormenta.

Las consecuencias para Grecia y su cultura altamente evolucionada fueron catastróficas. La destrucción de los palacios supuso el desmantelamiento de los centros organizadores. Como los mecanismos de administración y dirección se basaban en la escritura, es decir, en registros que fijaban por escrito números de habitantes, situación de ganado y material, partición de propiedades, jerarquías directivas, órdenes y obligaciones tributarias, la quema de los palacios y, con ello, de los archivos (que tuvo como efecto colateral el endurecimiento de las tabletas

de arcilla y así conservó el contenido previo y lo hizo reconstruible para nosotros) fue equivalente al derrumbe de todo el sistema. La clase superior, en tanto no pereció en el combate armado, huyó en parte a zonas no afectadas y a islas, en especial Chipre. La población restante, abandonada a su suerte, se vio obligada a medidas de autodefensa que, en buena medida, originaron estructuras totalmente nuevas. Todo produjo una regresión social y cultural que, en muchas comarcas, sobre todo del interior, condujo al retorno de situaciones primitivas, en parte incluso del nomadismo. Esa circunstancia favoreció la infiltración de inmigrantes extranjeros y de población culturalmente atrasada del norte, especialmente en la zona del Peloponeso, que quedó fuertemente afectada como antiguo lugar de florecimiento de toda la cultura micénica y sólo pudo oponer una escasísima resistencia, quedando como «campo de escombros». En el marco de esa infiltración, alcanzó el Peloponeso la tribu griega que conocemos como dórica y que antes no tuvo parte en el avance cultural de sus parientes meridionales, los jónicos y, en parte, eolios.

Todo esto condujo a una remoción de los asentamientos poblados en el interior griego que, por otra parte, también tuvo consecuencias positivas. Eolios y jónicos se trasladaron hacia Oriente, a las islas del Egeo como Lesbos, Quíos, Samos y, dando un salto más, a la costa de Asia Menor. Ese movimiento, que llamamos emigración eolia y jónica, comenzó en el norte, ya muy pronto, hacia 1100/1050 a. C., y continuó hacia el sur hasta alrededor de 950 a. C. En el curso de ese traslado de asentamientos, que en su estructura más sutil está en la actualidad sujeto a un intenso estudio, se originó en la costa del Egeo una zona colonial griego-oriental que alcanzó, desde Lesbos y la Tróade de enfrente, hasta Rodas y la zona continental de su latitud al sur. Los nuevos inmigrantes



trajeron, por supuesto, su modo de vida y tradiciones culturales, y las cuidaron, como es habitual en colonizadores, con especial solicitud. Entre ellas estaba la forma poética de la que hablamos antes, la poesía de los aedos. Para nuestro interés hay que establecer el hecho básico de que aquella especie de arte poética donde se habla de (*W*)*ilios*, *aqueos* y *dánaos*, no nació en la zona poblada por los griegos en Asia Menor, sino en Grecia y que se transportó por los nuevos pobladores como bien cultural a la nueva zona de asentamiento griego en la costa de Asia Menor. Más adelante nos ocuparemos de los detalles de este proceso.

La reordenación de las relaciones griegas tras el trauma de la ruina requirió largo tiempo en el solar patrio y en la nueva zona colonizada de Oriente (Chipre representa un caso peculiar del que ahora no podemos ocuparnos). En todo caso, un renacimiento evidente de la actividad griega en el área mediterránea no se establece, según lo sabido en la actualidad, hasta alrededor de 800 a. C. El tiempo entre la catástrofe de la ruina y el florecimiento de una nueva dinámica griega abarcó en consecuencia entre trescientos cincuenta y cuatrocientos años. Los acontecimientos históricos dentro del espacio de habla griega durante esa época estuvieron tanto tiempo en la oscuridad que, en consecuencia, se habló de los «Siglos Oscuros» de Grecia. El concepto tiene más de cien años.<sup>232</sup> En ese tiempo, la investigación ha podido reunir tantos indicios de que la vida también en determinados lugares del solar griego alcanzó un nivel notablemente alto, que un título de artículo como «Los siglos oscuros iluminados»<sup>233</sup> aún parece comedido.

La expresión «Siglos Oscuros», con sus asociaciones de pobreza e insignificancia, parece totalmente desacertada a la vista de las nuevas colonias en Oriente. Ya en 1989 se pudo formular:

Las ciudades que los colonos fundaron o refundaron (Éfeso, Colofón, Mileto, Klazomenay, Eritray, Mios, Priene etc., junto a las poblaciones en las islas de Samos y Quios) pronto fueron las más ricas de Grecia.<sup>234</sup>

Los hallazgos en excavaciones lo han confirmado. Quien tenga a la vista la amplitud y fertilidad de los numerosos valles fluviales de la actual costa turca en el Egeo no lo encontrará asombroso. El nuevo auge de Grecia que arrancó en el siglo VIII y que conocemos como «Renacimiento griego del siglo VIII» se inició en esa zona colonizada de Oriente. Está caracterizado por un avance social generalizado a causa de la conjunción de novedades técnicas y estructurales de toda índole, entre ellas, la adopción del alfabeto fenicio, alrededor de 800 a. C., con la perfección de su sistema de 26 signos, el establecimiento de un comercio regular por mar, desde Oriente hasta la isla Ischia ante Nápoles, y finalmente un movimiento colonizador a gran escala que convirtió al Mediterráneo prácticamente en un lago continental griego. Este auge alcanzó su cúspide en Mileto. Aquí se concretó la dinámica de la región de Asia Menor, alrededor de 600 a. C., en un florecimiento económico y espiritual que convirtió a la ciudad, durante casi un siglo, en la primera capital confortable de la nueva Grecia. Ese desarrollo, que aquí no puede ser reconstruido en detalle, debe ser tenido presente como trasfondo de nuestra indagación sobre tradición, cultura y poesía.

Porque justo esa zona colonial jónica en Asia Menor fue, según todo lo que sabemos, la patria y el círculo de influencia de *Homero*.<sup>235</sup> De las numerosas ciudades griegas que quisieron ser solar natal de Homero y fraguar en los versos memorables del canónico septeto,<sup>236</sup> al menos tres están en esta zona: Esmirna (hoy Izmir), Quios (así mismo en la actualidad) y Colofón; el lugar donde murió debe de estar, en todo caso, en esa región: la pequeña isla jónica Ios, al sur de Naxos. Está fuera de duda que los griegos de

la época históricamente contrastada no pudieron saber nada garantizado por escrito sobre la persona del poeta de la *Iliada* y la *Odisea*, porque durante su vida aún no había documentación histórica, pero la tenacidad de la tradición que lo hacía proceder de la zona en torno a Esmirna, unida al hecho de que el dialecto básico griego en que están redactadas sus obras es el jónico, lleva a la conclusión, ante el trasfondo del papel pionero económico y cultural que debemos suponer precisamente para esa región jónica, de que otra proposición para el lugar de nacimiento de la poesía homérica sería menos probable.

La relativa seguridad que adquirimos de este modo para el espacio vital de Homero es válida también para su época de vida. Como se ha de mostrar con más exactitud en otro pasaje, la poesía homérica es, en su temática de fondo, así como en su técnica versificadora, producto de una época de inflexión. Los conflictos y problemas sociales que refleja son los del renacimiento del siglo VIII. Su técnica versificadora señala a la misma época. Es de una peculiaridad singular dentro de la literatura griega: por un lado, permanece en la tradición de la oralidad que se asevera para la forma poética de la época micénica, se trata, pues, de poesía todavía viva de aedo; por otra parte, muestra rasgos de una compresión de lenguaje, pensamiento y estructura que sólo puede llevarse a cabo mediante el empleo de la escritura. Todo ello remite a una época de inflexión. El autor de esa poesía debió de haber vivido en el decisivo punto de intersección del desarrollo literario europeo: creció con la vieja técnica versificadora de la oralidad y se hizo adulto en la nueva técnica de la escritura. En su obra trató de unir ambas técnicas. Semejante situación sólo pudo haberse dado en un relativamente breve lapso temporal que coincidió con el período creativo de un artista aislado especialmente dotado —calculando aproximadamente serían unos cincuenta años—. Como la escritura comenzó a extenderse en Grecia alrededor de

800 a. C. —nuestros primeros documentos escritos, inscripciones en ánforas, proceden de la época de aproximadamente 775 a. C.—,<sup>237</sup> esa situación de intersección única en toda la literatura europea, una situación de cambio categórico de medios, hubo de haber tenido lugar en el transcurso del siglo VIII, ni antes, ni después.

Testimonios literarios de época anterior no habrían podido mostrar signos de escritura y todos los testimonios literarios que conocemos de época posterior, empezando por el poeta griego Hesíodo (*Hesíodos*) que es datable alrededor de 700, no muestran signos de oralidad pura, es decir, no imitada. El autor de la *Ilíada* —y probablemente el de la *Odisea*— fue, de hecho, como creían los griegos desde su historia, prescindiendo de posibles tentativas de mínimo alcance, el *primer* poeta de Grecia que trabajó por escrito.<sup>238</sup>

Ambas obras, *Ilíada* y *Odisea*, que los griegos atribuyen a este autor, son largos poemas épicos de diversa materia y tratamiento. La *Ilíada* abarca cerca de dieciséis mil hexámetros, la *Odisea*, más de doce mil. Épocas posteriores han dividido ambas obras en 24 «cantos», en correspondencia con el número de letras del alfabeto griego. Los cantos son de diferente longitud; en la *Ilíada*, oscila su número de versos entre unos 450 y 900. Los dos poemas son unidades, es decir, en ambos hay un hilo argumental. La *Ilíada* cuenta la historia de un conflicto humano y sus consecuencias ante el trasfondo de un gran cometido militar en equipo, cuyo desenlace se hace imposible por ese conflicto —la *Odisea* narra el regreso de un héroe, Odiseo, de ese quehacer militar a su patria, Itaca, de donde partió veinte años antes, al lado de su mujer, su hijo y su anciano padre, así como a su sede soberana—. El punto de partida exterior de la narración es Troya en ambas obras —en la *Ilíada* como escenario donde tiene lugar toda la acción, en la *Odisea*, como lugar de donde se inicia el regreso y que deja tras de sí, cada vez más lejos, quien retorna.

Sólo merced a esta función de punto de partida en los poemas de Homero ha pervivido Troya, hasta hoy, en Europa. La Troya histórica, como vimos en la primera parte, dejó de existir, como más tarde, alrededor de 950 a. C. Lo que restaba de ella eran ruinas, canteras y pastizales. Ciudades así hubo a centenares en el área mediterránea. Normalmente eran olvidadas. Algunas las ha reencontrado la era moderna y las ha excavado con interés científico. Pero de la mayor parte no sabemos nada más, ni siquiera que existieron una vez. El mismo destino aguardaba a Troya. Lo que la salvó fue sólo Homero y nadie más. El auténtico tema de Homero no era Troya, sino otra cosa en ambas obras. Hay aquí una tensión que invoca su desenlace. Volveremos a esto.

Los griegos, decíamos al principio, tuvieron a Homero no sólo por su primero, sino también por su mayor poeta. La historia de la influencia de ambas obras les dio la razón. No hay parangón de la magnitud, extensión temporal e intensidad de esa historia influyente. Griegos, romanos y la modernidad europea se han nutrido de Homero, han aprendido de él, su propia poesía y poetología se han desarrollado a partir de él, lo han emulado, han intentado superarlo o deshacerse de él —y lo han admirado—. Poesía sin calidad sustancial no puede generar un efecto semejante. La filología homérica de la modernidad indaga esa calidad desde hace siglos. No precisamente a causa de Troya. Para ella, Troya era casi siempre sólo el trasfondo mítico o histórico. Le importaba mucho más la propia poesía, como producto artístico. En ese largo tiempo de estudio de los dos textos, se ha constatado una y otra vez, de maneras diversas, la alta opinión de la Antigüedad respecto a Homero. De hecho, Homero no fue sólo el primero, sino también el mayor poeta de Grecia.

## LA *ILÍADA* DE HOMERO Y LA HISTORIA DE TROYA

### LA HISTORIA DE TROYA, ¿UN PRODUCTO DE LA FANTASÍA DE HOMERO?

Con toda la insistencia del rango eminente que la investigación de la dimensión artística de la *Ilíada* tiene para la historia cultural europea y, en especial, para el desarrollo literario europeo, la filología homérica de la modernidad tampoco podía ignorar sin más la cuestión del argumento de la *Ilíada*. Un argumento que inspiró a un poeta una calidad artística tan fuera de serie no podía pasar desapercibido. ¿De dónde procede? A la mayoría le pareció increíble que el poeta de la *Ilíada* lo hubiera inventado por completo. La trama de relaciones parecía demasiado extensa, el número de personajes, excesivo, la armazón de relaciones personales y parentales, demasiado compleja, como para que un individuo se lo hubiera inventado todo y, además, lo pudiera dotar de un sentido que no estuviera a la vista en la estructura básica del argumento. Eran reflexiones que, como se verá, resultaban totalmente razonables. Pero ¿de dónde vino entonces el argumento? Si no lo hizo Homero solo, ¿cuántos poetas

lo idearon, ya antes de Homero, como creciente sistema sucesivo? Y, aparte de eso, ¿se trataba en definitiva de un simple producto de la imaginación? ¿No contendría, acaso, realidad, pasado memorado, historia?

#### SCHLIEMANN DESCUBRE EL LUGAR

#### DE LA ACCIÓN: TROYA Y MICENAS

En esa incertidumbre irrumpió Heinrich Schliemann a partir de 1871. Troya, Micenas, Tirinto —hasta entonces, simples nombres, lugares de un poema— surgieron del suelo. Al menos pertenecían a la historia griega, no estaban inventados, habían vivido en la memoria hasta Homero. Pero ¿de qué manera? ¿Cuál era el porcentaje de lo histórico en las historias después de tres o cuatro siglos de tradición?

Se inició una fase de ingeniosa construcción de hipótesis. Participaban arqueólogos, filólogos, prehistoriadores, especialistas en religiones, lingüistas, investigadores de sagas y folcloristas. La discusión se alimentaba de continuos descubrimientos. En una afortunada serie, siguiendo a Schliemann en Grecia, además de en Creta y las islas del Egeo, la arqueología puso a la vista nuevas poblaciones y fortalezas que fueron inequívocamente fundadas y pobladas en el II milenio a. C. Posteriormente se arruinaron y, o bien no fueron jamás repobladas, o lo fueron en una época notablemente más tardía. La antigua Grecia que se conocía hasta entonces, la Grecia que empezaba con Homero y ascendía luego a la cima de su era clásica en Atenas y hasta la invasión mundial de Alejandro Magno, esa Grecia adquiriría ahora de repente una prehistoria y se revelaba, no como principio, sino como un reinicio, y todas las probabilidades se pronunciaban a favor de que ese reinicio era una segunda fase de la historia *griega*. Siglos an-

tes —también siglos antes de Homero—, había precedido una dilatada época florida de bienestar, poder, cultura y prestigio internacional: la era de *Micenas*. Los portadores de esa época florida parecían, en efecto, haber sido griegos como aquellos con cuya historia había uno crecido en la escuela. Esos griegos, con todas las diferencias en el campo de la macroestructura de la organización social, tenían claramente mucho en común con sus sucesores de la época históricamente ilustrada, en religión, cultura y modo de vida en general.

Sin embargo, se discutía la magnitud de esa comunidad. En esta cuestión, el mundo letrado se dividió en dos partidos: uno acentuaba las líneas de conexión, la llamada continuidad; el otro, la desconexión, la discontinuidad. En el partido de la discontinuidad, de manera lógica y comprensible, se dudaba frecuentemente de que los portadores de la cultura micénica hubieran sido efectivamente *griegos*. Esas dudas se desvanecieron ochenta años después del descubrimiento arqueológico de Schliemann, merced a un descubrimiento en otro campo.

## NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

### Se descifra la «Lineal B»

El arqueólogo inglés sir Arthur Evans había excavado, desde 1900, en Creta, el palacio de Cnossos del II milenio a. C., aquel palacio del legendario rey Minos, con sus cientos de salas, habitaciones, cámaras, pasillos, escaleras, plazas y terrazas que hacía un efecto tan vertiginoso en los visitantes extranjeros de su época, que llevaron consigo el nombre empleado por los habitantes: *Labyrinthos*, «edificio en doble hacha», como denominación genérica para una construcción que da miedo y se teme no encontrar



más su salida: «laberinto», un término que ha perdurado hasta hoy. En ese gran palacio, halló Evans numerosas tabletas de arcilla cubiertas de líneas de signos desconocidos: escritura, según toda evidencia. Como es natural, los arqueólogos y después los expertos en escritura de todo el mundo iniciaron de inmediato la tentativa de descifrar los textos. Pero todos los esfuerzos resultaron vanos. Sólo se pudo establecer con certeza una cosa: en esas tabletas que estaban escritas en forma de hileras con líneas compuestas de signos, había dos tipos claramente diferenciables de esa escritura, una evidentemente más antigua —que Evans llamó «Lineal A»— y una más reciente que, en consecuencia, mereció la designación de «Lineal B». El tipo más reciente no se estableció hasta el siglo xv a. C. De momento, no se sabía mucho más.

Entonces, en 1939, surgió una ayuda inesperada: ese año, el arqueólogo americano Carl W. Blegen, quien había continuado, de 1930 a 1938, las excavaciones Schliemann-Dörpfeld en Troya, sacó a la luz, en Grecia, en la costa occidental del Peloponeso, el palacio de Pilos, aquel palacio que en Homero, tanto en la *Ilíada* como en la *Odissea*, tiene un gran papel como sede soberana del viejo y prudente rey Nestor. Los restos pudieron datarse como de los siglos XIII/XII a. C. ¡Así surgía otra vez del suelo del II milenio a. C. un lugar del poema homérico! Y lo que es más importante: Blegen se topó, ya en su primer sondeo, con un cuantioso archivo de tabletas de arcilla; unas seiscientas tabletas aparecieron en la primera campaña de excavación. ¡La escritura de esas tabletas era, sin lugar a dudas, idéntica a la conocida de Cnossos como Lineal B!

Con ello no sólo se presentaba una relación de escritura y, por lo mismo, cultural entre Creta (Cnossos) y Grecia (Pilos en el Peloponeso) —y, por cierto, una relación que perduró claramente entre los siglos xv y XIII/XII a. C.—, sino que también con ello se ampliaba

enormemente la base de materiales para un posible desciframiento de la Lineal B. Pero el material ya no pudo ser publicado a causa de la declaración de la Segunda Guerra Mundial. Antes de ser confiado al Banco de Atenas (donde luego salió bien librado de la guerra), se fotografió. Pero las fotografías del colaborador de Blegen, Emmett L. Bennett Jr., un helenista americano de la Universidad de Madison (Wisconsin), no se publicaron hasta 1951 (*The Pylos Tablets*). Entretanto, continuaron los esfuerzos descifradores en todo el mundo. En otro pasaje de este libro hemos hablado de los tormentos y triunfos de quienes descifran escrituras. En el caso de ambas Lineales, los problemas y desengaños no fueron menores que los habidos con otras escrituras. Pero, merced a la publicación de Bennett de las tabletas de Pilos, los esfuerzos tuvieron un nuevo y decisivo empuje.

Entre los que trabajaban desde hacía años en la interpretación, también estaba el arquitecto inglés Michael Ventris, quien ya había escuchado fascinado, en 1936, siendo estudiante de catorce años, una conferencia de Arthur Evans en Londres sobre la excavación de Cnossos y, en especial, sobre las tabletas escritas halladas allí y todavía por descifrar. Durante la guerra, había servido como navegador en la Royal Air Force y se había dedicado a decodificaciones. Tras la guerra, emprendió de nuevo el trabajo con las tabletas de Cnossos y puso al corriente de sus avances a colaboradores de todo el mundo por medio de informes de trabajo fotocopiados («Work Notes»). Desde 1951, las tabletas de Pilos eran accesibles complementariamente a las de Cnossos. Eso aceleró el trabajo. En su nota 20 del 1 de junio de 1952, Ventris aventuró por primera vez la hipótesis que debía revolucionar nuestro conocimiento de la Antigüedad. Tres semanas después, el 24 de junio, se conoció también por el gran público. Ese día, Ventris leyó una conferencia en el Tercer Programa de la

	a	e	i	o	u	
	𐎠 <sub>08</sub>	𐎡 <sub>38</sub>	𐎢 <sub>28</sub>	𐎣 <sub>61</sub>	𐎤 <sub>10</sub>	a <sub>3</sub> 𐎥 <sub>43</sub>
h-	a <sub>2</sub> 𐎦 <sub>25</sub>					au 𐎧 <sub>85</sub>
p-	𐎨 <sub>03</sub>	𐎩 <sub>72</sub>	𐎪 <sub>39</sub>	𐎫 <sub>11</sub>	𐎬 <sub>50</sub>	pu <sub>2</sub> 𐎭 <sub>29</sub>
pt-		𐎮 <sub>62</sub>				
t-	𐎰 <sub>59</sub>	𐎱 <sub>04</sub>	𐎲 <sub>37</sub>	𐎳 <sub>05</sub>	𐎴 <sub>69</sub>	ta <sub>2</sub> 𐎵 <sub>66</sub>
tw-		𐎷 <sub>87</sub>		𐎸 <sub>91</sub>		
d-	𐎹 <sub>01</sub>	𐎺 <sub>45</sub>	𐎻 <sub>07</sub>	𐎼 <sub>14</sub>	𐎽 <sub>51</sub>	
dw-		𐎿 <sub>71</sub>		𐏀 <sub>90</sub>		
k-	𐏁 <sub>77</sub>	𐏂 <sub>44</sub>	𐏃 <sub>67</sub>	𐏄 <sub>70</sub>	𐏅 <sub>81</sub>	
q-	𐏆 <sub>16</sub>	𐏇 <sub>78</sub>	𐏈 <sub>21</sub>	𐏉 <sub>32</sub>		
j-	𐏊 <sub>57</sub>	𐏋 <sub>46</sub>		𐏌 <sub>36</sub>		
w-	𐏍 <sub>54</sub>	𐏎 <sub>75</sub>	𐏏 <sub>40</sub>	𐏐 <sub>42</sub>		
m-	𐏑 <sub>80</sub>	𐏒 <sub>13</sub>	𐏓 <sub>73</sub>	𐏔 <sub>15</sub>	𐏕 <sub>23</sub>	
n-	𐏖 <sub>06</sub>	𐏗 <sub>24</sub>	𐏘 <sub>30</sub>	𐏙 <sub>52</sub>	𐏚 <sub>55</sub>	nwa 𐏛 <sub>48</sub>
r-	𐏜 <sub>60</sub>	𐏝 <sub>27</sub>	𐏞 <sub>53</sub>	𐏟 <sub>02</sub>	𐏠 <sub>26</sub>	ra <sub>3</sub> 𐏡 <sub>33</sub>
r <sub>-2</sub>	𐏢 <sub>76</sub>			𐏣 <sub>68</sub>		
s-	𐏤 <sub>31</sub>	𐏥 <sub>09</sub>	𐏦 <sub>41</sub>	𐏧 <sub>12</sub>	𐏨 <sub>38</sub>	
z-	𐏩 <sub>17</sub>	𐏪 <sub>74</sub>		𐏫 <sub>20</sub>		

Figura 19: Los signos silábicos de la escritura «Lineal B».

BBC sobre sus tentativas de interpretación y desarrolló su tesis de que la lengua que se reproducía en esa escritura era ¡griego! El mundo ilustrado y él mismo, hasta poco antes, habían esperado cualquier otra cosa antes que ésa (por ejemplo, que fuera etrusco). Ahora eso parecía superado de golpe. Las palabras decisivas de Ventris decían:

Durante las últimas semanas he llegado a la conclusión de que las tabletas de Cnossos y Pilos, a la postre, deben estar escritas en griego. En un griego, cumple decirlo, difícil y arcaico, ya que es quinientos años más antiguo que Homero y está incompletamente reproducido; pero no por eso es menos griego.<sup>239</sup>

Esa noche, también escuchaba la radio, entre otros muchos, el lingüista de Cambridge John Chadwick, quien se ocupaba igualmente del desciframiento. Escéptico en un principio, Chadwick experimentó los siguientes días la hipótesis de Ventris. Su convencimiento creció y se trocó en entusiasmo. Ya el 9 de julio, envió Chadwick su felicitación a Ventris. Ése fue el comienzo de una prolongada labor en común entre Ventris y Chadwick que culminó en 1956 con la obra señera *Documents in Mycenaean Greek*.<sup>240</sup> Desde la aparición de esta obra, consta la corrección del desciframiento.

## Los micénicos eran griegos

No puede ponderarse en su alto valor la importancia de ese descubrimiento. Probó de una vez que, a partir de ahora, ya no es posible dudar de la identidad étnica de los portadores de la cultura micénica y los portadores de la cultura griega revivida del siglo VIII a. C. Antes de la interpretación de la Lineal B, la identidad sólo podía deducirse: 1) La arqueología había comprobado la emigración

de un nuevo pueblo al sur de la península balcánica alrededor de 2000 a. C. 2) Se sabía que precisamente en esa región se habló griego desde el siglo VIII a. C. 3) Se dedujo que aquellos emigrantes de la época de alrededor de 2000 a. C. debieron de haber sido griegos. Como cualquiera puede ver, eso no era más que una hipótesis. Ahora quedaba sustituida por ciencia exacta. En palabras de Chadwick:

Descollaba un hecho de la mayor importancia : los micénicos eran griegos. Cuando Schliemann excavó en Micenas el primer túmulo, no dudó que había sacado a la luz una dinastía griega y, en su célebre telegrama al rey griego, afirmó haber mirado a la cara a un antepasado regio. Pero los críticos académicos no estaban tan seguros y enseguida se emitieron hipótesis de soberanía extranjera para explicarse aquella temprana suntuosidad entre los micénicos, tanto tiempo antes de los griegos históricos. La prueba de que la lengua administrativa era el griego debe solventar [ahora] ese debate...<sup>241</sup>

De hecho, el viejo debate estaba en adelante liquidado.

## La historia de Troya es anterior a Homero

Una determinada consecuencia del desciframiento de la Lineal B, que se sigue necesariamente de la primera, tiene aún mayor importancia para el tema que tratamos aquí: como lo muestran las palabras citadas de Ventris, la primera impresión del descifrador fue que esa escritura reproducía un «griego difícil y arcaico». Y reconoció al más próximo pariente idiomático de ese «griego difícil y arcaico» en la lengua de Homero. La sospecha era que entre ese griego y el de Homero había una relación especial.

En su conferencia radiofónica, Ventris citó las cuatro

primeras palabras griegas que decía haber leído. Entre esas cuatro, estaba la palabra *chryso-worgós*, una palabra griega bien conocida, compuesta de *chrysós* «oro» (aún la podemos reconocer en «crisantemo», «flor de oro») y *worgós* «obrero» (el griego *worg-* y el alemán *Werk-* son antiquísimos parientes,<sup>242</sup> es decir, formas de una palabra que griegos y alemanes usaban cuando aún formaban una unidad étnica y no se habían separado geográficamente y, en consecuencia, tampoco lingüísticamente; esa situación queda, en la actualidad, unos cuatro o cinco mil años atrás). Un *chrysoworgós* es, pues, un «obrero del oro», un aurífice. El segundo componente de la palabra, *worgós*, no aparece en esa forma en todo el griego que conocemos desde Homero, sino sólo en la forma *ergós*. Nuestro «aurífice» se llama en el griego posterior que conocemos, o bien *chryso-ergós*, o bien, una vez que la /o/ final del segundo elemento se contrae con la /e/ inicial del segundo, (-o + e- > -ou-), *chrysourgós*. Esta formación aún la podemos reconocer en el alemán actual, por ejemplo en la palabra «Chirurg»,<sup>243</sup> que consta de los dos componentes griegos: *cheir*, pronunciado *chir*, «mano» y *ergós*, «obrero»: un «cirujano», en griego *cheiourgós*, es por lo tanto, literalmente, un «obrero manual». Lo más llamativo en esta diferencia entre la antigua forma de la palabra en la Lineal B y la forma en el griego posterior que conocemos es, como se ve, la caída de la /w/.<sup>244</sup> En la antigua Lineal B, todavía se escribe la w y eso significa que en aquella época se pronunciaba; en la forma posterior, la w ha desaparecido, lo que quiere decir que ya no se pronunciaba. Como tal, este fenómeno no es en absoluto asombroso. Las lenguas se transforman. Entre el griego que reproduce la Lineal B y el que conocemos desde Homero, hay varios cientos de años. La palabra griega para «aurífice», se ha mantenido ciertamente igual, en su estado básico, a través de esos siglos: *chrysoworgós* ~ *chrysourgós*,

pero la *w* se iba pronunciando cada vez menos en el transcurso del tiempo y después de una forma intermedia ligada, que se pronunció como la *w* inglesa actual, acabó por desaparecer totalmente. En ese estado, nos aparece la lengua de Homero: es cierto que la palabra específica *chryso-ergós* no consta casualmente en ella, pero sí tenemos la palabra *demio-ergós* «obrero comunal», básicamente igual formada y en cuyo segundo componente tampoco aparece ya la *w*. Esa no aparición de la *w* no es exclusiva de los ejemplos citados, sino que se trata del hecho constatado de que ya no hay ningún sonido *w* en la lengua de Homero.

Sin más y con lo dicho, quedaríamos satisfechos, si no fuera porque este fenómeno conlleva un aspecto extraordinariamente importante. Como se dijo brevemente en la primera parte del libro, Homero versifica en hexámetros. Lo básico de esa métrica es la diferencia entre sílabas largas y breves (es decir, no como en alemán, sílabas acentuadas y no acentuadas). Una sílaba es larga cuando incluye un diptongo o una vocal, que es larga por naturaleza (en alemán, distinguimos entre vocales largas y breves por naturaleza, por ejemplo, entre la /u/ en «Gruß» y la /u/ en «Kuß»).<sup>245</sup> Pero una sílaba puede valer como larga cuando, aunque tenga una vocal breve por naturaleza, le sigan por lo menos *dos* consonantes, por necesitar más tiempo para su articulación.

La métrica del «hexámetro» (en griego, *hex*, latín, *sex*, alemán *sechs*, inglés *six*, castellano *seis* + griego *metron*, alemán, inglés, castellano *Meter/meter/metro* = «medida») consiste en el elemento seis veces rítmicamente repetido [— ∪∪] (*daktylos*), que puede ser sustituido por el elemento rítmico [— —] (*spondeus*). Es decir, sólo puede formarse un hexámetro cuando se ponen seguidos seis elementos de la forma «una sílaba larga más dos cortas» = [— ∪∪] o se ocupa el lugar de dos sílabas cortas con una larga =

[— —]. O sea que no puede formarse nunca un elemento de «una larga más una corta más una larga» [— ∪ —] o de «tres cortas» = [∪ ∪ ∪]. Pero resulta que, en el texto homérico, hay numerosos hexámetros que precisamente muestran semejantes elementos imposibles. Pongamos como ejemplo (con miras a la mejor comprensión, prescindimos del resto de complicadas normas de formación del hexámetro) del Canto 22 de la *Iliada*, el verso 25 (el rey Príamo ve desde la muralla a Aquiles lanzarse contra su hijo Héctor):

Y lo vio el viejo Príamo el primero con sus propios ojos.

En el hexámetro original, aquí reproducido en caracteres latinos, suena así:

Ton	d'	ho	ge	—	ron	Pri	a	—	mos	pro	—	to	si	de	—	noph	thal	—	moi	si
1					2				3				4			5			6	
—	∪	∪			—	∪	∪		—	—			∪	∪	∪	—	—		—	×

Enseguida se ve que el cuarto elemento incumple la norma: empieza con una breve en lugar de una larga. ¿Ha cometido aquí el poeta una falta? Todo conocedor de Homero dará un paso atrás ante semejante salida, porque usualmente Homero no comete faltas. ¿Qué ha pasado entonces aquí? La solución la encontró ya en 1713 el genial investigador inglés de Homero Richard Bentley.<sup>246</sup> Mediante el cotejo e investigación de un gran número de pasajes de Homero que entran en la misma categoría que nuestro ejemplo, Bentley estableció que, en esos casos, los aparentes errores son causados por la caída de una inicial /w/ originalmente existente. Esto servirá de aclaración también para aquellos lectores que no están familiarizados con la disciplina de la lingüística comparada indoeuropea. Les bastará entender que la raíz griega *id-*





consecuencia, tampoco lo escribía, pero formaba sus versos *como si* lo pronunciase y escribiese. En nuestra gramática homérica, este fenómeno se suele describir con la fórmula «la w aún repercute» o similar. ¿Qué significa eso en concreto?

De entrada, significa que el poeta de nuestra *Iliada* no pudo haber inventado él mismo la forma del lenguaje en que escribe, ya que el sonido w, que él normalmente no pronuncia, no tendría *ninguna* relevancia para él.

Con eso, lo que viene a decirse es que el poeta de nuestra *Iliada* *ha recibido* la forma en que versifica *de antecesores* que se servían de esa misma forma de versificar en un tiempo en que el sonido w aún se pronunciaba. Hasta la fecha, aún no está aclarado si la recibió directamente de pronunciantes de esa w- o de antecesores que ya no eran pronunciantes de w- y la recibieron, a su vez, de quienes sí lo eran. En Grecia, existieron durante siglos diversos dialectos unos junto a otros. Los tres más importantes son eólico, jónico y dórico. De ellos, el dialecto eólico, del que se sirvió la poetisa Safo, muestra todavía en tiempo histórico la w. En cambio, el dialecto jónico (oriental), que utilizó Homero, no conoce la w. Es posible que rap-sodas jónicos orientales estuvieran acostumbrados a omitir la w en la adopción de formas versificadoras comunes de eolios pronunciantes de w, pero, con todo, a formar sus versos como si la w existiera en ellos, porque, de lo contrario, no hubieran podido mantener el ritmo hexamétrico. En cualquier caso, Homero no pronuncia ni escribe la w, pero no hay duda de que la reconoce como componente integrador de la lengua poética recibida, la tiene como hábito inveterado en su sentimiento del lenguaje y, por eso, se ve que inconscientemente la hace efectiva en la formación de sus versos.

Como quiera que fuera la conexión en sus detalles, es de importancia fundamental reconocer que la forma nor-

mal del lenguaje poético que nos llega en las epopeyas de Homero, *Ilíada* y *Odisea*, no surge en esas epopeyas, es decir, no es la forma poética peculiar de Homero, sino una que está desarrollada y practicada *antes* que él y de la cual la suya sólo es una variante tardía que presenta una evidente pérdida de elementos esenciales de la forma normal<sup>247</sup> y hay que designarla como «deficitaria».

Homero preserva en esta variante un estado de la lengua griega que es anterior al del griego hablado en Jonia (Oriental) en el siglo VIII y que, por lo tanto, en la realidad lingüística de ese siglo, pertenece al pasado. Pero ese estado coincide en un punto esencial con el de la lengua griega que nos ha llegado en la Lineal B, es decir, la lengua griega de entre los siglos XV y XIII/XII. Temporalmente, se halla como mínimo entre la Lineal B y el griego jónico cotidiano del siglo VIII. Con ello resulta ser —al menos hasta donde hoy sabemos—, el segundo estado más antiguo de la lengua griega que podemos alcanzar después de la Lineal B. La conjetura de Ventris de que entre el griego «arcaico» identificado por él y el griego de Homero hay una relación especial es acertada: la lengua poética de Homero está más cerca del griego hablado entre los siglos XV y XIII/XII que ninguna otra forma del griego.<sup>248</sup>

Por desgracia, no sabemos con exactitud cuándo cayó en desuso el sonido *w* en el dialecto jónico hablado por Homero y su público. En consecuencia, tampoco sabemos cuánto tiempo antes de Homero ya se usaba en griego al menos la forma poética que él utiliza (y que mantiene el sonido *w*). Pero, si lo supiéramos, sólo dispondríamos del *punto final* en el tiempo de esa «forma poética con *w*» en el jónico, no su *punto inicial*. Éste, en teoría, puede estar en cualquier punto de todo el espacio temporal en que el griego se habló como «lengua con *w*».

Puesto que, gracias al desciframiento logrado por Ventris, sabemos que el sonido *w* también se escribía en la Li-

neal B griega y, por lo tanto, también se pronunciaba en la lengua usual de la época, y puesto que con la «lengua griega con w» alcanzamos hasta el siglo xv, podemos considerar como absolutamente posible, desde un punto de vista puramente lingüístico, que la forma poética que emplea Homero ya era utilizable entre los griegos de la época de la Lineal B.

## Resultado parcial: No hay ruptura de lenguaje ni étnica entre los micénicos y Homero

Más adelante veremos que la última conclusión formulada arriba es correcta de hecho. De momento, establecemos el siguiente resultado parcial:

1) El desciframiento de la Lineal B ha probado la continuidad de la lengua griega del II milenio hasta el siglo VIII a. C.

2) El desciframiento de la Lineal B ha abierto la posibilidad de que la forma poética evidente en Homero en el siglo VIII a. C. era ya utilizable en la época de la Lineal B, es decir, entre los siglos xv y XIII/XII a. C.

3) Como la adopción de la escritura Lineal B de Creta, con motivo de la ocupación de Cnossos en el siglo xv a. C., fue sólo una «innovación técnica» casual y no el momento del nacimiento de la *lengua* griega, la forma poética que tenemos en Homero puede ser esencialmente más antigua que la adopción de la escritura de la Lineal B, es decir, anterior al siglo xv a. C.

4) El desciframiento de la escritura empleada por los griegos micénicos, que llamamos Lineal B, representa el tiro de gracia para la tesis de la discontinuidad: desde los griegos del II milenio a los griegos del siglo VIII hay una línea directa. Por necesidades temáticas, aquí sólo hemos podido tratar un solo componente de esa línea: la pre-

servación de la lengua. Pero la valoración del contenido de las tabletas en las décadas posteriores al desciframiento muestra que la línea consta de más componentes y que más bien es una amplia vía que también incluye la preservación de condiciones culturales, como artesanía, comercio, relaciones, hábitos alimentarios e imposiciones de nombres, y también de religión: en las tabletas de la Lineal B aparecen los nombres de dioses Zeus, Hera, Atenea, Artemisa, Poseidón, Hermes y también Dionisio; de modo que esos dioses son, primero, anteriores entre los griegos a las tabletas y, segundo, han permanecido sin cambios hasta Homero.<sup>249</sup> Finalmente, el prehistoriador de Colonia Karl-Joachim Hölkeskamp ha mostrado en una síntesis general y matizada qué fuertes y densas son, pese a todos los cambios en detalle, las líneas de vinculación entre la época micénica de la historia griega y el renacimiento del siglo VIII.<sup>250</sup> Sólo podemos citar aquí una frase de su amplia presentación:

... la ruina del sistema palaciano y sus consecuencias fueron pues profundas, pero no condujeron a una ruptura abrupta y absoluta. Porque esa ruptura tampoco afectó absolutamente y en todas partes a las simples estructuras básicas.<sup>251</sup>

Se sobreentiende que entre el siglo XV y el VIII cambiaron muchas cosas entre los griegos, no sólo componentes aislados de la sociedad griega, sino también estructuras demográficas, económicas, sociales, políticas y otras que van más allá de lo puntual, tal y como es el caso en la historia secular de un pueblo, siempre y en todas partes. Pero la comunidad humana que fue portadora de esos cambios siguió siendo la misma, al cabo de los siglos, en el mismo espacio habitado.

Por lo dicho, el hecho básico de la historia del pueblo griego, desde el II milenio hasta el tiempo de Homero en

el siglo VIII a. C., es la continuidad.<sup>252</sup> Es el resultado principal que hay que establecer de la indagación llevada a cabo hasta ahora.

## ¿TIENE LA HISTORIA DE TROYA UN TRASFONDO HISTÓRICO? CONTROVERSIAS Y POSIBILIDADES

El debate habido desde las excavaciones de Schliemann en torno al «trasfondo histórico» de la historia de Troya presente en Homero fue presentado en 1968 por el significado helenista e investigador de Homero Albin Lesky —teniendo ya conocimiento del desciframiento de la Lineal B—, en el mayor y más serio diccionario que la historia de la Antigüedad ha producido hasta la fecha, en forma de un dilatado informe en siete partes. Esa presentación se conduce mediante una soberana sinopsis de la literatura relacionada y con gran objetividad. Pero no toma decisión alguna.<sup>253</sup> Las opiniones presentadas entonces por Lesky iban desde el absoluto rechazo de toda posibilidad de un núcleo histórico —«no hay que buscar sucesos reales tras la historia de una expedición común de los griegos contra Troya»—<sup>254</sup> hasta la decidida exclusión de la posibilidad de que una guerra de los aqueos contra los troyanos *no* hubiera tenido lugar: «Si se resume el estado actual de nuestro conocimiento no puede dudarse por más tiempo que, en efecto, hubo una guerra histórica en Troya, donde una coalición de aqueos o micénicos, bajo el mando supremo de un rey cuya autoridad se reconocía, luchó contra la población de Troya y sus aliados». Esta decidida expresión tenía cinco años de edad en la época de la aparición de la sinopsis de Lesky y no procedía de cualquiera, sino del tercer arqueólogo de Troya tras Schliemann y Dörpfeld, el mundialmente conocido arqueólogo americano Carl W. Blegen.<sup>255</sup>

Tras presentar también las opiniones que están *entre* estos extremos y los más importantes argumentos disponibles, Lesky cerraba su informe con la conclusión:

Micenas y Troya están ahí como magnitudes históricas de primer rango; que el trasfondo histórico de la *Ilíada* esté formado por un enfrentamiento entre ellas *sigue siendo una de las posibilidades* y, desde luego, *si no se nos revelan nuevas fuentes*, no pasa de tal posibilidad.<sup>256</sup>

## LA NUEVA SITUACIÓN DESDE 1996

Desde entonces han pasado más de treinta años. Referir el debate continuado hasta el principio de los años ochenta, es decir, seguir a Lesky, tendría poco sentido, puesto que en esa ampliación del debate no se hallan, ni pueden hallarse, nuevos argumentos. Porque la situación de salida no había cambiado hasta entonces: no se habían desvelado nuevas fuentes, al menos para la mayoría de los debatientes. Hoy se presentan las cosas de otro modo: desde los años ochenta, se nos *han revelado* nuevas fuentes. Para establecer con solidez el fundamento de todas las consecuencias que desde ahora son posibles, resumimos el actual estado de la cuestión:

Desde 1996, no sólo Troya, sino también la investigación homérica en tanto se ocupa de la situación básica argumental de la *Ilíada*, se encuentran ante una nueva situación: antes de 1996, no estaba indudablemente asegurado si Troya/Ilios, que sirve a Homero como escenario de su acción, está identificada como la colina ruinosa que conocemos al borde de los Dardanelos y llamada Hissarlik. Por eso, no se podía de buena fe, ni invocar la *Ilíada* de Homero para apoyarse en algo a la hora de la reconstrucción de los sucesos reales del lugar histórico, ni tampoco hacer valer seriamente las ruinas sobre la colina

Hisarlik para considerar a la *Ilíada* de Homero como consolidada en el núcleo histórico. Pero desde 1996, la identidad del escenario de la *Ilíada* con las ruinas excavadas en la colina Hisarlik, como hemos mostrado en la primera parte del libro, consta fuera de toda duda: (*W*)*ilios* de Homero es el lugar *Wilusa* vinculado con el imperio hitita. Además, ha quedado claro que los atacantes griegos de *Wilios*, llamados en Homero *achaioi* y *danaoi*, tienen sus nombres equivalentes en los documentos estatales hititas y egipcios de la Baja Edad de Bronce. Estos conocimientos no pueden carecer de consecuencias.

Y la más importante consecuencia de esta nueva situación es de toda evidencia: ahora hay *dos* conjuntos informativos disponibles para *Wilusa/Tru(w)isa*. Por un lado, tenemos aquella montaña de informaciones de investigadores que se ha acumulado y lo sigue haciendo merced al efecto conjunto de numerosas especialidades individuales —la arqueología y sus disciplinas partícipes, las especialidades históricas y culturales, la lingüística y, recientemente, en especial la hititología y la anatolística—, y, por otro lado, está la apreciable cantidad —definitivamente concluida desde hace unos dos mil setecientos años— de manifestaciones sobre Troya que ofrece la epopeya *Ilíada* del poeta griego Homero y que ahora igualmente —por primera vez con buena fe científica— puede básicamente ser invocada para la valoración.

## Piedras, documentos y el poema *Ilíada*

A primera vista, parece como si pudiéramos alegrarnos por el aumento del material mediante la adquisición de la *Ilíada* como segunda fuente. ¿Es que no tenemos que contemplar ahora juntos, sin más, a los dos conjuntos informativos, de modo que las lagunas que deja uno se



completen mediante el otro? ¿Es que no puede Homero, allá donde las piedras callan y los documentos hititas sólo trazan grandes líneas, saltar a la brecha como testigo que dé vida a la ciudad casi muda? Y, al revés: ¿es que un paso a través de la ciudad, que ahora resurge año tras año cada vez más plena y completa ante nuestros ojos, no puede completar con una visión concreta el texto homérico que sólo habla de Troya a grandes rasgos y hacerlo así más comprensible?

Eso sería lo ideal, pero no es tan simple. El motivo es que ambos conjuntos informativos no están a la misma escala de tiempo, ni de perspectiva, ni de autenticidad. No pueden encajar directamente entre sí.

- Temporalmente: Las *piedras* proceden de la época entre 3000 y, como más tarde, 950 a. C., mientras los *documentos hititas* se refieren a un espacio temporal de aproximadamente entre 1600 y 1100 a. C., de modo que son contemporáneos de la época dorada de Wilusa (Troya VI/VIIa). En cambio, la *Ilíada* de Homero nació entre 750 y 700 a. C., cuando el «último mohicano» de Troya hacía al menos dos siglos que yacía en las ruinas. Entre ambos conjuntos se abre una gran laguna temporal. El primero es contemporáneo, el segundo, no.

- En perspectiva: Los *documentos hititas* nos muestran el punto de vista desde la central *interior* de la gran potencia protectora Hattusa, sobre el pequeño país vasallo de Wilusa, bien conocido desde siglos, en el extremo de la zona imperial. La *Ilíada* de Homero, por el contrario, nos hace ver a Wilusa con los ojos de los enemigos *extranjeros* que, además, parecen ignorar por completo el extenso sistema del imperio hitita del que Wilios/Wilusa sólo es una pequeña parte. La única magnitud en torno a la que giran sus pensamientos, porque la quieren destruir, es Wilios, la fortaleza protectora en la orilla de la vía navegable al mar Negro.

• Finalmente, desde el punto de vista de la autenticidad: tanto las piedras como los documentos reflejan sólo realidad. Dicho de otro modo, las piedras y los documentos no mienten. Aunque los documentos hititas acaso quieran desfigurar algo la realidad, por los habituales motivos políticos y de poder, en principio, piedras y documentos no tienen en todo caso *motivo* alguno para «mentir», es decir, para hacer otra cosa de Wilusa de lo que fue en su tiempo. Por el contrario, la *Ilíada* de Homero no es ningún documento estatal, sino un poema. La poesía, como tal, siempre aspira a ser otra cosa y más que el mero reflejo de la realidad. Además de eso, la *Ilíada* de Homero es poesía desde el punto de vista del ganador y la perspectiva victoriosa se lleva mal con la objetividad.

Tomado todo en conjunto, la primera consecuencia es que ambos conjuntos de fuentes representan diversos tipos de información. Si se sopesan ambos tipos entre sí en lo concerniente a su presunto contenido de verdad histórica, hay que contar de antemano que las piedras de Wilusa y los documentos contemporáneos referidos a ellas de la Hattusa familiarizada desde siglos con Wilusa estarán mucho más cerca de la verdad histórica que la *Ilíada*, el posterior poema extranjero. Considerar *sin más* a la *Ilíada* como complemento y reconstrucción de las piedras y documentos —como carne en torno a los huesos que le dan soporte— parece descartado. Afirmarlo no es superfluo porque también esta variante se ha sostenido en la historia del problema: el significado helenista inglés Denys Page, que es de los pocos filólogos homéricos que han manejado algunos documentos hititas, llevó en 1959 su euforia tan lejos como para no sólo declarar indudablemente histórica a la guerra de Troya, sino también a sus protagonistas más conspicuos mencionados en Homero, como Agamenón y Aquiles.<sup>257</sup>

Cierto es que en la actualidad nadie puede probar de

modo concluyente que semejante comprensión al pie de la letra sea errónea, pero, en base a nuestra común experiencia con la poesía, el deber probatorio corresponde más bien a la parte de quienes desean entenderla al pie de la letra. Y, hasta ahora, la historicidad de Agamenón y Aquiles no se puede probar a partir de las piedras, los documentos extragriegos, ni la *Ilíada*. Lo único posible son conclusiones de indicios y sólo se refieren, antes que nada, al gran marco de la historia de Troya y no a detalles como nombres individuales de personas o topografía. Es decir, ni siquiera según los más recientes conocimientos, es conveniente pasearse con la *Ilíada* en la mano por la Troya reconstruida en base a la nueva excavación, para identificar aquí una puerta, allá una torre, con «equivalentes» en el texto y concluir, apelando a Homero, que tal aspecto tuvo en verdad Troya en su época dorada, hacia 1200, que aquí plantó Agamenón su tienda de jefe, y que allá señaló Elena a Príamo, desde la muralla de Troya, a los héroes del ejército aqueo. Porque Homero jamás vio Troya cuando estaba sin destruir y «en funcionamiento». A lo sumo, si es que jamás visitó Troya personalmente, pudo haber visto ruinas, aquellas que, en el siglo VIII a. C., aún podían divisarse como monumento del terreno y muro derruido. No podemos decir en qué estado, pero seguramente no en la disposición arqueológica nítida y liberada con que se presenta hoy a los ojos del visitante. Pudo haber vagado entre esas ruinas, en principio, lo mismo que un arqueólogo moderno. No obstante, con una diferencia: vagaría con toda la tradicional historia de Troya en la cabeza; no con la *Ilíada*, que no habría compuesto, en la mano. Sería probable que, al comparar la imagen de su cabeza con la realidad de las ruinas, se imaginara la antigua ciudad viva. Esas imaginaciones las leeríamos en su *Ilíada*. Es natural que acá y acullá tuvieran semejanzas con las imágenes virtuales de nuestros ordenadores pro-

vistos de datos, porque las ruinas —los datos de partida— serían, con todas las diferencias de su estado de conservación, entonces y ahora, las mismas. La semejanza de las imágenes no debe hacernos olvidar nunca que sólo son imágenes, nada más.

Si se condujo así —y si lo hizo realmente es algo que escapa a nuestro conocimiento—, Homero habría sido el primer visitante imaginativo de las ruinas que conocemos y, como tal, tendría cierto valor testifical para nosotros.<sup>258</sup> Pero en ningún caso sería testigo contemporáneo de Troya VI/VIIa.

### ¿Qué puede enseñar la *Iliada* sobre Troya?

De entrada, todo esto parece descorazonador. Pero es decisiva la expresión «sin más» con que hemos introducido la controversia del posible valor testifical de la *Iliada*. Como transmisora de información, la *Iliada* no puede ser completamente inadecuada. Porque, como hemos visto, Homero sabe cosas que, si no dispusiera de algo histórico, *no podría saber* en absoluto —por ejemplo, los nombres del pueblo atacante en la Edad de Bronce—. Así que también tiene valor informativo. La pregunta es ¿qué valor? Ahí topamos de nuevo con el núcleo del problema, con aquella pregunta que se planteó en el mismo momento en que Schliemann descubrió las ruinas en la colina Hisarlik. Pero, en aquella época, sólo podía ser, junto con todas las respuestas, nada más que un juego mental. Porque quien preguntaba de ese modo suponía ya de antemano que Hisarlik era idéntica a Troya (y a menudo incluso quería, mediante la comparación del texto con el hallazgo, probar la identidad). Todas las respuestas eran así especulaciones. En consecuencia uno admiraba la intuición de quienes intentaban dar respuestas, pero nadie

necesitaba tomar en serio esas hipótesis. Porque nadie podía saber en realidad si la *Iliada* trata de la Troya de *Schliemann*. Hoy sabemos que lo hace. Por eso, la pregunta por la *magnitud del valor informativo* que la *Iliada* tiene para Troya y la anterioridad histórica en torno a Troya puede volver a plantearse sobre un sólido fundamento.

No obstante, antes de buscar respuesta alguna, hay que depurar la pregunta de modo que sólo abarque lo útil. Plantear la pregunta de manera global desencadenaría una porción de respuestas que no tienen que ver con la cuestión. Porque Homero se sirve de Troya, como veremos con más detalle, únicamente como escenario. En ese escenario hace que sucedan muchas cosas diversas, entre ellas cotidianidades como salidas y puestas de sol, comidas, bebidas, amores, consejos, discusiones, combates y así sucesivamente. No hay duda de que sucesos de ese estilo no nos ayudarán en la búsqueda de la relación de Homero con su lugar de acción. Hay que preguntar con más tino y separar campos. Homero «informa» mucho, por ejemplo, del ámbito de los dioses, cómo se tratan entre sí, se irritan unos contra otros, conciertan coaliciones, cómo velan sobre los hombres, los guían, los animan, los engañan... todo eso es poéticamente sugerente y altamente ilustrativo para la historia de la *religión griega*, pero para Troya no tiene en conjunto valor informativo alguno. Homero describe también con riqueza de detalles el desarrollo de la lucha en las batallas entre atacantes y defensores. En tanto se trata sólo de variantes de tiro de lanza y golpe de espada, y no de determinadas localizaciones de la Tróade, tampoco eso nos resulta instructivo; porque todo lo que se lleva a cabo es representar la acción en otra parte pero del mismo modo. Y hay muchos más campos de la narración en la *Iliada* que carecen de transcendencia para nuestra cuestión: «¿puede Homero enseñarnos algo sobre Troya?». De modo que, antes que nada, hay

que preguntar: ¿en qué partes de la narración están las informaciones de Homero del tipo que esperamos? Y eso quiere decir al mismo tiempo: ¿y en cuáles no? Así que lo conveniente es un análisis de la *Ilíada* bajo el punto de vista de la significancia histórica, con el objetivo de separar campos informativos históricamente relevantes e irrelevantes. En cuanto se deslinden los campos históricamente relevantes, sus informaciones se separarán a su vez, ahora con la ponderación del criterio: «¿invención o historicidad preservada?».

Si quisiéramos hacer la separación de modo sistemático, tendríamos que indagar cuidadosamente todo el texto de la *Ilíada*, 15.693 versos, y separar en un proceso excluyente todo lo que resulte históricamente irrelevante respecto a Troya. Algo semejante a este complejo:

- 1) Preparativos y quehaceres cotidianos.
- 2) Escenas de dioses (en tanto no se refieran a la acción de Troya).
- 3) Descripciones de luchas de todo tipo.
- 4) Descripciones de competiciones deportivas (casi todo el canto 23).
- 5) Descripciones de objetos, como la del escudo de Aquiles en el canto 18.
- 6) Escenas dialogadas (una vez más, en tanto no se refieran a la acción de Troya).
- 7) Metáforas...

La serie continuaría. En el análisis de cada uno de esos campos habría que prestar atención a no desechar, acá o acullá, referencias a Troya, que también en ellos surgen una y otra vez, de diversa manera y frecuencia... Se puede ver que esto toma unas dimensiones de trabajo que no podemos llevar a cabo paso a paso en nuestro marco. Escogeríamos por eso un procedimiento abreviado. Puede parecer que intentamos, con un acercamiento inverso, aislar la acción de Troya dentro de la *Ilíada*. Y aquí, algu-

nos se preguntarán: ¿es que la *Iliada* y la acción de Troya no son idénticas? ¿No es la *Iliada* la acción de Troya? No lo es. Esto mismo es lo que se va a mostrar. La *Iliada* es otra cosa. Reconocerlo es la condición previa para cualquier respuesta a la pregunta de qué valor informativo tiene la *Iliada* para Troya. Porque sólo si se reconoce qué es lo que la *Iliada* quiere efectivamente narrar —y qué no—, se estará preparado para no pedirle demasiado. Dicho de otro modo: hasta que no se comprenda qué valor informativo *puede tener* la *Iliada*, no se podrá preguntar con esperanza exitosa qué valor informativo *tiene*.

## Dos imágenes de Troya: los hititas y Homero

Para establecer el adecuado perfil de la acción de Troya en la *Iliada*, tras el que se encuentra una determinada imagen global de Troya del poeta de la *Iliada*, es preciso primero confrontar esa acción con la imagen de Troya de la investigación realista, es decir, la arqueología y la anatolística. Esperanzas desmedidas que con frecuencia se dirigen por parte de la arqueología de Troya a la acción de Troya en la *Iliada*, recuperarán una dimensión más mesurada puestas ante este fondo.

### *La imagen de Troya de la arqueología y de los documentos hititas*

Esta imagen está caracterizada por su dilatada perspectiva temporal: Troya aparece aquí a lo largo de un espacio de dos mil años. En un enfoque semejante, los detalles quedan en segundo plano y se hacen visibles las grandes líneas. La Troya que encontramos aquí es, por lo tanto, una Troya de sobriedad pragmática: una ciudad con extenso entorno y amplio campo de influencia en el norte de Asia Menor y las regiones limítrofes europeas,

capital de una región que tiene un papel no desdeñable en la historia de Asia Menor y el área mediterránea. Vemos esta Troya ante nosotros como un vivo lugar de comercio próspero a lo largo de siglos en el cruce de dos mares y dos continentes —con magnitud política en la red de relaciones de los estados de la zona en el II milenio a. C.: partícipe en tratados (vgr. Alaksandu) con el imperio hitita— como miembro de un grupo de estados de Asia Menor, los países Arzawa. La vemos involucrada en la lucha de sus vecinos por el poder (el asunto Pijamardu) y como escenario de enfrentamientos dinásticos: Kukkunni, Alaksandu, Walmu. Son perspectivas que superan con mucho el campo de la arqueología. Quitan al lugar, en buena medida, la vieja aura de lo misterioso. Vista así, Troya regresa a su sitio original en la corriente de la historia universal «totalmente normal».

La visión de Homero es completamente diversa.

### *La imagen de Troya y la acción de Troya en Homero*

En la *Iliada* de Homero, Troya se nos presenta en una perspectiva de brevedad temporal: la ciudad en una crisis actual. Es una Troya plena de dramatismo y tensión, pero también de cotidianidad. Tenemos delante una ciudad que lucha por su existencia. Está sitiada por un ejército de ultramar y va a perecer de hambruna. Lleva nueve años separada de su entorno lejano por un bloqueo marítimo de los aqueos y, en lo concerniente a su entorno inmediato, el ejército sitiador hace todo por convertirlo en tierra quemada ante sus muros. No sólo conocemos a los jefes aqueos, sino también a la propia clase dirigente que en ese momento ocupa el poder en Troya, y accedemos al conflicto básico que divide a esa clase dirigente y que sólo con motivo de la común amenaza se reprime una y otra vez: un hijo del rey Príamo, el bello Paris/Alejandro, ha violado el derecho internacional de



huésped durante una expedición diplomática a Aca-ya/Grecia y ha secuestrado a la bella Elena, hija del rey anfitrión de Lacedemonia/Esparta, junto con otros valiosos bienes. La expedición de represalia de los aqueos unidos, que se ha trasladado a Troya con 1.186 navíos, exige la devolución de la reina raptada y los bienes robados, así como el pago de indemnizaciones. Lo que le espera a la ciudad en caso de incumplimiento de esas exigencias lo expresa el comandante supremo del ejército, Agamenón, rey de Micenas, en el canto 6 (versos 55-60) con íntima rabia acumulada, sin piedad ni consideración: cuando su hermano Menelao, marido legítimo de Elena, sólo quiere detener a un enemigo en lugar de matarlo sobre el terreno, le increpa:

¿Qué es esto Menelao? ¿A qué viene esa piedad  
por el enemigo? ¿No sabes lo que hicieron en tu palacio  
los troyanos? Ninguno de ellos debe escapar de cruel muerte  
a nuestras manos, ni siquiera quien aún aguarda  
en el vientre materno. ¡No; todos los troyanos  
deben ser exterminados sin piedad ni recuerdo!

Por supuesto que, frente a tal amenaza, los sitiados se ven obligados a resistir. Pero, bajo la superficie, reina la agitación. Se trata de un problema de lealtad: ¿por cuánto tiempo va a seguir la ciudad apoyando al secuestrador? Las demandas de los sitiadores son ciertamente rechazadas, pero cada vez más a regañadientes. La solidaridad con el príncipe Paris y la casa real se va erosionando. Por eso se intenta por parte de la mitad de la clase dirigente de Troya cambiar la situación crítica y admitir la exigencia de los sitiadores. Así es como Antenor, miembro del consejo real, hace su arenga ante la asamblea de troyanos y aliados de los alrededores, reunida frente al palacio de Príamo —canto 7 (versos 348-353):

Escuchadme troyanos, dárdanos y demás aliados,  
que pueda deciros lo que me inspira el corazón:  
¡Basta! Entreguemos a Elena de Argos —y los bienes  
junto a ella— a los átridas [= Agamenón y Menelao].

Paris le replica enseguida y lo declara perturbado mental. Pero seguramente sabe que el ambiente está contra él. De modo que propone un compromiso: «No entregaré a Elena, pero sí los bienes robados y aún más de mi propiedad». Su padre Príamo le toma la palabra aliviado. A la mañana siguiente se enviará un delegado a los aqueos con esa oferta de paz. Llega pues el enviado al campamento aqueo. Se espera la transmisión de un mensaje, habitual en la *Iliada*, donde un delegado repite sin variación lo que se le ha encomendado que diga. Pero Homero hace que este delegado se comporte de modo diverso y haga algo desacostumbrado: no sólo transmite el encargo. Más bien deja entrever de manera inequívoca el estado del ambiente en la ciudad (385-393; los añadidos por parte del delegado van en cursiva):

Átridas y vosotros, príncipes de los aqueos unidos:  
Me encarga Príamo junto a los ilustres troyanos  
os presente una propuesta de Alejandro,  
por quien el conflicto empezó,  
y desean os sea agradable:  
los bienes que Alejandro trajo consigo de Troya  
en las cóncavas naves (*ojalá hubiera muerto antes*)  
os los devuelve y aún añade de su propiedad;  
pero la esposa legítima de Menelao el glorioso  
ésa se niega a devolverla (*aunque los troyanos, creedme, se lo  
aconsejan*).

Paris está pues aislado en Troya. Con la prolongación del sitio ve que el aislamiento llega a tal punto que debe comprarse agentes que hagan ambiente a su favor: en el

canto 11, Agamenón mata a una serie de troyanos y, entre ellos, a los dos hijos de un Antímaco (123-125):

... quien muchas veces,  
por el oro y donativos que recibió de Alejandro,  
hablaba en contra de entregar Elena al rubio Menelao.

La clase mandataria debe conducir una lucha que íntimamente no comparte. Y la solidaridad es sometida a pruebas más duras por parte de quien ha forzado la guerra. Héctor, hermano de Paris, nombrado por Príamo comandante en jefe del ejército defensor, vuelve en medio del combate a la ciudadela, para encomendar con la mayor urgencia a las mujeres de Troya que vayan en rogativa al templo de la diosa de la ciudad. De paso, entra en la casa de Paris y Elena. ¿Qué hace la pareja mientras ante la ciudad se libra la batalla por su causa? Paris está en el dormitorio sacando brillo a sus armas; Elena da órdenes a la servidumbre, como de costumbre. Héctor monta en cólera (6, 326-331):

Tú, desgraciado [...]  
la gente muere en combate en torno a la ciudad  
y al pie de los altos muros. Por ti luchan en fogosa  
batalla. Hasta tú arderías de cólera si vieses a otro  
así de indiferente ante tan feroz guerra.  
¡Basta! ¡En pie, antes que la ciudad sea pasto de las llamas!

Todos estos enfrentamientos en el interior de la ciudad sitiada, además de evidenciar la total pobreza del tópico bélico reflejado en las modernas narraciones de la *Ilíada* que muestran a una Troya víctima inocente de la brutal agresión exterior, nos hacen ver de manera contrastada la escisión en la ciudad amenazada, así como los indecibles sufrimientos y sacrificios de los defensores y atacantes en el campo de batalla, que percibimos hasta el

último detalle y que hacen que nos inquietemos con los unos y los otros; son, en fin, de una inmediatez tal que las fuentes históricas registradoras de datos jamás podrán producir. No son lapidarias enumeraciones de resultados, sino intuiciones, frescos, representaciones de una fantasía poética que desean mostrar cómo pudo haber sido, no cómo fue.

Eso se corresponde por completo con lo que solemos esperar de la poesía. Ya Aristóteles definió la poesía mediante el criterio de la «facticidad» y para definirla se valió no por casualidad del ejemplo de la «historiografía», la cual informa, según él explica, de cómo ha sido, mientras la poesía se imagina cómo pudo ser.<sup>259</sup> Por lo visto hasta ahora, seguramente decidiríamos clasificar la imagen homérica de Troya, en el sentido de esa distinción aristotélica, en el campo del «cómo pudo ser». Las interioridades troyanas y los diálogos del tipo presentado hasta ahora serían difícilmente imaginables en un auténtico informe de guerra de los archivos estatales de Troya. Todo eso pertenece al dominio de la ficción. Hasta ahora, seríamos de la opinión de que tenemos delante una imagen de fantasía. Un rapsoda se sienta en una gran piedra al pie de una colina de ruinas y se imagina qué pudo haber pasado allí.

Pero he aquí que surge en muchos pasajes un tono «ajeno» a esa imagen. El poeta no deja la narración en ese campo del fresco fantasioso y psicológicamente intuitivo, más bien le presta un fundamento «histórico». Para eso, acaba de golpe la visible franqueza y movilidad espacial de la acción. Ya no nos encontramos en un tipo de discurso de «ciudad sitiada» que podría suceder en cualquier momento y lugar, de modo que Troya sólo sería un ejemplo, un nombre añadido al marco estructural de «historias de sitios», sino que, súbitamente, nos convertimos en observadores advertidos de un acontecimiento

histórico único: '«éste es un sitio completamente peculiar», se nos alecciona, «es un caso del que hablarán los hombres aun después de generaciones: ¡todo está ya decidido, Troya será pasto de las llamas, pero *estas* llamas serán visibles al cabo de siglos en el horizonte de la historia universal!». Ese fundamento «histórico» sobre el que Homero hace moverse a sus personajes, se hace especialmente evidente en un pasaje clave del poema: Héctor se despide de su mujer Andrómaca y su pequeño hijo Astianacte, en la torre de la puerta Escea de la ciudadela:

Ya sé, me lo dicen la inteligencia y el corazón,  
que llega el día de la perdición de la sagrada Ilios,  
Príamo y todo el ejército del rey lancero.  
No me apeno tanto por la pérdida de la ciudad, ni los troya-  
nos, ni siquiera por Hécuba [mi madre], ni el rey Príamo,  
tampoco por los hermanos valerosos  
que caerán en el polvo bajo el golpe mortal de los enemi-  
gos, como por ti, cuando uno de los aqueos con coraza  
ferrada  
te lleve llorosa y te arrebate la luz de la libertad,  
y cuando tengas que servir en Argos a otra mujer  
y traer agua de la fuente Mesea o Hipereia,  
mantenida en estrecho cautiverio y oprimida de necesidad,  
y alguno que te vea deshacerte en lágrimas diga:  
«ésa es la mujer de Héctor, el mejor en el combate  
entre los troyanos, domadores de corceles, cuando lucha-  
ban por Ilios».

Aquí se funde el «pequeño mundo» de la vida individual con el «gran mundo» de un decurso histórico: como un presentimiento, se pone en boca del principal defensor de la ciudad, en conversación familiar con su mujer, el conocimiento por la posteridad de la inutilidad de todos sus esfuerzos defensivos —y ese presentimiento tiene noticia de lugares tan concretos como las fuentes Mesea

e Hipereia en la patria de los invasores—, lugares que quien habla, el propio Héctor, no ha visto jamás y que proceden del saber del *narrador*.

¿Qué poeta, que no tenga la intención de quedar como acontecer humano emplea tonos tan concretos? Está claro que quien escribió así no deseaba, como a primera vista parecè, narrar las mismas reacciones humanas en cualquier caída de ciudad. Quería expresamente dar noticia de una determinada caída significativa, una caída que «hizo historia», una caída de la que, según sugiere, también en la posteridad, incluso en su propia época, aún sabían y hablaban todos —de un gran acontecimiento que llamaríamos histórico, es decir, que queda grabado en la memoria: «... cuando luchaban por Ilios»—. Quería llenar de vida ese acontecimiento.

¿También esa parte de la imagen homérica de Troya hay que clasificarla como «invención, ficción»? Volveremos a esta pregunta. Primero el final de la acción de Troya en Homero: Héctor no volverá de la batalla tras esa terrible visión; Aquiles, el joven hijo del rey de Acaya en Tesalia, enviará primero a su amigo Patroclo contra él, para luego, una vez que Patroclo fracasa y cae, matarlo con sus propias manos. Príamo, padre de Héctor, acudirá por la noche al campamento de los aqueos, lleno de espanto y valor a la vez, para comprar el cadáver de su hijo por una elevada suma de dinero. Aquiles hará en efecto entregar el enemigo muerto por compasión del viejo rey, que le recuerda a su propio viejo padre. Héctor es objeto de solemnes funerales en Troya. Luego seguirá la lucha por Troya, hasta el previsto final...

Hasta aquí, abreviada, la acción de Troya en la *Ilíada*.

Ésta es una imagen de Troya completamente diversa a la de los hallazgos sobre el terreno y los tratados estatales. Está prodigiosamente detallada y poco menos que

hierva de vida. A primera vista, parece que algo así sólo puede proceder del más íntimo conocimiento de las relaciones descritas. Pero ¿cómo sería eso posible? ¿Es que Homero estuvo allí? Cuando preguntamos de manera tan espontánea (aunque sabemos que la pregunta es un sinsentido), mostramos exactamente la misma reacción que Homero buscaba provocar conscientemente con su poema: en la *Odisea* (canto 8, versos 487-493) hace que Odiseo diga a Demódoco, un rapsoda como él mismo, tras su interpretación de una canción de Troya:

«¡Demódoco! He de alabarte por encima de todos los hombres:  
¡a ti te ha enseñado la Musa, hija de Zeus, o incluso Apolo!  
Cantas tal como fueron las desdichas de los aqueos,  
todo lo que hicieron, padecieron y penosamente consiguieron,  
como si hubieras estado presente o de algún otro lo supieras.»

Así como aquí es alabado el rapsoda Demódoco por el oyente Odiseo (que, en la ficción de la acción de la *Odisea*, estuvo presente y, por eso, sabe bien que Demódoco no estuvo), así quiere el rapsoda Homero ser alabado por los oyentes (y, más tarde, lectores) de su *Ilíada*, porque encarna de manera tan realista hechos escuetos mediante la representación de sus efectos en los hombres participantes, que se piensa hubo de estar presente o, al menos, haber oído informes fiables de otro sobre eso.

La estrategia salió bien: el público de Homero siempre creyó —aun cuando no podía tener la exacta representación temporal que nosotros tenemos hoy— que Homero *no* estuvo allá; por supuesto: él mismo subraya en la propia *Ilíada*, una y otra vez, que lo narrado tuvo lugar en el remoto pasado. Por otro lado, los primeros oyentes de Homero estaban plenamente persuadidos de que, en todo ca-

so, lo que él contaba estaba en el núcleo de la verdad absoluta. Ese núcleo era para ellos la lucha por Troya. Que esa lucha tuvo lugar en efecto entre sus antepasados y los entonces poderosos troyanos, es decir, que la «guerra de Troya» sucedió realmente, es algo que los oyentes griegos de Homero y sus lectores, lo mismo que toda la Antigüedad, jamás puso en duda.

Hasta el significado historiógrafo de los griegos, Tucídides de Atenas, un analista racional poco dado a las ilusiones, tomó la *Ilíada* de Homero tan al pie de la letra, en el ilustrado siglo v a. C., que utilizó las informaciones de Homero sobre la guerra de Troya para sus propios propósitos probatorios (libro 1, en especial capítulos 9-11). ¿Cómo fue eso posible? Tucídides sabía, sin embargo, que Homero *no* estuvo presente: «La prueba más sólida: ¡Homero! Quien, no obstante, vivió mucho después de la guerra de Troya...» (libro 1, cap. 3,3). Tucídides extrajo automáticamente la misma conclusión que casi todos los griegos antes y después de él: el poeta de la *Odisea* había elaborado su protagonista Odiseo al oír la historia de Troya a un rapsoda: Homero la «supo de otro»; era, pues, eslabón de una cadena informativa que venía sin interrupción desde el suceso hasta sí mismo.

Ahora bien, podría ser evidente que esa conclusión no se había deducido de la «cuota demostrativa» de la acción homérica de Troya, porque nadie sabía mejor que el propio Tucídides que, por ejemplo, los discursos directos y diálogos suministrados por Homero son cosecha del narrador, ya que él mismo utilizaba tales elementos. La conclusión se basaba mucho más en la «cuota historicista». Ésa parecía garantizar fiablemente la autenticidad de al menos los datos básicos de la historia —adversarios, guerra, invasión, destrucción—. No se veía ningún motivo para dudar de tales señales de realidad inequívoca, así como de los datos comprobables de localización, de los que la *Ilíada* está re-



pleta. Hoy, en cambio, muchos se inclinan a ver en eso un sofisma y a tener por ficción también a la «cuota historicista» de la historia homérica de Troya. Se argumentará que todo el que ya no vive provoca en quien lo observa o sabe de él, no sólo el deseo de imaginarse cómo fue el muerto cuando aún vivía, sino, cuando rebasa a ojos vista un determinado valor límite de grandeza «normal», también el impulso de suscribirle importancia histórica. Porque, según la experiencia, todo lo que es realmente grande sabe de su propia magnitud y por eso gusta de pronosticar, a la vez que su previsto declive nostálgico, su supervivencia en la memoria de la posteridad; precisamente en la Antigüedad es la previsión de la propia inmortalidad casi un tópico, especialmente en poesía. Un poeta que tiene ante sí algo grande —enormes restos de muralla, por ejemplo— se sentirá casi automáticamente impelido a poner, en boca de los portadores vivos de esa grandeza, tanto la conciencia de su caída como su gloria en la posteridad, justamente nacida de esa caída. Y cuanto más espectacular se pueda imaginar ese declive, ante la dimensión de grandeza de sus restos, más fuerte será el impulso en el poeta de proyectar, en los imaginados portadores de la grandeza caída, su conocida experiencia que combina conciencias de declive e imborrabilidad. Algo así argumentará alguno en su habitual escepticismo saludable.

Pero, con eso, no parece el caso despachado. Hemos visto qué dimensión de grandeza poseyó el mundo micénico y qué catástrofe significó su caída para los griegos. Esa catástrofe dejó tras de sí en Grecia numerosas ciudades en ruinas, entre ellas, algunas de las dimensiones de Micenas, Tirinto, Pilos, Orcomenos, Iolcos y otras muchas. Sin embargo, su caída no ha originado, hasta donde sabemos, una elaboración semejante a la caída de Troya. ¿Por qué no surgieron reacciones y proyecciones comparables frente a esas ruinas que, a los ojos de los griegos, no de-

bían parecer menos lamentables que las de la ajena Troya en país extranjero? ¿Es que no tenía que entrar un componente para hacer «susceptible de exaltación» en gran escala a un lugar de ruinas? ¿No habría que buscar entonces ese componente justo en el campo real histórico? Aún nos suena en los oídos la bien fundada conclusión de Albin Lesky: «Micenas y Troya están ahí como magnitudes históricas de primer rango; que el trasfondo histórico de la *Iliada* esté formado por un enfrentamiento entre ellas sigue siendo una de las posibilidades.»

#### UN TRASFONDO HISTÓRICO DE LA HISTORIA DE TROYA ES PROBABLE. INDICIOS DE LA PROPIA *ILÍADA*

A la luz de la nueva situación del material que se ha expuesto en la primera parte del libro, en combinación con las conclusiones del desciframiento de la Lineal B, ya es tiempo de reunir argumentos —viejos y nuevos— que hablan en favor de esta posibilidad por parte de Homero.

Un primer argumento se desprende del acento narrativo de la *Iliada*: ¿dónde radica el centro de gravedad de la narración de la *Iliada*? La distribución del acento en la narración de la *Iliada* alude a una época de la historia de Troya que —por formularlo con la máxima cautela— debe ser notoriamente más antigua que la de la historia efectivamente narrada en la *Iliada*. Vamos a pormenorizar esto.

#### La historia de Troya es sólo bastidor para la *Iliada*

Para el entendimiento de la *Iliada*, es básico comprender que no cuenta la «guerra de Troya». El país en torno a Troya, la Tróade, y la lucha entre los sitiadores griegos y los defensores troyanos de la ciudad sólo es el espacio de la ac-

ción de la epopeya. Lo que el poema verdaderamente cuenta, en 24 cantos y un total de 15.693 hexámetros, es otra cosa: entre el noveno y décimo año de guerra, se ha desatado un conflicto entre dos jefes nobles que, en la gran empresa de equipo de una alianza militar de los aqueos contra Ilios, ostentan posiciones dirigentes en el ejército sitiador aqueo, a saber, Agamenón de Argos/Micenas, como comandante en jefe de los atacantes, y Aquiles de Phthia en Tesalia, como dirigente del contingente aliado más militarmente eficiente, los mirmidones. Un conflicto que amenaza echar a pique toda la empresa de los aqueos, ahora que, tras nueve años de sitio, la victoria se presiente cercana. Lo que se describe no es un altercado cualquiera, sino un enfrentamiento radical. Un enfrentamiento por la interpretación de valores sociales vigentes hasta entonces. Se trata del honor, el rango, la moral y la capacidad de mando. En esa discusión fundamental entre dos inteligentes personalidades dirigentes del máximo rango, se llega, a través de una escalada emocional a la vulneración del honor y la humillación del más joven de los contendientes, Aquiles, el hijo del rey, quien, como se ha dicho, es con su parte de ejército el principal partícipe de la alianza. Aquiles es presa de profunda cólera y boicotea la empresa. Percibe que, mediante la ofensa a su persona, quedan sin vigencia normas suprapersonales y quiere reponer esas normas. Cree que eso sólo es posible si, a causa de su boicot, se provoca un grave riesgo para la propia alianza. Eso no ocurrirá, según también cree, hasta que el ofensor, Agamenón, el comandante supremo de la alianza, entre en razón, pues cuando tenga ante los ojos el descalabro de la alianza bajo su mando deberá disculparse. Con ello, no sólo él, Aquiles, quedará rehabilitado, sino que también las normas —algo mucho más importante para este carácter dibujado por Homero de manera especialmente cargada de fuerza expresiva— serán repuestas en su anterior derecho. Hasta ahí el cálculo de Aquiles.

En efecto, el cálculo es correcto y el esperado efecto tiene lugar. Pero no hasta que ambos contendientes —no sólo el ofendido, sino también el ofensor— y además toda la alianza sufren duras pérdidas exteriores e interiores. Pérdidas en crédito, hombres y también en serenidad de su visión global. Son pérdidas que, como todos los participantes deberán reconocer al final del conflicto, ya no se pueden compensar mediante posteriores disculpas en el propio campamento o acciones de venganza sobre los enemigos del otro bando. Toda la alianza pierde, a causa de ese enfrentamiento entre sus personalidades dirigentes, sus ilusiones respecto a la especial calidad de la gente destacada, queda desengañada y agobiada —y, con ello, debilitada—. Ciertamente seguirá luchando, pero ha perdido su antigua energía combativa.

Otros poemas que nacieron más tarde y que cuentan la historia de Homero hasta el final muestran que el acento narrativo y, con él, el sentido de la historia de la *Iliáda* era justamente visto así por sus primeros interlocutores y receptores: la representación de un hondo conflicto de normas y sus consecuencias funestas para una acción de equipo. Ahí se informa que la alianza ya no pudo tomar militarmente la fortaleza de Ilios/Troya. La orgullosa expedición de los aqueos —1.186 navíos con más de cien mil combatientes, como computa el segundo canto de la *Iliáda*— sólo pudo ganar por medio de un caballo de madera y, además, tras la devastación furiosa y en parte brutal de la ciudad odiada, los ganadores sufrieron un descalabro: ninguna armada regresó empavesada y orgullosa a los puertos patrios, festejada y admirada, sino que cada contingente buscó una vía diversa para regresar a casa. Los héroes que aún vivían fueron desviados por tormentas de sus destinos, dispersados por todo el Mediterráneo y a menudo no volvieron sino al cabo de muchos años, callados y humildes, como Odiseo, o llegaron ciertamen-

te a casa, como el celeberrimo rey de Micenas y vencedor de Troya, Agamenón, pero sólo para ser asesinado por su propia esposa en el baño. Vaya final...

Ésta es pues la historia que Homero cuenta *de hecho* en su *Iliada*. No es la historia de la guerra de Troya, eso debiera ya quedar claro. ¿Qué clase de historia es entonces? ¿Qué tiene que ver *efectivamente* con Troya?

La interpretación de los últimos quince años ha dejado claro que la temática de la historia de la *Iliada* sólo puede ser entendida desde *la época del nacimiento* de la epopeya. La *Iliada* es, en la presentación que la conocemos, un producto de la segunda mitad del siglo VIII a. C. La guerra de Troya, que es presentada como espacio de la acción, representa la prehistoria para las personas de esa época. Hoy sabemos que semejante guerra, en el caso de que realmente hubiera tenido lugar, hubo de ser unos cuatrocientos años antes, es decir, no en el siglo VIII, sino en el XII a. C. Esto no lo sabían los oyentes del rapsoda Homero. Tenían a esa guerra, puesto que aún no conocían un cálculo exacto del tiempo y tampoco una «historia» cronológicamente ordenada, por un suceso del pasado ciertamente real, pero muy remoto. Como tal, para ellos, como hombres del siglo VIII, esa guerra era de interés sólo hipotético, hoy diríamos: de interés histórico. El tiempo en que uno vive tiene otras cuitas completamente diferentes. ¿Cuáles? Para ponernos en situación anímica de comprender cuál era el vínculo efectivo que ligaba al poeta con su público, la auténtica gran vía de comunicación por donde corren impulso y reacción entre ambas partes y lo que, en consecuencia, para el poeta, como para el público, era sólo «paisaje» que se retrotrae, como menos importante, al espacio a ambos lados del camino, aunque es indispensable para hacer reconocible al camino como tal, para entender esa situación previa de comportamiento emisor y receptor en el caso de la *Iliada*,

tenemos que adentrarnos con más precisión en la situación histórica del siglo VIII.

El siglo VIII a. C., en Grecia, es una época de partida —de partida, después de un dilatado estancamiento—. Los griegos habían erigido una floreciente cultura avanzada tras su emigración al sur de la península balcánica, pero hubieron de sufrir alrededor de 1200 a. C., el completo derrumbe de esa cultura por una invasión de pueblos guerreros del norte. Ya hemos hablado de las catastróficas consecuencias. No obstante, habían podido mantener sus propios centros tras esa catástrofe, por ejemplo, Atenas y también regiones en Grecia central y en la isla Eubea. De allí surgía una nueva vida. Ciertamente que pasaron trescientos cincuenta años desde la catástrofe hasta que llegó el nuevo auge, pero ahora tenían los griegos nuevos e intensos contactos exteriores, adoptaban toda una serie de adquisiciones culturales de pueblos vecinos y las mejoraban. Entre éstas estaban, como vimos, el alfabeto y el comercio marítimo a larga distancia. Entonces se inició la mayor colonización de la historia universal antes de la Edad Moderna: los griegos fundaron un enorme número de nuevas ciudades en toda la costa del Mediterráneo —en Sicilia e Italia, en la costa norteafricana, en Asia Menor, en la zona del mar Negro—, ciudades que aún hoy, a menudo bajo otro nombre, siguen existiendo. Un extenso tráfico marítimo se puso en marcha, un ir y venir de mercancías e informaciones. Eso significó una ampliación brusca del horizonte de los griegos, geográfica y espiritualmente.

Por supuesto, todo eso no sucedía por sí. También era precisa una dirección que orientase, atase y organizase todo aquello y ésa fue la nueva clase dirigente que, en parte, procedía de los restos de aquella que rigió *antes* de la catástrofe. Esta nueva clase dirigente del siglo VIII, la nueva nobleza, era, por una parte, el motor del nuevo pro-

greso, y, por otra, se sentía amenazada por el desarrollo vertiginoso que ella misma impulsaba. Porque, hasta entonces, había tenido el monopolio indiscutido; pero ahora surgían nuevos sectores —del tráfico marítimo, la colonización, la producción de mercancías y el comercio— que deseaban influencia y la amenazaban en su posición de monopolio. La consecuencia era una inseguridad de la nobleza: ¿cómo había que reaccionar ante esos nuevos aconteceres? ¿Había que disolver el viejo orden universal en que se había creído de modo inquebrantable? ¿Había que acomodarse? ¿Había que «considerar con más flexibilidad» valores como el honor, la dignidad, el crédito, la fiabilidad y adecuarse a la nueva marcha de los tiempos, o bien aferrarse a lo de siempre? En este último caso, había que permanecer unidos, nadie podía desentenderse, la razón común debía prevalecer sobre el interés privado. De modo que no podía haber discusiones en la clase dirigente. Pero si surgía la discusión sobre aquellos valores básicos, ¿había que admitirla y seguir sus consecuencias porque sólo se garantizaba la concordia a la larga mediante el obligado y común cumplimiento de las normas básicas? Entonces, ¿la discusión en determinadas situaciones no sólo estaba permitida, sino que era incluso necesaria para la nueva posición?

Preguntas como éstas son las que la *Iliada* debate; se trata de las cuestiones actuales del siglo VIII. Homero las toma y las convierte en su tema.<sup>260</sup> No existía en la época otro medio suprarregional que pudiera servir como fórum de discusión de la nobleza. Sólo había esa poesía rapsódica que era el instrumento de la clase dirigente griega para conseguir nueva claridad sobre su posición y las exigencias de la época. Y eso ya desde siglos atrás, como veremos con más detalle. El homérico cantar de Aquiles, que más tarde se llamó *Iliada*, representa una tentativa de dar una respuesta a la nueva y todavía sin aclarar proble-

mática de una autodefinition de la nobleza acorde con los tiempos. Esa respuesta se forma como introducción y discusión de diversas posibilidades de reacción, en boca de los protagonistas, Aquiles, Agamenón, Néstor, Odiseo, Áyax, Diomedes y otros. Todo ello sucede en el marco de una puesta en escena que mediante la agravación del conflicto hace imposible cualquier evasión del debate de valores, como seguramente sucedía tantas veces en la realidad, y permite formular los argumentos con una claridad y soltura que jamás se produciría en la constelación azarosa de discusiones reales.

En cuanto adoptamos *esta* perspectiva como lectores de la *Ilíada*, para adentrarnos en la postura receptora natural de los primeros y auténticos interlocutores de Homero, queda claro que todo lo que en esta obra era de tan enorme importancia para nuestra cuestión de Troya, sólo era de un interés secundario para los primeros receptores así como para el poeta que creó para ellos. Homero y sus interlocutores no se interesaban en primer lugar por la guerra de Troya. Se interesaban por los problemas de su propia época. Troya y toda su guerra, todo eso no era para el poeta y su público más que un bastidor.

¿Por qué precisamente ese bastidor? ¿Por qué el poeta escoge Troya, un lugar en Asia Menor del que, en su época, sólo quedaban ruinas y al que jamás vio como ciudad activa? La respuesta se mostrará ella misma paso a paso.

La historia de Troya le es familiar al público de la *Ilíada*

Primero hay que aclarar si es verosímil la aún hoy frecuentada tesis de que el propio poeta de nuestra *Ilíada*<sup>261</sup> escogió Troya como escenario y se inventó él mismo la



historia de que la ciudad fue en el pasado sitiada y tomada por los griegos.

Partimos de un fenómeno que salta a la vista a todo lector de la *Iliada*, al iniciar la lectura, y que, si no posee conocimiento previo alguno, le suele irritar. La *Iliada* no arrastra a sus oyentes/lectores de improviso a su historia —en ese sentido, Horacio, con su afirmación de que Homero va de inmediato *in medias res*<sup>262</sup> (lo que todavía hoy nos gusta citar), no tenía toda la razón—. El principio de la *Iliada* está configurado por un llamado *prooimion* (en latín *proemium*, literalmente «pre-canto»), que abarca siete versos. Dice así en la traducción:

Canta, diosa, la cólera del pélida Aquiles,  
tan funesta que trajo cuantiosas penas a los aqueos  
y arrojó muchas vidas robustas al dios Hades, vidas  
de héroes, y las hizo comida de perros  
y banquete de aves (fue voluntad de Zeus que así se cumpliera)  
desde que se separaron reñidos  
al átrida, señor de hombres, y el divino Aquiles.

Ya en el primer verso, el lector no familiarizado con Homero topará con la palabra «pélida». ¿Qué es un «pélida»? Inmediatamente comprenderá, en ese mismo verso 1, que con «pélida» se alude al mismo hombre que con el nombre propio *Aquiles*, y que entonces «pélida» es un título o algo parecido; en todo caso, una designación adicional de Aquiles que, de algún modo, lo describe con más aproximación. Pero seis versos más adelante, en el 7, puede que ya no quede satisfecho con la misma presunción: ¿quién es aquí el «átrida»? Esta palabra, que se ve formada de la misma manera que «pélida» en el verso 1, no puede ser un nombre de persona. Pero si, tal y como hubo que deducir de «pélida» en el verso 1, es una especie de título, ¿qué individuo se oculta detrás? Porque el verso 7 suena, según se ve, tan oscuro como si nos encontráramos con un verso así:

o, en lugar de «el gran duque», por ejemplo «el jefe de la tropa», o «el presidente», o algo semejante. La persona Aquiles, claramente designada como individuo, está frente a un adversario no indentificable para el lector, del que hasta ahora sólo conoce una designación *genérica*. ¿Quién se oculta detrás?

Esta pregunta no se plantea, bajo ningún concepto, sólo a quien carece de nociones de griego y por eso es proclive a achacar al problema resignadamente a su escasa familiaridad con las suposiciones de los especialistas. La pregunta se plantea en todo caso también a quien sabe griego y, por cierto, lo mismo en aquella época que ahora. Porque éste sabe, al oír o leer esa palabra griega, *atreides*, lo que reproducimos como *átrida*, enseguida: ése es un apellido, un «patronímico» (comparable a los apellidos eslavos, como Gorbatschow, Kurnikowa, donde la terminación -ow, en mujeres -owa, indica el origen: de un Gorbatsch, de un Kurnik). ¿Es que con eso el oyente/lector sabe de hecho más? Porque un patronímico designa en griego a alguien sólo como «descendiente de un padre X», pero no sustituye a un nombre propio. Un padre puede tener muchos hijos. En consecuencia, cuando uno oye (oía) un patronímico, no sabe (ni sabía) qué persona individual era exactamente mencionada. Un átrida no es sino un descendiente de un Atreus. El problema aún se complica más, porque los patronímicos no sólo designan hijos, sino también descendientes más lejanos, como sobrinos, nietos, biznietos y así sucesivamente. ¿Quién es pues aquí el «átrida, señor de hombres»? El oyente/lector lo querría saber con certeza, aún más cuando oye el nombre individual del otro adversario tan inequívocamente: Aquiles. Pero no puede enterarse hasta el verso 24: ¡Agamenón! Hasta ahí, la misma persona es nombrada hasta tres veces «el átrida» e in-

cluso una vez —aún más misteriosamente— simplemente como «el rey». ¿Qué puede querer decir eso?

Seguimos en principio sin explicación hasta el verso 307 del primer canto de la *Iliada*. Para cuando llegamos a ese verso, ya hemos asistido a una discusión de unos doscientos versos de largo entre el «átrida, señor de hombres» y Aquiles. Según se ve, la discusión tiene lugar en la asamblea de fuerzas del ejército sitiador ante Troya. Ahora esa discusión acaba de momento y dice:

Conducida así la lucha, ambos, con acres palabras,  
se alzaron y acabaron la junta junto a las naves aqueas:  
aquí el péliba, a su tienda y las mismas naves,  
marchó acompañado del menoitiade y los compañeros  
guerreros;  
allá el átrida...

El oyente/lector de «péliba» ya no tendrá problemas aquí; ya supo de otra forma de esta palabra en el primer verso y tiene claro que «péliba» o «peleideo» es lo mismo que Aquiles.<sup>263</sup> También la identidad del «átrida» es evidente para él: como enseguida ha comprendido, «átrida» es sólo una variante de lenguaje de «atreide» y todo es lo mismo, como ya sabe, que *Agamenón*. Pero ¿quién es el «menoitiade»? En todos los 306 versos hasta aquí no se habló de un «menoitiade» (y, por cierto, tampoco de «acompañantes» que por lo visto son de ese «menoitiade»). Ahora se le presenta de repente un «menoitiade», con una naturalidad que lo podría desconcertar. Por lo visto, debe saber en el acto quién es ese «menoitiade» —lo mismo que, con el análogo verso 7, cuando el «átrida», se esperaba de él—. ¿Qué quiere decir esto?

Por supuesto, uno podría responder: es una refinada estrategia narrativa. Se van ofreciendo enigmas, cuya solución se ha de aguardar expectante o que uno mismo ha de solucionar. ¿Tendríamos delante un inicio fragmenta-

rio de obra del tipo que en la moderna literatura recibe el nombre de «comienzo inmediato»?<sup>264</sup> Conocemos esa técnica tanto de las novelas como de las películas. Expone a sabiendas sorpresa o desconcierto. Abre la posibilidad de ir efectivamente in medias res en el más auténtico sentido de la expresión latina, en cuanto convierte al oyente/lector/espectador en inmediato partícipe de una situación parcial, completamente desconocida para él, perteneciente a una sucesión de acontecimientos, igualmente desconocidos para él. Si empieza con la suficiente habilidad, despierta la curiosidad del sorprendido y su deseo de conocer la *totalidad* de la sucesión. Con ello, se ha conseguido el primer objetivo de todas las narraciones, la expectación, en un grado más elevado que con la técnica de la sucesión normal iniciada con la exposición del lugar de acción y de los personajes. Los enigmas presentados al principio se solucionan luego en pasajes adecuados del proceso de la acción, mediante la técnica de la «exposición repasada», en forma de retrospectivas a menudo fragmentarias y diversamente entrelazadas e intrincadas. En la literatura moderna, es un procedimiento usado con predilección, a menudo explotado hasta el exceso, que no sólo exige refinamiento y dominio de la perspectiva por parte del narrador, sino también, cuando es realmente atinado y no se quiere dejar nada impremeditadamente abierto, la inteligencia más despierta.

En nuestro caso del comienzo de la *Ilíada*, esa explicación está excluida y eso por muchas razones. La más importante es que, con ella, se supondría en Homero una estrategia narrativa que no aparece en la literatura griega hasta el imperio, o sea, hasta el siglo I d. C. Pero si ya se hubiera empleado en la *Ilíada*, hubiera tenido imitadores, dado el destacado papel modélico de Homero entre los griegos. Así que no podría haber permanecido desconocida para nosotros.

Sólo queda una explicación: el narrador supone en el oyente o el lector el previo conocimiento de las personas que se ocultan tras los patronímicos. Cuando el oyente escucha, en el verso 307, «el menoitiade», no debe desconcertarse, sino saber y constatar con la alegría del efecto reconocedor que así sólo puede ser nombrada una persona: el hijo de *Menoitio*, Patroclo, el amigo de Aquiles.

El desarrollo de las líneas narrativas referidas a esta persona muestra que otra explicación queda excluida: después de que Aquiles se ha ido de la junta con el «menoitiade», lo encontramos 22 versos más tarde (329/330) en otra situación: ante su tienda. Agamenón le ha enviado a dos heraldos que le tienen que arrebatarse a la prisionera de guerra Briseida, motivo de la previa discusión, y llevarla al propio Agamenón. Aquiles, contra lo esperado, recibe amigablemente a esos enviados en sí no bienvenidos. Dice:

Salud, heraldos, enviados de Zeus y los hombres;  
venid, no tenéis culpa alguna, sino Agamenón,  
que os ha mandado a por Briseida, mi muchacha.  
Ea, Patroclo, de noble linaje, llama a la chica  
y entrégala para que se la lleven...

En el verso 307, Aquiles se ha marchado de la junta con un «menoitiade». En el verso 337, llama desde su tienda a un «Patroclo». El oyente/lector todavía no se ha enterado, por medio de la narración, de que ambas personas sean idénticas. Tampoco se enterará de eso en los cuatro sucesivos pasajes donde se habla de «Patroclo» (1, 345; 8, 476; 9, 190; 9, 195). Hasta que en el canto 9, versos 202/203, es decir, 4.873 versos después de la primera mención del «menoitiade», llegará la aclaración, aunque tampoco ahí como información adicional al receptor, sino en la forma de una variante de denominación empleada con naturalidad: de nuevo acuden mensa-

jeros a Aquiles, una vez más está él sentado ante su tienda. Hace tomar asiento a los enviados, esta vez compañeros guerreros del mismo rango, para honrarlos, y luego dice el rapsoda:

... luego habló enseguida a Patroclo, que permanecía al lado:  
«saca una crátera más grande, hijo de Menoitio, y ponla ante nosotros...».

Hasta aquí, un oyente/lector que no lo supiera de antemano no podría deducir que «el menoitiade» y «Patroclo» son la misma persona. Está descartado que semejante deducción debía ser sabida, porque ese efecto deductivo no tendría función alguna en la narración. Por eso, es de evidencia palmaria que el poeta cuenta, ya en su primera mención del «menoitiade» y «Patroclo», con oyentes que saben que «menoitiade» y «Patroclo» son la misma persona.

Podríamos añadir más ejemplos de este tratamiento de personajes que contrasta claramente con el tratamiento de los personajes secundarios. Éstos se insertan en las formas que ya conocemos —indicación de origen, bosquejo de trasfondo, denominación de función, descripción de apariencia exterior, etc.—. Pongamos un ejemplo. En el segundo canto de la *Iliada*, surge una pequeña revuelta en el ejército aqueo. Un tal *Tersites* se constituye en su jefe. Antes de que el poeta le haga soltar su soflama, lo introduce así (211-221):

Todos los demás se sentaron en silencio,  
sólo Tersites continuó, el bocazas, con su graznido,  
siempre tenía alborotos y reclamaciones,  
desatinos y groserías que reclamar a los jefes,  
sólo hablaba para ser el hazmerreír.  
Era el más feo de los venidos a Ilios,  
zambo, cojo de una pierna, de ambos hombros

corcovado y hundido de pecho. Y encima  
con cabeza de huevo y pelo ralo.  
Era odioso en sumo grado a Aquiles y Odiseo,  
porque de continuo les iba con insidias...

Es patente que se introduce a una figura que ya por su nombre expresivo (*Thersites* significa literalmente «insolente») hay «según toda probabilidad, que imputarla a la invención [de Homero]». <sup>265</sup> La diferencia del modo de tratamiento en comparación con los casos de «átrida» y «menoitiade» salta a la vista. La inevitable conclusión es que los oyentes ya conocen a *los personajes principales de la historia* (en todo caso, ya debieran conocerlos según el propósito del narrador), cuando se inicia la narración. Retengamos lo más firmemente posible este punto por su importancia básica: los actores principales de la historia son conocidos de antemano por el público.

El centro de la *Iliada* no es la historia de Troya,  
sino la de Aquiles

Aquí damos el siguiente paso: cuando los actores principales son conocidos por el público, pero no ciertamente como figuras aisladas y fluctuantes, sino como actores dentro de una acción, o sea, dentro de una sucesión narrativa. Con ello queda formulada la siguiente pregunta: ¿de qué sucesión o sucesiones narrativas conocían los oyentes a los actores?

La *Iliada* tiene un escenario y cuatro actores principales: los actores son 1) Aquiles, el joven hijo del rey de Tesalia, 2) Agamenón, el comandante en jefe de la alianza sitiadora aquea, 3) Patroclo, el amigo íntimo de Aquiles, y 4) Héctor, el hijo del rey de la ciudad sitiada y jefe de los sitiados. El escenario en Ilios/Troya. En torno a estos cuatro personajes y a Troya, se construye un rica escenifi-

cación de numerosas personas y relaciones en ambos bandos. Es un cuadro de muchas figuras. En él, aparecen en la escala humana «inferior» figuras heroicas como Odisseo, Áyax, Diomedes, Néstor, Elena, Paris, Príamo, Hécula, Andrómaca, Eneas y muchos otros, además, en la segunda escala «superior» de figuras, los numerosos dioses, desde el dios supremo Zeus, hasta los dioses ríos, ninfas marinas y personificaciones divinas como «Terror», «Huida», «Sueño» y otros. Un total de más de setecientas figuras.<sup>266</sup> Aun cuando se resten aquellas que sólo se crean para poder matarlas en las luchas, todavía quedan más de quinientas. Es un enorme inventario.

Ahora bien, la acción de toda la *Ilíada* no abarca más que cincuenta y un días. De entrada, uno no se hace idea clara y espontáneamente calcula, ante los casi dieciséis mil versos de nuestra *Ilíada*, un espacio de tiempo mucho mayor. Pero, en efecto, son sólo esos cincuenta y un días los que se reparten la gigantesca masa narrativa de la obra. Mediante un gráfico es como mejor se puede abarcar (fig. 20).

Enseguida salta a la vista que en el punto central de la narración de la *Ilíada* están las descripciones de combates. Éstos abarcan cuatro días y casi veintidós de los veinticuatro cantos. Frente a ese «bloque de combates» que es ejecutado con sumo detalle, los dos cantos de antes y después, el primero y el vigésimo cuarto, en los que se resume respectivamente mucho más espacio temporal, se pueden definir como «exposición» y «final». La exposición, en el primer canto y comienzo del segundo, tiene una extensión de veintiún días, el final, en la segunda parte del vigésimo tercero y en el vigésimo cuarto, abarca veinticuatro días: en total cuarenta y cinco. A éstos se les dedican 2.238 versos, que es sólo alrededor de la séptima parte de toda la obra. Entre la exposición y el final, hay seis días, en la acción vienen a ser del día veintidós al vein-



Parte de la estructura		Días	Noches	Versos	Partes	Contenido	
Exposición (21 días) 647 versos		Día 1	—	41	1.12b-52	Prólogo de Crises	
		Días 2-9	7 noches	1	1.53	Peste en el campamento aqueo	
		Día 10	—	423	1.54-476	Discusión Aquiles-Agamenón Embajada a por Criseida	
		Día 11	—	16	1.477-492	Regreso de la embajada Cólera de Aquiles ( <i>Menis</i> )	
		Días 12-20	8 noches	(1)	(1.493)	Dioses con los etíopes	
		Día 21	más la noche hasta el 22	166	1.493-2.47	Súplica de Tetis Sueño de Agamenón	
Núcleo de la acción 13.444 versos (6 días)	Primer día de combate	Día 22	—	3.653	2.48-7.380 (casi seis cantos)	Incitación del ejército por Agamenón ( <i>Diapereia</i> ) Catálogo (revista de tropas) Tratado: decisión de la guerra mediante duelo Menelao-Paris Revista de la muralla ( <i>Teichnoscopyia</i> ) Duelo Menelao-Paris Ruptura de tratado por el troyano Pándaro Aristía (proezas) de Diomedes Héctor en Troya ( <i>Homilia</i> ) Duelo Héctor-Ayax	
		Día 23	—	52	7.381-432	Tregua Funeral	
	Segundo día de combate	Día 24	—	50	7.433-482	Construcción de muro por los aqueos	
		Día 25	más noche hasta el 26	1.857	8.1-10.579 (3 cantos)	Retirada de los aqueos Troyanos acampan en la llanura Embajada suplicatoria a Aquiles ( <i>Litai</i> ) [Dolonia]	
	Tercer día de combate	Día 26	más noche hasta el 27	5.669	11.1-18.617 (8 cantos)	Aristía de Agamenón Aristía de Héctor Heridas de los jefes aqueos Aquiles envía Patroclo a Néstor Lucha en el muro del campamento ( <i>Teichomaquia</i> ) Irrupción de los troyanos en el campamento aqueo Lucha ante las naves Seducción de Zeus por Hera ( <i>Dios apate</i> ) Patroclía Descripción del escudo	
		Cuarto día de combate	Día 27	más noche hasta el 28	2.163	19.1-23.110a (casi 5 cantos)	Arreglo de la discusión Nueva batalla Muere Héctor
	Final (24 días) 1.591 versos		Día 28	—	147	23.110b-257a	Funerales de Patroclo
			Día 29	más noche hasta el 30	661	23.257b-24.21	Competiciones deportivas en honor de Patroclo ( <i>Athla</i> )
		Días 30 a 40	10 noches	9	24.22-30	Maltrato de Héctor	
		Día 41	más noche hasta el 42	64	24.31-694	Príamo acude al campamento aqueo	
		Día 42	—	87	24.695-781	Conducción de Héctor	
		Días 43 a 50	7 noches	3	24.782-784	Tregua, recogida de leña	
		Día 51	—	20	24.785-804	Funerales de Héctor	

**Figura 20:** La estructura temporal de la *Iliada*.

tisiete, y un total de 13.444 versos, que son las seis séptimas partes del total de la obra y forman el núcleo de la epopeya. En cambio, con detalles —o, como antes se decía en la investigación narrativa, con pormenores— no se describen más que cuatro de esos seis días: los días de combate —o batalla— 22, 25, 26 y 27. Esos cuatro días ocupan no menos de 13.342 versos, con un total de casi veintidós cantos de los 24 de la *Ilíada*.

Hemos hablado de la *auténtica* intención narrativa del poeta de la *Ilíada* y llegado a la conclusión de que no consiste en la descripción del total de los diez años de guerra de Troya. Aquí, en el gráfico, esa afirmación está apoyada desde otro lado: si esa obra de dieciséis mil versos pone el acento narrativo en sólo cuatro días, dentro de un breve espacio temporal de acción de cincuenta y un días, en el año noveno/décimo de la guerra, entonces es imposible que su auténtico tema sea el transcurso de la guerra de Troya. El autor de esa obra pudo entonces querer contar sólo una historia propia y, por cierto, relativamente breve. Se trata, como hemos visto, de su historia de Agamenón, Aquiles, Patroclo y Héctor, como portadora y «recipiente de debate» de la problemática actual de la época del nacimiento de la obra. Se podría decir aún más lapidariamente: es su historia de Aquiles. Y, por esta razón, toda la gran obra también podría llamarse, no «*Ilíada*», «Cantar de Ilios», sino «*Aquilesíada*», «Cantar de Aquiles». En otro lugar se ha mostrado que ese «Cantar de Aquiles» cuenta en sí una historia breve pero extraordinariamente condensada a partir de su problema básico.<sup>267</sup>

Pero ¿para qué necesita una historia breve más de se-  
tecientos personajes de los cuales un gran número se su-  
ponen conocidos por los oyentes o lectores? ¿Es que una  
historia de ese tipo puede haber sido inventada sólo por  
quien la cuenta?

## La historia de Troya sólo es marco de acción para la *Iliada*

Si los cincuenta y un días de nuestra *Iliada* fueran toda la historia, entonces, pese a algunos reparos, acaso pudiera contestarse afirmativamente la pregunta. Tramar una historia de cincuenta y un días no parece desmedido para un individuo. Y, en teoría, los personajes que él supone conocidos podría haberlos introducido ya en anteriores historias suyas, como cuando se escribe una novela por entregas y no se presenta al personal de la acción de nuevo en cada entrega. Entonces, casualmente tendríamos ante nosotros una parte de semejante novela por entregas y, puesto que nos faltan las partes previas, estaríamos irritados, como es natural. Por el contrario, los oyentes contemporáneos que conocían las partes anteriores estarían al corriente. Veremos que esta hipótesis incluso se aproxima a la verdad, en un muy determinado sentido. Pero justamente sólo en uno muy determinado.

Porque la *Iliada* se refiere a una filiación narrativa que es incomparablemente más grande que la precisa sólo para la historia de Aquiles. Y, en este caso, puede aseverarse con toda certeza que esa gran filiación narrativa envolvente donde se encuentra la historia de Aquiles es tan extensa que sobrepasa con mucho las posibilidades creativas de un individuo. También esto es menester detallarlo con más precisión.

Inmediatamente después de su comienzo, la obra indica que su acción no está circunscrita en sí misma, sino que sólo representa un detalle de una continuidad temporal mucho más dilatada. Menudear y citar en toda su dimensión esa indicación que atraviesa toda la obra no es posible en nuestro contexto. Bastará para nuestro propósito bosquejar el tipo de esa indicación mediante tres ejemplos:

1) En el canto 2, verso 295, el narrador hace que Odiseo diga en una arenga ante la asamblea guerrera de los aqueos cansados de la lucha y deseosos de regresar:

Pero para nosotros ya es el noveno año de guerra  
que llevamos aquí,

y tres versos más adelante (299):

Paciencia, amigos. Perseveremos un poco más por saber  
si Calcas [adivino de los griegos] predijo verdad o falsedad.  
Aún tenemos en los oídos (y todos  
sois testigos, en tanto vivís desde entonces)  
como si fuera ayer o anteayer: cuando se reunió en Aulis  
la armada aquea, para perdición de Príamo y los troyanos...  
[y sigue la descripción recordatoria de un determinado augurio en  
Aulis y la profecía correspondiente de Calcas de que los aqueos to-  
marían Troya al décimo año].

El narrador supone por lo tanto que el sitio en la llanura ante Troya se mantiene desde hace nueve años y que el ejército sitiador griego se reunió como flota expedicionaria en el puerto de la ciudad portuaria de Aulis en Beocia, al sur de la isla Eubea (Euböa), antes de acampar en la costa de la Tróade. Eso significa que el narrador conecta previamente su historia con una prehistoria de nueve años que no cuenta en detalle.

2) Poco después, el narrador supone, para esa armada expedicionaria nueve años antes, un motivo que alarga la historia hacia atrás hasta un espacio temporal indeterminado: hace que Néstor instigue así a los griegos en una intervención en apoyo de Odiseo (2, 354):

Así que nadie se apresure a regresar  
hasta que se haya acostado con la esposa de un troyano  
y vengado así el rapto de Elena y sus suspiros.

Aquí se menciona el motivo de toda la guerra: el rapto de la reina griega de Esparta, Elena, por Paris el príncipe troyano. Pero ese motivo no es introducido por el narrador como dato nuevo, con el aplomo que una motivación de esa importancia merecería como novedad. Más bien está incluido en el discurso de un personaje como componente de una historia mayor de la que aquí se cuenta una pequeña parte, incluso como componente cuyo conocimiento da por supuesto el narrador en todo el mundo, lo mismo personajes del poema que oyentes ajenos a él, con total independencia de su historia de Aquiles que él está narrando, y lo hace con la naturalidad de quien puede utilizarlo como pieza de construcción. Pero esa pieza, el rapto de Elena por un troyano, sólo puede tener su lugar en la totalidad de la cadena causal del conflicto de la guerra troyana *antes* de la reunión de la flota aquea en Aulis, porque esa expedición es su respuesta. De modo que el narrador se retrotrae a un fragmento más —según se ve, no precisamente insignificante— del transcurso de una prehistoria que él mismo no detalla, pero con cuyo conocimiento cuenta.

3) No obstante, aún no hemos alcanzado el principio de la presunta cadena causal. En el canto 24 de la obra, verso 23 y siguientes, el narrador informa de cómo Aquiles maltrata una y otra vez, en una suerte de ritual obligado, el cadáver de Héctor, el príncipe troyano que él ha matado, y luego añade:

Pero a los dioses venerables les daba piedad verlo [el cadáver de Héctor]

e incitaban a Hermes, dios de la mirada aguda, para que lo apartara,

y a todos les parecía bien, pero no a Hera,

y a Poseidón tampoco, ni a Atenea,

que seguían aferrados a su odio a la sagrada Ilios,

a Príamo y a su pueblo, a causa de la injuria de Paris

a las dos diosas [Hera y Atenea], cuando entraron en su redil y prefirió a la que le prestó lascivia funesta.

Aquí retoma el narrador el transcurso objetivo de la prehistoria y esta vez lo hace en un fragmento más largo que en los otros dos casos. Porque Paris, el posterior raptor de Elena, es presentado como un mozo que, conforme al uso de la época, debe cuidar una temporada el rebaño paterno, como quien dice en su fase de formación, antes de su ingreso en la edad adulta. Hasta que vuelve de su redil a Troya como adulto, para luego ser enviado a título de hijo del rey con una embajada oficial a Esparta, donde finalmente se quedará con Elena y la conducirá raptada a Troya, han de pasar años según la lógica de la historia. La reacción de los griegos —resolución de hacer una expedición de desquite, reunión de una coalición, partida de veintinueve contingentes de naves a Aulis (el número lo sabemos en el segundo canto), travesía hasta Asia Menor— exige, según la misma lógica de la historia, un tiempo dilatado. De modo que la historia, donde nuestro narrador inserta su acción de cincuenta y un días, no sólo se remonta a los nueve años entre Aulis y el noveno/décimo año de sitio ante Troya, sino a muchos años atrás.

Además de esta dimensión temporal, el pasaje implica algo más profundo: no sólo se menciona el motivo de la guerra de Troya —odio de las diosas humilladas Hera, esposa de Zeus, y Atenea, la hija de Zeus, al troyano Paris y, con él, a toda Troya—, sino que se interpreta psicológicamente: Paris, quien no escogió a Hera ni Atenea, sino a *Afrodita*, recibe de la diosa del amor preferida un don muy peculiar: el texto original lo llama *machlosyne* y eso traducido quiere decir algo semejante a «atracción sexual que se irradia a otro con vehemencia». El hecho de no fácil comprensión de que Elena, esposa de un rey célebre y madre de una hija pequeña, se quede prendada del hom-

bre extranjero del lejano país hasta el punto de olvidarse de sí misma y seguirlo a Troya, se atribuye aquí a una fuerza de concesión divina, demoníaca, casi mágica, a la que nadie puede resistir: Elena es disculpada. La guerra de Troya aparece de este modo atribuida a los dioses.

Ya estas tres referencias —la *Ilíada* está repleta de ellas—, por la ocasionalidad con que aluden a partes extensas reconocibles de una conexión narrativa evidentemente dilatada, hacen creíble que el narrador de nuestra acción de cincuenta y un días quisiera usar accesoriamente un gran marco para su pequeña acción. Con las dos primeras referencias, quizá aún se pueda titubear como escéptico; aunque también ahí la soltura de la alusión al dato de los años («novenio») en la primera referencia, y al dato del lugar («Aulis»), en la segunda, hacen predominar la impresión de que el narrador alude a un sistema de tiempo y espacio ya establecido, por medio de cuyo conocimiento se sabe vinculado con su público y en el que desea insertar su propia historia. Pero la tercera referencia ya convierte esa impresión en certeza: un narrador, que fingiera para su efectivamente pequeña historia una gran acción de marco como prehistoria escénica, no emprendería, además, tentativas de explicación psicológica profunda para los personajes fingidos de la acción fingida en una prehistoria escénica fingida. Eso pronto se convertiría para él mismo en una complicación causal incalculable. Sería además un refinamiento totalmente carente de función para el propósito narrativo realmente perseguido por el autor.

La *Ilíada* memora la historia de Troya  
manifiesta y claramente

Si se reúnen de este modo todas las alusiones con las que la *Ilíada* apunta fuera de sí misma —hacia atrás, ade-

lante y los lados; que suman más de cien pasajes—<sup>268</sup> y se consideran juntas esas referencias, se produce una red tupida de suposiciones, dependencias y motivos que están en el exterior de la propia *Ilíada*. Con la ayuda suplementaria de otros textos griegos que nacieron *después* de la *Ilíada* y cuyo contenido narrativo conocemos de relaciones en prosa de autores posteriores llamados «mitógrafos»,<sup>269</sup> podemos reconstruir también hoy de manera fiable toda esa red que no muestra en sí contradicción alguna y forma un enorme complejo narrativo, sólido, causalmente coherente y traído al recuerdo por los más diversos pasajes de la *Ilíada* con fragmentos una y otra vez diferentes, pero siempre «ajustados». A nadie que haya seguido o siga hoy la acción de la *Ilíada* le podía ni le puede quedar duda alguna de que esa obra, tal y como hoy la tenemos (historia de una crisis coyuntural que dura cincuenta y un días) se inserta conscientemente en ese complejo narrativo. El narrador contaba con que su público conocía esa obra reticular abarcadora de la totalidad y que, en cualquier caso, estaba al corriente de ella a grandes rasgos, de modo que podía situar correctamente en ella las alusiones y, con ello, aprovechar oportunamente la fuerza esclarecedora del trasfondo como básica historia previa (y viceversa, en parte).

Esa gran interdependencia nos resulta extraña, como es natural, y, en tanto no somos expertos en Homero, totalmente nueva. No vivimos en ella. En cambio, los primeros oyentes de la *Ilíada* se habían familiarizado de tiempo atrás con ella, por medio de narraciones del mismo tema de boca de otros rapsodas, pero también de boca de narradores en prosa, lo mismo que nuestros padres se familiarizaron con los cuentos de Grimm o la Biblia, de modo que cada vez que surge una nueva versión de la archiconocida historia de «Caperucita», «Moisés» o «Aarón», no tienen que preguntar quién es ni qué papel te-



nía en el contexto del trasfondo previo. Por el contrario, nosotros mismos tenemos que dilucidar, a partir de la pequeña historia de crisis agregada a la obra reticular, quiénes son los personajes y qué posición tienen en la gran red de la antepuesta historia de Troya.

No es poco lo que ahí está por aprender. Tiene tan gran envergadura que aquí sólo podemos hacer abaricable esa totalidad por medio de un gráfico (fig. 21).

Este tejido narrativo, aunque aquí está trazado sólo en sus rasgos fundamentales, con su multitud de sucesos, figuras, constelaciones y vinculaciones transversales, resulta demasiado extenso y ramificado para poder haber sido inventado alguna vez por el poeta de nuestra historia de Aquiles, que llamamos «*Ilíada*». Él ha insertado más bien su propia historia de los cincuenta y un días, como fragmento comparativamente minúsculo, en ese gran contexto previo y se ha librado de la construcción de un marco propio. La gran historia previa de dominio público se segmenta de alguna manera y, en ese segmento segregado y luego agrandado (como ya constató Aristóteles concisamente en su análisis de la *Ilíada*),<sup>270</sup> se concentra la atención en unos pocos personajes. La historia completa de la guerra de Troya —con su causa, desencadenamiento, transcurso y consecuencias— se convierte así en marco, que sólo ha de ser indicado como trasfondo, y en el segmento se desarrolla un problema del presente.

Ésa es una técnica narrativa que desde entonces se ha empleado incontables veces en la literatura universal, desde las piezas teatrales de la tragedia griega en el siglo v a. C., que las más de las veces son detalles del gran cuadro «Mitos» (mayormente «mitos de Troya»), pasando por la épica latina de reelaboración mítica, entre tantas otras, la *Eneida* de Virgilio, hasta la literatura actual, baste pensar en *Kassandra* y *Medea* de Christa Wolf. El especialista literario Manfred Fuhrmann ha utilizado para ese tipo de li-

Preludio en el Olimpo	Veinte años de historia de preguerra				
<p>Consejo ZEUS – TEMIS sobre la guerra de Troya.</p> <p>ZEUS y HERA<sup>1</sup> obligan a TETIS, la diosa marina, a unirse con el rey PELEO.</p>	<p>ZEUS engendra a ELENA (con NEMESIS / LEDA).</p>	<p><b>Boda de PELEO</b>, nieto de ZEUS, con <b>TETIS</b>, hija de Nereo, en el monte Pelión (Tesalia); participación de todos los dioses (De la unión nacerá <b>AQUILES</b>).</p> <p>La diosa ERIS siembra la discordia entre las tres diosas <b>HERA</b>, <b>ATENEA</b> Y <b>AFRODITA</b>: «¿Cuál es la más bella?».</p> <p>Las tres diosas se dirigen al bello <b>PARIS</b>, hijo de <b>PRÍAMO</b> y <b>HÉCUBA</b>, en el monte Ida, en Troya: <b>PARIS</b> debe decidir.</p>	<p>El juicio de <b>Paris</b>: «<b>AFRODITA</b> es la más bella». <b>PARIS</b> conseguirá por eso a <b>ELENA</b>.</p>	<p><b>PARIS</b> navega a Grecia y rapta a <b>ELENA</b> en Esparta.</p>	<p>Expedición de castigo a los <b>aqueos</b>.</p> <p>Primera reunión de naves en <b>Aulis</b> y primera partida; desembarco erróneo en Misia (=Teutrania/Valle de Caicos); demasiado al sur.</p> <p><b>Historia de Telefo</b>: <b>AQUILES</b> hiere al rey <b>TELEFO</b> de Misia.</p> <p>Partida de Teutrania hacia Troya, tormenta y destrucción de la flota.</p> <p>Segunda reunión en Aulis.</p> <p>El ultraje de <b>AGAMENÓN</b> a la cierva de <b>ARTEMISA</b> provoca el sacrificio de <b>ÍFIGENIA</b>, Hija de <b>AGAMENÓN</b> Y <b>CLITEMNESTRA</b>.</p> <p>Curación del llegado <b>TELEFO</b>.</p> <p>Oráculo de los gorriones por <b>CALCAS</b>. <b>Segunda partida</b> de Aulis. Atrake en <b>Tenedos</b>; atrake en Lemnos; desembarco de <b>FILOCTETE</b>.</p>

**Figura 21:** La historia general de Troya. *Íliada* y *Odisea* se distinguen como pequeños recortes enmarcados. Los sucesos de la parte con fondo gris están mencionados en nuestra *Íliada* (en parte también en la *Odisea*).

Diez años de guerra ante Troya			Diez años de regreso		
Año 9	Año 9/10			Año 10	
<p><b>Desembarco</b> en la Tróade; muerte de PROTESILAO.</p> <p>Embajada sin éxito de los aqueos a Troya, bajo ODISEO y MENELAO, sin éxito.</p> <p>AQUILES mata a KYKNO.</p> <p>Grandes hazañas de AQUILES: invade 23 países y ciudades islas en el entorno de Troya (entre otras, Lirneso, Pedaso y la Tebas de Hipoplaquia) para aislar Troya; entre el botín están BRISEIDA y CRISEIDA.</p> <p>(CRISEIDA sirve como punto de vinculación con la <i>Iliada</i>).</p>	<p>51 días de nuestra <i>ILÍADA</i>: pequeño episodio de enfrentamiento entre AGAMENÓN y AQUILES y sus consecuencias, entre otras, la muerte de HÉCTOR.</p>	<p>Últimos sucesos: aparece la <b>amazona PENTESILEA</b> que es vencida por AQUILES.</p> <p>TERSITES injuria a AQUILES y éste lo mata.</p> <p>MEMNON, rey de los etíopes, viene de Egipto y mata, entre otros, a ANTÍLOCO, hijo de Néstor. AQUILES mata a MEMNON.</p> <p>Muerte de AQUILES a manos de PARIS y APOLO.</p> <p>Enfrentamiento por la armadura de Aquiles entre AYAX y ODISEO; éste vence.</p> <p>Locura de AYAX.</p> <p>FILOCTETE y NEPTOLEMO, hijo de Aquiles, son recogidos por ODISEO.</p> <p><b>El caballo de madera; toma de Troya:</b> «Iliou Persis».</p> <p>Matan a PRÍAMO.</p>	<p><b>Partida</b> hacia casa de todos los guerreros supervivientes de la guerra de Troya.</p>	<p>40 días= nuestra <b>Odisea</b>: pequeño episodio del regreso de ODISEO con el reencuentro con su mujer <b>PENÉLOPE</b> y la recuperación de sus posesiones.</p>	<p>«<b>Telegonia</b>»: El final de ODISEO.</p>

teratura la expresión «literatura de repetición de mito»,<sup>271</sup> también sería susceptible de empleo, si se piensa en la utilidad de los parásitos, el concepto «literatura de parásito». El especialista literario francés Gérard Genette ha hablado de literatura de «palimpsesto» —un *palimpseston* designa en griego a una hoja de papel, cuyo texto original ha sido raspado, reescrita con nuevo texto— y ha desarrollado a partir de ahí una teoría altamente matizada de la «técnica del palimpsesto» en la literatura universal.<sup>272</sup>

Por supuesto, también otros grandes contextos han sido aprovechados por esta técnica, como el «gran texto» bíblico, y, como es natural, la técnica se ha refinado con el paso de los siglos, en especial, mediante la inclusión añadida de tantos predecesores y reelaboraciones del mismo gran contexto como era posible (lo que luego condujo a la situación que hoy llamamos «intertextualidad»). Sin embargo, lo que ha permanecido igual en todas las producciones de ese tipo es que, a su vez, se insertan en una textura narrativa convertida en canónica, que no ha cambiado en su estructura básica y tampoco puede hacerlo, a fin de mantener asegurada su susceptibilidad de reconocimiento y explotación. A Edipo jamás le es lícito apalea a su tío y desposar a su tía, sino que siempre debe matar a su padre y casarse con su madre. Ahora bien, dentro de ese marco previamente dado, pueden inventarse muchas cosas y llevar a cabo algunos nuevos propósitos. De ese modo, se asegura el mantenimiento del marco original dentro del cual anida la historia parasitaria y, con él, la existencia del género «literatura de parásito», si se da el caso, a lo largo de milenios.

Es patente que el narrador de nuestra *Ilíada* se ha valido de esa técnica, en la que adoptó como algo previo la historia enmarcadora dentro de la que compuso su propia temática. En consecuencia, la historia de Troya y de la lucha de los griegos contra los troyanos tuvo que exis-

tir antes de la época del nacimiento de nuestra *Ilíada* ya como un todo de consistencia fáctica; de lo contrario, no se podría explicar la multitud de menciones a partes de ese todo temporalmente muy distantes entre sí y también el juego interpretador con motivos aislados de la historia, como hemos podido constatar en el ejemplo del comentario del juicio de Paris. Pero eso significa que la completa historia de Troya ya debía ser muy antigua en Grecia en el momento del nacimiento de la *Ilíada*; más adelante preguntaremos cuánto. En todo caso, se había escuchado muchas veces y eso quiere decir que se había transmitido por rapsodas en versiones orales diversas durante tanto tiempo que, en el siglo VIII a. C., representaba un rico contexto narrativo asentado, con cuyo conocimiento podía entonces contar el rapsoda, de modo semejante a como un poeta pudo contar en la Europa cristiana, a lo largo de siglos, con el conocimiento del contexto narrativo de la Biblia. Lo que eso significaba para un rapsoda del siglo VIII es de toda evidencia: si quería plantear el debate de problemas de su propio tiempo, no había para él medio más efectivo que tomar esa vieja historia con sus personajes conocidos de siempre —o sea, Agamenón, Aquiles, Príamo, Paris, Elena y los demás— y poner en boca de ellos la propia problemática. Si se conducía así, el poeta no tenía que elaborar ningún nuevo espacio de acción ni nuevos personajes sustentadores; podía concentrarse del todo en su propio tema.

Cuando situamos a Homero, con su historia de Aquiles que algún literato posterior tituló «*Ilíada*» de manera equívoca, en esa tradición de la repetición de mitos, o literatura de parásito, con ello no debe entenderse que él hubiera fundado ese tipo de literatura. La gran extensión de la historia no permite otra conclusión salvo que, ya mucho tiempo antes de Homero, muchos rapsodas con sus historias individuales condicionadas por su tiempo se ha-

bían introducido en el marco narrativo de la «guerra de Troya» y contribuido a su amplia elaboración interior. Los rapsodas posteriores, como sus colegas más tardíos, los poetas del período de escritura en la Antigüedad y la Edad Moderna, han empleado las inserciones de sus predecesores, de las que tuvieron conocimiento en su época de aprendizaje, por declamaciones de rapsodas ya establecidos. La intertextualidad no es una adquisición original de la modernidad, sino un componente integrador de la literatura, desde que ésta existe, tanto oral como escrita.

Una rápida ojeada a tradiciones rapsódicas todavía existentes en la actualidad de otros pueblos, como la de los serbocroatas, muestra que cada rapsoda trata de conocer de boca de sus colegas, por interés de su oficio, tantas versiones como pueda de su repertorio de historias. Igualmente debió de conducirse Homero. Hay pues que contar de antemano con que su historia no sólo se vale del gran marco «historia de Troya», sino también de utilizaciones previas de ese marco. Esto se ha conocido por otras vías, ya desde hace décadas,<sup>273</sup> e intentado recuperar esas tempranas utilizaciones aparte de la homérica. De ahí ha nacido toda una rama de investigación homérica, el «neoanálisis» o «investigación de motivos».<sup>274</sup> Por desgracia, las reconstrucciones surgidas, pese a toda la agudeza de admirable valor que se emplea en ellas, no podrán pasar jamás de hipótesis. Porque todas las utilizaciones anteriores del marco «historia de Troya» se han perdido para nosotros. Se declamaron oralmente y, como no hubo escritura entre los griegos hasta el siglo VIII a. C., cada una de esas versiones se extinguió con la última palabra del rapsoda. Únicamente la adopción por los griegos de la escritura de los fenicios, alrededor de 800 a. C., produjo la posibilidad de redactar una versión de esa vieja historia, la que sin duda pareció a los contemporáneos especialmente bella y lograda, y, con ello, fijarla para la

posteridad. Esa versión fue la *Ilíada* homérica. De ese modo, Homero pasó a ser fundador de ese tipo de literatura para los círculos culturales europeos, y su *Ilíada*, prototipo de un género literario escrito que ha perdurado hasta hoy.

## CONCLUSIONES: LA ILÍADA DE HOMERO ES SÓLO UNA FUENTE SECUNDARIA PARA LA HISTORIA DE TROYA

Resumamos nuestro proceso de argumentación hasta ahora:

Cuando compuso su historia de Aquiles que llamamos *Ilíada*, Homero no pudo haber inventado él mismo ni la forma en que versificó, ni la materia en que introdujo su historia. «Solamente» prestó a ambas cosas un nuevo contenido. Tanto la forma como la materia existían antes que él.

El nuevo contenido, cuya colocación era el auténtico propósito narrativo de Homero, consistía en la historia de Aquiles con su planteamiento problemático de cuestiones actuales de la época de nacimiento de la obra.

Esa historia de Aquiles se presenta como un episodio de cincuenta y un días del noveno/décimo año de guerra, en la guerra troyana de diez años, en cuyo punto central figura un sitio de Troya por los aqueos. Para poder desplegar ese episodio como historia enfocada en primer término, Homero tuvo que levantar como bastidor el archiconocido suceso de fondo de la guerra de Troya. Como es habitual en ese procedimiento, tuvo que construir ese bastidor con la amplitud que le era precisa y útil para su propia necesidad de comprensión de su historia de trasfondo.<sup>275</sup> Por lo dicho, nuestra *Ilíada* sólo deja entrever el trasfondo, o sea, el gran marco «historia general de Troya» en relativamente escasas y pequeñas partes. Igual que un narrador moderno, que sitúa un episodio en el

espacio narrativo bíblico, no cuenta el contenido de toda la Biblia.

Esta técnica tiene como consecuencia que no podamos tener noticia, a partir de la *Iliada* de Homero, de la historia general de Troya, ni tampoco de toda la guerra de Troya, tal y como las conocía el público, sino tan sólo vislumbrar partes aisladas puntuales. La historia de Aquiles, de Homero, que solemos denominar «*Iliada*», sólo puede ofrecer un pálido reflejo del componente «guerra de Troya» de la completa historia de Troya que el poeta da por supuesta.

Nuestra única fuente escrita hasta hoy de la historia de la guerra de Troya, la *Iliada* griega, se revela así como una reducida fuente secundaria de mera información fragmentada. Una fuente principal, es decir, una representación continua del transcurso *completo* de la guerra como la pudieron tener en la cabeza Homero y la mayor parte de su público primario, es algo que no tenemos, ni en griego, ni en otra lengua.<sup>276</sup>

No obstante, ese mismo carácter de fuente secundaria hace especialmente valiosa a la *Iliada* para el propósito de recuperar la versión original de la historia general de la guerra de Troya. Porque el narrador de nuestra *Iliada* no podía tener interés alguno en variar el armazón estructural para adecuarlo a otro fin, ni siquiera pudo plantearse cambios notables, porque de ese modo habría robado la atención de su propia historia insertada y malogrado la intención de su propósito narrativo. Por lo mismo, las informaciones fragmentarias de la historia completa que conlleva pueden, incluso hasta la demostración de lo contrario, ser consideradas como básicamente auténticos componentes del armazón estructural originario.



## LA HISTORIA DE TROYA FUERA DE HOMERO

De estas conclusiones se deduce, por una parte, que jamás podremos recuperar a partir de la *Ilíada*, puesto que es una pálida fuente secundaria, la forma original completa de la historia. Por otro lado, también resulta que de los pasajes de referencia de nuestra *Ilíada* —completados con los propios de la *Odisea* e informaciones de un tejido épico culminado alrededor de cien años más tarde, el llamado «Ciclo épico»— podemos reconstruir al menos la forma bosquejada de la historia. Ese bosquejo es como sigue.

### LA FORMA BOSQUEJADA DE LA HISTORIA DE TROYA

• En la opulenta ciudad fortificada de *Ilios/Troya*,<sup>277</sup> en Asia Menor, al sur del estrecho del *Helesponto* (los Dardanelos) reina un poderoso monarca llamado *Príamo*. Uno de sus hijos, de nombre *Paris*, acude en barco a Acaya, en el Peloponeso, en misión amistosa, y llega a *Esparta*, donde es soberano *Menelao*, el hijo de *Atreus* (átrida). Paris abusa de la hospitalidad que se le brinda al llevarse a Troya raptada a *Elena*, la esposa de Menelao. Éste pide ayuda

a su hermano *Agamenón* de *Micenas*. Una delegación de aqueos que exige en Troya la devolución de Elena es rechazada por los troyanos. Inmediatamente, Menelao y Agamenón (los *átridas*) toman la resolución de forzar militarmente la entrega de Elena. Agamenón convoca a todos los centros de poder más importantes del continente y las islas para que presenten contingentes para una expedición común contra Troya. La convocatoria se cumple.

- Las naves se reúnen en el puerto de *Aulis* en Beocia, al sur de la isla *Eubea* (la *Iliada* enumera veintinueve contingentes), cada contingente bajo su o sus comandantes. Agamenón se hará cargo de la comandancia suprema de la empresa. La flota navega por las islas *Lemnos* y *Tenedos* hasta el Helesponto (alrededor de trescientos cincuenta kilómetros) y desembarca en la costa de la Tróade. Tras un primer intento de tomar la ciudad, así como el fracaso de las primeras negociaciones, se establece un sitio que, a causa de la feroz resistencia de los habitantes de la ciudad y sus aliados de los pueblos vecinos de Asia Menor, se prolonga, contra lo esperado, año tras año. Se caracteriza por los continuos intentos de los sitiadores de doblegar Troya mediante la toma, saqueo y destrucción de las ciudades vecinas, poblaciones isleñas y estructuras de su país interior para cortarles sus fuentes de ayuda. El plan no funciona, en especial porque los dioses están en desacuerdo sobre el destino de Troya. Hasta *el décimo año de guerra*, cuando cede en su resistencia la fracción divina protroyana, no se toma la ciudad mediante un ardid: *el caballo de madera* ideado por Odiseo. El rey Príamo y la población masculina son asesinados, las mujeres y niños trasladados a la patria como esclavos.

- El regreso a la patria (el «Nostos») no sigue el mismo buen orden que la expedición de diez años antes; contingentes aislados y naves sueltas se extravían; varios héroes no llegan a su patria sino al cabo de descamina-

das travesías llenas de aventuras (Odiseo). Pero Troya queda aniquilada para siempre.

Éste es el curso de los acontecimientos que, en la causalidad de sus elementos de acción, parece básicamente realista; se puede prescindir, sin perjuicio de la coherencia del acontecer general, de unos pocos factores que, según la concepción actual, son irracionales, como el motivo bélico «raptó de mujer» (que, sin embargo, a la vista de «asuntos de mujeres» provocadores de crisis estatales y desencadenantes de guerras, en la historia de la Edad Moderna y en el presente, es el que menos merece la habitual y obligada burla mordaz de parte de los historiadores), la negociación de los dioses, o el caballo de madera. Pero la caracterización «realista» no sólo conforma la situación básica: a partir del estado del conocimiento alcanzado en la historia de Grecia, ese curso de los acontecimientos, en base a su exactitud de detalles geográficos, que según el examen actual se revelan crecientemente correctos, así como basándose en la constelación de poderes políticos que refleja, parece también *históricamente* posible.

Sólo hay que recalcar esto: las relaciones, particiones y posibilidades de poder que refleja ese curso de los acontecimientos (antes que nada la posición dominante de Micenas), parecen haberse dado en Grecia, según testimonio de la arqueología, en un único momento: no en el siglo VIII, cuando *Homero* compone esta historia, ni tampoco en los tres o cuatrocientos años previos, los llamados «siglos oscuros», sino únicamente en aquel período de cultura avanzada de los griegos que llamamos *micénico*, o sea, calculando con aproximación, en el tercer cuarto del II milenio a. C. (aproximadamente 1500-1200/1150 a. C.).

En tanto se disponía sobre ese período de la historia griega sólo de información proveniente de excavaciones y que, en consecuencia, sólo se podía hacer hablar con ayuda de fantasía sistemática, cualquiera de los numero-

sos intentos de indagar la historia de Troya en la época micénica de los griegos debía quedar, naturalmente, en hipótesis. Así, la discusión, prolongada durante décadas y a menudo enconada, sobre la posibilidad o imposibilidad de una «guerra de Troya» no podía jamás pasar de discusión sobre probabilidades. Discusiones de esa suerte giran generalmente en torno a sí mismas, de hecho, no avanzan y encima degeneran en campo de batalla para ofensivas befas de científicos. El caso de la discusión sobre la «guerra de Troya» ha causado en ese sentido mucho perjuicio en el mundo científico. Se podría acabar con él bien pronto a la luz de la nueva situación fáctica.

#### LA HISTORIA DE TROYA A LA LUZ DE LAS FUENTES EXTRAHOMÉRICAS

Tras el redescubrimiento de la Grecia micénica, merced a las excavaciones de Heinrich Schliemann y las posteriores generaciones de arqueólogos, en las décadas posteriores a 1874, se ha intentado una y otra vez, como es natural, dar vida a las informaciones mudas que podían librar las piedras, mediante testimonios de fuentes *escritas*. El material de fuentes disponible era endeble: nombres de lugar, datos geográficos así como conexiones interiores y exteriores en el espacio temporal micénico de la historia griega, se podían obtener, con pocas excepciones, de la propia tradición escrita de los griegos. Pero esa tradición no se implantó en Grecia hasta el final de los «siglos oscuros» y tras la adopción del alfabeto fenicio por los griegos alrededor de 800 a. C., es decir, hasta unos cuatrocientos años después del período en cuestión. Y esa tradición «alfabético-escrita» procede precisamente de Homero. Ciertamente hay además algunos documentos escritos poshoméricos, pero se nutren en su mayoría de Ho-

mero y sólo sirven para completarlo muy esporádicamente: diversos poemas largos del poeta épico Hesíodo (alrededor de 700 a. C.), además del ya mencionado «Ciclo épico», la primera lírica griega y, finalmente, los escritos de los llamados mitógrafos, quienes se esforzaron, a partir del siglo VI a. C., por reunir los antiguos mitos, que entonces aún podían recogerse de fuentes orales y escritas, y redactarlos en una forma lo más coherente posible, según su entender. Ya que los escritores siguientes se apoyaron en las recopilaciones y esfuerzos vinculantes de sus antecesores, el material apenas aumentó, sólo se reagrupó y comentó. En tanto esas informaciones procedentes de documentos poshoméricos tratan de lo que ya podemos saber por Homero, pueden proceder de tradiciones orales de lugares aislados de Grecia,<sup>278</sup> o bien de especulaciones posteriores. No se conocía ni se conoce testimonio alguno anterior a Homero o no influido por él, que esté escrito en lengua griega alfabética y se refiera a circunstancias de la época micénica narradas en tiempo posmicénico.

Es importante tener lo más claro posible esta circunstancia: nuestra noción de la época micénica de los griegos se nutrió durante décadas, aparte de las piedras mudas de las excavaciones, exclusivamente de fuentes escritas *griegas* y, por cierto, de las que se establecieron, tras una laguna sin escritura, unos cuatrocientos años después del tiempo en que las relaciones sobre las que hablaban fueron realidad.<sup>279</sup> Así que ninguna de nuestras fuentes escritas era contemporánea de la época micénica.

Esa circunstancia cambió radicalmente a partir de 1952. Desde ese año, se han sumado tres complejos de fuentes escritas que son contemporáneos de la época micénica de la historia griega, uno en lengua griega y dos en lenguas no griegas. Ya se ha hablado de los tres complejos —en los capítulos «Achai(w)ia y Achijawa», «Danaoi y Danaja» y

«Se descifra la Lineal B»—. Pero eso fue en pasajes separados entre sí y en relación a otras cosas. Para el nuevo contexto, es preciso formular de manera concisa el estado de la situación, tal y como se presenta hoy.

1) El complejo de fuentes de lengua griega, la Lineal B descifrada en 1952 por Michael Ventris y John Chadwick, consiste en inscripciones que fueron escritas por los griegos, en la época micénica, del siglo xv al xiii/xii, en su lenguaje de entonces, en tabletas, sellos y recipientes de arcilla. La escritura empleada era una escritura silábica adoptada de Creta: Lineal B. Los fragmentos hallados hasta ahora (siguen apareciendo en excavaciones en Grecia) proceden de una decena de lugares de la región griega habitada entonces; los más importantes son Cnossos y Cidonia/Chania en Creta, Pilos, Micenas, Tirinto y Tebas en el continente. En el año 1989, el número de las inscripciones conocidas se elevaba a 4.765. En esas inscripciones, aparecen 189 nombres de lugar, así como 78 nombres de pueblos, tribus, oficios, grupos sociales y agrupaciones semejantes.<sup>280</sup> Además, los textos ofrecen una visión de las siguientes áreas vitales de aquella época: tejido social y sistema administrativo, religión, agricultura (cereales, especias, olivos, higos, vino, apicultura, ganadería, productos ganaderos), artesanía, comercio e industria (edificaciones, metales, mobiliario, tejidos, lino), armas y guerra (armaduras, carros de guerra, organización militar).<sup>281</sup> A partir de ese abundante material, se puede reconstruir, mediante clasificación conjunta y combinación de informaciones aisladas una fiable imagen geográfica, histórica de poblaciones, económica, social, militar, religiosa y, en parte, incluso de política interior de Grecia en la época mencionada, una imagen *que es totalmente independiente de Homero*.

2) De los dos complejos de fuentes que no están en lengua griega, el primero es el *egipcio*, cuyo núcleo es la inscripción hallada en 1965 en un pedestal de estatua del

templo de los muertos del tiempo de Amenofis III (aprox. 1390-1352).<sup>282</sup> Esa inscripción documenta, para al menos una parte de la época micénica de la historia griega, un reino *Danaja*, con una capital *Mukana*, a cuyo dominio o, en todo caso, esfera de contacto pertenece, junto a *Messana* (= Mesenia, hoy en día) y, como mínimo, durante cierto tiempo, *Amyklai* (que es Laconia, con la posterior capital Lacedemonia o Esparta), también sin duda *Tebas* o la «*Tebaida*». Puede darse por seguro que se trata del mismo reino cuyos habitantes aparecen como *dánaos* en el texto homérico y de su capital *Mykenai/Micenas*. A la inscripción del pedestal se añaden más menciones a diversos nombres de lugar micénico-griegos en documentos egipcios de correspondencia que están en relación con los ya dichos.

3) El tercer complejo de fuentes, el *hitita*, es con mucho el de más valor informativo. El estudio de los documentos hititas acaba de ponerse en marcha, después de los importantes avances de conocimientos de los últimos años, y no lo hace gracias a los hititólogos sino, en especial, merced a los arqueólogos activos en las ciudades griegas de Asia Menor.<sup>283</sup> Ya disponemos de una imagen verdaderamente rica en información de los contactos (estatales) entre el imperio hitita y *Ahhijawa* (Acaya). La correspondencia revela, a la luz del provisional estado del conocimiento actual, numerosas actividades diplomáticas por ambas partes en el sentido de influencias y resistencias en las respectivas zonas de poder.

Estos tres complejos de fuentes escritas se refieren en conjunto al *mismo* espacio temporal de la historia griega, la época entre aproximadamente 1450 y 1150 a. C.<sup>284</sup> Así disponemos, en los tres complejos, de documentaciones escritas contemporáneas, auténticas y objetivas de la era micénica de la historia griega, tanto desde el punto de vista interior (Lineal B) como exterior (egipcios, hititas).

Ninguno de los tres complejos de fuentes revela ningún espacio habitado griego que se separe de manera geográficamente relevante de los espacios habitados griegos supuestos por nuestra *Ilíada*. Los tres coinciden en referirse a ese espacio habitado como de cultura bien organizada y económicamente floreciente. El complejo hitita refiere, además, que esa cultura fue reconocida como del mismo rango por las dos grandes potencias de la época, los egipcios y los hititas, hasta alrededor del siglo XIII.

Los tres complejos se interrumpen casi al mismo tiempo. En eso se refleja la misma catástrofe y ruptura cultural que documenta la arqueología de excavaciones desde el lado material: Grecia desaparece en el curso del siglo XII de la luz de la historia mediterránea, para regresar a la claridad al cabo de unos trescientos cincuenta años de oscuridad, a partir más o menos del 800, con renovadas estructuras velozmente adelantadas y transformadas.

Si se contrapone esta imagen documental, totalmente independiente de Homero, a las relaciones que sustentan el bosquejo de la historia de Troya tal y como se trasluce de la *Ilíada*, se revela una coincidencia evidente. La historia de Troya de Homero no puede ser, de entrada, un producto completamente fantástico, y, en segundo lugar, sólo puede reflejar de hecho las relaciones de la época micénica, y de ninguna otra, de la historia griega.

Esta conclusión la han extraído numerosos investigadores tras el descubrimiento sólo del primero de los tres complejos escritos, el complejo Lineal B. Sólo citamos como ejemplo a John Chadwick quien, después de la temprana muerte por accidente de Michael Ventris en 1956, continuó con la valoración del corpus textual micénico en el seno de la nueva disciplina científica de la micenología:

En el siglo VIII antes de nuestra era, Grecia consistía en una serie de ciudades insignificantes [...]. El nivel de la civi-



lización era relativamente bajo. Se edificaban casas generalmente de madera y adobe, el material elaborado era raro, la pintura y la escultura parecen primitivas. Pero la imagen de Grecia que esboza Homero muestra una red de reinos bien organizados que están preparados para una expedición común. Sus reyes viven en costosos palacios de piedra adornada de oro, marfil y otros materiales valiosos. Las escenas que supuestamente se veían en el escudo de Aquiles que le forjó el dios Hefesto [= canto 18 de la *Ilíada*, versos 478-608], presuponen un elevado nivel de destreza en la artesanía.

La misma escasa concordancia muestran las descripciones de Homero con lo poco que sabemos de las relaciones en los siglos IX, X o XI, los llamados siglos oscuros. Tenemos que retroceder hasta la era micénica, hasta el siglo XII o incluso el XIII, para encontrar un trasfondo aceptable para la representación homérica de Grecia.»<sup>285</sup>

Después de que se hayan sumado a la documentación escrita griega, que ya había conducido inevitablemente a esta conclusión definitiva, las dos mencionadas documentaciones extragriegas, han desaparecido también las últimas dudas: la historia de Troya presupuesta en la *Ilíada* de Homero como marco de la acción de Aquiles es un reflejo de las relaciones dominantes en Grecia durante la época micénica.

## ¿CUÁNDO SE IDEÓ LA HISTORIA DE TROYA?

Llegado a este punto, a cualquier observador se le ocurre fatalmente la misma pregunta: si la historia de Troya es un reflejo de la época micénica de Grecia, es decir, una época que finalizó hacia 1200 a. C., o, en todo caso, no mucho después, ¿cómo llegó luego hasta Homero, es decir, a un rapsoda griego del siglo VIII a. C.? Chadwick formuló así esa pregunta en inmediata conexión con su citada conclusión:

¿Sería pues posible que un poeta del siglo VIII pudiera reproducir exactamente sucesos que tuvieron lugar quinientos años antes?

Y Chadwick continuaba entonces, en el año 1976:

A esta pregunta quizá se pueda responder afirmativamente.<sup>286</sup>

En lo sucesivo, intentaremos convertir el «quizá» de Chadwick en «seguro», en cambio, haremos por restringir oportunamente su «exactamente». Con ese propósito, dividimos la pregunta en dos partes a las que damos la siguiente formulación:

Primero: ¿Cuándo se *ideó* el referido transcurso de sucesos en Troya, incluida su parte llamada «guerra de Troya»?

Segundo: ¿De qué manera *han llegado* hasta la epopeya *Iliada* los fragmentos sólo a partir de los cuales podemos reconstruir aquel transcurso de sucesos?

La sucesión lógica de estas dos preguntas está clara: la n° 2 no se puede plantear con perspectiva de éxito hasta que la n° 1 se haya aclarado. De modo que dedicaremos el presente capítulo a la pregunta n° 1.

Antes que nada, hay que subrayar que, con esta pregunta, no se aborda el problema de la historicidad del transcurso de sucesos de Troya. De entrada, sólo se trata de cuánto tiempo antes de Homero existía ya la historia de Troya, no de si es «verdad». Pero, como es natural, no hacemos esa pregunta al azar. Su respuesta es previamente decisiva para la cuestión de la historicidad a la que, en última instancia, queremos llegar. Y es previamente decisiva porque la fidelidad a la realidad de una historia referida a diversas relaciones —sea o no histórico su núcleo— suele disminuir cuanto mayor es la distancia habida entre su nacimiento y las relaciones que presupone. Esto, como es natural, sólo vale para la tradición oral. En una cultura determinada por la escritura, semejantes distancias temporales son relativamente insignificantes, porque bibliotecas y archivos pueden producir contemporaneidad en el lector, incluso al cabo de siglos. Pero vale para Grecia porque, como hemos visto, durante su época micénica poseyó una administración escrita, aunque no literatura, y porque, durante los siguientes denominados siglos oscuros, no tenía escritura. En semejantes culturas orales, se pierde el conocimiento de relaciones pasadas, aunque no tan sin excepción como suponen generalmente algunos teóricos, pero se pierde en riqueza de detalles, agudeza profundizadora y comprensión del con-

texto estructural: todo se vuelve descolorido. Así que, cuanto más tarde se ideara la contextura de sucesos de la historia de Troya con su reflejo de las relaciones micénicas, tanto más se reduciría, según toda experiencia, la participación en la preservada realidad micénica.

Esto, por supuesto, siempre se ha visto así. Pero de ello se extraían conclusiones del todo diversas. La consecuencia es que, en la cuestión del momento de nacimiento de la historia de Troya, hoy están representadas en la investigación dos posturas totalmente divergentes (claro que hay posiciones intermedias; pero, en beneficio de la claridad, nos limitaremos a los dos puntos extremos de la escala):

1) El momento del nacimiento de la historia de Troya coincide, o poco menos, con la época de composición de la *Ilíada*. Ciertamente es que el poeta difícilmente pudo idear él solo la historia, pero se trata de una suerte de fantasía en equipo de los rapsodas griegos de finales del siglo IX y principios del VIII a. C. Dado que en ese tiempo se inició el resurgir cultural en Grecia, la clase dirigente estaba muy interesada en una autolegitimación histórica. El gremio de los rapsodas desde siempre estrechamente vinculado con la clase dirigente, los aedos, se valieron de ese interés en cuanto, como quien dice en conformidad con la demanda de grandeza soñadora ante las ruinas de las antiguas ciudadelas, «calcularon remotamente» todo el tejido narrativo de la historia de Troya a partir de los restos pétreos de los fragmentos heredados de los tiempos prehistóricos, todo ello en cierto modo coordinado con la memoria colectiva de fragmentos de recuerdos aún disponibles y la representación del auge político del presente.<sup>287</sup>

2) El momento del nacimiento de la historia del curso de acontecimientos no es muy anterior o muy posterior<sup>288</sup> a la caída del período de cultura avanzada micénica. La historia refleja, por lo dicho, conocimientos de las rela-

ciones micénicas reales por parte de su creador o creadores contemporáneos.

Será útil aclarar en este punto cuáles son las consecuencias que cada una de estas dos posiciones tiene para la estimación de la historicidad del núcleo de la historia de Troya:

- Para los representantes de la primera posición, lo que se ve en la *Ilíada* como «fragmento informativo» de una historia general originalmente muy antigua, debe ser presentado como elemento de una reciente ficción historizante («arcaizante»). No habría pues «fragmentos» de un todo original, sino puntos de una curva de cálculo remoto. Los representantes de esta posición, en consecuencia, no pueden conceder a la historia de la guerra de Troya, que es un componente de la historia completa, ningún sustrato histórico.

- Los representantes de la segunda posición, por el contrario, se inclinan a asignar a la historia un sustrato histórico, aunque sea sui géneris.

La decisión entre estas dos posiciones era, hasta hoy, menos un acto racional que la generalización espontánea de una impresión. En los representantes de la primera posición, se vinculaba a menudo la decisión con el sentimiento de que el cientifismo obliga de antemano al escepticismo o que equivale a él. Cumple decir que los sentimientos están aquí fuera de lugar. La ciencia no puede dejarse guiar por el escepticismo ni por la credulidad, sino exclusivamente por los hechos y la lógica más estricta. Es parte de la lógica el principio de que una limitada cantidad de hechos posibilita conclusiones razonables. De no ser así, una gran parte de los conocimientos científicos no habrían sido efectivos.

En la cuestión del momento del nacimiento de la historia de Troya, la decisión entre las dos posiciones mencionadas depende de la estimación de qué elevada es la

parte de realidad preservada en la historia de Troya. «Estimación» no es, desde luego, lo mismo que cálculo. Sigue habiendo un momento subjetivo en juego. Y no puede suprimirse totalmente puesto que, para poder calcular, en lugar de sólo estimar, la parte de realidad que hay en Homero, tendríamos que conocer *completamente*, es decir, sin lagunas, la realidad de la época micénica de Grecia. Eso, por desgracia, jamás nos será posible. La decisión del investigador individual también dependerá en el futuro de los derechos que él personalmente atribuya a la cantidad de material que le parezca suficiente para una decisión.

La investigación reciente, sin embargo, ha suministrado una cantidad de material y, con ella, un estado del conocimiento que, según opinión de quien escribe, es más que suficiente para considerar la segunda posición como la más probable. Ya se han presentado algunos de los datos que fundamentan esa estimación. A continuación se repiten resumidos y completados con más datos.

#### LOS NOMBRES DE LOS ATACANTES Y DE LA CIUDAD ATACADA SON MICÉNICOS

1) Las designaciones globales de la historia de Troya para la alianza de atacantes: «Dánaos» y «Aqueos» son indudablemente históricas. En la época micénica de la historia griega, fueron las denominaciones de uso internacional (Egipto, Hattusa) de los habitantes de Grecia. Es improbable que pudieran haber sobrevivido mucho tiempo al derrumbe de la unidad estructural micénica en las partes y partículas aisladas resultantes en el seno del recuerdo de transmisión oral de la época posterior a la catástrofe. Y no había bibliotecas ni archivos como apoyos de la memoria. Esas designaciones no son elementos marginales, sino par-

tes sustentadoras del armazón general de la historia de Troya. Si la historia se hubiera «calculado remotamente» en los siglos IX/VIII, entonces los atacantes tendrían denominaciones que eran de uso en Grecia en la época de ese cálculo remoto, y no justamente esas que las personas de los siglos IX/VIII no usaban; en consecuencia, las designaciones «dánaos» y «aqueos» no existirían en la poesía de Homero. Pero no sólo existen, sino que incluso son partes esenciales y funcionales de un sistema de sustitución métrica. La conclusión es de toda evidencia: no sólo ellas mismas, sino también el sistema resultante de ellas, datan de una época en que ese complejo de designaciones era realidad viva. Esa época era la micénica.

2) Las dos denominaciones empleadas en la historia de Troya para el escenario de la confrontación militar entre atacantes y defensores, *Wilios* y *Troie*, son igualmente históricas. Son variantes en lengua griega de dos nombres de lugar que, en los documentos hititas, aparecen como *Wilusa* (con formas secundarias) y (según la más alta probabilidad) *Tru(w)isa*. También estas denominaciones son partes sustentadoras del armazón general de la historia de Troya. El lugar *Wilusa* —el topónimo *Tru(w)isa* lo dejamos al margen de esta discusión, como problema debatido— fue definitivamente abandonado, según los conocimientos de la excavación de Korfmann, como más tarde, alrededor de 950 a. C.,<sup>289</sup> es decir, a partir de ese momento no hubo allí pobladores estables. Si, *en definitiva*, el nombre del lugar en 950 fuera todavía el mismo que durante la época floreciente de la población en la época hitita, o sea, el mismo que en 1200/1175, entonces sólo podía haber sonado como *Wilusa* o algo semejante, pero no *Wilios*; porque *Wilios* es la variante griega del nombre. Y los continuadores de la población de cultura avanzada de la época hitita (= Troya VI/VIIa) no eran griegos, como sabemos, sino colonos llegados del área balcánica que ha-

blaban una lengua no griega, de modo que está descartado que se hubieran apropiado de la denominación de extranjeros griegos para su población. Si partiésemos de la tradición local, ese nombre que no sería Wilios tendría que haber llegado hasta Homero, por intermedio de pastores y habitantes del entorno más o menos lejano, a lo largo de doscientos años y, por supuesto, con la w inicial. En consecuencia, Homero tendría que haber oído en el siglo VIII una variante del nombre *Wilusa* que conservara la w inicial. Y como en su dialecto griego, el jónico, no había w, primero tendría que suprimirla y, luego, a partir de ese nombre que no era *Wilios*, formar un *Ilios*, además, de manera que no indicara una variante anterior con w.

Pues bien, ése *no* es precisamente el caso: el nombre *Ilios* aparece en la *Ilíada*, en los diversos casos de la declinación, un total de 106 veces. En 48 de ellas, es decir, alrededor del cuarenta y cinco por ciento de los casos, todo el verso en cuestión es métricamente correcto sólo si completamos el inicio de *Ilios* con una w. En los demás 47 pasajes, es decir, otro cuarenta y cinco por ciento de los casos, no se puede decidir si la palabra sonaba originalmente *Wilios* o *Ilios* (de ellos, en 34 ocasiones, sólo porque la palabra está en el principio del verso, así que pudo haber sonado originalmente *Wilios*), y sólo en 11 pasajes, que son alrededor del diez por ciento de todos los casos, no se puede reponer la w inicial sin que el verso se eche a perder métricamente. De modo que la w está firmemente arraigada en el texto homérico.

De eso se sigue, en coincidencia con las conclusiones que deben extraerse del desciframiento de la Lineal B, que ni el propio Homero se inventó el nombre del escenario de su acción, ni tampoco lo tomó de la tradición local de habitantes no griegos de la Tróade en el siglo VIII. Más bien pudo haberlo escuchado únicamente de griegos que pronunciaban la w.



Esos griegos pronunciantes de w pudieron haber sido, teóricamente, griegos eolios. Pero éstos se pusieron en contacto desde la isla Lesbos con los habitantes indígenas de la Tróade, como muy pronto, en el siglo VIII. Si queremos partir de la tradición local, entonces el topónimo *Wilusa*, adherido al lugar, tuvo que ser conservado por habitantes no griegos de la Tróade desde el abandono de la población en 950, a lo largo de ciento cincuenta años. Después, los griegos eolios de Lesbos recién llegados tuvieron que transformar ese nombre que oían por primera vez en la forma griega *Wilios*. ¿Y qué pasa con la historia de Troya vinculada al nombre? Pues tuvo que ser transmitida por los habitantes no griegos de la Tróade, junto con un nombre no griego de lugar, a los eolios de Lesbos, o bien los eolios de Lesbos la inventaron y añadieron al nombre recibido.

Ésta sería una historia del nacimiento del nombre de lugar griego *Wilios/Ilios* tan altamente complicada y una forma de nacimiento de la historia de Troya tan lindante con lo prodigioso, que ambas deben darse por irreales. A la vista de la suma antigüedad de las designaciones de los atacantes del lugar: «achaioi» y «danaioi», y su sólido arraigo en la poesía hexamétrica griega, se puede dejar sin grave pérdida que se venga abajo toda esa complicada construcción. El proceso más probable es radicalmente más sencillo: las denominaciones de lugar *Wilios* y *Troie* proceden, como las de los atacantes «achaioi» y «danaioi», de la realidad viva de la época micénica. No han llegado hasta Homero mediante una tradición local dentro de la Tróade, sino fusionadas en la poesía hexamétrica griega ya en la propia época micénica.

La historia de Troya de la *Iliáda* presupone, como ha mostrado la lectura de la Lineal B, relaciones políticas y económicas, que fueron efectivamente realidad en esa combinación dentro de la historia griega que conocemos; pero lo fueron durante una sola época: la micénica. No es preciso repetir las constataciones generales de esa semejanza que salta a la vista. Lo que hace falta es, más bien, una precisión de la imagen. La haríamos si fuera suficiente un bosquejo y no un acopio de detalles que haría necesario otro libro completo. En lugar de eso, entresacaremos un dato aislado que desde siempre ha apuntado al origen micénico de la historia de Troya y cuyo valor probatorio en la investigación aún no puede darse por definitivamente seguro. Nos referimos a las *procedencias* de los atacantes que se presuponen en la historia de Troya. Hasta mediados de los noventa, la investigación no podía decir de manera concluyente si, bajo esas procedencias mencionadas en nuestra *Iliáda*, hay algunas cuyos nombres y posiciones exactas sólo podían ser conocidas en la época micénica de la historia griega. Esa inseguridad ha terminado de manera definitiva desde 1994-1995, merced a un nuevo hallazgo en el que se sigue trabajando y que incluso en los círculos de los especialistas es apenas conocido. Pero, para ponderar en su valor la importancia de ese nuevo hallazgo, tenemos que arrancar desde más atrás. Se trata de una materia especial de la investigación de la *Iliáda*, el llamado catálogo de naves.

## El «catálogo de naves»

### *El estado de la cuestión*

La *Iliáda* incluye una pormenorizada enumeración de las naves en las que los aqueos se embarcaron a Troya y

de la procedencia de sus tripulaciones. El poeta sitúa esa lista en su historia de Aquiles antes de la partida de los aqueos a la primera batalla. La lista abarca 267 versos del segundo canto de la *Ilíada* (494-759). Enumera 29 contingentes atacantes que forman una unidad geográfica y política de entonces. Cada registro de los 29 está construido según el mismo esquema estructural: 1) Denominación de la región y enumeración de los lugares de donde fueron enviados hombres para la expedición de Troya. 2) Nombres del o de los comandantes. 3) Cantidad de naves y fuerzas en cada una de ellas. En total se reúnen 1.186 naves y unos cien mil hombres.

Antes de plantear nuestra pregunta efectiva, intentemos aclarar una previa: ¿cómo se le ocurre a un poeta de una epopeya narrativa incluir semejante estadística en su poema? ¿No es la estadística algo antipoético? ¿Qué atractivo poético radica en poner en verso largas series de nombres de lugar y persona? Y, por parte del público: ¿no era espantosamente aburrida la audición de 267 hexámetros que sólo consistían esencialmente en nombres? Son preguntas que sugiere el punto de vista actual. Desde el punto de vista de la audiencia de una epopeya antigua, no es así. Listas semejantes tuvieron precisamente en la poesía rapsódica una larga tradición. Y esa tradición incide en un dato de la realidad. Desde que existe la escritura, o sea desde alrededor de 3200 a. C., los reyes y soberanos de todas las culturas escritas hicieron saber con gusto la magnitud de sus victorias mediante números, después de la conclusión de grandes empresas militares, en sus informes de expediciones bélicas que solían cincelarse en monumentales inscripciones en templos y paredes rocosas: cuántos combatientes y carros de guerra se reclutaron, de qué lugares, cuántos países y poblaciones se tomaron en total, cuántos prisioneros se hicieron y así sucesivamente. Enumeraciones de esa índole —catálo-

gos— asombran ya desde la misma masa de sus renglones, impresionan, irradian poder (un efecto que hoy se busca con el mismo interés, como muestran los archiconocidos gráficos y pictogramas que en el preludio de todo conflicto militar centellean en nuestras pantallas). Pero semejantes enumeraciones son sólo un reflejo de la realidad: quien va a emprender una expedición de guerra, debe primero calcular sus probabilidades, es decir, conocer sus propias fuerzas y las del contrario. Éstas sólo puede estimarlas en grueso, las propias intenta detallarlas sin lagunas mediante muestras, recuentos y registros. Así se reúnen números, nombres, lugares y procedencias; su conocimiento posibilita formar regimientos, divisiones, escuadras y armadas, organizarlos con mandos y prepararlos para la acción. El balance de la fuerza de tropa es una parte inseparable del armamento, parte componente de toda guerra.

La epopeya, como género poético que informa de grandes hechos y que no sólo está vinculado a los informes de hazañas de los reyes y señores, sino que informa exactamente e incluso representa el traslado de las monumentales inscripciones de datos a la narración detallada y colorida para un público hambriento de detalles y emociones, no va a renunciar, como es natural, a un elemento semejante. Si el trasfondo de la *Ilíada* griega, que pertenece a esa tradición épica, es una historia de guerra, entonces un catálogo de tropa le es consustancial. Desde luego, se puede preguntar: ¿tenía que ser tan largo como el de nuestra *Ilíada*? Porque la epopeya no es un documento oficial del mando militar, ni un informe o documento para los anales del reino.

No sólo el público poco familiarizado con la épica antigua, tampoco muchos especialistas saben a ciencia cierta, según su experiencia, qué significa verdaderamente este catálogo de tropas en nuestra *Ilíada*. Como se ha di-

cho, abarca 267 hexámetros, y enumera 29 contingentes. Como cada uno de esos contingentes proviene de un distrito del país aqueo, disponemos de una especie de mapa de Acaya. Ése no es su propósito porque, según reza la introducción (2, 492) sólo se nombran los grupos con sus mandos que marcharon contra Ilios, y eso significa que —cosa que a menudo se pasa por alto en la investigación— regiones que no presentaron contingente alguno para la expedición de Troya tampoco van a ser nombradas, o sea que no se persigue una descripción sin lagunas del país, sino un balance de reclutamiento. Pero, cuando en una unidad geográficamente tan pequeña como Grecia se enumeran no menos de 29 partes relativamente extensas, incluyendo islas, eso debe dar lugar por fuerza a algo parecido a un «mapa en palabras» —ciertamente no sin lagunas, pero muy pegado al terreno—. Ese efecto procede de que en la enumeración se mencionan no menos de 178 nombres geográficos, nombres que, en gran parte, han permanecido hasta hoy, de modo que podemos reconocer Grecia en esa lista de tropas reclutadas. El autor del último análisis detallado de esa pieza valiosa, tantas veces recorrida, de la poesía hexamétrica griega, Edzard Visser,<sup>290</sup> ha perfilado así, en 1997, la zona descubierta por esos nombres:

La extensión descrita abarca toda Grecia: en dirección norte-sur, desde la desembocadura del Peneo [Tesalia, al sur del Olimpo] hasta Creta, y de este a oeste, desde la isla de Cos, próxima a la costa de Asia Menor, hasta el mar Jónico con las islas Itaca y Zaquinto [...].<sup>291</sup>

Los 178 nombres con los que se describe esa región ocupan, en grupos de uno a tres, 91 versos de los 267 totales. Puede decirse que una tercera parte del catálogo consiste en nombres de lugar.

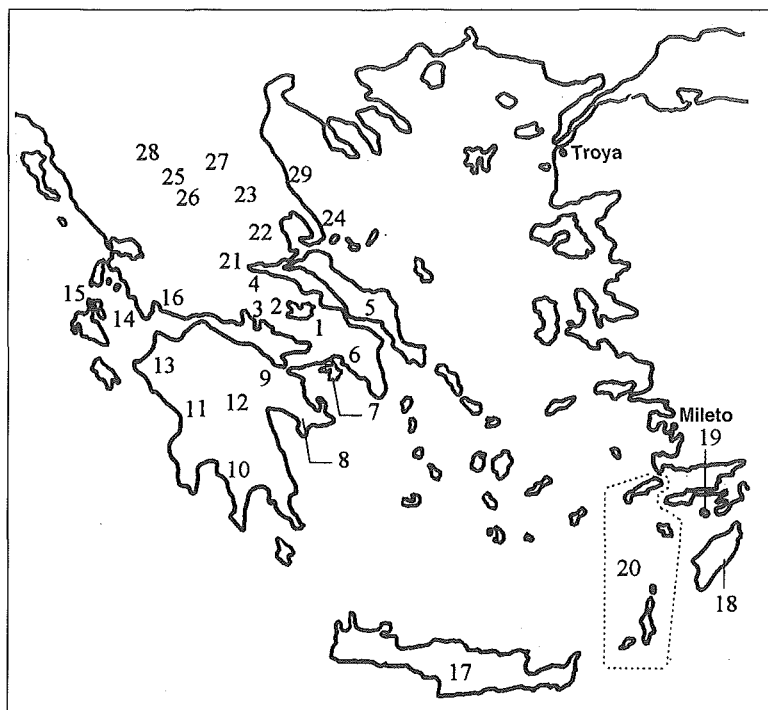
Para la comprensión de nuestra argumentación será

útil hacerse la idea más clara posible de qué sistema se oculta tras esa enumeración de nombres de lugar. Intentaremos ilustrarlo con un ejemplo análogo. Imagínese oír un texto como éste:

Los que habitaban Sajonia, el país del Elba y el Elster,  
los que poblaban Dresde y la industriosa Lepizig,  
y los que poseían Chemnitz y Meißen, y la hermosa Freiberg,  
y los que se asentaban en Döbeln y Crimmitschau, y también  
en Riesa,  
además vivían en Eilenburg y Wurzen y Borna, la pulcra,  
también aprovechaban Grimma y Bautzen y Pirna,  
a la orilla del agua,  
los acaudillaba Augusto el Fuerte, hábil en la lucha y el mando,  
y le seguían cuarenta naves, con negra pez alquitranadas.

De esta guisa se presentan 29 bloques textuales. Como en primer lugar se suele nombrar un país (aquí remedado con «Sajonia») o la mayor ciudad de una comarca (en nuestro ejemplo, las grandes ciudades Dresde y Leipzig) y como esos nombres de comarca o ciudad y las poblaciones designadas con ellos han permanecido igual en muchos casos desde su mención en este catálogo durante la época poshomérica (a menudo, hasta hoy), estamos en disposición de identificar al menos las comarcas, distritos y regiones aludidas. Es más difícil en el caso de los nombres de poblaciones aisladas más pequeñas. Unos ciento cincuenta años después de Homero, los mismos geógrafos especialistas griegos avezados en investigación científica no sabían dónde estaban las poblaciones de muchos nombres, y muchas veces la investigación moderna sabe tan poco como ellos.

Esto plantea una serie de preguntas. De entrada, encaramos sólo una, la más importante: ¿cómo ha conseguido el autor del catálogo esa enorme cantidad de nom-



**Figura 22:** Los contingentes del catálogo de naves de la *Iliada*.

- |  |   |
|--|---|
| 1. Beocia (Peneleo, Leito, Argesilao, Protoenor, Clonio) | 14. Islas jónicas occidentales (Meges)      |
| 2. Región Miniea (Ascálafo, Yélmeno)                     | 15. Islas jónicas orientales (Odiseo)       |
| 3. Focea (Esquedio, Epístrofo)                           | 16. Etolia (Toante)                         |
| 4. Locrea (Ajax Locrense)                                | 17. Creta (Idomeneo, Meriones)              |
| 5. Eubea (Elefenor)                                      | 18. Rodas (Tlepólemo)                       |
| 6. Atenas (Menesteo)                                     | 19. Sima (Nireo)                            |
| 7. Salamina (Ajax Telamón)                               | 20. Espóradas meridionales (Fidipo, Antifo) |
| 8. Argólida meridional (Diomedes, Esténelo, Euríalo)     | 21. Región Esperqueia (Aquiles)             |
| 9. Argólida septentrional/Acaya (Agamenón)               | 22. Ptia (Protesilao, Podarque)             |
| 10. Laconia (Menelao)                                    | 23. Pelasgia (Eumelo)                       |
| 11. Mesenia noroccidental (Néstor)                       | 24. Magnesia (Filoctetes/Medeón)            |
| 12. Arcadia (Agapenor)                                   | 25. Hestia (Podalirio, Macaón)              |
| 13. Élide (Anfímaco, Talpio, Diores, Polixeno)           | 26. Tesalia o Timfaia (Eurípilo)            |
|  | 27. Perraiibia (Polipoite, Leonteo)         |
|  | 28. Región de Pindo (Guneo)                 |
|  | 29. Peneo/Pelión (Protóo)                   |

bres? No podemos deducir que la aprendió en la escuela o haya manejado diccionarios y atlas. Aún no había nada de eso en el siglo VIII a. C. Nos encontramos con la situación de que un rapsoda griego, en la parte griega de Asia Menor, desea narrar una historia de una gran expedición de guerra de la prehistoria de sus antepasados griegos contra la ciudad fortificada de Troya y necesita para eso una lista de los lugares de procedencia de los antiguos guerreros griegos de Troya. ¿De dónde la obtiene? Hemos visto en nuestra imitación que ya una única entrada para un contingente en nuestra *Iliada* no sólo incluye muchos nombres de ciudades, sino también muchos inusitados: ¿quién de nosotros mismos, hoy, en una época de acumulación de saberes, sería capaz de bosquejar Sajonia espontáneamente, de manera análoga a como lo hace el autor del catálogo con sus regiones griegas? La mayoría sabría nombrar Dresde y Leipzig, acaso también Chemnitz y Meissen. Pero, aparte de los habitantes de esas comarcas, ¿quién sabría mencionar de improviso lugares sajones como Crimmitschau, Borna o Eilenburg, Döbeln o Wurzen? Y esto debiera valer no sólo para mortales corrientes, sino también para políticos y economistas del más alto rango. Sin embargo, el autor del catálogo lo ejecuta no sólo en un caso, sino igual de bien en veintinueve. Y del resultado de su ejecución dice el último investigador que se ha ocupado de manera intensiva del catálogo de naves:

A Homero no se le pueden verificar errores efectivos en ninguna parte.<sup>292</sup>

En todo el catálogo, hasta donde hoy podemos cotejar sus datos geográficos, no hay efectivamente ni un solo caso de localización errónea como, por ejemplo, —por seguir con nuestra analogía— si apareciera Greifswald en Sajonia o Borna en la comarca del Ruhr. Así que no te-



nemos delante una fantasía —porque, como queda dicho, todos los nombres que podemos controlar son reales—, ni una mezcla arbitraria —porque los nombres designan lugares que, de hecho, hasta donde sabemos, pertenecen a la región descrita.

Ahora podemos repetir nuestra pregunta: ¿cómo ha conseguido el autor del catálogo ese resultado? Por supuesto, uno es proclive a dar la respuesta siguiente: ha recorrido Grecia, ha visitado todos los lugares que cita, apuntado sus nombres y, luego, a partir de ese material, ha perfilado y nombrado las regiones. De hecho, esa respuesta ha sido ofrecida, una vez a modo de tanteo, por al menos uno de los numerosos investigadores del catálogo en la larga historia de tratamiento del problema: el prehistoriador de Genf Adalberto Giovannini formuló en 1969:

Notables, completos, precisos, los datos geográficos del catálogo plantean la difícil pregunta de dónde proceden y qué propósito perseguía quien los reunió. Si se quiere ver en el autor del catálogo a un rapsoda itinerante que tiene entusiasmo por la geografía, la pregunta se contesta ella sola: el motivo de recopilar los nombres de las ciudades de Grecia estaba inmediatamente en la intención de enumerar los participantes en la guerra de Troya, con una labor que tuvo que costar a quien la llevó a cabo un considerable tiempo y además una nada escasa tenacidad.<sup>293</sup>

En las últimas palabras asoma ya el escepticismo que el investigador contrapone a su propia conjetura. Y, de hecho, ya en la siguiente parrafada se desestima esa conjetura:

Pero todo se pronuncia por la suposición de que el autor del catálogo no reunió él mismo sus datos geográficos, sino que se sirvió de una lista que debió de realizarse con otro propósito y que él sólo adaptó esa fuente a las exigencias de su poema.

Igualmente, en 1960, otro investigador experimental, el filólogo homérico Wolfgang Kullmann, extrajo de sus indagaciones la conclusión:

De entrada, se constata el parecer de que el catálogo se ha tomado, con ciertos cambios, de una fuente.<sup>294</sup>

¿Qué reflexiones hacer ante estas respuestas? Giovannini las ha señalado en la primera cita al nombrar los factores de entusiasmo geográfico, tiempo y tenacidad. Para poder imputar a un rapsoda la recopilación y ordenamiento de los 178 topónimos contenidos en el catálogo, tendríamos que hacer una serie de suposiciones que no serían realistas a la luz del desarrollo cultural griego. Primero de todo, supondríamos ánimo investigador en el «rapsoda itinerante» en cuestión. Ánimo investigador en la cantidad precisa que no surgió entre los griegos hasta alrededor de 600 a. C., en Mileto y, por cierto, como resultado de la presión que la gigantesca masa de nuevas informaciones entrantes produjo con motivo del movimiento colonizador de los siglos VIII/VII.<sup>295</sup> Ya nos hemos hecho idea clara de lo que un «rapsoda itinerante» tendría que haber llevado a cabo aquí en concreto: para llegar a todos los lugares mencionados en el catálogo, tendría que caminar o cabalgar a todo lo largo y ancho de Grecia, luego, además de esos viajes por el país, tendría que emprender una serie de viajes en barco a las islas, a Itaca, Leucas, Cefalonia, Zaquinto, Sima, Cos, al sur y este, tendría además que fijar por escrito los resultados y, al final, situar todo el material en un mapa para una imagen general coherente. Para ello, no sólo serían precisos los factores mencionados por Giovannini, tiempo y tenacidad —y, además, medios de pago—, en una cantidad que parece difícilmente imaginable en un «rapsoda itinerante» individual, sino también el empleo de la escritura

y una conciencia metódica científica ligada con el uso de la escritura, tal y como en Grecia no nos encontramos, en el campo geográfico, hasta los siglos VI/V a. C., en los primeros *histores* (deseosos de saber) Hecateo de Mileto y Herodoto de Halicarnaso.

Una empresa investigadora, como la que se presume en el registro geográfico de Grecia existente en el catálogo de naves, tan elaborada, ejecutada sin errores y correctamente anticipadora de los resultados de la moderna geografía griega, es inimaginable en todo el espacio habitado griego en el siglo VIII o VII a. C. Ante este hecho, tampoco se sostiene el subterfugio propuesto a veces de que la recopilación de datos se llevó a cabo por varios rapsodas. Es completamente irreal suponer que algún rapsoda empezó alguna vez a hacerlo y que luego otros le suministraron los necesarios complementos y llenaron las lagunas. Semejante labor de recogida no se ejecuta porque sí, es necesario un plan. No tenemos ningún punto de apoyo de que pudiera existir, en los siglos VIII/VII a. C. (o incluso en los «siglos oscuros» previos), ninguna instancia central en Grecia continental o en la Jonia de Asia Menor que pudiera poner en marcha, coordinar y aprovechar semejante recogida de datos, para el fin que fuera.<sup>296</sup>

Nuestra pregunta dice: ¿quién recogió los datos geográficos reunidos en el catálogo de naves? La respuesta de que los datos se recopilaron por un rapsoda (o por varios) no resiste un análisis sereno. Y con ello queda fuera de consideración la opinión a veces sostenida de que la reunión de datos se debe al poeta de nuestra *Ilíada*. De otra reflexión se desprende que aquel rapsoda que compuso la *Ilíada* y al que llamamos Homero no reuniría los datos del catálogo de naves, si es que *hubiera podido* hacerlo, en todo caso para la *Ilíada*, sino para una historia mucho mayor.

La catalogación se realiza en base a las naves: «Los

hombres de la región A fueron mandados por X. Le seguían noventa naves». — «Los hombres de la región B fueron mandados por Y. Le seguían cuarenta naves», y así sucesivamente. Semejante suma de naves sólo puede tener sentido en una historia que quiere contar una expedición a ultramar de una flota aliada (nótese que en una guerra terrestre no se necesitan naves) y que, para eso, primero ha de constituir la flota. La historia de Troya *es* la historia de una expedición a ultramar. Es, pues, más que probable que una reunión de flota era un componente inicial integrante de ella. Según toda lógica, esa descripción de la reunión de la flota debió tener su lugar, en la narración, en el pasaje en que los aqueos se reunían para la expedición marítima contra Troya, y no en el pasaje donde la encontramos en nuestra *Ilíada*, a saber, antes de la partida de las tropas aqueas al campo de batalla, en el noveno/décimo año de sitio de la ciudad.<sup>297</sup> Pero eso significa que el catálogo de naves no pudo haber sido elaborado para la historia de *Aquiles*.

Esta conclusión está sostenida por muchos detalles sueltos que aquí, por motivos de espacio y en favor de la brevedad, no podrían exponerse completamente. Nos tenemos que limitar a un solo punto: el catálogo enumera como mandatarios de determinados contingentes a comandantes que, inmediatamente después de su mención, son expresamente «borrados» como personajes de acción de nuestra *Ilíada*. Dos ejemplos:

Ejemplo 1: segundo canto, versos 716-723:

Los que apacentaban en Metona y Taumacia  
y habitaban Melibea, también Olizón, rudo terreno,  
los mandaba *Filoctetes*, diestro con el arco,  
[...]

Pero se quedó en la isla, sufriendo fuertes dolores,  
en la sagrada Lemnos, le habían dejado los aqueos...

Y, en la conclusión, se recuerda con unas palabras la historia de Filoctetes: en la travesía de la flota aquea, Filoctetes fue mordido en una escala por una serpiente venenosa y desde entonces tenía una herida incurable en el pie, por cuyo motivo los camaradas lo habían dejado en la isla de Lemnos.

Ejemplo 2: segundo canto, versos 695-699:

Los que moraban en Fílace, y Pírase la abundante en flores,  
país sagrado de Deméter, e Itón, matriarca de ovejas,  
así como la costera Antrón, y Pteleo, bendecida de prados:  
los mandaba *Protesilao*, el héroe aguerrido, caudillo  
para el combate,  
mientras vivió; pero entonces lo ocultaba la tierra,  
negruzca ya.

Protesilao —así se dice escuetamente luego— fue, cuando el desembarco de la flota en la costa de la Tróade, el primero en saltar a tierra y lo mató un troyano.

En su comentario de la *Iliada* de 1985, Geoffrey Kirk se preguntaba con razón ante estos pasajes:

¿... dónde radica el motivo de inventarse algo para corregirlo inmediatamente después, como en el caso de Protesilao y [...] Filoctetes?<sup>298</sup>

La solución la expresaba el propio Kirk: el poeta de nuestra *Iliada*, es decir de la historia de Aquiles, se ha encontrado con que los dos héroes ya estaban en la historia de Troya (de quien quiera que ésta proceda). Ambos figuraban como participantes en la expedición que allí se narra *antes* de que la flota zarpara de Grecia y estaban por eso incluidos, como es natural, en el catálogo de la asamblea de partida. En el pasaje donde el poeta de nuestra *Iliada* ha situado el catálogo en *su* historia, nueve años *después* de la salida de Grecia, ambos héroes, en razón de los

nueve años transcurridos de la historia general de Troya, o bien no están presentes en Troya (Filoctetes), o bien ya han muerto (Protesilao). Nuestro poeta de la *Iliada*, que los encuentra en el catálogo de la asamblea de partida de la historia de Troya, no puede por eso hacerles actuar, en el *noveno/décimo* año de sitio, en su pequeña historia de cincuenta y un días. Pero, por lo visto, tampoco era posible su total abandono. ¿Por qué? Sólo hay una razón imaginable: porque le eran conocidos, del catálogo original de la reunión de la flota, tanto al poeta mismo como, sobre todo, también a su público, y simplemente pertenecían a la historia como «grandes héroes», de modo que su mención, por supuesto, se esperaba. ¿Qué hacer entonces? El poeta encuentra la solución en hacerse cargo, sí, de ellos, pero para eliminarlos enseguida.

Aparte del criterio narrativo de nuestro poeta de la *Iliada*, lo que significa ese ardid inevitable es que el poeta de nuestra historia de Aquiles conocía un catálogo de naves como componente de la historia de Troya (no tenía que ser, desde luego, el mismo exacta y literalmente que ahora leemos). Pero dado que él emplea la historia de Troya, en su historia de Aquiles, sólo como marco que no va contando de manera cronológicamente sucesiva, sino que sólo trasluce puntualmente, como ya hemos visto, y dado que él quiere contar en detalle, con su historia de Aquiles, exclusivamente algo del *noveno/décimo* año de sitio ante Troya, y no de la época de antes de la partida de la flota en Grecia, tiene que desplazar el catálogo de naves de su posición original en la narración (lugar de la reunión de la flota en Aulis, Beocia) si es que quiere hacer un registro de los atacantes. Sólo había una posición posible en el estrecho marco de su historia de cincuenta y un días del *noveno/décimo* año de sitio, inmediatamente antes del inicio del combate, es decir, en la partida del contingente al campo de batalla en Troya. Esa nue-

va posición no es, ciertamente, lógica para un catálogo de naves, pero aún podía parecer aceptable al público.<sup>299</sup>

Un catálogo de naves como el que leemos ahora en nuestra *Iliada* no podía servir como fundamento del contexto que él utiliza en nuestra historia de Aquiles, sino sólo como fundamento del gran contexto de la «guerra de Troya». Pero como el poeta de nuestra historia de Aquiles puede utilizar muy bien ese catálogo, porque los personajes principales de la historia de Troya (y, con ello, también de la «guerra de Troya») también lo son de su pequeña historia, incluye grosso modo el catálogo ya existente, aunque lo acomoda al nuevo pequeño contexto, donde le conviene, mediante explicaciones dentro de cada entrada.

Con esto, vamos a parar de nuevo a nuestra pregunta inicial: ¿quién ha reunido los datos geográficos del catálogo de naves y cómo ha llevado a cabo esa labor? Si no fue un rapsoda —o sea, tampoco Homero—, ¿quién, entonces?

### *Probabilidades hasta ahora*

Hasta ahora sólo hemos indicado que la historia de Troya —con un componente que es el catálogo de naves— era anterior al poeta de nuestra *Iliada*. Pero sigue planteada la pregunta de *cuánto tiempo* hacía que era conocida la historia de Troya, es decir, cuándo se ideó. Ya ha quedado claro en los capítulos previos, antes de la referencia al catálogo de naves, que no pudo ser en los siglos VIII/VII, porque el autor de nuestra *Iliada*, que componía versos en el siglo VIII, ya insertó su historia de Aquiles en la de Troya. Para lo sucesivo, ha quedado mostrado en los últimos capítulos,

- primero, que la historia de Troya, según su propia lógica como historia de una expedición a ultramar, tiene que haber incluido *siempre* un catálogo de naves.

• segundo, que ese catálogo de naves, en una u otra versión modificada, sigue siendo concebible en nuestra *Ilíada*.

Con esto, ahora tenemos una clave en la mano: mediante el catálogo de naves de nuestra *Ilíada* podemos intentar, con posibilidades de éxito, determinar el momento del nacimiento de toda la historia de Troya. En el presente capítulo resumimos lo que la investigación ha averiguado hasta hoy.

El punto de partida de toda posterior reflexión tiene que ser el hecho de que no se ha probado que ninguno de los 178 nombres geográficos contenidos en el catálogo de naves fuera inventado; la mayor parte de ellos nos son conocidos también por fuentes extrahoméricas que no siempre, ni mucho menos, podrían remontarse a Homero.<sup>300</sup> El segundo hecho importante es que la región comprendida en esos nombres, como se ha mostrado, viene a ser la de Grecia, pero en una partición política que, en algunos casos, no corresponde a la que conocemos históricamente.

La pregunta es, entonces, con qué época de la historia griega se podría hacer corresponder ese espacio habitado. Hasta hace poco, la investigación emitía dos respuestas: o bien ese espacio habitado que se deduce del catálogo de naves aqueas de la expedición contra Troya es idéntico al de la época del poeta de la *Ilíada*, o sea, al del siglo VIII a. C., y, en ese caso, el catálogo sería un producto de ese siglo —entretanto, ya hemos visto que esta solución no se sostiene—, o bien ese espacio habitado es idéntico al de los griegos de la época micénica y entonces la información geográfica del catálogo procede de esa época. El último investigador de este problema sin salida se ha decidido por la segunda posibilidad, por motivos que no son idénticos a los nuestros:



... ese espacio puede coincidir aceptablemente con la región donde se extendió la cultura micénica de los niveles A y B (es decir, la época entre 1400 y 1200 a. C.).<sup>301</sup>

Ese «aceptablemente» se debe a que, visto en puridad teórica, hoy no es posible un porcentaje de decisión segura entre ambas posibilidades, porque no conocemos con precisión los espacios habitados de ambos períodos: no disponemos de un mapa de Grecia de ninguna de las dos épocas. Sólo podemos cotejar probabilidades. No obstante, pese a nuestro déficit de conocimiento, creemos poder ver lo siguiente: casi una cuarta parte de los lugares mencionados en el catálogo ya no era localizable geográficamente para los griegos de la era histórica.<sup>302</sup> Eso sólo puede significar que esos lugares ya no tenían población en el siglo VIII. Si hubieran estado habitados entonces y, en consecuencia, un poeta del siglo VIII los hubiera incluido en un catálogo preparado por él mismo, entonces, a la vista del significado cultural de la *Ilíada* para la cultura griega de la posteridad, o bien sus nombres se habrían mantenido, o bien, si se abandonaron tras su inclusión en el catálogo, los parajes donde estuvieron no se habrían olvidado.

Pero si esos lugares ya no existían en el siglo VIII en Grecia, entonces sólo queda una salida para preservar la suposición de que el catálogo fue recopilado por un poeta de ese siglo (o posterior), y es probar que ese poeta se inventó los nombres en cuestión por razones métricas, es decir para rellenar tal o cual hexámetro. Eso no se puede probar. Y hasta una sospecha en ese sentido tiene escasas probabilidades, primero, porque esos nombres de lugar tendrían que ser nombres genéricos de fácil invención, del tipo de «Valdeprado», «Villaseca», «Aldearriba» —cosa que no son— y, segundo, porque el autor del catálogo para relleno de lagunas y terminaciones de versos

utiliza generalmente *adjetivos* que añade a los nombres de lugar («florida», «arbolada», «serrana» y semejantes), habría pues usado ese medio en los casos que aquí tratamos, en lugar de tomarse el trabajo de inventar nombres de lugar.

La más probable solución del problema consiste en la suposición de que esos topónimos y lugares ya no existían en el siglo VIII (o posterior), pero que existieron antes y que fueron lo bastante grandes como para suministrar tripulaciones para una expedición naval. Para estar en esa disposición tenían que ser relativamente importantes en su época o, en todo caso, ser conocidos. Esa época, según la situación de las cosas, no ha podido ser la de los «siglos oscuros», sino únicamente la micénica. En consecuencia, los topónimos debieron de mantenerse en la tradición durante la época micénica a causa de la importancia de los lugares correspondientes.<sup>303</sup>

Las informaciones que contiene el catálogo de naves de nuestra *Ilíada* sólo pueden relacionarse en su estado básico con la época micénica de Grecia. Con ello, sin embargo, no queda dicho que esas informaciones debieran haber sido reunidas ya en la época micénica de Grecia para un inventario geográfico del tipo que nos encontramos hoy en la lista de los 29 contingentes de nuestra *Ilíada*. El contenido es ciertamente micénico en su estado básico, pero su presentación conjunta en una lista pudo ser efectuada en una época posmicénica; los datos pueden sobrevivir fuera de las listas.

La suposición de una original recopilación posmicénica de datos para un catálogo es, sin embargo, improbable. Esta aseveración se apoya en la hasta hoy más radical investigación del catálogo, por Edzard Visser, en 1997, y en la valoración resumida de esa valoración, en un artículo de 1998.

En su análisis, Visser señala tres importantes puntos

que son significativos para nuestra cuestión, pero que antes pasaron desapercibidos o poco menos:

La elaborada estructura del catálogo de naves como lista de nombres geográficos del tipo de un «extracto de un catastro geográfico proyectado por una autoridad administrativa» remite a una avanzada edad de la forma narrativa «lista de nombres».<sup>304</sup>

Esa forma narrativa que se usa con profusión en la *Ilíada*, aparte de en el catálogo de naves, en catálogos de personas en genealogías o descripciones de grupos, en catálogos de pretendientes, de homicidios y otras listas de esa índole, muestra una chocante semejanza con la *praxis registradora* burocrática en las culturas palacianas de la época micénica que nos aparece en las tabletas de la Lineal B.<sup>305</sup>

La integración específica de un catálogo *geográfico*, que en esencia es estatal, en la poesía heroica oral *narrativa* debe entenderse, antes que nada, en la función en que lo encontramos en nuestra *Ilíada*: como lista de tropa reclutada. Ahora bien, ¿cómo llegó a la *Ilíada* del siglo VIII semejante voluminosa lista de fuerzas militares que, sin duda, reúne a la población de casi toda Grecia para un propósito común? En los llamados «siglos oscuros», difícilmente puede concebirse la idea de una empresa común de tales dimensiones, a la vista de la fragmentación reinante en la época y la debilidad de los griegos:

Para un motivo así [...] no hay posibilidad efectiva entre la fase de la caída de los palacios micénicos y la época geométrica [se refiere al siglo VIII] de vincularse con un concreto resultado histórico [...] si hubo una empresa común que provocara la forma literaria del catálogo geográfico [...] es apenas concebible. El testimonio se pronuncia en favor de que se conocieron grandes empresas comunes en la época micénica, en la que regiones aisladas se aliaban para alguna incursión...<sup>306</sup>

¿Qué se deduce de esto? La idea de grandes empresas militares comunes contra una determinada potencia extranjera era completamente ajena a los griegos de los «siglos oscuros». Pero también lo es en el siglo VIII donde, ciertamente, se hacen travesías marítimas colonizadoras aisladas, pero no hay ideas invasoras. En cambio, un pensamiento semejante sí que se le debe ocurrir a una gran potencia cuyo rey se dirige al gran rey de los hititas como «¡Hermano mío!» y cuya flota, tras la eliminación de la supremacía naval de Creta, dominaba el Mediterráneo suroriental: Ahhijawa. Un catálogo de naves, como el que tenemos en nuestra *Iliada*, debió pertenecer original y efectivamente a una historia que se ideó en la época micénica. Como forma, puede haber pertenecido a cualquier historia micénica que cuente empresas comunes marítimas. Debió haber más de las que sabemos en la época micénica. Las expediciones agresivas navales a la isla de Creta y a la costa de Mileto, de las que sí tenemos noticia, sólo son algunas de las más significadas, por eso sabemos aún de ellas.

Pero aquella historia micénica que está indisolublemente ligada con el catálogo de naves que nos ocupa, a causa del personal enumerado en él, sólo puede haber pertenecido, en su forma aún sin adaptar ni enajenar, a la historia de Troya. Así que la historia de Troya debe haberse ideado en la época micénica.

Con eso coincide una circunstancia que desde siempre ha llamado la atención y a la que hasta hoy no se ha podido encontrar explicación razonable: el catálogo de naves de nuestra *Iliada* que, con sus 29 contingentes y 178 nombres geográficos, no deja apenas nada que desear en extensión y detallismo, señala como zona habitada por los «aqueos» la mayor parte de la zona continental todavía hoy griega —aparte de Macedonia y Tracia junto con las islas de enfrente como Tasos, Imbros, Lem-

nos—<sup>307</sup> así como una parte del mundo insular todavía hoy griego: las islas griegas occidentales, Creta, las Espóradas del sur, con inclusión de Rodas, Sima, Misros, Carpatos, Casos y Cos. Sin embargo, ignora las Cícladas, así como toda la costa occidental de Asia Menor entre Troya y Halicarnaso, junto con sus islas de enfrente (Lesbos, Quios, Samos). Pero toda esta última zona (excluimos las Cícladas) fue poblada por griegos, como más tarde, a partir de 1050 a. C.

La propia ciencia moderna aún no tiene certeza sobre el momento preciso de inicio de la población griega en la zona de Asia Menor; los mismos griegos que, antes de 800, carecían de cálculo exacto del tiempo, escritura o archivos, es decir, que no disponían de documento alguno, tampoco podían saberlo (pese a las aseveraciones que sostienen otra cosa). Pero lo que todo griego sabía con seguridad, fuera en Asia Menor o en la madre patria, en el siglo VIII a. C. —unos doscientos años después—, era el hecho de que toda la zona desde Lesbos al norte, hasta Rodas al sur, junto con la franja costera de Asia Menor, era en ese momento parte natural de Grecia. Eso quiere decir que todo poeta que, *después* de la colonización griega de Asia Menor occidental, hubiera proyectado un catálogo de fuerzas navales griegas que van a marchar contra Troya, habría incluido automáticamente también naves de esas zonas tan densamente pobladas en su época para la expedición de los aqueos; y dado que, para ese contingente, el lugar de reunión en Aulis hubiera sido estratégica y militarmente absurdo (¡cruzar dos veces el Egeo!) o bien habría situado el lugar de reunión en otra parte, o habría hecho unirse al contingente de Asia Menor con los griegos continentales en otro punto del Egeo, digamos una isla, para incluirlos en su catálogo de los aqueos en la llanura ante Troya. Si hubiera sido ideado por un poeta del siglo VIII, el catálogo del segundo canto de nuestra

*Ilíada* incluiría también contingentes de las grandes ciudades portuarias Mileto, Efeso, Esmirna y otras.<sup>308</sup>

Pero en la *Ilíada* y, por cierto, no sólo en el catálogo de naves, sino en todo el corpus de los 15.693 versos, esa zona no sólo no pertenece a Grecia, sino que —salvo pocas excepciones que aquí no podemos pormenorizar, pero fácilmente explicables, como se verá— ni siquiera existe. Ese punto ciego en nuestra *Ilíada* también ha llamado la atención desde el inicio de la moderna investigación homérica. Desde siempre se han repetido dos explicaciones contrapuestas: 1) El poeta de la *Ilíada* (o ya sus predecesores en la elaboración del argumento) ha (han) «arcaizado» a sabiendas. 2) El poeta de nuestra *Ilíada* no ha incluido esas comarcas en su figuración de la historia de Troya, porque en la tradición poética en que se encontraba no se le transmitió nada referido a ellas.

Quedémonos un momento con la primera explicación, la tesis de la «arcaización», porque es defendida todavía hoy e incluso con nueva intensidad. Según ella, Homero y sus inmediatos predecesores en la obra de invención de la historia de Troya, en el siglo VIII, habrían sabido con precisión que las ciudades eolias confederadas en la costa de Asia Menor occidental Cime, Larisa, Neon Teicos, Tamnos, Quila, Noción, Egiroesa, Pitane, Egei, Mirina, Grineon y Esmirna, así como las ciudades e islas jónicas más al sur, Samos, Quios, Mileto, Mius, Priene, Éfeso, Colofón, Claros, Lebedos, Clazomene, Eritre y Focea, y también finalmente las ciudades dóricas de Cnido y Halicarnaso con sus poblaciones pertenecientes, aún no existían en la época de la guerra de Troya<sup>309</sup> y, en consecuencia, habrían cuidado meticulosamente, en su extrapolación de un conflicto arcaico troyano a las ruinas de Troya aún visibles en su tiempo, de no mencionar ninguno de aquellos lugares y regiones, ríos y montañas, con una sola sílaba.

Los representantes de esa posición trabajan, desde Benedikt Niese en 1873,<sup>310</sup> con el concepto de una consciente «represión» de la mejor ciencia:

Es evidente que, en la *recreación* de Asia Menor, el poeta ha conseguido *reprimir* el presente y *crear* un país habitado por cicios, carianos, frigios, mayonios y paflagonios [...]. En la auténtica *Iliada* [quiere decir, excluyendo el catálogo del canto segundo], no hay mención alguna de la ciudades jónicas de Mileto, Esmirna y Efeso, por no hablar de pequeñas poblaciones, que al poeta de la *Iliada* debían serle muy conocidas.»<sup>311</sup>

Aunque el patriarca de la nueva investigación homérica, Albin Lesky, advirtió del extremo forzamiento del principio «arcaización» en la interpretación de Homero («confesamos desconfiar de la suposición de una arcaización programada...»)<sup>312</sup> se ha continuado por ese camino en los últimos años. Así, se ha terminado incluso por plantear que el poeta de nuestra *Iliada* habría extrapolado, a partir de las todavía visibles ruinas de Troya en el siglo VIII, y de los «complicados hallazgos arqueológicos» no sólo «la poderosa fortificación de Troya VI» y «una preterita incursión de los griegos micénicos», sino también «diversos estratos de restos» y «varias expediciones enemigas contra Troya».<sup>313</sup> Eso sería hacer de un rapsoda griego tradicional del siglo VIII a. C., un arqueólogo e historiador moderno del tipo de Schliemann/Korfmann, combinado con Starke/Hawkins —pero, además, superior a todos ellos, merced al don añadido de la clarividencia.

No vamos a detallar suposiciones todavía más exageradas en ese sentido que llegan a querer ver nacer toda la historia de Troya de los elementos «extrapolación», «especulación», «retrospección» e «informaciones por medio de conocedores de escrituras extranjeras (feni-

cios, babilonios, posiblemente anatolios)». <sup>314</sup> Porque eso significaría que debemos imaginarnos, ante cada uno de los lugares de los que sabemos, mediante excavaciones, que efectivamente fueron una vez poblaciones micénicas (descartando si en el siglo VIII aún eran visibles sus restos), imaginarnos, pues, ante todos esos lugares, que Homero (y/o otros rapsodas antes que él) igual que nosotros ante las ruinas de Troya, también se sentó o sentaron ante sus ruinas, o sea, las de Micenas, Tirinto, Tebas, Orcomenos y más de otros cien lugares antiguamente poblados en Grecia, y que él/ellos con el empleo de todos los métodos posibles de creación de información calcularon retrospectivamente la antigua magnitud, el antiguo aspecto, la antigua situación de soberanía del lugar en cuestión, incluyendo sus relaciones políticas y dinásticas con otros lugares y varias cosas más. A la vista de lo que se considera capaces de hacer a los primeros rapsodas griegos y Homero con semejantes ampliaciones de la tesis del cálculo remoto, sólo puede completarse la exclamación de Franz Hampl «¡la *Iliada* no es un libro de historia!» con «... ni Homero un cate-drático de historia».

Aunque se prescinda de estas consideraciones básicas, hay que hacerse cargo de la *intención* que un «cálculo remoto» de la historia de Troya habría de tener. Su propósito en la dirección fundamental de la fábula —aniquilación militar de una ciudad no griega— sólo podía ser la gloria de sus propios antepasados griegos. Los inventores de esta historia, procedentes de la Jonia asiática, precisamente los griegos asiáticos que se hacen especialmente cargo de la tradición y que compusieron la remotamente calculada *Iliada* justamente en esa región, ¿iban a excluirla? ¿No sería directamente contraproducente para su propósito?

El resultado de nuestro examen de la primera pro-



puesta de solución para la cuestión de la ignorancia de la parte griega asiática en nuestra *Iliada* viene a decir, con ello, que la teoría del cálculo remoto, en cuanto se le pregunta por la situación básica, de momento sólo puede ofrecer vagas suposiciones y conjeturas. No puede explicar racionalmente la ignorancia de los griegos asiáticos y todo el proceso iniciado por ellos de nacimiento de la historia de Troya en los siglos IX/VIII. Establecerla y continuarla como posible modelo explicativo era metódicamente correcto; pero ahora ha alcanzado un estadio en que empieza a mostrar que sus implicaciones conducen al absurdo. Para ser tomada en serio como hipótesis explicativa junto a otras, debe abolir esa sospecha mediante el esbozo de escenarios concretos. En su estado actual no puede responder a la pregunta de por qué nuestra *Iliada* no presta atención a la población griega de Asia Menor. De modo que pasamos al examen de la segunda propuesta de solución.

Ya en 1959, el filólogo inglés Denys L. Page, quien representaba a esta segunda propuesta, planteó una serie de cuestiones a los defensores de la tesis del cálculo remoto que, en esencia, siguen hasta hoy sin respuesta:

... muchos lugares que son nombrados en el catálogo ya no podían identificarlos los propios griegos en su época histórica [...] algunos de ellos fueron abandonados antes de la emigración dórica [se refiere a 1000 a. C y época posterior] y no volvieron a poblarse. ¿Cómo podía un poeta del período posdórico escoger semejantes lugares para su lista? ¿Cómo podía saber siquiera que existieron o cómo se llamaron? La importancia de grandes fortificaciones como Micenas podía ser deducida de sus restos visibles, pero ¿cómo podía el poeta saber algo de Dorión, que fue abandonada al final de la época micénica y no volvió a ser poblada? ¿Cómo podía escoger otros numerosos lugares que los geógrafos del tiempo histórico pesquisan de acá para allá sin encon-

trar ni rastro de ellos: *Nisa* «que no es hallable en ninguna parte de Beocia»;<sup>315</sup> *Kalliaros*, que «ya no está habitada»;<sup>316</sup> *Bessa* y *Ageiai*, que «no existen»;<sup>317</sup> *Mideia* y los viñedos de *Arne*, que «debieron ser tragados por el mar»;<sup>318</sup> *Eiones*, que «ha desaparecido»;<sup>319</sup> *Aipy*, «un nombre desconocido para la posteridad»<sup>320</sup>; *Ptleos*, identificado con «una fragosidad deshabitada»;<sup>321</sup> los lugares arcádicos *Rhipa*, *Stratia* y *Enispe*, de los que Estrabón dice: «es difícil encontrarlos y no se adelantaría nada con hacerlo, porque nadie vive allá»;<sup>322</sup> *Parrahasia*, que sólo perdura como nombre de un distrito<sup>323</sup>; *Elone*, «que ha cambiado su nombre y está en ruinas»;<sup>324</sup> *Neritros*, *Aigilips*, *Ormenion*, *Orthe*, y al menos otra docena más?<sup>325</sup>

La más reciente indagación del catálogo de naves del año 1997, que se apoya en todas las investigaciones de especialistas publicadas desde el libro de Page, no puede decir otra cosa al cabo de cuarenta años sobre esos sitios: *Dorion*: «imposible una explicación definitiva»;<sup>326</sup> *Nisa*: «sigue siendo de tamaño desconocido [...] no se puede decir nada concreto de ese nombre»;<sup>327</sup> *Kalliaros*: «por lo visto, desconocida para los geógrafos griegos al menos desde el siglo IV a. C.»;<sup>328</sup> *Bessa*: «su tamaño no es hoy mensurable»;<sup>329</sup> *Augeiai*: «casi completamente desconocida»;<sup>330</sup> *Mideia*: «una identificación definitiva e inequívoca de Mideia [...] “hopeless”»;<sup>331</sup> *Arne*: «el nombre de Arne sigue planteando un enigma»,<sup>332</sup> y así sucesivamente.

Por supuesto, los partidarios de la tesis del cálculo remoto pueden seguir alegando contra Page que todos esos lugares aún existían en tiempo del poeta de la *Iliada*, en el siglo VIII a. C., eran hallables y pudieron ser abandonados en los siglos posteriores, de modo que los geógrafos griegos más tardíos no pudieran averiguar nada de ellos. También esa salida se la cerró Page:

Es inútil replicar que esos lugares pudieron caer en el olvido en algún momento entre los siglos IX y III: la suprema

autoridad «Homero» era la garantía de que los lugares mencionados en el catálogo que aún llevaban ese nombre en el siglo VIII no lo perderían nunca más o que, al menos, no se perdería su recuerdo.<sup>333</sup>

Lo que Page viene a decir es lo siguiente: el catálogo de naves contiene nombres de lugares de los que los geógrafos griegos, investigadores profesionales, no podían saber nada dos o tres siglos después de Homero. «¿Cómo era posible eso?», se pregunta Page. Si Homero hubiera tomado esos nombres, en el siglo VIII, simplemente de la realidad contemporánea y los hubiera incluido en su catálogo, con eso, ¡se habrían convertido en inmortales! Incluso aunque hubieran sido abandonados por sus habitantes en el tiempo poshomérico —una hipótesis ya en sí increíble, a la vista de su cantidad—, los sucesores de esos moradores o los vecinos de comarca, debieran haber podido decir a los geógrafos que después preguntaban por ellos con el texto homérico en la mano: «¡Ah sí, ese *Arne*, que sale en Homero, estuvo en tiempos aquí. Los habitantes se fueron. Pero mira, ahí están las ruinas de la población!». Pero eso no ha sucedido en ninguno de esos casos. Para un fenómeno tan extraordinario, según concluye Page, sólo hay una explicación: ningún griego podía decir nada de esos lugares, porque ya en tiempo de Homero eran desconocidos. Pero, entonces, surge la pregunta: ¿de dónde sabía Homero de esos lugares que, en su tiempo, nadie conocía? Page se dice: de alguna fuente. Esa fuente tuvo que proceder, no obstante, de un tiempo *pasado* en donde esos lugares aún vivían. Y Page se pregunta, como nosotros, ¿qué tiempo pudo ser ése? Después de todo lo que la investigación y nosotros con ella hemos recopilado hasta aquí, ¿puede realmente considerarse un tiempo que no sea el micénico? Pero si en efecto sólo queda el período micénico, entonces está explicado el «punto ciego» que nos ocupa y, por cierto, de manera

asombrosamente sencilla: los griegos que vivían en Asia Menor, desde aproximadamente 1050 a. C., no aparecen en el catálogo de naves porque en la época del nacimiento del catálogo de naves original, es decir, en la época micénica de la historia griega, aún no había griegos en Asia Menor.<sup>334</sup>

Hasta ahí podía llegar una valoración racional de la investigación anterior a 1994. Todo indica que:

- primero, que los datos geográficos de nuestro «catálogo de naves de la *Ilíada*» procedían, en última instancia, de la época micénica de la historia griega;
- segundo, que el catálogo original donde se recopilaban esos datos para un registro de estado de naves, debió de ser creado en la época micénica de la historia griega;
- tercero, por lo dicho, toda la historia de Troya, donde jamás pudo faltar un catálogo de naves a causa de su carácter ultramarino, debió de haber sido ideada ya en la época micénica de la historia griega.

Pero, por más verosímil que fuera esta serie de conclusiones, aún no podía probarse su certeza. Sin embargo, en 1994 se produjo la inflexión.

### *Nueva seguridad:*

#### *la Lineal B de Tebas de los años noventa*

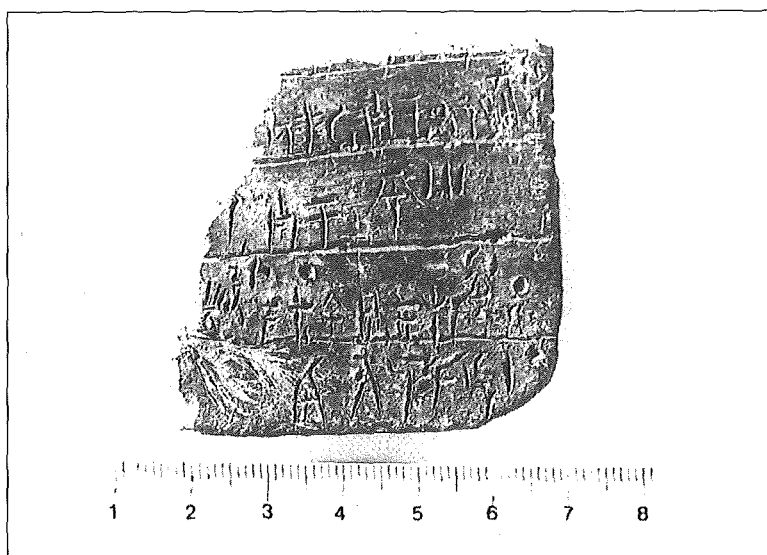
Tebas, en Beocia, ha sido habitada ininterrumpidamente desde hace unos cuatro mil quinientos años. En el tiempo micénico, era uno de los centros más significados de la cultura palaciana de entonces. Hemos visto que, junto a Cnossos, Micenas, Mesenia y otros lugares y regiones de Grecia, era perfectamente conocida, en el siglo XIV a. C., también por los faraones de Egipto. En el mito griego, Tebas tiene un papel preponderante: es, entre otras cosas, escenario del nacimiento del dios Dionisos, de las celebérrimas historias de Edipo y Antígona, de la incursión de los «siete contra Tebas», de la historia de

Anfitrión con el nacimiento de Heracles, el hijo de Zeus, y otras muchas sagas que siguen vivas sin interrupción en la literatura y el arte (y en otros campos, si pensamos por ejemplo en el «complejo de Edipo»).

El fundador de Tebas, según la convicción griega, fue *Cadmos*, un hermano de *Europe*, de quien Europa recibe el nombre. La fortaleza de Cadmos se llamaba *Cadmea*; por eso los tebanos se llaman *cadmeos* todavía en Homero. El centro urbano de la Tebas moderna está hoy sobre el terreno de aquella Cadmea. Las calles que circulan sobre ese área llevan los nombres de célebres figuras de la Antigüedad: calle Edipo, calle Antígona, calle Píndaro (Píndaro era de Tebas), calle Pelópidas (Pelópidas era un famoso capitán de tebanos y beocios en el siglo IV a. C.). No es preciso insistir con detalle en qué difícil es hoy, justo en esa agitada vida urbana, conseguir llevar a cabo excavaciones arqueológicas. Sin embargo, en numerosas excavaciones puntuales, que se pudieron efectuar en los últimos cien años, en cooperación con modernas disposiciones de urbanización, se ha conseguido un copioso material, también abundantes documentos de Lineal B: las consabidas tabletas de arcilla inscritas, junto a inscripciones en recipientes y otros testimonios escritos —no obstante, en cantidad relativamente modesta—. Ese material siempre había indicado que Tebas debió de ser siempre, y muy en especial en la época micénica de la historia griega, uno de los centros de Grecia más opulentos y políticamente poderosos.

El 2 de noviembre de 1993, se encontró en Tebas, durante la instalación de tuberías de suministro de agua por el servicio estatal del ramo en la calle Pelópidas, una gran tableta Lineal B con abundante texto.

El entonces director del museo y administración de antigüedades de Tebas, Vassilis Aravantinos, consiguió inmediatamente, con el apoyo del Ministerio griego de



**Figura 23:** Una nueva tableta Lineal B de Tebas.

Cultura, una interrupción de los trabajos por tiempo indefinido. Los trabajos de excavación llevados a cabo por los arqueólogos griegos, durante los en total 495 días siguientes, entre noviembre de 1993 y febrero de 1995, sacaron a la luz, junto a otros numerosos objetos, el tercer hallazgo más grande de Lineal B de Grecia —después del de Cnossos (aprox. 3500) y Pilos (aprox. 1200)—: más de doscientas cincuenta tabletas y fragmentos.

El 11 de marzo de 1995, Aravantinos y los dos expertos micenólogos invitados por él, Louis Godart y Anna Sacconi, expusieron en una sede de la Academia Nazionale dei Lincei, en Roma, un primer informe previo sobre el material.<sup>335</sup> Era patente que el hallazgo no sólo iba a dar un nuevo impulso a la micenología e historia de Grecia, sino además, a influir hondamente en nuestra imagen de la época micénica, cuando no a transformarla. Las publicaciones que siguieron, ocupándose de di-

versos aspectos escogidos del hallazgo, han profundizado aún más esa impresión.

Por desgracia, en este momento, aún no se ha efectuado la varias veces anunciada publicación de las tabletas.<sup>336</sup> No obstante, los siguientes puntos están ya claros:

1) Las tabletas pertenecían a un archivo palaciano de Cadmea que se destruyó en un incendio.

2) La fecha de ese incendio se puede datar con certeza mediante los numerosos objetos encontrados junto a las tabletas: tuvo lugar hacia 1200 a. C.<sup>337</sup>

3) Los textos no se diferencian, ni en la técnica de escritura ni en el contenido, de los hasta ahora conocidos de la Lineal B de la propia Tebas y otros seis lugares (Cnossos, Cidonia/Chania, Pilos, Micenas, Tirinto, Midea); el contenido está relacionado predominantemente con temas religiosos y económicos (recaudaciones, contribuciones, repartos, ofrendas en santuarios autóctonos y extranjeros).

Los textos han producido, ya en base a esporádicas publicaciones parciales, un notable aumento del conocimiento en todos los campos posibles; sin embargo, la completa magnitud no se verá hasta su completa publicación, estudio e interpretación. No obstante, lo que es de importancia decisiva para *nuestra* cuestión, consiste en las informaciones *geográficas* que nos suministran esas nuevas tabletas. Tampoco en esto se conoce el material en toda su magnitud. Pero lo que se sabía de prepublicaciones había llamado la atención: no sólo se mencionaba varias veces a un «hombre de Lacedemonia», o sea Esparta —lo que documentaba relaciones políticas y económicas entre Tebas y Esparta alrededor de 1200 a. C.—, sino que también quedaba claro, mediante la mención de *Amaryn-to* y *Caristo*, en clara conexión, que Tebas poseyó en esa fecha, además de Beocia, la gran isla Eubea; y lugares como Cnossos junto a nombres de ciudades de Chipre,

Egipto y Anatolia —entre ellas, Troya— mostraron la amplísima red de relaciones que vinculaba a Tebas con la gran área mediterránea.<sup>338</sup>

Todo eso eran preinformaciones sueltas; faltaba un examen sistemático. Eso fue lo que presentaron en 1999 Louis Godart y Anna Sacconi en una conferencia con el título «La Géographie des États mycéniens».<sup>339</sup> En ella se presenta por primera vez nuestro conocimiento actual de la extensión geográfica de los siete centros micénicos, que nos han suministrado textos de Lineal B en proporciones dignas de mención, así como de las relaciones entre ellos y otros lugares y regiones: será útil citar las más importantes bases metódicas según las que han trabajado los autores y que figuran en su introducción:

Los topónimos que se refieren en la contaduría sacada a la luz de los diversos palacios destruidos, corresponden a veces a nombres de lugar que en el I milenio a. C. e incluso hoy se usan para designar poblaciones o regiones conocidas de Grecia. En esos casos claros, es probable que el lugar micénico haya de situarse en el mismo sitio o cercanías que el histórico o el actual. Esa probabilidad se convierte en certeza cuando tiene que ver con lugares que se encuentran sobre estratos que remiten a la Edad de Bronce o más y que se corresponden con el nombre antiguo. Ése es el caso, por ejemplo, de Cnossos [... (si bien está por calcular, cuando se da el extendido uso de nombrar lugares de diversas regiones con el mismo nombre)].

Más frecuente es que esos topónimos no tengan correspondencia alguna en el alfabeto griego. Entonces, hay que intentar determinar la pertenencia de tal o cual lugar con nombre misterioso a una u otra región conocida, basándose en el *contexto*. Así, por ejemplo, se registran en las tabletas de la serie Co de Cnossos [...] en seis lugares de Creta llamados *a-pa-ta-wa*, *ku-do-ni-ja*, *si-ra-ro*, *wa-to*, *o-du-ru-we* y *ka-ta-ra-i*, manadas de ganado donde hay excedente de hembras. Se trata probablemente de animales seleccionados pa-



ra la reproducción que se mantienen en llanuras o valles bien irrigados. Como dos de los nombres, *a-pa-ta-wa* y *ku-do-ni-ja*, designan ciudades de Creta occidental, es lógico suponer que los otros cuatro lugares [...] también se han de situar, por su parte, en Creta occidental.

Con ese método, los autores revisan en detalle los siete centros palacianos. Los resultados son, en general, del máximo interés para la reconstrucción de la geografía micénica. Pero deben y pueden quedar fuera de nuestro marco; sobre todo, cuando los primeros seis archivos conocidos hasta ahora no han aportado ningún avance referido a nuestra cuestión. Nos concentramos sólo en Tebas que, gracias al nuevo hallazgo de tabletas, está a punto de cambiar decisivamente nuestra imagen de la época micénica de la cultura griega. Godart/Sacconi escriben:

Sobre la situación política de la Grecia continental en el siglo XIV a. C., no sabemos nada porque los archivos de los palacios continentales de ese período no han llegado hasta nosotros. Podemos decir que en la época siguiente, es decir, el siglo XIII, Tebas era sin duda el reino más importante, considerado territorialmente. El territorio controlado por el palacio de Tebas era mucho más extenso que el de los detentadores de poder de Chania, Pilos, Micenas, Tirinto y Midea. ¿Quiere eso decir que en el final de la Helenística Tardía III B [se refiere aprox. a 1200 a. C.] Tebas desempeñaba un papel dirigente en la escena micénica? Nos inclinamos a creerlo.»<sup>340</sup>

No sólo Godart/Sacconi se inclinan a creerlo. Aún sin conocer la elaboración de su material, Sigrid Deger-Jalkotzy había ya defendido el mismo parecer; además, propuso a Tebas como la desde mucho tiempo atrás buscada sede de los señores de Ahhijawa. Una suposición a la que ahora, tras una primera posición en favor de Micenas,

también se suma Wolf-Dietrich Niemeier, con razones a cuya fuerza de convicción difícilmente puede uno sustraerse:

1. En el Egeo suroriental, no hay un centro de la Baja Edad de Bronce que pueda haber servido como sede del soberano de una gran potencia reconocida tanto por el gran rey hitita como por el faraón egipcio, Babilonia y Asiria, como del mismo rango [...].

2. Las islas del Dodecaneso y de la franja costera de enfrente no ofrecen suficientes recursos, en territorio ni habitantes, para poder haber formado una gran potencia internacional.

3. El soberano local del país Millawanda es un vasallo del soberano de Ahhijawa, Millawanda nunca es descrita como componente directo de Ahhijawa, y, sobre todo, en los enfrentamientos en Asia Menor occidental de los mencionados países, Ahhijawa tiene un papel político especial: sólo de Ahhijawa no sabemos nada de su geografía, estructura política y social [...]. Ahhijawa fue pues para los hititas un país desconocido<sup>341</sup> y lejano.»<sup>342</sup>

Si la tesis de Tebas se comprobara, entonces se solucionaría de una vez, entre otros, el viejo problema, que ya indicamos antes, de por qué el catálogo de naves empieza precisamente con Beocia y la región tebana, y por qué la flota se reúne en Aulis: Tebas habría tenido en aquel tiempo la soberanía en la Grecia micénica<sup>343</sup> y Aulis era, en razón de la geografía física en esa región, el puerto natural de Tebas desde tiempo inmemorial.<sup>344</sup>

Entre las numerosas razones que conducen a la conclusión de la especial importancia política de Tebas en el siglo XIII a. C., no es la menor la gran cantidad geográficamente dispersa de nombres de lugar que aparecen en las nuevas tabletas. Para la especial cuestión de la antigüedad del catálogo de naves que en este capítulo atrae

nuestro interés, esos treinta nombres de lugar nos depa-  
ran una especial sorpresa. Entre ellos, se encuentran los  
siguientes tres.<sup>345</sup>

- 1) Eleon,
- 2) Peteon,
- 3) Hyle.

Esos mismos tres aparecen seguidos en un solo verso  
también en el catálogo de naves (2, 500):

... los que poseen Eleon e Hyle, y también Peteon.

Este verso pertenece al registro de los beocios, es de-  
cir, del territorio de soberanía de Tebas. Los tres lugares  
ahí nombrados representan justo el clásico caso del fenó-  
meno antes mencionado de que los geógrafos griegos  
poshoméricos no sabían decir nada o prácticamente na-  
da sobre determinados lugares citados en el catálogo de  
naves, porque no los podían localizar. Edzard Visser re-  
copiló todo lo que aún podía encontrarse en la literatura  
griega de la época histórica sobre estos tres lugares.<sup>346</sup> Sus  
conclusiones son:

*Eleon*: «Estrabón no da, en conexión con su descrip-  
ción de Beocia, ningún dato concreto, pero menciona un  
lugar Eleon en el Parnaso, es decir en Foquis, del cual no  
dice nada. Eso ya lo establece Demetrio de Scepsis». Y  
añade en una nota: «Estrabón IX 5, 18. Estrabón nombra  
como informante a Crates de Mallos, pero ese Eleon si-  
tuado en el Parnaso es hoy completamente desconocido.  
Tampoco está representado en RE con ninguna entrada  
[se refiere a la *Realenencyclopädie*, el diccionario más uni-  
versalmente detallado sobre materias humanísticas de la  
Antigüedad]».

*Hyle*: «Además de estos mitos, por decirlo sintéti-  
camente, un tanto problemáticos [que están todos única-  
mente documentados en la misma *Ilíada*], no sabemos

nada de una polis Hyle; toda localización de este lugar es totalmente insegura [...] no son ya discernibles huellas de alguna significación histórica».

*Peteon*: «La mención de Peteon en 2.500 parece ser la fuente de la mayor parte de las restantes [...]. La identificación con un determinado lugar en Beocia es, en consecuencia, insegura». — «... Peteon sigue siendo una magnitud desconocida.»<sup>347</sup>

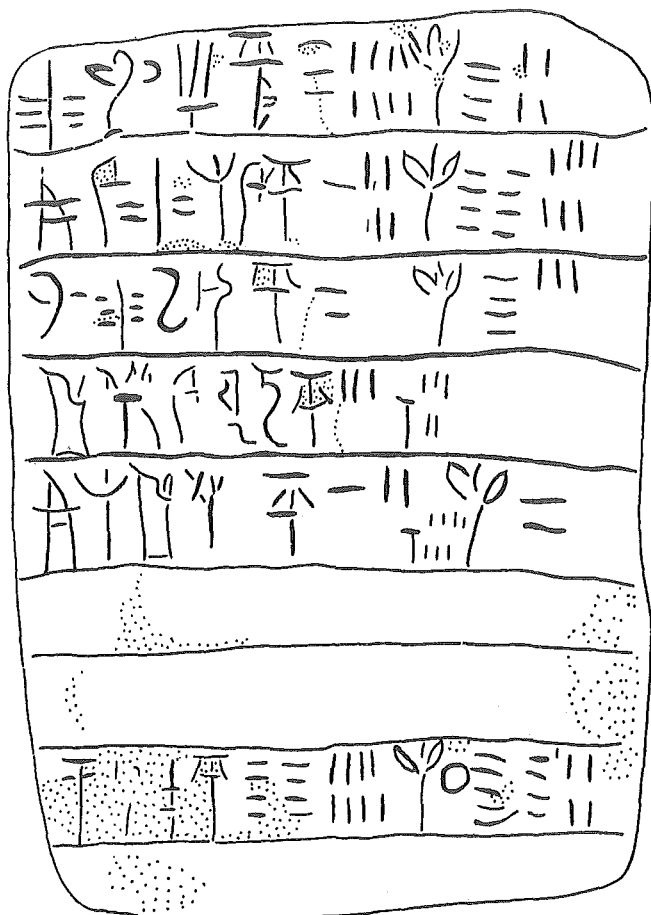
A estos tres casos, que en sí pueden tener ya la suficiente fuerza informativa, se añade un cuarto, que ofrece la piedra clave del paso probatorio: el caso *Eutresis*. También este lugar aparece en el catálogo de naves, en el contingente de los beocios (2, 502), es decir, de la región de Tebas. Respecto a este lugar, en contraposición con los tres antes mencionados, la arqueología se ha pronunciado con cierta firmeza. Visser refiere así el resultado:

Excavaciones arqueológicas en Eutresis han extraído restos importantes que van desde la época Helenística Media hasta SH III B [= 1300-1200 a. C.]. En aquel tiempo, Eutresis fue destruida —seguramente en vinculación con las emigraciones de los pueblos marinos— y parece luego haber sido abandonada de manera duradera; no volvió a ser poblada hasta el año 600.<sup>348</sup>

Justo ese nombre Eutresis nos lo encontramos ahora en la tabletas de Tebas.<sup>349</sup>

Para poner plásticamente ante los ojos del lector el nuevo estado de conocimiento, reproducimos un dibujo de la tableta Lineal B donde se pueden leer claramente dos de los cuatro nombres mencionados (Figura 24, la tableta lleva, en el registro general del hallazgo, la designación TH Ft 140).<sup>350</sup>

En la primera línea, está claramente legible para el conocedor de la Lineal B la forma del nombre de lugar *te-qa-i*, es un locativo y significa «en Tebas». De aquí pro-



.1	te-qa-i	GRA + PE	38	OLIV	44
.2	e-u-te-re-u	GRA	14	OLIV	87
.3	ku-te-we-so	GRA	20	OLIV	43
.4	o-ke-u-ri-jo	GRA	3 T 5		
.5	e-re-o-ni	GRA	12 T 7	OLIV	20
.6	<i>vacat</i>				
.7	<i>vacat</i>				
.8	to-šo-pa	GRA	88	OLIV	194

Figura 24: Dibujo y transcripción de la tableta TH Ft 140.

viene la mayor cantidad de unidades de cereal: 38, y segunda mayor cantidad de unidades de aceite: 44. En la segunda línea, figura claramente la forma de nombre *e-u-te-re-u*, que sólo puede leerse, con el trasfondo de nuestras informaciones geográficas sobre la región en torno a Tebas, como forma locativa de un topónimo «Eutreus»<sup>351</sup> o semejante; este «Eutreus» no ocupa casualmente el segundo lugar en el balance de la tableta después de la capital Tebas. Ciertamente es que suministra una cantidad modesta de unidades de cereal: 14, pero en cambio la segunda mayor cantidad de unidades de aceite: 87. El arqueólogo Aravantinos escribe sobre este nombre:

El segundo nombre *e-u-te-re-u* hace pensar en una ciudad prehistórica muy significada que se designa en el tiempo histórico con el nombre Eutresis y que pertenece a la región de Thespiiai [...]. Si la relación entre el topónimo beocio *e-u-te-re-u* (Eutresis) y la ciudadela y ciudad identificadas con seguridad, extensas y fortificadas, del período micénico, es efectivamente correcta, entonces podría concluirse que la Eutresis o Eutreus micénica ocupa el segundo lugar en la jerarquía de las poblaciones en el estado de Tebas.<sup>352</sup>

En la quinta línea, el topónimo *e-re-o-ni* se entiende exclusivamente como forma locativa de «Eleon».<sup>353</sup>

Como queda dicho, el nombre de lugar *Eutresis* aparece en la enumeración del catálogo de naves de la *Ilíada* entre el contingente de Tebas en el verso 2, 502, y el nombre de lugar *Eleon* igualmente en el verso 2, 500.

#### RESULTADO: LA HISTORIA DE TROYA SE IDEÓ EN LA ÉPOCA MICÉNICA

La primera consecuencia de este estado de la cuestión es de toda evidencia: las nuevas tabletas de Lineal B ha-

lladas en Tebas suministran la prueba de que lugares probadamente deshabitados desde la época posmicénica hasta la de la *Ilíada*, o que, en todo caso, no podían estar vivos en tiempo del autor de la *Ilíada*, eran, hacia 1200 a. C., parte completamente inequívoca de una comarca palaciana micénica, en este caso, de la comarca palaciana de Tebas. La recopilación de nombres de lugar cuyo derivado, el catálogo de naves, figura en nuestra *Ilíada*, sólo pudo ser hecho en época micénica. Pero como esa recopilación en forma de un catálogo de naves —cualquiera que fuera el propósito para el que originalmente se confeccionó— era desde el principio una parte imprescindible de la historia de Troya, ésta tuvo que haberse ideado definitivamente en la época micénica de la historia griega.

La segunda consecuencia se deduce de la primera: si la historia de Troya se ideó en la época micénica de la historia griega, el «punto ciego» en el catálogo de naves de nuestra *Ilíada* no es el resultado de una estrategia de represión de rapsodas arcaizantes en los «siglos oscuros», sino una consecuencia completamente natural de la situación poblacional griega en el tiempo micénico: Grecia todavía no incluía la costa occidental de Asia Menor; la colonización de esa zona costera se efectuó, como más pronto, a partir de 1100 a. C. La historia de Troya no podía saber nada de eso. Así que no podía hacer participar a los griegos de Asia Menor en la expedición bélica contra Troya. Cuando la enumeración en el catálogo de naves de aquellas regiones que presentaron participantes griegos para la expedición contra Troya termina con las islas Sima y Cos, y no nombra ningún lugar del continente asiático ni tampoco ninguna isla Espórada al norte de Cos (véase el mapa de la figura 22), entonces refleja claramente la situación de la población en el siglo XIII a. C., en esa zona del Egeo.<sup>354</sup>

W.-D. Niemeier ha preparado recientemente un estudio sobre la situación de los hallazgos arqueológicos en el Egeo oriental. La presencia de un grupo étnico en una determinada zona se hace verosímil, como él expone, por la comprobación de tres categorías de indicios: 1. Cerámica de menaje sin decorar. 2. Objetos de culto. 3. Enterramientos. Hallazgos micénicos de las tres categorías se han efectuado, ciertamente, en Rodas y Cos, en Mileto y Musgebi (en la península de Halicarnaso/Bodrum) y, más al norte, esporádicamente en Samos, pero:

No se conoce hasta ahora ninguna cerámica de menaje sin decorar en las islas del Egeo oriental al *norte de Samos* y de las poblaciones de la Baja Edad de Bronce de la costa asiática al norte de Mileto —con excepción de algunos ejemplos en Troya—. No hay tampoco enterramientos de tipo micénico [...]. Al contrario que en Mileto, donde el 95 % de los hallazgos cerámicos del siglo XIV a. C., son materiales micénicos, en las poblaciones costeras más al norte, la cerámica micénica es muy escasa. Así, en Troya VI F-H, representa alrededor del 1-2%, y en las poblaciones de Panaztepe, Ayasluk en Efeso/Selçuk y Klazomenai-Limantepe hay una mínima parte. En las poblaciones isleñas de Thermi (Lesbos) y Antissa (en el mismo lugar) hay una escasa cantidad comparada con el material local rojo y gris.

De donde Niemeier extrae la conclusión:

La micénica Mileto era la Millawanda de los textos hititas, un lugar vasallo del reino Ahhijawa, cuyo centro en la Grecia continental está por determinar, acaso Micenas o Tebas. Las poblaciones más al norte [...] en la zona costera, tenían carácter local y pertenecían a estados de habla luvia. De los lugares aquí mencionados, era Efeso, llamada Apasa, la capital del reino luvio Arzawa; Klazomenai-Limantepe y Panaztepe estaban en el país fluvial de Seha y Troya en Wilusa.<sup>355</sup>



La arqueología coincide aquí con lo que dicen los textos: tampoco para los hititas, según su correspondencia oficial, alcanza la extensión estatal de Ahhijawa ni Asia Menor, ni el norte de la isla de Cos en el Dodecaneso y la posición de contacto entre hititas y aqueos se encuentra, según esa correspondencia en el espacio entre Millawanda (= Mileto) y las Espóradas del sur. El catálogo de naves muestra la misma imagen desde la parte contraria.<sup>356</sup>

## ¿CÓMO LLEGÓ LA HISTORIA DE TROYA HASTA HOMERO?

Hasta este punto, hemos efectuado un gran derroche argumentativo para adquirir la certeza de que la historia de Troya no pudo haber sido ideada en otra época que no fuera la micénica. Quizá a algunos lectores les parezca incluso un excesivo derroche. Pero ha de quedar claro que Homero sólo puede aportar algo a la solución de la «cuestión de Troya», si las informaciones que tenemos en su *Ilíada* (y en la *Odisea*) sobre Troya y la guerra de Troya, no son invención suya (o de una cuadrilla de rapsodas), sino que proceden del tiempo en que Troya vivía. Una vez que eso ha quedado tan verosímil que la carga probatoria ya no nos corresponde a nosotros, sino a quienes siguen dudando, podemos plantear la pregunta a la que todo apunta de manera más apremiante y que al propio lector le está acuciando: si la historia de Troya fue en efecto ideada siglos antes del siglo VIII, ¿cómo pudo atravesar el «vacío cultural» de los llamados «siglos oscuros» (desde el XII hasta el VIII aproximadamente) y hacerlo de modo que aún es comprensible en restos fragmentarios en nuestra *Ilíada*?

Por mucho tiempo se ha tenido a una tradición tan duradera y estable por excluida. Se han alegado investigacio-

nes etnológicas que han seguido esas tradiciones narrativas en pueblos sin escritura que aún existen. El etnólogo holandés Jan Vansina publicó un resumen de esas investigaciones en su libro *Oral Tradition as History* de 1985. Su resultado decía que una tradición oral que dura más de tres generaciones no se conoce fuera de esas sociedades; todo lo que queda de ella es un «floating gap».<sup>357</sup> El libro ha ejercido una no desdeñable influencia en diversas disciplinas relacionadas con la Antigüedad y que han de vérselas con «lagunas de transmisión» en la historia de los pueblos que investigan; también en el estudio de la historia romana y griega. Pero en esa tesis, hay un salto demasiado temerario de la documentación a la aplicación de conocimientos. Éstos están adquiridos en trabajos etnológicos con tribus africanas. Cuando se aplican a la historia romana y griega, Vansina no advierte una importante diferencia: diversamente a la historia de tribus africanas, la romana y griega ha tenido lugar en un gran espacio que, con la llegada de emigrantes posteriores romanos y griegos, ya no carecía de escritura, sino que era poseedor de ella desde hacía miles de años —la cuneiforme y la jeroglífica— y que confrontó a los emigrantes con esa cultura escrita desde un principio.

Por supuesto, la ficción histórica en el sentido propuesto por Vansina se da en pueblos que acceden como neófitos a ese espacio escrito pero que, en sí, son ágrafos. Incluso en el caso de los romanos es probable hasta cierto grado. Pero, en el caso de los griegos, es patente que rigen otras leyes. Tras su emigración al sur de la península balcánica, tuvieron contacto relativamente temprano con sociedades poseedoras de escritura del Próximo Oriente y de Egipto, y ellos mismos la poseyeron, como más tarde, ya en el siglo xv, cuando ocuparon Cnossos en Creta y adoptaron la escritura silábica allá empleada desde siglos atrás, la adaptaron a su lengua y utilizaron el

nuevo producto, sin interrupción, en todo su espacio habitado, hasta la caída de su primera cultura avanzada alrededor de 1200. Seguramente no se nos ha transmitido (hata ahora) ningún apunte histórico de esas primeras fases de utilización de escritura por los griegos. Pero vemos en los documentos de la Lineal B que, en aquella cultura avanzada griega (micénica), ya existía una muy desarrollada conciencia de fidelidad a los datos, descripciones precisas y corrección en los balances.

Después de que el sistema que operaba sobre esa base cayera alrededor de 1200 y, con ello, se perdiera el uso de la escritura,<sup>358</sup> encontramos la misma conciencia unos cuatrocientos años después de la segunda adopción del mencionado medio de expresión en los primeros signos alfabéticos de los griegos. La «laguna» entre la primera y la segunda fase de la posesión de escritura en los griegos difícilmente puede compararse con lo que Vansina describe como «floating gap». Más bien es un «tiempo de pérdida», la interrupción de una línea que, como tal, nunca fue olvidada por los propios griegos. Lo vemos, entre otras cosas, a partir del depósito de historia que ha atravesado la «laguna» y que los griegos llaman *mythos*, como en su seguimiento hacemos nosotros.

El mito tiene hoy una connotación peyorativa, con él se asocia rápidamente la «fantasía». Pero no había nada de eso en el concepto original. La palabra designa simplemente «lo que se dice, lo que se cuenta», es decir, contenidos discursivos y narrativos (hoy los llamaríamos probablemente «unidades de información»). Los *mythoi*, que conocemos de la transmisión escrita de los griegos del 800 a. C., narran sucesos y actores que no pueden situarse en el siglo VIII o posteriormente, sino que han de situarse en un tiempo muy anterior. Y, en la mayor parte de los casos, está claro y es incuestionable que éstos fueron los tiempos micénicos. Las historias de los sucesos en

torno a Edipo y de las guerras de Tebas, de los argonautas y su viaje descubridor al mar Negro e igualmente de las expediciones de los griegos a ultramar hasta Asia Menor, sólo pueden proceder de la época micénica. Eso quiere decir que las historias, que nosotros conocemos como «mitos», se originaron en el tiempo micénico y han atravesado la «laguna».

Y ahora, naturalmente, la pregunta es: ¿de qué manera? Por supuesto, la primera respuesta será: mediante narraciones sucesivas de generación en generación. Igual de naturalmente surgirán ahora las habituales reservas sobre la fiabilidad de esa vía de transmisión: ¿cómo podemos juzgar lo que aún coincide, en el estado final de un mito tal y como lo conocemos, con el estado inicial de ese mito? ¿No ha tenido que cambiar mucho en el ínterin, a causa de las intervenciones de las personas en las diversas fases del decurso de la historia, intervenciones que se pierden en la perspectiva y que reinterpretan una vieja historia hasta el punto de que el producto final ha de apartarse de su estado inicial? Son ideas que tienen gran versosimilitud y deberíamos rendir las armas, si sólo conociéramos una vía de transmisión de narración en prosa entre los griegos.

Pero, afortunadamente, conocemos una segunda vía de transmisión entre los griegos y, por cierto, una que, en esa forma y hasta donde sabemos, ninguna otra sociedad posee, aparte de los griegos: poesía en versos firmemente reglamentados, que a lo largo de siglos jamás cambian en su estructura básica, es decir, poesía en *hexámetros*.

## LA POESÍA RAPSÓDICA ORAL DE LOS GRIEGOS

Hemos tratado brevemente en otro pasaje del hexámetro, la medida de verso en que están compuestas *Ilíada*

da y *Odisea*. Es importante tener claro que esa versificación nunca cambia en las dos epopeyas. Eso quiere decir que la *Ilíada* consta de exactamente 15.693 hexámetros y que ningún verso se escapa del sólido «vaso sagrado» que forma esa masa de versos, es decir, que ninguno consiste en sólo cinco o en siete u ocho pies, y que ninguno se sale de las normas reguladoras que encadenan a los hexámetros en su interior y los convierten en unidad rítmica estéticamente eufónica.

El hecho de que *Ilíada* y *Odisea* estén *definitivamente* redactadas en verso no es nada asombroso. Poesía del tipo de esas dos epopeyas, «poesía heroica», no la hubo ni la hay sólo en Grecia. Más bien está extendida por todo el mundo y nos aparece en todas las lenguas posibles. Se han investigado y comparado esas tradiciones poéticas, y se han establecido determinadas normas que cumplen todas ellas. Una de esas normas es la sujeción métrica. Sir Cecil Bowra, uno de los más significados investigadores de este tipo de poesía, estableció respecto a este punto en su obra *Heroic Poetry* de 1952:

La poesía heroica exige una métrica y es notable que [...] casi siempre se lleve a cabo en versos individuales de modo que la línea es la unidad de composición y en cada poema individual se usa una sola modalidad de línea. Eso vale para los hexámetros dáctilos de las epopeyas homéricas, para el *Gilgamés*, con sus cuatro «pies», los versos acentuados de aliteración del antiguo alemán y del anglosajón [...], el verso de los bylines rusos con número irregular de sílabas y número estricto de pies, los versos trocaicos de diez y dieciséis sílabas de los yugoslavos, los octasílabos búlgaros, el *politikós stíchos* o verso de quince sílabas de los neogriegos, los versos de dieciséis sílabas con rima interior de los chinos. Cada línea versificada forma una unidad métrica y se usa como tal a lo largo de todo el poema.<sup>359</sup>

Y el propio Bowra lo completa más adelante:

La poesía heroica parece haber sido cantada en todos los tiempos, habitualmente acompañada de sencillos instrumentos de cuerda, la lira griega, la gusla serbia, la balalaika rusa, el kobos tártaro o el lahuta albanés.<sup>360</sup>

De modo que métrica y musicalidad con componentes de este tipo de poesía. Tampoco en eso se sale Homero del marco. Si bien hay un punto en que sí lo hace. Es la inusitada consecuencia, incluso hay que decir rigurosidad, con que mantiene la métrica. Ese rigor llega al extremo de alterar y, a veces, hasta forzar la lengua hablada, en favor del mantenimiento de la métrica. Esa peculiaridad de la lengua hexamétrica homérica la notaron los propios griegos de entonces. Como ejemplo, un pasaje que ya llamó la atención de los griegos (*Iliada* 8, 555):

... como cuando las estrellas en el cielo en torno a la resplandeciente luna aparecen claramente destacadas...

Filólogos homéricos griegos designan esta afirmación como «un imposible» (*Adynaton*). ¿Cómo pueden destacar claramente las estrellas en torno a la *resplandeciente* luna? La afirmación «las estrellas destacan claramente en el cielo» sólo puede ser lógicamente cierta, justo cuando la luna no está «resplandeciente». Sin embargo, casos como éste son frecuentes en el texto homérico. En 21, 218, dice el dios río del Escamandro: «Porque tengo llenas de cadáveres las *dulces* olas». En la *Odisea* (6, 74) recoge Nausicaa la ropa sucia para lavarla y se dice: «La muchacha recogió las ropas *resplandecientes*.» ¿No le chocó a Homero la contradicción en casos así? ¿Estaba dormido?

No quisiéramos imputarle eso al gran poeta. Es que así llegaríamos con un rodeo a una explicación plausible del fenómeno, que diría: «la persona tiene esa peculiaridad

no precisamente en el caso del que se habla, sino por naturaleza». Para el caso de la luna «resplandeciente», diría entonces la explicación: «la contradicción que se desprende del «resplandeciente» dicho por Homero no se refiere a la luna en su contexto momentáneo, sino a la luna según su naturaleza, igual que en los vestidos «resplandecientes» y las «dulces» olas. Así se reconocería que determinados epítetos en la dicción de Homero designan cualidades esenciales insolubles (la luna es «resplandeciente» en su esencia, de lo contrario, no la veríamos) y por eso pueden ponerse independientemente del contexto.

Cuando esos epítetos no se suprimen ni siquiera en los casos en que caen en contradicción lógica, eso muestra que no quieren servir para un propósito actual, que tienen sólo una función «decorativa» («cosmética», «ornamental»), de ahí su denominación por los especialistas como *epitheton ornans*, y que rapsodas y público no perciben una contradicción entre ellos y el inmediato contexto, porque esos adjetivos con su concepto correspondiente, es decir «resplandeciente» con «luna», forman una unidad que se ha escuchado así tantas veces que no se advierte más sobre la lógica de su uso en determinados contextos. En el alemán actual acaso pueda reflejarse un efecto comparable con frases como «Dios amado me ha castigado duramente», donde «amado» tampoco concuerda con la afirmación de la frase, porque el castigado no designa al castigador normalmente como «amado».

Pero, en esta explicación, sigue sin aclararse cómo se puede llegar a semejante modo de uso ilógico de la lengua. La explicación la encontró la investigación homérica moderna. En el siglo XIX, tres investigadores alemanes llegaron a la misma idea explicadora: Gottfried Hermann, Johann Ernst Ellendt y Heinrich Düntzer.<sup>361</sup> No podemos reproducir detalladamente su proceso de refle-



xión, pero referimos el resultado: la causa de la ilógica es la premura de la métrica. ¿Por qué?

Se ve enseguida: cuando un poeta no compone con ayuda de la escritura, no se sienta en un escritorio y coteja sin interrupción palabras para los versos —probando y mejorando sin cesar—, sino cuando ha de desarrollar su narración de manera puramente oral y repentizada, ante un público que pende expectante de sus labios, y cuando no puede interrumpirse sin causar decepción, incluso sin ser objeto de befa y silbidos, entonces necesita una técnica muy determinada que le facilita su trabajo artesano. Le es imposible, cada vez que quiere poner en verso un suceso aislado, prestarle nuevas palabras —sería una exigencia inaudita que le exigiría tanto que sólo tendría que concentrarse en eso y no llegaría a dedicarse a lo que el público efectivamente espera: que le cuenten una historia, con trabazón interna y coherencia, con personajes vivos, que hablan vivamente entre sí, también con una expectación que ate al público y lo mantenga en su sitio, en una palabra, llevar a cabo una obra de arte narrativa e idiomática a la que los oyentes al final puedan aplaudir entusiasmados y que, de ese modo, aumente su gloria como rapsoda—. Pero para poder concentrarse en esos «elevados» propósitos, necesita fórmulas previas de lenguaje que ya están marcadas y comprobadas de tiempo atrás, fórmulas que ajusten con toda seguridad en la métrica, de modo que pueda fiarse de ellas.

Rapsodas de todo el mundo, que no recitan sus historias de carrerilla ante un público expectante, sino que las elaboran en el espacio temporal de la comparecencia, es decir, que improvisan, se suelen valer de esas fórmulas. Ahora podemos comprender por qué la luna, en nuestro ejemplo, *debe* ser «resplandeciente»: la «resplandeciente luna» es una de esas fórmulas, una del tipo más empleado, una fórmula clave de verso. ¿Por qué del tipo más empleado?

Es evidente que un rapsoda improvisador, cada vez que empieza un nuevo verso es cuando más libertad tiene para formular métricamente. Pero cuanto más cerca está del final del verso, tanto mayor peligro tiene de no estar preparado para el prescrito final, sino que acaso ha concluido la idea un poco antes, de modo que le falten una o más partículas rítmicas, o tal vez rebasa el prescrito final del verso porque acaso la última palabra es demasiado larga. Los rapsodas intentan evitar ese peligro por medio de la emisión de la idea nuclear ya en la mitad o poco después de la mitad del verso, de manera que luego puedan «rellenar» el resto del verso hasta el final prescrito, con algo ajustado y al mismo tiempo ornamental. Para eso sirven las fórmulas clave de verso. «En torno a la resplandeciente luna» es una así. En el lenguaje hexamétrico homérico suena *phaeínēn ámphí selēnēn*. Es el ritmo  $\cup - - - \cup\cup - \times \parallel$ . Con él termina el hexámetro. Cuando el rapsoda quiere contar algo donde haya de hablarse de la luna, intentará normalmente usar esta fórmula fija, porque puede fiarse de ella. Si hay algo que contradiga la vieja fórmula en el contexto dado, eso es secundario. La coacción de la métrica es más fuerte.

Puede haber lectores que se muestren excépticos ante esta explicación. Quizá sirva, para convencerlos de su adecuación, que citemos ejemplos análogos de otras tradiciones de poesía improvisada. Bowra ha reunido un abundante material al respecto. Sólo algunos ejemplos: en la poesía heroica rusa, tenemos la «húmeda madre tierra», la «libre llanura abierta», la «sedosa cuerda del arco», las «bebidas dulces como miel», pero también la «rebelde cabeza», la «muy honorable fiesta», además de perífrasis de nombres como «el joven Wolga Svyatoslawowitsch», «Tugarin el hijo del dragón», «el casto Aljoscha Popowitsch», y, un peldaño social más arriba, «Wladimir, el gran príncipe de la regia Kiew», el «terrible zar Iwan

Wassiljewitsch» o también «Sadko el mercader, el rico extranjero». Los nombres de lugar también tienen su atributo fijo, como la «célebre rica ciudad de Wolhynia», y así sucesivamente. Ya nos parece estar oyendo a Homero. De suma proximidad nos resultan ya las fórmulas de la poesía heroica karakirguisia, como «Alaman Bet, el semejante al tigre», «Adschu Bai, el lengua afilada», «el calvo Kongir Bai», o incluso «el Joloi con una boca como una colodra». Entre los calmucos, oímos del «blanco luchador leonino» y de «Ulan-Chongor de la bahía roja», entre los yacutes, de «Suodal el guerrero de una pierna» o de un «Jukeiden la blanca mariposa soberbia». <sup>362</sup> La función de esas ligazones es en todas partes la misma: «Las fórmulas son tan importantes para la poesía heroica oral improvisada porque facilitan la escucha al público y la composición al poeta». <sup>363</sup>

Ahora comprendemos no sólo por qué algunos héroes en la poesía de Homero siempre tienen los mismos adjetivos, como Aquiles que en la *Iliada* es una y otra vez el «Aquiles de los pies ligeros» (*pódas ōkys Achilleus*), o como Odiseo que una y otra vez es el «muy sufrido divino Odiseo» (*polýtlas dñs Odýsseus*) y así el resto, sino que también comprendemos que ese género de poesía está hondamente impregnado de *repeticiones*. Si en personajes que aparecen repetidamente, en lugares que son escenario de acción una y otra vez, en conductas que se ejecutan en la vida real de la misma manera (uno se lava, se sienta a comer, alguien viene de visita, se despiden, se parte en barco, se ofrece a los dioses una víctima...), si en todos esos y otros muchos casos, se encuentran siempre las mismas fórmulas de lenguaje, entonces la repetición *tiene que ser* un signo de ese género de poesía.

Pero ya barruntamos otra consecuencia de esa técnica poética: una cantidad de fórmulas de esa magnitud no puede haber sido hecha por un poeta solo, ni tampoco

por varios poetas en poco tiempo. Debemos calcular que todas esas fórmulas no son «calderilla», sino que son, en sí, es decir, sin reparar en el contexto, formas de lenguaje absolutamente ajustadas y estéticamente muy satisfactorias. Pensemos ahora en la célebre «Eos de rosados dedos» con la que en Homero se describe el romper de la aurora: un pequeño poema por sí solo. Algo así no lo consigue cualquiera. Para crearlo hace falta la conjunción de las más altas dotes técnicas y poéticas. En la multitud de fórmulas de esa calidad suprema que contiene la poesía de Homero, habremos de suponer un dilatado tiempo previo hasta que todo un sistema de esa índole, como el que nos encontramos ahora en *Iliada* y *Odisea*, estuvo preparado. Eso quiere decir que esa forma de poesía ha de tener una larga historia, tiene que haberse practicado mucho antes de Homero y transmitido de generación en generación de poetas. Homero no es su inventor, sino su punto culminante.

Son conclusiones que ya se han extraído hace setenta años, en una pesquisa que significó una pequeña revolución para la investigación homérica. Nos referimos a la tesis doctoral del americano Milman Parry, de 1928, que lleva el título de «L'Épithète traditionnelle dans Homère». Parry leyó prácticamente todos los trabajos sobre la forma de lenguaje homérico que habían aparecido hasta entonces, entre ellos, también los de los antes mencionados investigadores alemanes Ellendt y Düntzer. Sobre esa base, que superaba en plenitud de material y también en perspectiva a todo lo efectuado hasta entonces, pudo formular una serie de conocimientos que son válidos hasta hoy y que debe conocer todo el que quiera entender a Homero. Los más importantes son los siguientes:

1) El llamado adjetivo permanente homérico (*Epitheton*) es, en la mayor parte de los casos, usado de manera «genérica». Eso quiere decir que no se designa ni la pe-

culiaridad de una determinada persona o cosa en sí, ni tampoco la calidad, posición social, forma de conducta o semejante, de la persona o cosa en ese momento determinado de la narración. Los personajes de la narración son miembros de un mundo heroico y tienen por eso epítetos nobles (divino, como un dios, elevado, brillante, fuerte, valeroso, prudente, noble, irreprochable y parecidos);<sup>364</sup> las cosas están dotadas de epítetos aplicables a su esencia, que no resaltan peculiaridades, pero que son al mismo tiempo apologéticos; así tiene el navío 23, por ejemplo, diversos epítetos de valor positivo. En el uso de los epítetos, no se exige adecuación lógica con el contexto inmediato y no se espera por parte del público.

2) Determinados epítetos, mediante el continuo acompañamiento a determinados conceptos principales en el transcurso de la tradición, forman firmes vinculaciones con esos conceptos, con los que han crecido, y funcionan como material de construcción, es decir fórmulas que pueden insertarse como unidades en pasajes adecuados de los versos, especialmente al final («divino Odiseo», «soberana Hera»). Esas unidades pueden prolongarse hacia atrás, según la necesidad del verso; también para eso hay disponibles fórmulas establecidas, nuestros dos ejemplos se pueden alargar: «muy sufrido divino Odiseo», «soberana Hera de grandes ojos».

3) Una fórmula puede definirse como «una expresión que suele ser usada en las mismas condiciones métricas, para expresar una determinada idea esencial».<sup>365</sup>

4) El esfuerzo del rapsoda apunta a que el número de las posibilidades de fórmulas teóricamente aplicables en un determinado pasaje se reduzcan rigurosamente a una, para evitar de antemano lo penoso de la elección en el apremiante flujo de improvisación. En la práctica, se cumple de modo que donde una misma figura o cosa (Agamenón, Aquiles, espada, nave) pueda disponer de varias

fórmulas en el repertorio, se disponga a ser posible de sólo una para cada pasaje determinado, con el consiguiente alivio de la memoria.

5) Como una técnica y un repertorio de fórmulas como los descritos necesitan generaciones para su desarrollo, esta dicción épica debe tener una tradición. La riqueza y la superioridad técnica y estética de los epítetos empleados en Homero sólo permiten la conclusión de que esa tradición prehomérica se retrotrae extraordinariamente y, según toda probabilidad, tiene siglos de antigüedad.

6) El análisis de épica oral improvisada en Serbocroacia puede indicar que una técnica de canto de historias heroicas no sólo es posible mediante un inventario de fórmulas y sus correspondientes reglas de ligazón, sino que es la condición básica de toda poesía oral, en tanto no consista en la repetición de temas prefijados.

Con esa técnica se han realizado los poemas *Ilíada* y *Odisea* de Homero. Es cierto que en el punto más importante de todo poema, en la calidad poética, sobrepujan con mucho esa técnica —y en ello tiene gran parte el hecho de que ambas estén compuestas con ayuda de la escritura, es decir que dejan atrás ese estadio de la poesía de improvisación puramente oral— pero la base artesanal sobre la que se han erigido ambos edificios sigue formada por la técnica de las fórmulas. Así pues, *Ilíada* y *Odisea* siguen siendo miembros de una antigua tradición de la poesía.

#### LA POESÍA RAPSÓDICA ORAL DE LOS GRIEGOS ES MICÉNICA

Parry había supuesto que esta tradición poética debía de ser muy antigua entre los griegos. Pero nadie podía es-

tablecer entonces su antigüedad. Unas décadas más tarde, una vez que la Lineal B, la escritura de los griegos del II milenio a. C., se descifró en 1952, se podía deducir que hubo de existir una poesía rapsódica ya entre los griegos micénicos. Así lo estableció Geoffrey Kirk en un artículo de 1960:

... existe la posibilidad de que la tradición poética griega se remonte a la época micénica. Unida esa posibilidad al conocimiento de temas micénicos, geografía, mitología y costumbres, preservado en la poesía homérica, y añadido el argumento de que incluso haya sido compuesta en el primer período posmicénico, resulta improbable que la idea de una poesía narrativa —y los propios hexámetros— no se inventaran hasta entonces, por eso nos inclinamos a aceptar, siquiera como probabilidad, la existencia de una poesía narrativa micénica de algún género.<sup>366</sup>

Ocho años después, Albin Lesky establece mucho más decididamente en su gran recopilación de investigaciones *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*:

Todas las probabilidades apuntan a que el rapsoda épico tenía su sede asentada en las ciudadelas micénicas. M. P. Nilsson y T. B. L. Webster [...] han apoyado ese punto de vista sobre una amplia base. Una bienvenida constatación supuso el fresco del rapsoda de Pilos [...] el intérprete de lira puede ser un hombre o [...] un dios.<sup>367</sup>

Entretanto, por suerte, hemos avanzado una buena porción. Los expertos de lingüística griega e indoeuropea han erigido en los últimos veinte años una construcción lógica que, siendo entre ellos mismos generalmente reconocida, no lo es tanto entre los representantes especializados de la disciplina de la Filología Griega. Indica

que esa tradición de la poesía hexamétrica ya era practicada entre los griegos al menos en los siglos XVI/XV a. C., es decir, era la manera usual de la narrativa poética unos ochocientos años antes de Homero. ¿En qué se basa ese conocimiento?

Hemos llegado al punto más difícil de nuestras explicaciones. Para entender realmente el curso argumental de los expertos, no sólo se precisan conocimientos de griego y, en especial, de Homero, sino también una sólida formación y rica experiencia en lingüística indoeuropea. Intentaremos, no obstante, hacer inteligible el punto al que hemos llegado. Comencemos con un ejemplo de la poesía alemana.<sup>368</sup> Así pues, la transformación retrógrada de la forma de lenguaje actual a la medieval ha repuesto la métrica que ya no se reconocía.

El mismo fenómeno se presenta en numerosos hexámetros que leemos en la *Ilíada*: tal y como están en nuestro texto, que data del siglo VIII a. C., suenan «mal», porque no se corresponden con las habituales normas métricas. Si los transformamos, con la ayuda de la lingüística, en la forma que el mismo texto hubo de tener en el siglo XVI a. C., entonces suenan bien. Eso sólo puede querer decir que esos versos fueron compuestos siglos antes de Homero. Incluso ha podido la lingüística determinar cuántos siglos.

A menudo nos suena mal el hexámetro en cuestión porque, en la forma que se nos ha transmitido, contiene una forma relativamente larga que rompe el ritmo. Podemos probar tanto como queramos, pero no podemos «escandir» el hexámetro, es decir, no podemos pronunciarlo con el ritmo correcto. Pero si reponemos la palabra de marras en la forma que, por razones de determinadas leyes lingüísticas irrefutables, hubo de tener en los siglos XVI/XV a. C., entonces surge una forma breve y el hexámetro es pronunciable y «como es debido». Análo-



gas a lo dicho serían las formas actualizadas de la poesía medieval de nuestro ejemplo: si reponemos las formas originales, el ritmo del verso reaparece.

También para este punto vamos a proponer al menos un ejemplo, porque es de importancia fundamental para toda nuestra cuestión.

En el texto homérico, aparece tres veces una fórmula versificada con la que es designado un héroe aqueo llamado Meriones, conductor del carro de Idomeneo de Creta:

Mērionēs atalantos Enyalio<sup>i</sup> andreiphontē<sup>i</sup>.

Meriones, semejante a Enyalios (= Ares, dios de la guerra), el matador de hombres.

En la notación métrica que reproduce un hexámetro, este verso queda así:

1	2	3	4	5	6	
—	∘ ∘	—	∘ ∘	—	∘ ∘	—
Mē	ri-o-nē	sa-ta-lan-to	sE-ny-a-li-o <sup>i</sup>	an-drei-phon-tē <sup>i</sup> .		×

Como se ve en este verso, en los dos lugares del quinto pie, que según la norma debían ser dos sílabas breves, están las dos sílabas *an-drei*. Si ahora sabemos que en el hexámetro sólo pueden medirse como breves las sílabas que, primero, no terminan en un diptongo y, segundo, son abiertas —es decir, que terminan en una vocal, no en una consonante—, entonces se reconoce enseguida que la sucesión silábica *an-drei* no es métrica. Porque *an-* no es una sílaba abierta sino cerrada (termina en consonante), y *-drei-* termina en un diptongo. Ambas sílabas son, por lo tanto, largas. Pero, como queda dicho, en la posición que van en el hexámetro, se exigen dos sílabas breves. De modo que el verso es métricamente «incorrecto» y en la forma en que se presenta no se puede escandir.

Pero si se sustituye por la forma de verso lingüísticamente reconstruida:

Mārionās ḥatalantos Enuwalō<sup>i</sup> anṛq(w)hontā<sup>i</sup>,

que en notación métrica queda así

1	2	3	4	5	6	
—	U U	—	U U	—	U U	—
Mā	ri-o-nās	ḥa-ta-lan-to	sE-nu-wa-li-ō <sup>i</sup>	a-nṛ-q <sup>w</sup>	hon-tā <sup>i</sup>	×

el hexámetro es correcto. Porque ahora, la sílaba cerrada *an-* se ha convertido en la sílaba abierta *a-* y la sílaba cerrada *-drei-* en la sílaba abierta *-nr-* ( la /r/ —llamada /r/ silábica— valía como vocal,<sup>369</sup> y además como vocal breve; es comparable a las relaciones correspondientes en lenguas modernas como el checo, en nombres propios como *Hrdlickowa*). Pero, con esa forma de verso, nos retrotraemos (como mínimo) al siglo xv a. C.<sup>370</sup> Esa datación lingüísticamente irrefutable está, al mismo tiempo, históricamente constatada, ya que el nombre *Marionas* no es separable del hurrita *maryannu*, «distinguido conductor de carros» , un término que en los siglos xvi/xv a. C., la época eurasiática de los carros de guerra, estaba extendido en todo el Próximo Oriente.<sup>371</sup> El *Meriones* homérico es, por su parte, conductor de carro —y, además, poseedor del yelmo de colmillos de jabalí, una forma de casco notoriamente micénica<sup>372</sup>; ocupa el sexto lugar en la cadena de los sucesivos detentadores orgullosos de la valiosa pieza, como se describe detalladamente (*Iliada* 10, 260-271)—; también eso es un alusión a la tradición y remota antigüedad.

El verso que, como compuesto de cuatro palabras, también muestra una forma de apariencia antigua,<sup>373</sup> está evidentemente acuñado unos ochocientos años antes de Homero. Por supuesto, ya no conocemos el contexto pa-

ra el que fue compuesto. Pero como el verso habla de un héroe de Creta, se sugiere que la composición se originó en conexión con el ataque y definitiva toma de Creta por los griegos micénicos.<sup>374</sup> Ese suceso se convirtió seguramente en inmediata materia de la poesía rapsódica griega.<sup>375</sup> El verso se transmitió en el seno de la poesía rapsódica griega e introducido así en historias versificadas cuyo tema ya no era Creta. Ambos grandes héroes, Idomeneo y Meriones, pudieron ser empleados en otras historias de rapsodas. Así pasó el verso de aedo en aedo.

Durante ese dilatado proceso de transmisión, fue cambiando subrepticamente la lengua griega usual que, paralelamente a la lengua de los rapsodas, seguía su propio camino. Perdió, entre otras cosas, la /r/ silábica y la transformó en /ra/ o /ro/ y, en su caso, /ar/ o /or/.<sup>376</sup> En eso, también fue afectado el antiguo término *anrq(w)hontas*, «matador de hombres», que sufrió, a lo largo del proceso, diversas mutaciones y adoptó la forma *andreiphontes*.<sup>377</sup> Como los rapsodas, por su parte, no querían perder el antiquísimo y bello verso de cuatro miembros, pero, además, no podían o querían ignorar completamente las transformaciones de la lengua de su época, se limitaron a sustituir el antiguo término *anrq(w)hontas* por el moderno *andreiphontes*, al tiempo que conservaban el verso como pieza heredada. Es cierto que la métrica ya no regía, pero se contentaron con ello.<sup>378</sup> Así llegó el verso por medio de la poesía hexamétrica hasta Homero.

Éste sólo es un ejemplo entre muchos. El material probatorio lingüístico en el caso de la dicción hexamétrica tiene hoy tal detalle y cohesión<sup>379</sup> que ya nada escapa a la deducción de que determinados versos que leemos en nuestro texto de Homero sonaban prácticamente de la misma forma —eso sí, rítmicamente ajustada— en boca de los rapsodas griegos, en los siglos XVI/XV a. C. Así debieron pasar a través del lapso entre los siglos XVI/XV y el VIII,

en la lengua poética tradicional de los rapsodas griegos.

Esto parecerá increíble a alguno que esté poco familiarizado con la cuestión. Pero hemos de pensar que nos las vemos con una forma poética que, en la época sin escritura, llegó a ser el monopolio como medio de narración y representación públicas. La fase relativamente breve de escritura no pudo influir a ese medio en nada, puesto que la Lineal B era, en efecto, útil para propósitos administrativos, pero inadecuada para la reproducción de textos largos. La poesía hexamétrica siguió su curso en la época micénica sin ser afectada por la adopción de la escritura de Creta. Y no hay nada asombroso en el hecho de que continuara también *tras* la caída de la cultura palaciana micénica. Como técnica ejercitada independientemente, no estaba vinculada ni al sistema administrativo ni a la escritura. La caída de la fase micénica de cultura no conllevó la suya; así que, en tanto hubo rapsodas que aún conocían la antigua tradición y la transmitían, y mientras hubo personas que quisieron escuchar a esos rapsodas (volveremos a esto), no había razón alguna para dejar de practicarla. Tampoco la había para variar la técnica y sustituir buenas fórmulas antiguas por cualquier cosa nueva.

Y si ese medio de la poesía hexamétrica, como se ha mostrado, ya era micénico y perduró a través de los «siglos oscuros», entonces pudieron transmitirse historias que fueron ideadas en la época micénica a través del espacio temporal entre 1200 y 800 a. C.

Como es natural, no mantuvieron exactamente la misma forma que tuvieron originalmente. Ya hemos visto que la poesía rapsódica oral de los griegos era una poesía *viva*. No era una poesía que una vez se compone por un rapsoda en una dicción determinada y luego se aprende en esa misma dicción por otros que la transmiten. Ésa hubiera sido una poesía encementada en sí misma y que se hubiera petrificado. Al final habría surgido un repertorio

museal de historias de encargo —comparable al repertorio de los modernos cantantes de ópera, oratorios o canciones, que acumulan lo aprendido de memoria y, luego, o no cambian ni añaden nada nuevo, o reestructuran el proyecto.

La poesía rapsódica griega, por el contrario, estaba justamente caracterizada por que seguía elaborando sin interrupción las viejas historias, de representación en representación, tanto inconscientemente, por la adecuación automática a las nuevas circunstancias temporales, como conscientemente, mediante la inserción de acentos, descripciones y personajes. Está claro, por ejemplo que un rapsoda del siglo x hubo de hacer hablar a Elena con Paris de diverso modo a uno de los siglos ix o viii. Caso de no hacerlo, no retendría al público o, lo que es más, no entendería él mismo de qué hablaba.

Pero, con el paso de las generaciones de rapsodas, no sólo cambiaban las viejas historias en el perfil de los personajes, los diálogos o los motivos de sus acciones, también la representación de las relaciones vitales. Está descartado que no se hubieran de incluir en las viejas historias estructuras sociales y económicas, y también objetos como armas, menaje o atuendos de la propia época.

Hace mucho que la investigación homérica tiene presente esa transformación en el interior de las historias. Por eso, habla de los dos productos de la poesía rapsódica que desde el siglo viii, es decir, desde Homero, han llegado a nosotros en transmisión escrita, como de una «amalgama».<sup>380</sup> Albin Lesky ha descrito acertadamente el carácter de ese amalgama en un largo párrafo de su artículo «Homeros», bajo el epígrafe «Cultura», y resumido así su descripción:

... los elementos pertenecientes a diversas épocas aparecen en una vinculación íntima y mecánicamente enlazada.<sup>381</sup>

Eso es indiscutible. Pero lo decisivo es que esa amalgama se presenta como continuo movimiento *dentro de un marco fijo*. Lo que va cambiando es el relleno, no el marco. Si quisiéramos ilustrar ese proceso en su peculiaridad, lo compararíamos con las edades del hombre: lo que cambia es, sobre todo, el interior, la apariencia exterior sólo lo hace en una escala limitada. El nombre en su totalidad es el que fue siempre; al final de su vida sigue siendo igual a sí mismo y todavía reconocible en su exterior.

Las historias que la poesía rapsódica griega ha transmitido a lo largo de generaciones son de la misma índole: cambian en su interior, pero permanecen siempre en su marco inicial. Éste está determinado por datos orientativos a los que pertenecen, como es natural, el escenario y los protagonistas, pero también constelaciones básicas como relaciones parentales, amistad/enemistad, amor/odio y otras de ese tenor (ya vimos los datos orientativos de la historia de Troya). Cambiarlos significaría hacer una historia ya no reconocible y, con ello, aniquilar «esa historia determinada». Pero eso quiere decir que el marco de una historia puede preservarse a lo largo de siglos.

Los *nombres* han de tener un papel muy especial en eso. Porque los nombres que forman el armazón de una historia no son alterables o sólo lo son limitadamente. Se mantendrán como nombres en sí, pero sobre todo como nombres que están enlazados a un sólido sistema rítmico e incluso con predilección en el lugar del verso donde, en base a su estructura rítmica, siempre estuvieron preferentemente. Eso es decisivo. Porque las historias dependen de los nombres. Lo sabemos por propia experiencia: un nombre, dicho en un círculo homogéneo, invoca enseguida los acontecimientos y relaciones vinculados con él; se aportarán fragmentariamente las informaciones de los miembros del círculo —vacaciones familiares, encuentro de clases, fiesta deportiva— y al final hay una

imagen detallada que encierra una buena parte de interpretación posterior pero que básicamente concuerda.

*Ilíada* y *Odisea* están repletas de nombres —de personas, pueblos, lugares— y es sabido que ya la mención de algunos traen asociadas historias completas. Quien oye «Elena» piensa enseguida en «Paris» y, junto con la historia de amor entre ambos, en el «rapto de Elena» y la expedición de venganza de los aqueos contra la ciudad natal de Paris. Quien oye «Edipo», piensa de inmediato en la historia de cómo Edipo mató a su padre y desposó a su madre. Pero, por seguros que estemos de esas asociaciones, tanto o más insegura nos resulta su relación con la realidad. Nunca podremos saber si hubo en realidad una tal «Elena» o un tal «Edipo», o si son nombres tapadera para determinados caracteres o tipos. Las propias historias son existentes, y también comprensibles e invocables como contexto narrativo, pero no se puede probar una existencia real de sus actores individuales.

Otra cosa son los nombres de pueblos y lugares. Como ya se mostró, nombres de pueblos como «achaioi» y «danoi» arraigan en la realidad. Hemos podido deducir, de documentos escritos de pueblos no griegos, que esos nombres han designado a comunidades históricas conocidas, en el II milenio a. C., en todo el área mediterránea. Después de todo lo que la investigación ha descubierto sobre la antigüedad de la poesía hexamétrica griega, no puede haber duda de que esos nombres de pueblos se introdujeron en el curso del II milenio en la poesía rapsódica ya entonces floreciente en Grecia. Historias que se vinculan con esos nombres tienen derecho a que se examine el grado de su contenido de realidad.

Lo mismo sucede con los nombres de lugar. Micenas, Nauplión, Tebas y muchos otros están documentados, como hemos visto, en documentos no griegos del II milenio. Y, por supuesto, ingresaron en la poesía hexamétrica

griega de la época. De momento está por ver cuándo lo hicieron exactamente y en qué contextos narrativos. Porque existieron como centros a lo largo de siglos y fueron solar patrio de la poesía rapsódica. También dieron cobijo e impulso incesante a nuevas historias y la de Troya fue una de ellas.

Con el nombre de la ciudad indisolublemente unida a la historia de Troya, se presenta un caso singular. Siguiendo una costumbre inveterada, hemos hablado en este libro prefentemente de «Troya» y ocasionalmente de la «historia de Troya». Con ello, hemos indicado que «Troya» en Homero sólo es uno de los dos nombres de la ciudad. El segundo nombre, «(W)ilios» (del que la *Iliada* recibe el suyo) tendría más derecho, por aparecer con más frecuencia en el propio texto homérico<sup>382</sup> y por ser idéntico al documentado en la correspondencia hitita, a dar su nombre a la historia, de modo que tendríamos que hablar de la «historia de Wilios».

Pero lo que ha de interesarnos de este nombre es la cuestión de si se hallan indicios en el *propio texto homérico* que trasluzcan *cuándo* se introdujo en la poesía hexamétrica griega. Porque así sería el mismo texto homérico, junto con los documentos extrahoméricos y extragriegos, lo que nos indicara la época en que se compuso la historia de Troya/Wilios. Y, de hecho, esos indicios existen. Tras todo lo dicho, no será asombroso que señalen la remota antigüedad de ese nombre en la poesía rapsódica.

#### (W)ILIOS EN LA POESÍA RAPSÓDICA GRIEGA

En nuestra *Iliada* encontramos, en la masa total de las 106 citas del nombre «Ilios», una fórmula que destaca por su peculiar estructura métrica. La fórmula es *Iliō proparoithe(n)* que literalmente traducida significa «de Ilios en-



frente» (con lo que trasladamos con más fidelidad la «posposición» del original). Aparece tres veces (15, 66; 21, 104; 22, 6) y siempre lo hace al principio del verso (una de ellas —22, 6— seguida por *pylaōn te Skaiaōn*: «y ante la puerta Escea»). Lo raro es su estructura métrica, porque la palabra «Ilios», en los demás ciento tres casos, siempre muestra la estructura — UU, es decir, empieza con una /i/ larga a la que siguen dos breves; la segunda /i/ es, bien entendido, breve. En nuestra fórmula inicial de verso, el hexámetro no se puede escandir, si pronunciamos *Ilio* de esa forma (habitual), «no sale bien». Tenemos que pronunciar larga la segunda /i/ de la palabra para hacer el hexámetro métricamente adecuado.

Esas apariciencias de excepción no son del todo desconocidas. Los rapsodas lo tenían especialmente difícil con los nombres, porque no se pueden cambiar y a veces no van bien con el ritmo del hexámetro. En esos casos, los rapsodas echaban mano de soluciones de urgencia y pronunciaban larga una sílaba que en el habla normal era breve.

Pero en nuestro caso esa explicación no es plausible. Porque, primero, no se trataba de una palabra rara con la que los rapsodas se topaban de modo excepcional, sino del escenario de toda la epopeya que tenían que nombrar cientos de veces, de modo que figuraba en todas las posiciones posibles en el verso sin que hicieran falta ajustes, y, segundo, una solución de urgencia puede acaso elegirse en un contexto aislado e inhabitual, pero crear toda una fórmula, es decir, todo un material de construcción reutilizable, con ayuda de esa solución de urgencia, difícilmente podía ocurrírsele a ningún rapsoda. Por eso siempre sería preferible otra explicación, si es que la encontramos.

Y la hay. La forma *Iliō* es un genitivo. Pero lingüísticamente, se trata de un genitivo *reciente*. La forma que espe-

rariamos en el lenguaje rapsódico es *Ilioio*. Es la normal que encontramos en los textos de la Lineal B, la lengua griega escrita del II milenio. Así que, si el nombre hubiera sido conocido en la Grecia de entonces, el genitivo sería *Ilioio*; así es el genitivo de las palabras del tipo *Ilios* en la mayor parte de los casos, también en Homero. Porque la lengua tradicional rapsódica hacía así el genitivo de las palabras terminadas en *-os*, fueran o no conocidas en la época micénica. Pero justamente esa terminación no la encontramos en Homero cuando se trata de *Ilios*, es decir, no hay ningún *Ilioio*. ¿Quiere eso decir que el nombre *Ilios* no era conocido y usual en la época micénica?

Aquí nos ayuda otra observación. Como se ha dicho, Homero usa junto a esa terminación de genitivo *-oio*, que es antigua y usual en la fase micénica de la lengua griega, una segunda terminación de genitivo que, como conocemos de la lengua griega clásica, suena *-ō* (en griego clásico se escribe */ou/*). Pero esta */ō/* larga sólo puede proceder de aquella antigua *-oio*, de hecho la */i/* intercalada se pronunció cada vez menos y al final quedó *-oo*. También esta terminación varió y terminó por ser una */o/* larga, que transcribimos *-ō*.

Ahora sabemos que esa transformación del antiguo griego micénico se había consumado mucho antes de Homero. En la lengua hablada de la época homérica, nadie hacía el genitivo de una palabra terminada en *-os* como *-oio*, sino que todo el mundo decía *-ō*. Sólo los rapsodas seguían empleando el antiguo genitivo que procedía de la época micénica de su ejercicio artístico, porque era muy adecuado para hacer hexámetros: sobre todo, al final de partes de verso que tenían la estructura rítmica — *UU* — *UU* — *x*, ese *-oio* bisilábico prestaba un gran servicio (el monosílabo *ō*, en cambio era menos adecuado).

Si observamos desde el trasfondo de esa evolución la terminación de genitivo de nuestra fórmula *Iliō proparoi-*

*the(n)*, salta a la vista que esa fórmula hubo de usarse en la época en que la antigua *-oio* se convirtió en *-oo*. Porque, en cuanto pronunciamos *Ilioo proparoithe(n)*, el nombre Ilios mantiene su vieja estructura  $\cup\cup$  también en genitivo:

—  $\cup$   $\cup$  —  $\cup$   $\cup$  —  $\cup$

I — li — o — op — ro — pa — roi — the(n).

Con ello, reproducimos una forma del verso que se pronunció en la época de antes de Homero, pero ya no en la suya. El verso no puede, por lo tanto, ser creación de Homero, sino que tuvo que ser formado por rapsodas anteriores y llegar a través del tiempo hasta los rapsodas de la época en que, en la lengua usual, no se hacía el genitivo en *-oo*, sino en *-ō*. Si se quería mantener el verso, había que convertir el transmitido *Ilioo proparoithe(n)* en un *Iliō proparoithe(n)*. Y, si se quería que el hexámetro saliera bien, bastaba alargar la segunda /i/ de *Iliō*. Ciertamente es que el nombre *Ilios* quedaba desprovisto de su auténtica pronunciación, pero eso se daba por bueno con tal de preservar la fórmula.<sup>383</sup>

El autor de la más reciente gramática de la lengua griega, el lingüista de Basilea Rudolf Wachter, ha resumido así todo el proceso:

... la restitución de *-oo* en fórmulas para la poesía prehomérica es muy plausible. Un caso así es 15, 66...<sup>384</sup> [con 15, 66 se refiere a la fórmula de la que hemos tratado].

El último editor del texto de la *Ilíada*, el destacado hellenista Martin L. West, en coincidencia con la mencionada historia de la evolución de la terminación de genitivo, ya ha introducido la escritura *Ilioo proparoithe(n)* en el texto, en dos pasajes (21, 104 y 22, 6) y se ha pronunciado igualmente por esa escritura en una nota al tercero (15, 66).<sup>385</sup>

Este conocimiento tiene sus consecuencias. Es cierto que no se puede especificar el año en que se operaron los cambios de *-oio* a *-oo* y luego a *-ō*, ya que ese proceso necesita su tiempo en una comunidad de hablantes. En 1960, Geoffrey Kirk conjeturó, con buenas razones, que el período en que aún se pronunciaba *-oo* era el anterior a la época de la colonización oriental griega, es decir, alrededor de 1050 a. C.,<sup>386</sup> y, hasta donde sabemos, no se han alegado razones en contra convincentes.<sup>387</sup> Pero hay que decir que no podemos saber con seguridad el momento.

Lo que sí sabemos con certeza es, como queda dicho, que la terminación *-oo* hacía mucho que no se pronunciaba en la época de Homero. Y eso significa que la fórmula entera *Ilioo proparoithe(n)* era corriente en la poesía rapsódica griega, en cualquier caso, mucho antes de Homero. Martin L. West ha concluido consecuentemente en una exposición de un manual de 1997:

*Ilioo proparoithe* puede haber sido una fórmula que se estableció muchas generaciones antes de Homero.<sup>388</sup>

Pero eso quiere decir, nada menos, que los rapsodas griegos, cualesquiera que fueran los sucesos que tuvieran lugar «ante Ilios (y la puerta Escea)», en todo caso, los cantaron mucho antes de Homero. ¿Qué sucesos serían éstos? ¿Qué acontecimientos «de Ilios delante y frente a la puerta Escea», es decir, ante una ciudad al otro lado del mar en el continente asiático que tenían enfrente, podían ser tan importantes para los rapsodas en Acaya/Grecia como para cantarlos en ejecuciones hexamétricas en lengua griega? Seguramente no acontecimientos troyanos locales cualesquiera, y seguro que nada en lo que no estuviera involucrada su propia clase dirigente. Sólo pudo tratarse de contactos «interestatales» y, a la vista de la te-

mática básica de la poesía rapsódica griega, se sugiere la conclusión de que los contactos dignos de ser cantados serían de naturaleza menos pacífica que belicosa.

Así retrocedemos temporalmente aún más allá del propio texto homérico con la historia de Troya/Wilios y podemos situar todavía más precisamente su existencia en la poesía rapsódica griega. Por desgracia es demasiado difícil detallar la serie de consecuencias concluyentes; para ello habría que dar por supuestos muchos conocimientos y estar muy adentrado en disciplinas especiales como la dialectología griega. Por eso, vamos a exponerlo con unas pocas indicaciones.

Uno de los investigadores más avanzados en el campo de la dialectología griega, Richard Janko, llegó en 1992 a una conclusión, después de una detallada exposición probatoria:

Muchos giros de lenguaje y leyendas micénicas parecen haber pasado directamente del Peloponeso a la zona asiática de los *eolios*, sobre todo si hay algo de cierto en las aseveraciones de los pentíidas<sup>389</sup> de Lesbos en el sentido de que eran de la estirpe de Atreus<sup>390</sup> [...]. Aquiles es un héroe *eolio* [...] Giros como *proti Ilion hiren* o *Hektoreen alochon* prueban que rapsodas *eolios* ya cantaban historias sobre una guerra en Troya.<sup>391</sup>

¿A qué se refiere Janko al recalcar repetidamente *eolios*? El *eolio* era uno de los principales dialectos griegos. Pero el dialecto en que están redactadas *Ilíada* y *Odisea* es, como se ha insistido con frecuencia, el jónico de manera predominante. No obstante, ese jónico contiene gran número de palabras dialectales *eolias* y formas que representan un estado muy antiguo de la lengua griega. En muchos casos, los rapsodas jónicos pudieron haber sustituido esas palabras y formas por otras métricamente válidas de su propio dialecto. Pero no lo hicieron. Por eso,

entre los especialistas en dialectología existe la convicción de que la poesía rapsódica micénica pervivió del todo o de modo intenso en el dialecto eolio de la lengua griega y que, hasta pasado cierto tiempo, no se adoptó en otros dialectos donde las mencionadas formas eolias se mantuvieron. Incluso algunos dialectólogos suponen, con buenas razones, que el eolio fue básicamente la continuación de la lengua de los griegos micénicos.<sup>392</sup>

Si eso es correcto, entonces las palabras y formas eolias en los textos jonios transmitidas en la *Iliada* y la *Odissea* son para nosotros, en cierto modo, avisos: «¡Atención! Aquí puede haber un estrato especialmente antiguo de la poesía rapsódica». El giro citado por Janko *proti Ilion hiren*, «hacia la sagrada Ilios», conlleva todos los signos de una antigüedad especialmente notable.<sup>393</sup> en consecuencia, hay que preguntarse: «¿Cuándo pudo formarse ese giro?». El helenista de Oxford Martin L. West contestó en 1998: «Después de la emigración a Oriente de los eolios».<sup>394</sup>

Los eolios (griegos septentrionales) fueron los primeros griegos, según lo que hoy sabemos, que emigraron a las costas de Asia Menor después de la catástrofe en el continente. La primera etapa de esa emigración fue, como es natural, la isla de Lesbos, situada ante la costa asiática. Y en Lesbos supone West la formación del mencionado giro. Dado que, según la más reciente investigación arqueológica de Nigel Spencer, la colonización de Lesbos por los griegos eolios no empezó antes de 1050 a. C.,<sup>395</sup> eso querría decir que el giro no se formaría antes de 1050.

Pero una circunstancia de peso se pronuncia contra esa datación tardía: en la *Iliada*, Lesbos pertenece inequívoca y expresamente a zona de dominación de Príamo, es decir, de Troya. En el canto 24, versos 543-546, el narrador hace que Aquiles diga a Príamo:

También tú, anciano, según se oye, fuiste feliz antes:  
en todo el país que Lesbos allá en el mar [...] abarca  
y la alta Frigia a nuestra espalda y también el Helesponto,  
descollabas sobre todos estos hombres en riqueza e hijos.

Y en el canto 9, se menciona repetidamente (129; 271; 664) que Aquiles saqueó Lesbos y llevó mujeres de allí al campamento griego.

Esas informaciones no pueden provenir de una época en que Lesbos era parte de Grecia; porque, en una guerra griega contra enemigos extranjeros, los rapsodas griegos nunca hubieran hecho asaltar a un héroe griego su propio país para llevarse esclavas. Ni siquiera hubieran podido hacer rapsodas griegos, cuya patria era la propia Lesbos, semejantes aseveraciones en el consabido tono que las leemos en la *Ilíada*. Todo ese complejo de informaciones de Lesbos debe proceder de la época anterior a llegada a la isla de griegos eolios,<sup>396</sup> y eso significa *antes* de 1050. De modo que desde antes de ese momento pertenecen al repertorio de los rapsodas giros como «hacia la sagrada Ilios».

Puede, en consecuencia, deducirse que en la poesía rapsódica griega del continente griego ya se cantaba sobre (W)ilios antes de 1050. Y el genitivo *-io* sería la forma original del nombre Wilios que ya hubo de tener un papel en la poesía rapsódica de la época micénica.

Con ello, tenemos un momento antes del cual los rapsodas ya cantaban sobre (W)ilios, un *terminus ante quem*, como se dice en la jerga especializada. Miremos ahora en la otra dirección y examinemos los giros y menciones de *Ilios* en la *Ilíada* por si, entre ellos, hay alguno que pueda ser datado, por razones filológicas, antes de la lengua griega micénica, es decir, antes de la Lineal B, como el antes mencionado verso de *Meriones*. No se puede estipular ningún otro. Eso significa que los mencionados giros de *Ilios* hubieron de fijarse, como más pronto, después

del inicio de la fase de Lineal B, es decir, después de aproximadamente 1450 a. C. (= *terminus post quem*) y, como más tarde, antes de 1050 (= *terminus ante quem*).

Si reunimos todo esto, vemos constatado nuestro resultado sobre la edad de la historia de Troya también desde esta parte. Hemos llegado por diversas vías al mismo punto una y otra vez. La historia de Troya es micénica. Como culminación de nuestra edificación argumental, surge de la propia *Iliada*, y además de las fórmulas hexamétricas en que aparece el nombre (*W*)ilios, la conclusión de que (*W*)ilios era materia de la poesía hexamétrica griega, en cualquier caso, unos trescientos años antes de Homero, muy probablemente antes todavía, en la época micénica.

En este punto, no queremos seguir preguntando ni suministrar en especulaciones sobre de qué precisa manera se llevó a cabo la historia, si, por ejemplo, debe suponerse que para la época micénica ya era de uso extendido el que los aedos, los cronistas de la época, acompañasen a la jefatura militar en sus expediciones en país enemigo, lo que más tarde, de manera acomodada a la época, era completamente habitual —piénsese en Alejandro Magno que llevaba a historiadores en su séquito guerrero—; tampoco queremos preguntar cómo pudo verse la historia en sus individuos, qué personajes pudo tener en su estado básico, y así sucesivamente. En esos campos, tenemos que dejar los detalles para investigaciones venideras. Desde el principio, teníamos un propósito probatorio restringido: mostrar que la historia de Troya, como tal —es decir, una historia sobre Wilios/Troya con determinados contornos básicos estructurales— no puede ser una producción fantástica tardía. En consecuencia, aquí sólo queremos establecer este resultado: las líneas de argumentación trazadas desde diversas vertientes confluyen en la siguiente imagen general:



La historia de Troya está ideada en la época micénica y se transmitió, en una forma enmarcada mediante la poesía hexamétrica griega, desde la época micénica hasta Homero.

## EL PÚBLICO DE LA POESÍA RAPSÓDICA

Para culminar nuestra edificación argumental, sólo queda por responder la pregunta de si en el ínterin entre Micenas y Homero hubo un fondo de resonancia para la poesía rapsódica griega y, con ella, la historia de Troya. Porque, si nadie quisiera escuchar las viejas historias, éstas se hubieran urdido en vano.

Por fortuna podemos ahorrarnos una exposición detallada de este punto. Porque las investigaciones de los últimos quince años han dejado claro que Grecia no se convirtió en un desierto cultural tras la caída de la cultura palaciana micénica. Aunque los grandes centros quedaron destruidos, perduraban pequeñas cortes de nobleza en Grecia. Las excavaciones en Elateia en Foquis, así como en Lefcandi en Eubea, han puesto ante los ojos que la vida siguió en esos pequeños centros e incluso de manera sumamente lujosa. Se construía con ostentación, se importaban materias lujosas de Egipto, los enterramientos de los señores eran opulentos. Pero para nosotros es especialmente importante el hecho de que en motivos de pequeñas piezas artísticas de esos pequeños centros aparece el aedo con su *phorminx*, una lira. Una de las personalidades investigadora en este campo de los «siglos oscuros», Sigrid Deger-Jalkotzy (Salzburgo), pudo escribir en 1991:

El carácter general, aquí bosquejado, del período SH III C [final del XII, principios del IX a. C.], con su prosperidad, sus señoríos y residencias, con sus nostalgias por la clase di-

rigente belicosa y la época palaciana, así como las imágenes en vasijas de aedos épicos en esas cortes, todo da idea de que a la época micénica iletrada sin palacios y en especial a las cortes principescas les correspondió un importante papel en el desarrollo de la primitiva épica griega.»<sup>397</sup>

Los conocimientos posteriores, sobre todo en el campo de la investigación de cerámicas,<sup>398</sup> han consolidado esa imagen. Quien escribe intentó resumirla en un artículo de 1994.<sup>399</sup> Posteriormente, el prehistoriador de Colonia Karl-Joachim Hölkeskamp esbozó en 2000 una imagen amplia de la llamada época «pospalaciana» desde 1200 hasta 1050 a. C., tomamos de esa imagen, este largo pasaje:

... también en Acaya, Elis del norte y otros lugares del Peloponeso, en Foquis y la zona del antiguo palacio de Iolcos en Tesalia, así como en Macedonia y Creta, se han excavado toda una serie de poblaciones y necrópolis de esta época.

Algunas de esas poblaciones tuvieron hacia 1100 un florecimiento que las convirtió en centros, aunque sin palacio. Uno de esos centros estuvo junto a Perati en la Ática oriental, donde se descurbió una necrópolis con 220 sepulturas, lo que hace pensar en una gran población entre el inicio del siglo XII y 1075. Muchos de los numerosos y en parte suntuosos menajes de enterramiento, vasos, joyas, sellos, materia prima de todas clases y armas, ofrecen indicios, por su procedencia, de que había contactos suprarregionales con Creta, Chipre, Rodas y Cos, hasta Siria y Egipto. Tampoco las relaciones con Oriente quedaron rotas de manera abrupta y total, aun cuando el densamente reticulado sistema de la época palaciana ya no existiera.

En esa fase de relativa prosperidad se instalaron una serie de señoríos en Micenas y Tirinto, en algunos lugares de Acaya, Arcadia y Laconia, así como en Eubea y Paros. A su alrededor había zonas residenciales y se desarrolló un estilo de vida que, con su nostalgia por las formas expresivas de la cultura palaciana llegó a ser «cortesano». Se recuperó la pin-

tura al fresco y los enterramientos micénicos. Y especialmente característica de la cultura de este florecimiento tardío fue la cerámica «noble» que servía para demostración del estatus de su dueño: las cráteras elaboradas y las fuentes con jarras y vasos muestran un refinamiento que luego se volverá a encontrar en la épica homérica.»<sup>400</sup>

Gabriele Weiler ha llevado a cabo una especial investigación de las «Formas y arquitecturas de los señoríos en las poblaciones de los siglos oscuros» que han constatado la primera imagen dada por Deger-Jalkotzy:

Tras la caída de los centros palacianos en el solar patrio griego, vino una segunda generación que produjo, entre los siglos XIII/XII, una honda transformación económica y política. La definitiva destrucción de la mayor parte de las residencias de la Edad de Bronce, trajo la caída de la producción altamente especializada en materia de lujo. Y con eso, parece que la clase dirigente política y administrativa desaparece. Los contactos suprarregionales fueron interrumpidos por las continuas agitaciones de los pueblos marítimos, la escritura ligada a la administración se perdió, el nivel cultural y material se fue reduciendo. Pero también entonces quedaron las regiones de impronta micénica con su koiné en la patria griega, influidas e impregnadas de aquella cultura (SH III C). [...] Micenas y Tirinto fueron destruidas, es cierto, pero surgen fases de florecimiento pospalaciano en SH III C. Otras ciudades, como Atenas y Perati en Ática, Grotta en Naxos y Amiclai en Laconia siguieron existiendo. El período SH IIIC, de unos ciento cincuenta años, aún es de clara influencia micénica en arquitectura y cerámica, aunque hay que señalar un general ocaso de la cultura material. Surgieron pequeños señoríos locales.<sup>401</sup>

El resultado de la investigación reciente es evidente: a causa de la relativa escasez de las propias relaciones, la pequeña nobleza de la llamada Época Oscura de la histo-

ria griega se mantiene como puede en el antiguo estándar de vida. Las viejas narraciones de gloria y grandeza de boca de los aedos representan en ello un continuo apoyo y ánimo. Y cuando luego dio comienzo la gran emigración de los griegos a la costa asiática, alrededor de 1100/1050, llevaron consigo ese arte y sus correspondientes artistas a la nueva patria. Los colonos se aferraban con especial tenacidad y cariño a sus raíces del país natal. Así se mantuvo la poesía hexamétrica griega sin interrupción. Visto así, Homero, el rapsoda que creció en la región colonizada griega oriental de la Jonia asiática, no es para nosotros un principio, sino el final y el culmen de una tradición secular. No ha inventado él mismo las historias dentro de las que intenta desarrollar sus nuevos propósitos poéticos. Le eran familiares merced a innumerables elaboraciones ajenas y, más tarde, también propias. La historia de Troya era una de ellas.

Si Homero —igual que acaso varios rapsodas jónicos antes que él— intentó «verificar» la historia de Troya, incluida en el repertorio junto a muchas otras —como Manfred Korfmann ha conjeturado en varios nuevos estudios—,<sup>402</sup> es decir, si Homero viajó al escenario Ilios/Troya, no tan alejado desde Esmirna/Quios, y enriqueció la historia, a la vista de tal o cual elemento de realidad, ante los restos de muralla aún visibles en su tiempo, es algo que no sabemos y probablemente no podremos saber jamás. Desde luego, está fuera de duda que sería posible.

Resumamos lo que podemos saber. Hubo un medio en que se transmitió la historia de Troya: la poesía hexamétrica griega, y hubo una clase social que pudo y quiso ofrecer un hogar a un medio así, a lo largo de los siglos. Llegados a este punto, se puede y debe formular la pregunta decisiva: ¿puede la historia de Troya, con su componente «guerra de Troya», haber aprovechado algo histórico?

## HISTORIA E HISTORIA DE TROYA

Los aqueos conocían Troya como mínimo desde mediados del II milenio. Esto puede verificarse en el más importante indicador de que disponemos para la documentación de contactos entre pueblos y zonas de cultura: en la cerámica. La cerámica griega de la época micénica de la historia griega —o sea, «micénica» o «aquea»— empieza a extenderse progresivamente en la costa occidental de Asia Menor desde aproximadamente 1500 (y fue pronto imitada por productores locales en grandes cantidades). Entre las ciudades con la más fuerte impronta micénica se cuenta, según las más recientes investigaciones,<sup>403</sup> Troya junto a Mileto, Iaso, Efeso y Clazomenai. A la vista de la importancia de Troya para el país, sobre todo, como lugar portuario, depósito y plataforma de comercio marítimo, tampoco podía esperarse otra cosa.

Los griegos micénicos estaban pues en contacto con Troya al menos desde mediados del II milenio. Qué clase de contacto era, sólo puede decirse hasta ahora a grandes rasgos. Porque, contrariamente a lo sucedido con hititas, no disponemos de ningún documento estatal micénico. Hasta ahora sólo conocemos las cartas que se dirigían de Hattusa a Acaya, pero no las de dirección contraria. Pue-

de eso radicar en el diferente estadio de evolución de la cultura escrita: mientras los hititas utilizaron enseguida una escritura cuneiforme relativamente accesible, los griegos micénicos no llegaron a la escritura hasta más tarde, como muy pronto, en el siglo xv, y la escritura silábica que adoptaron de los cretenses tras la invasión de Cnossos y adecuaron a su lengua era, como hemos visto, difícil y seguramente no «presentable en corte» internacional. La correspondencia hubo de llevarse, por lo dicho, en la escritura diplomática internacional de la época, en escritura cuneiforme. Que existió efectivamente esa correspondencia de los micénicos con los hititas y que se daba por supuesta, es algo que se deduce de los correspondientes pasajes textuales de las cartas regias hititas.

Ya hemos citado con detalle uno de esos pasajes —la célebre carta que el gran rey hitita Hattusili II (aprox. 1265-1240) escribió al «rey de Achijawa»: la llamada «carta Tawagalawa»—. Hattusili II se queja, con cautela y pidiendo comprensión, al rey de Achijawa de que no pone coto a las intrigas de Pijamaradu en toda la costa asiática desde *Wilusa* y *Lazba* (= Lesbos) hasta *Millawanda* (= Mileto). Hemos visto que Pijamaradu era nieto de un rey que huyó de los hititas a Achijawa, un rey de Arzawa, un país costero con capital en *Apasa* (= Efeso) que estaba en permanente conflicto con los hititas; Pijamaradu había asaltado, entre otros lugares, *Wilusa* (= Wilios/Troya) y *Lazba* (= Lesbos), había hecho esclavos y los había deportado a *Millawanda* (= Mileto), cabeza de puente de Achijawa en Asia Menor. Hattusa deseaba reducirlo pero no lo pudo atrapar, porque en el momento decisivo se escapó en barco a Achijawa.

Con la mención del asunto Pijamaradu ya hemos resaltado que el gran rey hitita Hattusili, en su carta de protesta al rey de Achijawa, siempre lo trata formalmente como «¡Hermano mío!», es decir, lo sitúa en el mismo

rango que al rey de Egipto y a sí mismo. También hemos hecho ver que toda la carta es un juego malabar entre ruego y amenaza. Cuando, en el pasaje de la carta donde el rey de los hititas pide al rey de Achijawa que se digne escribir a Pijamaradu, dice:

El rey de Hatti y yo, aunque estuviéramos enemistados por aquella ocasión de Wilusa,(?) ya me ha persuadido y hemos quedado como amigos [...] *no nos conviene una guerra.*

queda en evidencia la amenaza indirecta. Aunque lamentablemente no podamos decir si la enemistad y reconciliación entre ambos reyes y reinos tuvo en efecto a *Wilusa* como motivo, porque la lectura *Wilusa* no está aquí asegurada<sup>404</sup> y el texto no tiene el suficiente valor informativo. Muestra que la correspondencia entre ambos venía de más allá que la época de sus respectivos reinados, es más, que hubo sus más y sus menos en las relaciones, y, finalmente, que el rey de Achijawa está al corriente de todo el «caso Pijamaradu» y, con ello, de las actividades de Pijamaradu en la zona de *Wilusa*. Se constata en la continuación del texto:

Ahora mi hermano me ha [escrito lo que sigue]: [...] Te has conducido hostilmente conmigo [*pero entonces, hermano mío*] yo era joven, cuando [entonces] escribí [*algo ofensivo*] [eso] no [*sucedió con premeditación*]...

Así que el rey de Achijawa escribió también por su parte al rey de Hattusa. Eso sólo pudo ser en escritura cuneiforme, en las entonces usuales dependencias de escribas palaciegos. De modo que hubo correspondencia regular entre Hattusa y Achijawa. Y ese intercambio postal debió de durar un tiempo considerable, de lo contrario el rey hitita no podría referirse con un «Ahora mi hermano me ha [escrito lo que sigue]:». El giro «[*pero entonces, hermano*

*mío*] yo era joven» permite concretar aún más el lapso de tiempo del intercambio de cartas: ahora es el autor ya adulto, así que han podido pasar décadas de relación epistolar. Los contactos eran pues estrechos e intensos.

Por desgracia, las correspondientes cartas del rey micénico a Hattusa no han aparecido en los archivos hititas, ni tampoco como copias en las residencias micénicas. En consecuencia, tenemos que valernos de claves indirectas para la reconstrucción de las relaciones entre ambos reinos.

De las muchas posibilidades que se abren en este campo —por ejemplo, se pueden sacar a colación mercancías y armas micénicas en Asia Menor o figuras de guerreros micénicos en objetos asiáticos— sólo queremos mencionar aquí lo relativamente evidente: nombres de lugar asiáticos en tabletas micénicas de Lineal B. Una investigación publicada<sup>405</sup> de manera resumida reúne los siguientes nombres y derivaciones que interesan a nuestra cuestión:

1) *Trōs* y *Trōia* = «los troyanos», «las troyanas» tres veces documentado, una en Cnossos en Creta, dos en Pilos en el Peloponeso; se añade otro documento del gran hallazgo de tabletas de 1994/95 en Tebas.<sup>406</sup>

2) *Imrios* = «hombre de (la isla de) Imbros»: documentado una vez en Cnossos.

3) *Lāmniai* = «mujeres de (la isla de) Lemnos»; varias veces documentado en Pilos.

4) *Aswiai* = «asirinas»; varias veces documentado en Cnossos, Pilos y Micenas; son mujeres de la región llamada por los hitita *âssuwa* y que se vincula con el lugar *Assos* en la Tróade.<sup>407</sup>

5) (posiblemente) *Kswiai* = «mujeres de (la isla de) Quios»; varias veces documentado en Pilos.

6) *Milātiai* = «milesias» y *Knidiai* = «mujeres de Cnido»; varias veces documentado en Pilos y Cnossos.



Se trata pues de extranjeros en Achijawa y, donde se habla de mujeres, se refiere, según el contexto correspondiente, a *grupos de mujeres trabajadoras* extranjeras.

Las tabletas de Pilos y Tebas proceden, según datación arqueológica, de la época de alrededor de 1200 a. C.; las de Cnossos son más antiguas. Todas las tabletas eran originalmente notas o diarios de trabajo, cuyo contenido, como hemos dicho en otra parte, se pasaba al final del año a anuarios de (en la época) material más duradero. Las tabletas que han llegado a nosotros se han conservado por azar, porque ese año el palacio y todo el archivo se entregó a las llamas y la arcilla se endureció; los nombres mencionados referían sólo puntualmente una circunstancia de un determinado año. Así se explica la imposibilidad de poder deducir una línea histórica fiable a partir de ese material de nombres. Si tuviéramos tabletas de diferentes años, nos sería posible la reconstrucción a grandes rasgos de las diferencias interanuales y probablemente la del trasfondo de esos grupos de trabajadoras de la región anatolia.

Pero esas denominaciones tienen un notable valor informativo: muestran una familiaridad natural de los griegos micénicos con la zona costera anatolia, sus islas y Troya. La frecuente aparición de justamente mujeres de esas regiones, que se inscribían como trabajadoras extranjeras, permite más conclusiones: por lo visto, hubo expediciones de rapiña a Anatolia y las islas. Eso sería el complemento concreto del dato de aquella carta del rey Manbatarhunta al gran rey hitita Muwatalli II (a partir de 1300), de que Pijamaradu había asaltado *Lazba* (= Lesbos) y había deportado artesanos de allí a *Millawanda* (= Mileto).

Ahora una cosa está clara: tenemos documentadas, a partir de las propias fuentes hititas, incursiones cuyo objetivo era conseguir fuerza de trabajo, en aquella época, también para los hititas. Se ve que se trataba de una prác-

tica extendida internacionalmente y común por entonces. En ese sentido, los griegos micénicos no eran una excepción. Pero un punto llama la atención: en los documentos hititas, de los que poseemos mayor número que de los aqueos de la Lineal B, esas incursiones se limitan a la región de Asia Menor; no aparecen hasta ahora mujeres de *Achijawa* —es decir, de Pilos, Micenas o Tebas—. Lo que parece desprenderse claramente de ello es expansión, pero sólo en *una* dirección: de oeste a este, de Achijawa a Asia Menor, no al revés.

Podemos deducir que esa expansión se convirtió, especialmente en el siglo XIII, en situación duradera a partir del tratado de Estado entre el gran rey hitita Tudhalija IV con su yerno y rey vasallo Sausgamuwa de Amurru, que se concertó alrededor de 1220. Allí no sólo se compromete expresamente el rey de Amurru a declarar un estricto bloqueo comercial contra Achijawa, sino que también se borra posteriormente al rey de Achijawa de la antiquísima fórmula de los grandes reyes («los grandes reyes de Hatti, Egipto, Babilonia, Asiria y Ahhijawa»). Eso no sólo indica enfriamiento y desacuerdo, sino directa enemistad, como ya antes había sucedido, según puede verse en la «carta Tawagalawa».

## EL RESULTADO: UNA GUERRA DE TROYA ES PROBABLE

Algunos de estos estados de la situación, aunque no todos ni con mucho, los intentó repasar en 1998 uno de los hititólogos destacados, Trevor Bryce, en un capítulo de su libro *The Kingdom of the Hittites* para una imagen general bajo el título «The Trojan War: Myth or Reality?»<sup>408</sup> Llega a la conclusión de que un núcleo histórico de la historia de la guerra de Troya no puede ponerse más tiempo en duda. Se citan a continuación cuatro de sus cinco indicios para ello (el quinto no tiene ninguna relación directa con los cuatro anteriores):

1) Los griegos micénicos estuvieron fuertemente involucrados en las circunstancias políticas y militares de Anatolia occidental, en especial en el siglo XIII.

2) Durante ese período, el estado vasallo de Wilusa fue objeto de una serie de ataques, en los que los micénicos pudieron estar implicados más o menos directamente. En uno de esos casos, el territorio de Wilusa fue ocupado por el enemigo, en otro, el rey de Wilusa fue destronado.

3) Wilusa estaba en la Anatolia Noroccidental, en la región de la Tróade clásica.

4) Filológicamente, Wilusa puede equivaler al griego (W)ilios.<sup>409</sup>

Pese a estos indicios, Bryce considera más probable una serie de ataques de los aqueos contra Troya, que una guerra. Estos ataques, que en la realidad fueron temporalmente escalonados, serían luego aglutinados a lo largo del tiempo —Bryce calcula, como mínimo, cien años— en un único gran acontecimiento en la poesía rapsódica de los griegos, para la que esas incursiones de su clase dirigente más allá del mar, en la codiciada «Tierra de Promisión», eran un apasionante tema.

Esta tesis está apoyada desde muchos frentes. Sin embargo, como también sabe su propio autor, es puramente especulativa. Ir más allá de las especulaciones sigue siendo, de hecho, difícil. Incluso lo es en el estado alcanzado por la investigación actual que, entretanto, ha avanzado mucho desde el tiempo de Bryce, quien concluyó su manuscrito, según la introducción, en junio de 1996. Con todo, está creciendo la probabilidad de que tras la historia de Troya pueda haber, no muchos pequeños alfilerazos, sino un único golpe militar de los aqueos. A eso puede conducir un dato que recientemente pudo publicar el arqueólogo alemán Wolf-Dietrich Niemeier, investigador en Mileto: el hallazgo arqueológico muestra claramente que en la segunda mitad del siglo XIII tuvo lugar un cambio de poder en Mileto. En lugar de la soberanía aquea sobre Mileto, surge la soberanía hitita. Niemeier dice:

Con el país Millawanda (el área que pudo abarcar entre la desembocadura del Meandros y la península de Bodrum [...] con inclusión de Iaso y su fuerte testimonio de la influencia micénica) Ahhijawa tenía un pie en la costa meridional de Asia Menor, desde el que intervenía en las circunstancias de Asia Menor occidental, apoyaba a enemigos y vasallos rebeldes de Hatti, pero efectuaba pocas acciones directas [...]. Por desgracia, no sabemos *cómo* desapareció

Ahhijawa de la escena de Asia Menor y *cómo* cayó Millawanda bajo poder hitita en la segunda mitad del siglo XIII. Lo más probable es que Tudhaliya IV quisiera terminar con aquella continua inquietud en la frontera occidental de Hatti.<sup>410</sup>

Es la constatación arqueológica de una sospecha que Denys Page ya expresó en 1959 en base a un análisis de pasajes epistolares hititas:

Sospecho que este distrito [se refiere al distrito de Milla-wanda = Mileto], como otros de la vecindad, cambiaba su lealtad de vez en cuando.<sup>411</sup>

Un descubrimiento totalmente nuevo puede asegurar mucho más el cuestionamiento del distrito y los frecuentes cambios de soberanía en la zona de Millawanda = Mileto: en la primavera de 2000, en la falda oriental del monte Latmos, en las inmediaciones de la carretera que conduce a Mileto desde el interior, la arqueóloga Anne-liese Peschlow encontró una inscripción hitita.<sup>412</sup> Hasta ahora sólo conocíamos dos grandes inscripciones de ese estilo en Asia Menor: la de Karabel y la de Akpınar, ambas no lejos de Izmir. Semejantes inscripciones roqueras, siempre con retrato de los reyes vasallos hititas o de sus parientes con atuendo y texto hitita, eran entonces una señal a todo el mundo: «¡aquí manda Hatti!» La nueva inscripción es de Kubantakurunta, el hijo adoptivo de Mashuiluwa de Mira impuesto como rey vasallo de Mira por Mursili II hacia 1307-1306, y se data entre 1307 y alrededor de 1285.<sup>413</sup> Indica, si no la pertenencia efectiva de Mileto a partir de entonces al estado vasallo hitita de Mira, sí la constante amenaza de Mileto por Hatti e implícitamente la reclamación de soberanía de los hititas sobre Mileto. Una reclamación así parece natural y es una de las constantes de la política de grandes potencias en

Asia Menor, desde los hititas del II milenio, pasando por los persas del primero, hasta el Estado turco de la Edad Moderna. Ante este trasfondo, la recuperación de Milla-wanda/Mileto por los hititas en la segunda mitad del siglo XIII, arqueológicamente probada por Niemeier y constatada por la nueva interpretación de la famosa carta de Millawanda también fuera de la correspondencia hitita,<sup>414</sup> no tiene nada de asombrosa.

El escenario se mueve así en una dirección hacia la que hasta ahora todo parecía ir: en la segunda mitad del II milenio, Achijawa fue una potencia expansiva en el área mediterránea. Ocupó Creta en el siglo XV y, tras la supresión del dominio marítimo minoico, fue más allá del Egeo, a por la herencia de Creta también en Asia Menor: se estableció en Mileto. Y desde allí intentó ampliar su influencia. Los yacimientos arqueológicos micénicos en el entorno de Mileto y el asunto Pijamaradu hablan un lenguaje claro. Los intentos de Achijawa de dañar al gran imperio hitita —parte del cual consideraban los hititas a las islas frente a la costa asiática— acabaron finalmente con un contragolpe de los atacados: Achijawa perdió su cabeza de puente en Asia Menor occidental, Mileto. Un revés difícil de aceptar para el rey de Achijawa. El interés de Achijawa en los «graneros» de Asia Menor venía ya de siglos atrás y se renovaría tras la caída del enemigo hitita hacia 1175: la colonización griega que empezó alrededor de 1100 sólo continuaba una línea que, ahora lo vemos, estaba trazada desde hacía mucho. Atacar en la propia Mileto, un lugar de donde acababan de ser echados, no era estratégico ni prudente. Pero podía parecer seductor intentar poner el pie en otro lugar de la costa asiática, en una posición que por su riqueza creciente y su importancia política y comercial hacía mucho que estaba en las miras de Achijawa: Troya.

No podemos aventurar más en este contexto de la cues-

tión tantas veces debatida de cómo se uniría casual y temporalmente una empresa bélica de los griegos micénico/aqueos hacia el final del siglo XIII a. C., si es que realmente la hubo, con la caída de la cultura palaciana central micénica hacia 1200. Nos basta indicar que la historia universal está llena de ejemplos de cómo una empresa expansiva puede conllevar, en el máximo florecimiento de un Estado, mediante el fracaso unido a otros factores negativos, el repentino ocaso y definitiva caída de ese estado.

Tampoco nos posicionamos a sabiendas en la antigua discusión de si las dos grandes catástrofes destructoras hasta ahora arqueológicamente comprobadas en Troya hacia 1200 —un terremoto hacia 1250 (final de Troya VI) y un gran incendio hacia 1180 o algo más tarde (final de Troya VIa)— tienen que ver con una agresión exterior, posiblemente una agresión de los aqueos. La tradicional vinculación causal de esas catástrofes comprobables en las piedras con los movimientos políticos de la época quizá sólo restringe las posibilidades sin necesidad. Agresiones y destrucciones no son históricas hasta que la arqueología las prueba. Una prueba semejante sólo tiene valor añadido.

Lo que podemos formular como conclusión es que, ciertamente, en el punto alcanzado hoy por la investigación, aún no podemos decir nada realmente vinculante sobre la historicidad de la «guerra de Troya». Pero las probabilidades de que, tras la historia de Troya/Wilios con su gran expedición griega contra un centro de poder obstaculizante, en todos los sentidos, en la muy codiciada costa de Asia Menor occidental, haya un suceso histórico, no han disminuido por los esfuerzos investigadores unidos de diversas disciplinas en los últimos veinte años. Todo lo contrario: siguen creciendo fuertemente. La multitud de indicios que indican justo en esa dirección es poco menos que abrumadora. Y sigue aumentando,

mes a mes, con las nuevas galerías que excavan en la vieja montaña enigmática arqueólogos, anatolistas, hititólogos, helenistas, filólogos y muchos otros representantes de más disciplinas, trabajando con estricta objetividad y fascinados por el problema de Troya. Por eso, hoy podemos vislumbrar la continuación de la investigación con cierta tensión llena de presentimientos. La antigua incertidumbre decrece y la solución parece estar más próxima que nunca. No sería asombroso que, en el próximo futuro, el resultado fuera: hay que tomar en serio a Homero.



## NOTAS

<sup>1</sup> A mi esposa, la mejor aliada en el trabajo, y a los amigos que siempre me ayudaron con sus consejos y actividad. (Nota del traductor.)

<sup>2</sup> «Su excelencia» en turco. Karl May (1842-1912) es uno de los escritores alemanes más leídos de todos los tiempos. La tirada total de sus obras supera hoy los cincuenta millones de ejemplares. Autor de novelas por entregas, cultivó un género narrativo aventurero con paisajes y protagonistas exóticos en América y los Balcanes. Entre sus obras más conocidas figura *Winnetou*. (Nota del traductor.)

<sup>3</sup> El estudio de la lengua hitita, que se habló en Capadocia y fue descubierta en 1915. Dejó de escribirse en el II milenio antes de nuestra era. Sus inscripciones son las más antiguas conocidas de la familia lingüística indoeuropea. (Nota del traductor.)

<sup>4</sup> Tabletillas de arcilla con inscripciones cuya interpretación, a partir de 1952, permitieron conocer textos griegos al menos medio milenio más antiguos que los pasajes más arcaicos de la escritura alfabética griega. En este caso, se refiere a las tabletas halladas en Tebas a mediados de los años noventa, que aún no se han publicado. (Nota del traductor.)

<sup>5</sup> La forma empleada en las obras de Homero *Ilíada* y *Odisea* es «Ilios» (femenino, la «Ilios»), no la predominantemente usada en la literatura moderna «Ilion» (que es neutro). En la *Ilíada* aparece el topónimo más de un centenar de veces y sólo en un pasaje (canto 15, verso 17) figura como neutro. La autenticidad del pasaje es cuestionada desde la Antigüedad. — La ciudad refundada alrededor del 300 a. C. en el mismo lugar (Troya VIII) se llamaba «Ilion» y conservaba ese nombre entre los romanos («Ilium»). La forma «Ilios» se refiere en este libro siempre a la población *prehistórica* (Troya I-VII), y la forma «Ilion» a la *histórica* (Troya VIII y IX).

<sup>6</sup> El Helesponto, que en la literatura clásica también es llamado Ponto Euxino. Helle era hija de Atamante, rey de Tebas, quien se disponía a sacrificarla junto a su hermano Frixo, instigado por los celos de su segunda esposa. Los dos hermanos fueron salvados en el último instante por un carnero alado con vellocino de oro, pero Helle cayó al mar y se ahogó, en el estrecho entre el Mediterráneo y el mar Negro. (Nota del traductor.)

<sup>7</sup> El término turco es un atributo (de una sobreentendida *tepe* = colina) y significa «dotada de fortaleza».

<sup>8</sup> Véase, para los detalles de la biografía personal y arqueológica de Schliemann, B. W. Richter, *Heinrich Schliemann. Dokumente seines Lebens*, Leipzig 1992 (muy bien documentada, objetiva, no siempre lo bastante crítica) y J. Cobet, *Heinrich Schliemann. Archäologe und Abenteurer*, Munich 1997 (en parte, maliciosa).

<sup>9</sup> Dos meses y medio antes de su muerte, el 9 de octubre de 1890, reconoció en una posdata de una carta al director general de los museos berlineses, Richard Schöne, que la «Troya homérica» no era Troya II, sino Troya VI. Véase D. F. Easton, «Schliemann did admit the Mycenaean date of Troya VI», en *Studia Troica* 4, 194, 174.

<sup>10</sup> «Así como otros, partimos del supuesto de que los troyanos sabían leer y escribir.» Korfmann 1996, 26.

<sup>11</sup> «Confiado en la *Iliada* y sus datos, en los que creía como en el Evangelio, pensé que Hisarlik, el monte que he escudriñado desde hace tres años, sería la Pérgamo de la ciudad [Troya] [...] Pero Homero nunca fue un historiador, sino un poeta épico, y hay que tenerle en cuenta la exageración...» (Schliemann 1874, 161).

<sup>12</sup> Hachmann 1964, 109 y ss. (Subrayado de Latacz.)

<sup>13</sup> En la Prehistoria, además de en piedra, metal, cera y demás, en el Mediterráneo se escribió mucho sobre arcilla que se disponía en forma de tabletas cuadrangulares u ovals. En cuanto la arcilla se endurecía, podían las tabletas amontonarse (lo mismo que, en otro material, nuestras páginas de un libro). — Se llama Lineal B a una escritura silábica en la que están escritas miles de tabletas de arcilla encontradas, sobre todo, en la cretense Cnossos y en la griega Pilos, a partir de 1900. Esa escritura no se descifró como griega hasta 1952.

<sup>14</sup> Eaton 1992, 69.

<sup>15</sup> Cobet 1994, 12 con la nota 73 (subrayado de Latacz); igualmente, Latacz 1988, 389: «Si no aparecen nuevas —y, además, documentales— fuentes escritas (sólo podrían ser, o bien textos *orientales* o textos griegos de Lineal B, del siglo II)....» (subrayado de Latacz).

<sup>16</sup> Para más detalles de la biografía científica de Korfmann (quien aquí, como parte de la investigación del problema, tiene una significación más que individual) véase Latacz 1988, 390 y ss.

<sup>17</sup> Korfmann 1996, 29.

<sup>18</sup> Schliemann 1884, 5.

<sup>19</sup> Schliemann 1891, 24.

<sup>20</sup> A. Brückner en Dörpfeld 1894, 123; cf. Korfmann 1992a, 127.

<sup>21</sup> Dörpfeld 1902, 25.

<sup>22</sup> Blegen 1953, 370 y ss.

<sup>23</sup> En el año 1991, Jerome Sperling, que había tomado parte en la excavación Blegen, comentó así el análisis del hallazgo en 1934: «La humildad de los enterramientos producía perplejidad, ya que contrastaba con la relativa magnificencia de las amplias casas de la ciudadela. Carl Blegen comentó que evidentemente el cementerio fue utilizado por las clases más humildes de la sociedad. No consideró, sin embargo, la posible relación del cementerio con un barrio bajo del que no se sabía virtualmente nada en 1934». (Sperling 1994, 155.)

<sup>24</sup> Korfmann 1991, 17.

<sup>25</sup> Korfmann 1991, 19.

<sup>26</sup> Korfmann 1991, 26.

- <sup>27</sup> Korfmann 1992a, 144.
- <sup>28</sup> Becker/Faßbinder/Jansen 1993, 122.
- <sup>29</sup> Korfmann 1992a, 138.
- <sup>30</sup> Kolb 1984, 46.
- <sup>31</sup> Korfmann 1993, 27.
- <sup>32</sup> Jablonka 1994, 52.
- <sup>33</sup> Becker/Jansen 1994, 109.
- <sup>34</sup> Jablonka 1994, 66 con nota 18.
- <sup>35</sup> Jablonka 1994, 66.
- <sup>36</sup> Jablonka 1994, 65.
- <sup>37</sup> «Es muy probable que el material de tierra y piedras obtenido en la realización del foso se empleara en la construcción de un muro o al menos un terraplén, ya que lo contrario supondría un considerable trabajo adicional»: Jablonka 1994, 48.
- <sup>38</sup> Korfmann 1996, 1.
- <sup>39</sup> Korfmann 1997, 62.
- <sup>40</sup> «Aparte de la zona de la puerta, no se ha mantenido o no es comprobable ninguna empalizada acompañando a los fosos defensivos»: Korfmann 1997, 62.
- <sup>41</sup> Korfmann 1996, 42.
- <sup>42</sup> Korfmann (-Becks) 1999, 15 y ss.
- <sup>43</sup> Korfmann (-Becks), circular personal a los «Amigos de Troya» del 19 de agosto de 1999, 7, y Korfmann, circular a los «Amigos de Troya» del 20 de agosto de 2000, 4.
- <sup>44</sup> Korfmann 1996, 46-48.
- <sup>45</sup> Jablonka 1996, 86.
- <sup>46</sup> Mannsperger 1995.
- <sup>47</sup> Korfmann 1996, 48.
- <sup>48</sup> Korfmann 1997, 38.
- <sup>49</sup> Korfmann 1998b, 118.
- <sup>50</sup> Korfmann 1993, 27 y ss.
- <sup>51</sup> Sin embargo, aquí es preciso hacer la reserva de que, por ejemplo, también en la griega Tirinto existió, debajo de la ciudadela, un observable barrio bajo y recientemente se ha comprobado la existencia junto al «Palacio de Nestor» de Pilos, merced al *Pylos Regional Archeological Project*, de un barrio bajo con una superficie de entre 200.000 y 300.000 m<sup>2</sup>: Bennet (indicación de W.-D. Niemeier). Pero un sistema defensivo de barrio bajo del tipo de Troya no ha aparecido. Los eventuales distritos de extrarradio de las fortalezas palaciegas micénicas (y cretenses) apenas han sido considerados. Esto cambiará sin duda a raíz de la nueva excavación en Troya. Si apareciese algo semejante a lo de Troya, habría que preguntarse inmediatamente por su procedencia. Los griegos en ningún caso lo trajeron consigo. También aquí se propondría una adquisición venida de Oriente (¿vía Creta?).
- <sup>52</sup> Iakovides 1977, E 161-221; Iakovides citado por Korfmann 1995a, 181.
- <sup>53</sup> Naumann 1971, 125. 307.
- <sup>54</sup> Con todo, construcciones en adobe, también en amurallamientos micénicos, fueron consideradas probables por Müller 1930, 74 (indicación de W.-D. Niemeier).
- <sup>55</sup> Naumann 1971, 252 con reproducción 324-325.
- <sup>56</sup> Korfmann 1998a, 371.
- <sup>57</sup> Easton 1992, 67 con reproducción 10.

<sup>58</sup> Korfmann 1998a, 373.

<sup>59</sup> Korfmann 1996, 34 con reproducción 27; Korfmann 1998a, 373.

<sup>60</sup> Korfmann 1998a, 373-37; Korfmann 1998c.

<sup>61</sup> En la *Ilíada* de Homero, Apolo es, ya a partir del canto primero (1,9) el dios cabecero de Troya; él ha construido la muralla de Troya para Laomedón, el padre de Príamo (7, 452 y ss.) y, junto al hijo de Príamo, Paris, matará al mortal enemigo de Troya, Aquiles, junto a la puerta Escea (22, 359 y ss.); como Esminteo, es dios local de la Tróade (bajo su protección están Crise, Kila y la isla Tenedos: 1, 37 y ss.) y, como tal, a petición de su sacerdote Crises, envía la peste como punición de delito sobre los aqueos (1, 43-52). Por otro lado, *Appaliunas* es una de las tres divinidades cabeceras de Troya, en la parte del juramento del tratado de Alaksandu que se verá más adelante, que es, por otra parte, el único pasaje conocido (hasta hoy) donde se menciona (B. H. L. van Gessel, *Onomasticon of the Hittite Pantheon*. I, Leiden 1998, 37 [indicación de G. Neumann]). — El Apolo griego fue, como *Apollon Agyieus*, protector de las puertas y calzadas, y relacionado con el culto a las piedras (Fehrentz 1993). Ya Wilamowitz había visto una importación asiática en Apolo (Wilamowitz 1903), y Nilsson lo siguió (Nilsson 1967, 559-564). Éste llamó la atención (1967, 562 nota 5) sobre las estelas de puerta de los accesos de la muralla de Troya, que habían discutido Dörpfeld (1902, 132-135) y Blegen (1953, 96-98. 452). — La etimología de «Apollon» aún está sin aclarar (la derivación de Burkert de la palabra dórica *apella*, «concentración de pueblos», no se ha impuesto); West (1997a, 55) no admite las relaciones con Asia oriental.

<sup>62</sup> Korfmann 1986, 1-16; Latacz 1988, 395-397.

<sup>63</sup> Latacz 1988, 396.

<sup>64</sup> Hasta la fecha, no se ha explicado con certeza si barcos comerciales de carga podían anclar lo mismo que barcos de guerra (más ligeros) —respecto a la técnica de anclaje seguramente tradicional que se llevaba a cabo sin construcción portuaria, véase *Ilíada* 1, 430-439, con el comentario en Latacz 2000, I 2, 148; ibídem, más amplia literatura—. El hecho de no haberse hallado (hasta ahora) construcciones portuarias (rompeolas, muelle) en la bahía de Besik (como en Limantepe, hoy Urla de Izmir), no es testimonio contrario a su idoneidad como dársena. Respecto al puerto de la Edad de Bronce de Limantepe, véase *H. Erkanal en Frühes Ionien* 2002.

<sup>65</sup> Una primea descripción detallada de materiales y elaboración de parte del «Tesoro de Príamo» la dio el propio Schliemann en: Schliemann 1874, 89-297 (reimpresión 1990, 216-223; análisis de metales por Damour/Lyon ibídem 237 y ss.)

<sup>66</sup> Jablonka en Korfmann 1998, 52.

<sup>67</sup> Véase Starke 1995.

<sup>68</sup> El lector de la *Ilíada* recordará que Troya, así como su héroe más destacado, Héctor, y sus habitantes, los troyanos, se mencionan con frecuencia vinculados a los caballos, su doma y crianza. (Nota del traductor.)

<sup>69</sup> Heráclito, fragmento 18 Diels-Kranz; véase la traducción de Latacz en: Latacz 1998, 570/571.

<sup>70</sup> La prolongada discusión científica sobre si, en el II milenio a. C., ya había tráfico marítimo entre el Egeo y el mar Negro, se posiciona en los últimos tiempos en torno a una respuesta positiva, véase la literatura en Korfmann 1995, 182 nota 52 y los correspondientes debates habidos en el simposio internacional *Lebensraum in Troia zwischen Erdgeschichte und Kultur* en la Academia de Ciencias de Heildelberg, del 2 al 5 de abril 2001.

<sup>71</sup> Esta rama de la investigación puede hoy mostrarse inmejorablemente en los informes regulares sobre el barco hundido ante la turca Kas (= *Antiphellos* en Licia), un navío comercial naufragado en el siglo XIV a. C., hallado en 1984 y, desde entonces, sistemáticamente estudiado. Los informes se publican en la revista *American Journal of Archeology* (desde el n° 90, 1986).

<sup>72</sup> Asociación de ciudades comerciales del norte de Europa durante la Baja Edad Media; Lübeck, Hamburgo y Bremen fueron típicas ciudades hanseáticas. (Nota del traductor.)

<sup>73</sup> El sentido del orificio transversal fue ignorado durante mucho tiempo. Se suponía que los sellos eran colgantes —o incluso amuletos— que se llevaban en el cuello. Hasta los años ochenta no se comprendió su función, al descubrirse en Ras Shamra (Ugarit) un sello biconvexo con su dispositivo giratorio completo (comprobación en Gorny 1993, 167 nota 29). Es de especial interés la indicación de Gorny sobre un sello de bronce biconvexo con mecánica giratoria de Bogazkoy, que ya fue presentado en 1969 por K. Bittel (Bittel 1969, 8 y ss. con figura 4).

<sup>74</sup> Gorny 1993, 167.

<sup>75</sup> Korfmann 1996, 25 y ss.

<sup>76</sup> En el original hebreo se les llama «Hittim». Latacz cita la traducción de Lutero que los denomina «Chittitern»; en la versión Vulgata del pasaje que sigue «los reyes de los hititas» son «reges Hethæorum». (Nota del traductor.)

<sup>77</sup> Mordtmann 1872, 625-628.

<sup>78</sup> «Pan», en alemán. (Nota del traductor.)

<sup>79</sup> «Comer», en las tres lenguas; también el inglés *eat* o el castellano *diente* tienen ese mismo origen. (Nota del traductor.)

<sup>80</sup> «Agua», en alemán. (Nota del traductor.)

<sup>81</sup> En numerosas publicaciones especializadas (sobre todo no alemanas) se evita el término «indogermánico» y se sustituye por «indoeuropeo».\* Es un típico ejemplo de distorsión de ciencia mediante ideología. El concepto «indogermánico» se acuñó en el siglo XIX como objetiva descripción fáctica: la familia lingüística indogermana se extiende desde Ceilán (India) hasta Islandia (Germania). Por el contrario, «indoeuropeo» no tiene sentido objetivo ya que no todas las lenguas europeas son indogermánicas (por ejemplo, el finés y el húngaro). [\* El término «indoeuropeo» se debe al filólogo alemán Franz Bopp (1791-1867) que lo prefirió para denominar a un tronco lingüístico con grupos como el báltico, eslavo, itálico, griego, armenio o céltico, y no sólo los situados en sus extremos geográficos, como el indoiranio y germánico. Hace mucho que es de uso mayoritario, salvo entre lingüistas alemanes. Otras denominaciones como «ario» o «arioeuropeo» también han quedado en desuso. (Nota del traductor.)]

<sup>82</sup> Lengua hablada en Persia en la época de los sasánidas —en la literatura especializada, también es llamada *pehlvi*, *pehlevis*, *palavik* y *palaisch*—, pertenece al grupo indoiranio, sus ramas conocidas son el parsí y el parto. (Nota del traductor.)

<sup>83</sup> Starke 1998a, 522 (el nombre griego Eteokles, «Etewo-kleues», por ejemplo, aparece como *Tawagalawa*; así ya en Güterbock 1990, 158).

<sup>84</sup> Neumann 1999, 16.

<sup>85</sup> Neumann 1992, 25 (subrayados de J. L.).

<sup>86</sup> De: Starke 2001 (en imprenta) y Starke 1998, 191/192.

<sup>87</sup> Starke 1999, parágrafo B («Los dialectos luvios»).

<sup>88</sup> Este último término fue recomendado también por Klengel en 1989

(Klengel 1989, 234), en lugar del equívoco y carente de significado «hitita jeroglífico».

<sup>89</sup> Neumann 1992, 27 y ss.

<sup>90</sup> Riemschneider 1954, 93 ss.

<sup>91</sup> Hawkins/Easton 1996, 111.

<sup>92</sup> Gorny 1993, 187.

<sup>93</sup> Korfmann 1996, 26.

<sup>94</sup> P. Neve en Gorny 1993, 180 nota 102.

<sup>95</sup> Neumann 1999, 19 (se han documentado hasta la fecha, además del de Perati, otros cinco sellos y una impronta, véase N. Boysan / M. Marazzi / H. Nowicki, colección de sellos jeroglíficos, Würzburg 1983, 102 y ss. [Indicación de G. Neumann]).

<sup>96</sup> Korfmann 1996, 26.

<sup>97</sup> Neumann 1999, 19.

<sup>98</sup> Neumann 1992, 27 y ss.

<sup>99</sup> Véase al respecto la monografía de Susanne Heinbold-Krahmer *Arzawa. Untersuchungen zu seiner Geschichte nach den hethitischen Quellen*, Heilderberg 1977.

<sup>100</sup> Starke 1997, 472 nota 70.

<sup>101</sup> Kretschmer 1924.

<sup>102</sup> Gurney 1952, 46 ss. (Última impresión 1990) subrayado de J. L.

<sup>103</sup> Traducción de Frank Starke (Starke 1997, 473 nota 79; *Wilussa*, con dos /s/, es una variante de escritura hitita).

<sup>104</sup> Starke 1997, 474 nota 79.

<sup>105</sup> Starke 1998, 185-198 (Anitta reinó en Nesa, en el siglo XVIII).

<sup>106</sup> Se renuncia a la invocación de las confusas y, en la dicción, peregrinas explicaciones de Fritz Schacherneyr, *Mykene und das Hethiterreich*, Viena 1986, por más que podrían apoyar la presente exposición en varios detalles.

<sup>107</sup> Garstang/Gurney 1959, VIII.

<sup>108</sup> Otten 1966, 155 parte 9.2.

<sup>109</sup> Heinhold-Krahmer 1977, 371.

<sup>110</sup> Heinhold-Krahmer 1977, 167.

<sup>111</sup> Starke 1997, 448 (subrayado de J. L.).

<sup>112</sup> Houwink ten Cate 1983/84.

<sup>113</sup> Houwink ten Cate 1983/84, 44; Starke 1997, 472 nota 58 (las «islas situadas ante el continente de Asia Menor se vindican en el siglo XIII comúnmente como territorio hitita»).

<sup>114</sup> Los diferentes modos de escritura y de formas nominales se pueden explicar sin problema a partir de los topónimos y redacciones hititas, como explicó detalladamente Starke 1997, 468 y ss. Esas especificidades hititas no pueden ser repetidas aquí por razones de espacio.

<sup>115</sup> Korfmann 1998, 57-61; Korfmann 1999, 22-25; en detalle: Korfmann en la revista *Spektrum der Wissenschaft*, 7/2000, 64-70; última actualización: Korfmann en «Rundbrief an die Freunde von Troia de 20.08.2000, 5 y ss.

<sup>116</sup> Es decir, ninguna ley fonética prescribe que *Milano* sea impronunciable en alemán y que deba convertirse en *Mailand*; pero éste suena más propio, porque presenta el mismo molde que otros muchos nombres de lugar. (Nota del traductor.)

<sup>117</sup> Starke 1997, 468 y ss. Nota 4.

<sup>118</sup> Garstang/Gurney 1959/80.

<sup>119</sup> Niemeier 1999, 144.

<sup>120</sup> Watkins 1986, 58 ss.

<sup>121</sup> Starke 1990, 603; cf. Starke 1997, 473 nota 78.

<sup>122</sup> Es notable la semejanza con el radical vasco *bel-* «hierba», con numerosos derivados (*belate*, *belagi*, *belar*...). Acaso un préstamo latino, a través de *vellus*, *villus*, *pilus*... (de donde derivan *bilo* y también *ile*, «pelo»), de otro modo, como el vasco no pertenece al mismo tronco lingüístico que el hitita y el latín, habría que conjeturar que estamos ante una remota raíz común preindoeuropea. (Nota del traductor.)

<sup>123</sup> Neumann 1993, 290.

<sup>124</sup> Neumann 1999, 21 nota 20.

<sup>125</sup> Starke 1997.

<sup>126</sup> Starke 1997, 470 nota 41.

<sup>127</sup> Hawkins/Morpurgo Davies 1998.

<sup>128</sup> Güterbock/Bittel y otros 1975, 51-53.

<sup>129</sup> Hawkins en un *Summary* («Addendum») repartido en el coloquio «Homero, Troya y la Edad Oscura», 13/14. 12. 1998 Universidad de Würzburg. Más exactamente: Hawkins 1998 [publicado 2000], 4-8.

<sup>130</sup> Hawkins 1998 [publicado 2000], 18, lee ahora los nombres del padre, a modo de propuesta, como *Alantalli* y el del abuelo como *Kupanta-D KAL*.

<sup>131</sup> Neumann 1992.

<sup>132</sup> Hawkins 1999, 10; detalladamente, Hawkins 1998 [publicado 2000] 1-3.

<sup>133</sup> Las pruebas detalladas de la identificación de *Apasa* [también escrito *Abasa*] con *Ephesos* expuestas en Hawkins 1998 [publicado 2000], 22-24.

<sup>134</sup> Relieves roqueros del tipo Karabel solían colocarse por los hititas en parajes fronterizos (así como hoy los signos más conspicuos de Estados enfrentados señalan el límite en los pasos de frontera). F. Starke concluyó con razón en 1997 que los relieves del paso Karabel «indicaban una frontera política» (Starke 1997, 451). Como está claro, la frontera marcada aquí es la habida entre *Mira* (en los valles Meandros y Kaystros) y *Seha* (en el valle Hermos).

<sup>135</sup> Igualmente en Starke 1997, 451.

<sup>136</sup> Hawkins 1999, 10. Más exactamente en Hawkins 1998 [publicado en 2000], 23 (subrayados de J. L.).

<sup>137</sup> Entretanto, ya ha rebasado el círculo de los participantes en el coloquio de Würzburg y también es aceptada por otros especialistas. Como desde entonces han pasado unos dos años y las conclusiones del coloquio no se publicaron hasta principios de 2000 (*Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 23, 1999 [publicado en 2000], 5-41) la aceptación en la literatura especializada se amplía, de momento, despacio y de modo esporádico. Una voz favorable de importancia es la del investigador en esta materia y colaborador en las excavaciones de Mileto (y, desde 2001, director del Instituto Arqueológico Alemán en Atenas), Wolf-Dietrich Niemeier en «Mycenaeans and Hittites in War in Western Asia Minor» en *Aegaeum* 19, 1999, 143. — No son cabalmente aceptables posiciones contrarias, como la aparecida en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* del 16.02.2000 en forma de carta al director como reacción al breve informe de M. Sieblers sobre los nuevos conocimientos, en tanto sus autores muestran no tener idea del proceso de la investigación de los últimos diez años en todos sus detalles. El número de los posicionados a favor ha aumentado entretanto, sin dignos de mención, entre otros, el indoeuropeísta y anatolista Günter Neumann (carta al autor de 21.04.01: «su pro-

ceso probatorio me ha convencido) y el prehistoriador y especialista en la Edad de Bronce Gustav Adolf Lehmann en el periódico *Die Welt* de 27.10.2001: «Y el país Wilusa [lo podemos] en cualquier caso [identificar] con el espacio en torno a la colina Hisarlik donde excava Korfmann. Para la cuestión de la identificación véase el ensayo especial Latacz 2001.\*»

[\* Una posición contraria significativa sería la del arqueólogo Dieter Hertel, autor del libro «Troya». *Arquelología, historia, mito*, aparecido al mismo tiempo que el presente volumen. En el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* de 23.07.2001, se publicó un debate de este último con Joachim Latacz; en él, Hertel niega la equivalencia *Wilusa* = *Wilios* y vindica el retorno a la situación anterior a las excavaciones de Korfmann, cuando se negaba toda validez como fuente a Homero. Por su parte, Latacz le reprocha su posición paradójica de arqueólogo que descrece de la arqueología y señala que, ante el enorme cúmulo de indicios interrelacionados procedentes de las diversas disciplinas científicas, ahora cae en el lado de los escépticos la carga probatoria de que tras la caída de Troya no hubo un acontecimiento histórico de la época micénica. (Nota del traductor.)]

<sup>138</sup> Hampl 1962, 40.

<sup>139</sup> Hampl 1962, 62 con nota 42. La frase fue empleada por otro historiador como lema de un artículo sobre la «cuestión» de la «localización» de la *Atlántida* platónica. La diferencia entre un modelo filosófico como «Atlantis» de Platón y un lugar históricamente real como Wilusa podría, una vez comprendida, tener un efecto aclarador en la cuestión de Troya.

<sup>140</sup> Hampl 1962, 40.

<sup>141</sup> Sólo existe una derivación adjetivada de «Ilios» que figura una sola vez en la *Iliada* (21, 558).\*

[\* Es decir, *Ilëion*, que en ese pasaje se podría traducir como (llanura) «iliana». (Nota del traductor.)]

<sup>142</sup> Hawkins 1998 [publicado 2000], 22.

<sup>143</sup> Niemeier 1999, 142 [con la documentación de las publicaciones turcas de 1998] ver también Hawkins 1998 [publicado en 2000], 24 con nota 148.

<sup>144</sup> Garstang/Gurney 1959, 106.

<sup>145</sup> Forrer 1924, 6.

<sup>146</sup> Garstang/Gurney 1959, 105 y ss.

<sup>147</sup> Güterbock 1986, 35.

<sup>148</sup> Güterbock 1986, 40.

<sup>149</sup> Un caso paralelo es el llamado «texto Madduwatta»: bajo el gran rey hitita Arnuwanda I, el príncipe de Arzawa Madduwatta se alzó, según reputado modelo, contra Hatti y ocupó un numeroso grupo de «países» de los hititas: Zumanti, Wallarimma, Iyalanti, [Zumarri,] Mutamutassa, Attarimma, Suruta, Hursanassa; todos esos «países» estaban en el valle del Meandros (Hawkins 1998, 25). Se podrían citar fácilmente más ejemplos de este tipo para el término hitita de «países». Sugiere una comparación con el término griego *polis* en sentido geográfico.

<sup>150</sup> Starke 1997, 445, con notas 82-94.

<sup>151</sup> Nótese que G. Neumann (1999, 18) observa la probabilidad de que «también al norte de Lidia, en Misia y luego también en la Tróade, haya dominado el lidio —o una lengua anatolia emparentada— con lo que los nombres principescos homéricos «Tros» y «Troilos» derivarían del topónimo «Troya». Como Neumann utiliza el término «anatolio» como sinónimo de «hitito-luvio», tendríamos una raíz hitito-luvia *tro* (quizá mejor *trou*) junto a



un nombre de lugar «Taruwisa/Truw(isa)». Quizá haya que trabajar más en esta dirección (cfr. «Tlos»; «[a]llawa»).

<sup>152</sup> En el mismo sentido argumenta ahora la experta lingüista británica Anna Morpurgo Davies en el caso de la equivalencia de la griega *Miletos* (antes *Milatos*, una colonia cretense) con la hitita *Millawanda*: «Si los minoicos [=cretenses] denominaban el lugar con un nombre como Μίλατος [...] los hititas debieron encontrarse con un nombre que no podían comprender e intentaron integrar en su propia lengua, porque le añadieron el sufijo *-wanda*, que es usual en topónimos como *Wiyawanda*» [...] en hitita se han constatado unos cincuenta nombres terminados en *-wanda*...]. «El hitita conoce muchas palabras que empiezan con *mil-*, eso pudo facilitar la formación de una forma como *Millawanda*; se habría basado en la tentativa de integrar el nombre *Milatos* mediante un proceso sencillo de la etimología popular en hitita» (por carta, en Hawkins 1998 [publicado en 2000, 30 y ss. Nota 207]).

<sup>153</sup> E. Viser, *Das Beispiel Troia*, en Viser 1997, 83-94.

<sup>154</sup> Latacz 2000 (Prolegomena), 50 y ss.

<sup>155</sup> La traducción al alemán es de Frank Starke (1999).

<sup>156</sup> Es decir, los habitantes del «país Karkisa», ya mencionado en la lista de los veinte que se alzaron contra el rey Tudhaliya. (Nota del traductor).

<sup>157</sup> La última vez fue J. Friedrich, *Staatsverträge des Hatti-Reiches in hethitischer Sprache*, 2 Teil, Leipzig 1930, 50-83. Las letras A, B, y C se refieren a los tres ejemplares existentes; la traducción se basa en la versión mejor conservada.

<sup>158</sup> No es, en efecto, del mismo rango, ¿se tratará de un desliz? [Nota de Starke.]

<sup>159</sup> «Hombre» no es un error, la paridad de rango de Asiria no se reconocía en la época. [Nota de Starke.]

<sup>160</sup> El «formulario» de los tratados de Estado hititas, del que el tratado *Alaksandu* es una variante, lo presenta detalladamente: Klengel 1989, 240 y ss. Klengel indica que «tras la muerte del vasallo (...) el tratado —parcialmente, en la forma inalterada— se renovaba con el sucesor». El tratado *Alaksandu* pudo ser una renovación de ese estilo.

<sup>161</sup> Garstang/Gurney 1959, 101 y ss.

<sup>162</sup> Hoffner jr. 1982, 130-131.

<sup>163</sup> Starke 1997, 454; 2001, 43.

<sup>164</sup> Hawkins 1998 [publicado 2000], 19.

<sup>165</sup> Niemeier 2002 (en imprenta), que se remite a Gurney 1992, 220 ss. nota 58 y Bryce 1998, 340, y apoya esta opción en los más recientes descubrimientos arqueológicos. Ya Güterbock 1986, 38, supuso como receptor de la carta a uno de los señores de *Millawanda* = *Mileto*, mandatario vasallo en una comarca limítrofe con *Mileto*.

<sup>166</sup> Traducción F. Starke (Starke 1997, 473 nota 74; traducción de las líneas 36-40 completada por carta).

<sup>167</sup> Las alrededor de veinte menciones conocidas hasta el año 1977 están enumeradas por Heinhold-Krahmer 1977, 349. Lo conocido desde entonces no es posterior a 1200. El fragmento de carta KBo XVIII 18 = n° 215 Heinhold-Krahmer (con cuatro menciones de *Wilusa*), donde *Wilusa* parece ser materia de discusión entre ambos interlocutores epistolares, fue señalado por Heinhold-Krahmer en 1977 como imposible de datar (350). Hagenbuchner (2ª parte p. 317) lo data entre 1265 y 1200; Starke, 2000 (párrafo B, final), en el reinado del último gran rey *Suppiluliuma II* y «después de aprox. 1215».

Hagenbuchner supone receptor probable al rey de Ahhijawa. Starke, al último rey conocido de Mira, Mashuitta. —A la vista de estas discrepancias, es recomendable aguardar más detalladas aclaraciones.

<sup>168</sup> Starke 1997, 459.

<sup>169</sup> Cfr. Klengel 1979, 240, sobre los tratados de Estado en general: «el convenio traía consigo la necesidad diplomática de una correspondencia regular con peticiones y buenos deseos, unida al envío de valiosos presentes».

<sup>170</sup> La investigación disponible hasta la fecha de la correspondencia hitita sigue desgraciadamente caracterizada por una deficiente sistematización (cosa, por otra parte, muy comprensible, habida cuenta de la cantidad de material, lo relativamente joven de la disciplina y el escaso número de especialistas). Vayan como ilustración unas citas de Hagenbuchner 1989: «No hay una publicación completa según años y lugares de hallazgo [...] en pocos casos es posible contrastar el lugar del hallazgo de los fragmentos de cartas de las campañas de Wincklersch [...] con frecuencia, se da por supuesto el lugar del hallazgo, sin indicación de circunstancias, que a veces tampoco figuran en el informe previo...». A la vista de estas carencias, es totalmente consecuente la conclusión de la autora: «Según los resultados de la excavación, no había [en Hattusa] ningún archivo de correspondencia» (subrayado de J. L.). En realidad, tal archivo debió de existir, puesto que el imperio, cuya salvaguarda de inventario estaba basada en una correspondencia diplomática (en las cartas, se menciona la relación con otras cartas), habría quedado sumido en el caos, al cabo de pocos meses.

<sup>171</sup> Neumann 1999, 19 nota 12, quien se remite a Godart 1994a y 1994b. La identificación el Lineal A fue constatada por otros especialistas: Olivier 1999, 432; J. Bennet y Th. Palaima, oralmente.

<sup>172</sup> En el simposio «The Aegean and the Orient in the Second Milenium», de 18-20 de abril 1997, en la Universidad de Cincinnati, la muy competente arqueóloga americana e investigadora de Troya, Machteld J. Mellink, animó expresamente a la excavación Korfmann a la indagación sistemática de la montaña de desechos: «No decimos que la próxima campaña vaya a sacar a la luz una copia del tratado Alaksandu [...] pero hay pruebas de contactos históricos, tanto de correspondencia como de relaciones amistosas con los hititas. Y la ganancia de esa operación radica en una búsqueda de documentación histórica, porque se custodiaban documentos escritos o copias de documentos de algún tipo en los edificios centrales de Troya VI y VIIa». (En: *Aegaeum* 18, 1998, 148.)

<sup>173</sup> Cfr. Hagenbuchner 1989, 17: «En la correspondencia internacional, los señores designaban enviados a diplomáticos de gran formación y escuela que también en la jerarquía de su país natal detentaban altas posiciones».

<sup>174</sup> Starke 1997, 456.

<sup>175</sup> Starke 1997, 456-458.

<sup>176</sup> Starke 1997, 459; Starke 1999, capítulo A (Luvio no sólo en sur y sures-te de Asia Menor, sino también en el oeste: Arzawa, Mira, Seha, Wilusa).

<sup>177</sup> Starke 1999 (capítulo «Kontakte»); del micénico *Aleksandros*, que mediante el ejemplo del nombre femenino de persona *Aleksandra* (a-re-ka-sa-dra MY 303 = V 659) es citado como usual.

<sup>178</sup> No se refiere a segundas nupcias, sino, en un contexto de poliginia, a esposas de segundo rango, dotadas de menos derechos que la primera. De ahí «*aunque sea de tu segunda esposa*». (Nota del traductor.)

<sup>179</sup> La historia griega del hijo primogénito del rey Príamo, Alexandros/Pa-

ris, que no apareció en Troya hasta adulto (porque fue dejado como expósito por la pareja regia a causa de una profecía nefasta) y que, naturalmente, encontró resistencia en la dinastía, muestra asombrosas concomitancias con estas filiaciones. No obstante, hay que guardarse con suma cautela de hacer equivaler al *Alaksandu* histórico con el *Alexandros* de la *Ilíada*: *Alexandros* («el que rechaza a los hombres») es uno de los nombres griegos más usuales. Por el contrario, es muy sugestiva la circunstancia de que a *Alexandros* se le da, en la *Ilíada*, un segundo nombre, *Paris* («ilirio»; v. Kamptz 1982, 340) que es probablemente un abreviado. Está descartado que Homero, un poeta del siglo VIII, pudiera haber tenido la idea de un bilingüismo en Troya; detrás ha de haber una tradición.

<sup>180</sup> Neumann 1999, 18.

<sup>181</sup> Easton en: Hawkins/Easton 1996, 118. Easton se pronunció por «temprano VIIb» en Korfmann 1996, 60 nota 54a; eso sería hacia 1100.

<sup>182</sup> Starke 1998, 193.

<sup>183</sup> Starke 2000, (parágrafo B, final).

<sup>184</sup> Cfr. Starke 1998b: «Aunque el destino posterior de ese gran reino [se refiere a Mira] no es conocido, el hallazgo de un sello de bronce con inscripción luviojeroglífica de un escriba (es decir, de un representante de la administración estatal) deja claro que también en el seno de los estados de Arzawa hubo de contarse con una continuidad estatal...». Quizá debiera sustituirse el «hubo de» por «pudo».

<sup>185</sup> Forrer 1924; Forrer 1924a.

<sup>186</sup> Sommer 1932.

<sup>187</sup> Merece una mención expresa el libro del filólogo inglés Denys Page, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley & Los Angeles 1959, que es importante para el planteamiento general de nuestra pregunta. En la cuestión Ahhijawa, que es capital para la equivalencia, Page consideró muchos detalles de manera acertada en el capítulo 1º («Acheans in Hittite Documents»). En resumen tuvo que posponer una argumentación exacta y sustituirla por una sugerente retórica, porque carecía de la clara base geográfica que hoy poseemos (cfr. su mapa imperfecto del imperio hitita emprendido por Garstang en 1943; no disponía del libro de geografía de Garstang/Gurney de 1959).

<sup>188</sup> En la cuestión de la equivalencia filológica de *Ahhijawa* y *Achai(w)ia*, Page argumentó en la misma dirección que está representada aquí en todas estas equivalencias hitita/griegas: «... pero creo que ahora se ha convertido en un problema meramente filológico y hace mucho que no representa una cuestión de importancia histórica. La identidad de Ahhijawa con un país aqueo debe ser probada, si preciso fuera, mediante evidencia documental y arqueológica, independientemente de todas las especulaciones sobre nombres de lugar» (17).

<sup>189</sup> Starke 1997; Hawkins 1998; Bryce 1998, 659-63, 321-324, 342-344.

<sup>190</sup> Mountjoy 1998; Niemeier 1999.

<sup>191</sup> Parker 1999, en especial 497: «*communis opinio*».

<sup>192</sup> Bennet 1997, 519; Latacz 2000 [comentario a la *Ilíada* 1.2 p. 16].

<sup>193</sup> Hawkins 1998 [publicado 2000] 30.

<sup>194</sup> Starke 1997, 453.

<sup>195</sup> *Tawagalawa* (= en griego, «*Etewo-klewes*») era un hermano del rey de Ahhijawa: Güterbock 1990, 158; Starke 1997, 472 nota 61; Hawkins 1998, 36: «*Tawagalawa, the brother of the king of Ahhijawa*».

<sup>196</sup> Hagenbuchner 1989, 1 45 ss.: «Reyes del mismo rango se llaman generalmente entre sí [...] «hermano mío»...».

<sup>197</sup> Heinhold-Karhmer 1977, 175 ss. — Schachermeyr 1986, 207 ss., cita una carta privada de Güterbock según la cual sería *posible* la lectura «Wilusa»; para ello, Güterbock debe completar libremente una sílaba. En consecuencia, construir una argumentación en un punto de tal importancia no sería serio.

<sup>198</sup> Starke 1997, 450-454.

<sup>199</sup> Hawkins 1998, 17: «Parece haberse convertido en habitual apostrofar a Pijamaradu como “filibustero”; pero, en realidad, no hay motivos para dudar de que era un príncipe levantisco de Arzawa que perseguía las metas tradicionales [en la política de Arzawa]».

<sup>200</sup> Hawkins 1998, 2.

<sup>201</sup> Niemeier 1998.

<sup>202</sup> Latacz 1985 = 1997, 49.

<sup>203</sup> Básicamente en Lehmann 1985 y 1991.

<sup>204</sup> Lehmann 1996, 5.

<sup>205</sup> Paga 1959, 17, se pronunció por Rodas; pero, como él mismo vio, no hay pruebas de valor de que allí, en el siglo III a. C. hubiera un dispositivo fortificado junto a la ciudad de Ialysos (en la punta norte de la isla) denominado «Achaia polis». Rodas sola no habría atemorizado tanto al imperio hitita como muestran los documentos.

<sup>206</sup> Niemeier 1999, 144; más detalles sobre la localización en 290.

<sup>207</sup> Cita y documentación en Lehmann 1991, 110 ss., 114; Niemeier 1999, 153. Más detalles, 3337. F. Starke (por carta) considera la traducción «un comerciante de él» errónea y lee «de ti» (así supuesto por nosotros; el resto de los cambios de la traducción dada por Lehmann siempre proceden de Starke). Eso no cambiaría nada en que el rey de Amurru estaría obligado a impedir también el tránsito de barcos de Ahhijawa a Asiria.

<sup>208</sup> Lehmann 1991, 114.

<sup>209</sup> Se prescinde por razones evidentes de explicaciones de este verso que pueden ir en otra dirección (véase Visser 1997, 658 ss.). Por lo demás, el mismo nombre «Achilleus», que no ha encontrado hasta la fecha ninguna etimología razonable, debiera investigarse a la luz de su posible relación con el nombre «Achaia»; ya H. v. Kamptz, (1958) 1982, 348, descompuso el nombre en sus tres componentes Αχ-ιλ-ευς, comparó el sufijo pregregio -il con el existente en el nombre troyano «Troilos» y lo añadió al radical, también pregregio, «Αχ-».

<sup>210</sup> *Jemandem ein Danaergeschenk machen*, cfr. los célebres pasajes clásicos *Danaum fatale munus* (Séneca) o también *Timeo danaos et dona ferentes* (Virgilio, Eneida II, 49). El giro alemán se refiere al célebre caballo de Troya y se emplea para aludir a obsequios funestos o contraproducentes. (Nota del traductor.)

<sup>211</sup> Edel 1966, 33-40.

<sup>212</sup> La transcripción de los caracteres egipcios está simplificada aquí con Lehmann.

<sup>213</sup> Lehmann 1991, 107.

<sup>214</sup> En el libro de Ezequiel, por ejemplo, se pueden considerar sinónimos. (Nota del traductor.)

<sup>215</sup> Como Haider 1988, 9.

<sup>216</sup> Lehmann 1985, 10.

<sup>217</sup> Aún no ha sido explicado por qué Amnissos figura dos veces.

<sup>218</sup> Haider 1988, 13-15.

<sup>219</sup> Helck 1979, 97 (con ilustración en p. 96) completado por Haider 1988, 139, 14 nota 48.

<sup>220</sup> Véase en especial Cline 1991 y 1994 (indicación de Niemeier).

<sup>221</sup> Lehmann 1996, 4 nota 3; Haider 1988, 10, leyó «bronce» en lugar de «cobre». El bronce sería, en la época, incomparablemente más valioso.

<sup>222</sup> Haider 1988, 15.

<sup>223</sup> Lehmann 1991, 109.

<sup>224</sup> Lehmann 1985, 10, nota 10.

<sup>225</sup> Lehmann 1991, 109 s.

<sup>226</sup> El lector de la *Iliada* traducida, habrá leído estos nombres como «griegos», simplemente, o, en el caso de las versiones más fieles, como «aqueos/dánaos/argivos». (Nota del traductor.)

<sup>227</sup> Se llama también «pie» a la unidad de repetición entre dos tiempos marcados donde debe aparecer una sílaba larga. Esa repetición da origen al ritmo. (Nota del traductor.)

<sup>228</sup> En castellano, para evitar un hiato semejante, se cambia el género al artículo y dice «*el águila*» o «*el agua*». (Nota del traductor.)

<sup>229</sup> Düntzer (1864) 1979, 99 ss.

<sup>230</sup> Korfmann 1991, 92.

<sup>231</sup> En diciembre de 2000, se publicaron en internet (<http://www.casiopeia.de/ausgabe45/Homer/homer.html>) los resultados de la encuesta «¿Quién era Homero?» llevada a cabo por estudiantes de griego de un colegio de Letras en Oberfranken. De los propios estudiantes hubo un 92% de respuestas correctas, de los ciudadanos interrogados, en cambio, sólo 30%, de las que casi la mitad eran incompletas. Sólo 7 de las 154 personas supieron mencionar las obras *Iliada* y *Odisea*.

<sup>232</sup> Acaso la primera vez constatado en Tsountas/Manatt 1897, 363. En los últimos diez años se ha demostrado «que los términos “Dark Age”, “Dunkle Jahrhunderte”, “Grieschisches Mittelalter”, expresaban más bien el estado de la investigación que lo que debían designar»: Deger-Jalkotzy 1991, 128; cfr. Latacz 1997, 54: «oscuros para *nosotros*».

<sup>233</sup> Blome 1991, cfr. Latacz 1994.

<sup>234</sup> Latacz 1997, 61 con más detalladas explicaciones.

<sup>235</sup> No nos ocuparemos de la antigua cuestión de si el poeta de la *Iliada* (y acaso también de la *Odisea*) se llamó efectivamente *Homeros* (así es el nombre original griego), porque no tiene sentido: *Iliada* (y *Odisea*) deben tener autor. Los propios griegos supusieron como nombre del autor a *Homeros*. Poner otro nombre en su lugar (o un anónimo X) no supondría avance alguno.\*

[\* La opinión que propone autores diferentes para *Iliada* y *Odisea* data ya, como mínimo, del siglo III a. C. A lo largo del tiempo, ha sido rechazada y rehabilitada de manera casi cíclica. También ha llevado a conjeturar que Homero (en griego, «rehén») fuera un sobrenombre convencional de varios rapsodas. (Nota del traductor.)]

<sup>236</sup> El dístico, de atribución dudosa, que memora las siete ciudades pretendientes dice: *Smyrna, Chios, Colophon, Salamis, Rhodos, Argos, Atheniae, / Orbis de patria certat, Homere, tua*. (Nota del traductor.)

<sup>237</sup> Véase Latacz 2002.

<sup>238</sup> Una exposición más detallada de este contexto en Latacz 1991a. Las tentativas fallidas de datar al poeta de la *Iliada* en una época posterior, en su caso después de Hesíodo, se salen de esta coyuntura sistemática del corpus textual que ha llegado a nosotros, lo que determina su superficialidad.

<sup>239</sup> En *The Listener* (revista de la *British Broadcasting Corporation*) de 10 de julio 1952; aquí citado de Chadwick 1959, 84.

<sup>240</sup> Ventris/Chadwick 1956; 2ª edición corregida y aumentada por J. Chadwick: Cambridge 1973.

<sup>241</sup> Chadwick 1959, 124.

<sup>242</sup> Del mismo radical indoeuropeo común proceden, por ejemplo, *work*, «trabajo», en inglés, y *(w)organon* «instrumento», en griego [cfr. latín *organum*, castellano *órgano*]. (Nota del traductor.)

<sup>243</sup> Es decir, el castellano «cirujano», término para el que sirven las mismas explicaciones que siguen. (Nota del traductor.)

<sup>244</sup> Las letras aisladas se suelen escribir en lingüística con la forma /.../. Por simplificar, aquí escribiremos *w* en lugar de /w/.

<sup>245</sup> Esa característica cuantitativa de duración de los sonidos, esencial en la métrica grecolatina, desapareció del latín, ya en la época del Bajo imperio. No existe, por lo tanto, en las lenguas romances, que condicionan la duración por el acento y otras circunstancias. (Nota del traductor.)

<sup>246</sup> Para la importancia de Bentley en la Grequística, véase el capítulo «Richard Bentley und die Klassische Philologie in England» en Pfeiffer 1982 (el reconocimiento por parte de Bentley del diagrama /w/ «wau» en p. 195).

<sup>247</sup> Para simplificar la argumentación, hemos mencionado sólo la pérdida del sonido /w/. En un tratamiento sistemático del problema habría que añadir, sólo en el campo fonético, junto a la pérdida de /w/, otras como la de /j/ y, parcialmente, /s/ y /h/. Para detalles, véase Wachter 2000, §§ 15-27.

<sup>248</sup> En consecuencia, en el mundo especializado, su designación como «lengua artística» es sólo correcta si con «arte» no se asocia «invención» (lo que suele hacerse habitualmente). Sería mejor, por ejemplo, «lengua mixta tradicionalmente condicionada».

<sup>249</sup> Sobre la completa magnitud de la comunidad entre la cultura griega de la época micénica y la del siglo VIII a. C., así como posterior, se puede juzgar a partir de la situación básica descrita en la síntesis de Chadwick 1979.

<sup>250</sup> Hölkeskamp 2000.

<sup>251</sup> Hölkeskamp 2000, 43.

<sup>252</sup> Diagnósticos históricos como «continuidad» y discontinuidad» son resultados de la elección del sector de observación y de la extrapolación de estructuras. La observación microscópica ofrece el diagnóstico «discontinuidad» y la macroscópica (aquí practicada), «continuidad».

<sup>253</sup> Lesky 1968, 750-757 (el texto era disponible ya en 1967 en forma de preimpresión).

<sup>254</sup> Según el informe de Lesky, la tesis de Carpenter 1956.

<sup>255</sup> Blegen 1963, 20 (cita inglesa en Lesky 1968, 753).

<sup>256</sup> Lesky 1968, 755 (subrayados de J. L.).

<sup>257</sup> Page 1959, 253 ss. («The Achaeans did fight the Trojans, and Agamemnon was the name of Mycenae's king. Achilles is certainly not less historical.»)

<sup>258</sup> Algo en esa dirección es lo que piensa ahora Manfred Korfmann (Korfmann 2001). Es concebible que puedan lograrse, por esa vía, nuevas comprensiones de una reconstrucción hipotética notoriamente diferenciada. La primera tarea sería el ensayo de una reconstrucción lo más precisa posible de la imagen monumental sobre el terreno en el siglo VIII a. C.

<sup>259</sup> Aristóteles, *Poética*, cap. 9. Pertenecer a otra categoría que también la historiografía tiene en buena medida que valerse de rellenos de lagunas, conclusiones verosímiles y conjeturas, es decir, que no puede informar de «cómo fue realmente».

<sup>260</sup> En este sentido habla la más reciente presentación sintética de los

«Mundos de Homero» y la correlación entre realidad y poesía que indaga Elke Stein-Hölkeskamp: «Ya la elección de la discusión entre Agamenón y Aquiles como punto de partida para la acción de la *Iliada* indica que el empeño egoísta en intereses individuales se interpreta en el texto como conducta errónea con dramáticas consecuencias para la comunidad», y: «¿Se conservaron justamente estos textos del genial poeta por escrito porque, en un estadio de cambio generalizado, servían a los intereses de todos —o sea, de los *aristoi* y de los *laoi*—?» (Stein-Hölkeskamp 2000, 58).

<sup>261</sup> En la investigación de la *Iliada*, hablamos con frecuencia de «nuestra» *Iliada*, porque partimos del hecho de que no conocemos la extensión exacta de la *Iliada original*, tal como la produjo Homero en el siglo VIII, sino sólo la extensión de la obra a nosotros transmitida, o sea, «nuestra» *Iliada*. Esa extensión no fue canonizada hasta el siglo III a. C., en la escuela filológica de Alejandría. Hay que contar con oscilaciones de extensión para todo el tiempo entre el siglo VIII y el III a. C.; entre otros, todo el canto 10 —la descripción de una patrulla nocturna— no pertenece, según la más contrastada probabilidad a la *Iliada original*, sino que se incluyó más tarde.

<sup>262</sup> En su *Ars poetica*, versos 147-149, Horacio reprueba a los poetas que cuentan prolongadas historias previas antes de ir a su propio asunto y propone a Homero como ilustre ejemplo de lo contrario, pues enseguida va in medias res («al medio de las cosas»). Sin embargo, Horacio tenía más razón, en lo principal, de lo que él mismo sabía, como enseguida se verá.

<sup>263</sup> En el verso I, se lee en la versión griega «peleíadeo», y en el 306, «peleides». La razón, como tantas veces, es métrica. (Nota del traductor.)

<sup>264</sup> Un tratamiento más meticuloso de este problema en Latacz 1997, 92-96..

<sup>265</sup> v. Kamptz 1982, 26

<sup>266</sup> Stoevesandt 2000, 173-207.

<sup>267</sup> Latacz 1995.

<sup>268</sup> Véase Kullmann 1960, 5-11.

<sup>269</sup> Detalles de ese complejo textual en Latacz 1997a, 1154 ss. Estos textos suplementarios en combinación con los pasajes de la *Iliada* suministran más de una cincuentena de citas (entre paréntesis en Kullmann 1960, 5-11).

<sup>270</sup> Aristóteles, *Poética*, capítulo 23 (1459a 35-37)

<sup>271</sup> Fuhrmann 1984, 213.

<sup>272</sup> G. Genette, *Palimpsestes. La littérature au second degré*, Paris 1982.

<sup>273</sup> Pestalozzi 1945; Kakridis 1949; Kullmann 1960.

<sup>274</sup> La mejor perspectiva sobre esa dirección de la investigación la ofrece W. Kullmann en el volumen recopilador *Homerische Motiven* Stuttgart 1992 (Kullmann 1992). Todo el planteamiento se basa implícitamente en la suposición de una prolongada época de tradición rapsódica sobre el tema Troya, antes de nuestra *Iliada*.

<sup>275</sup> En el asunto —no en la técnica— son comparables, por ejemplo, los llamados prólogos informativos de las posteriores tragedias áticas, en especial de Eurípides: en éstas se reconstruye, *antes* del inicio de la acción episódica, el necesario fragmento enmarcador para la comprensión del suceso contenido; en la *Iliada*, dado que el marco general puede darse por sabido, se memoran *en el transcurso* de la acción episódica.

<sup>276</sup> Una vez que la *Iliada* quedó por escrito, esa falta fue percibida como un obstáculo por las inmediatas generaciones sucesivas que no supieron con la misma naturalidad que sus antecesores de la historia de Troya, de modo

que se remedió con la elaboración posterior de una narración completa de Troya por escrito (cfr. *Epischer Kyklos* en Latacz 1997, 80 y 114 ss.); pero tampoco esa construcción es para nosotros un sustituto, ya que sólo se ha conservado muy fragmentariamente (véase Latacz 1997a).

<sup>277</sup> En este resumen, los datos orientativos van en cursiva.

<sup>278</sup> Cfr. Cook 1975, 773.

<sup>279</sup> De modo acertado en el asunto, aunque sospechoso en cuanto a la lengua, toda esa masa de tradición se ha resumido bajo el epígrafe «recuerdo»: Schachermeyr 1983.

<sup>280</sup> Bartoněk 1991, 308 ss.

<sup>281</sup> Adoptamos aquí los capítulos y divisiones de Chadwick 1979.

<sup>282</sup> Lehmann 1991, 107 ss.

<sup>283</sup> Junto a Manfred Korfmann (Troya) y Wolf-Dietrich Niemeier (Mileto), cuyos competentes trabajos se han mencionado a menudo, hay que citar como especialmente activo a P. A. Mountjoy (en especial: *The Eats Aegean-West Anatolian Interface in the Late Bronze Age: Mycenaeans and the Kingdom of Ahhijawa*, en *Anatolian Studies* 48, 1998 [publicado 2000], 33-67.

<sup>284</sup> En esta última fecha se data la caída del último asentamiento palaciano en Micenas, *Mykenisch III C*.

<sup>285</sup> Chadwick 1979, 240.

<sup>286</sup> Chadwick 1979, 240 ss.

<sup>287</sup> En los últimos tiempos expresamente representado por Kullmann 1995, Kullmann 1999, Kullmann 1999a (esp. 200 ss.: «extrapolado»).

<sup>288</sup> También un nacimiento *después* de la caída se calcula por los representantes de esta posición para tener en cuenta la posibilidad de que el tiempo de vida del inventor o inventores le hubiera permitido *sobreimprimir* la caída; la base de la historia se habría elaborado, también en este caso, antes de la caída.

<sup>289</sup> Esta datación se apoya, sobre todo, en el único lugar en la colina de Hisarlik donde hasta ahora se puede verificar una clara sucesión de los estratos de Troya VI/VII hasta la época helenística: el cuadrante D 9. Véase además Koppenhöfer 1997 (en especial 314, y la tabla 4, p. 346) M. Korfmann, conferencia en Basilea el 17. 5. 99, manuscrito p. 10-15 (con argumentación detallada).

<sup>290</sup> Visser 1997.

<sup>291</sup> Visser 1998, 30.

<sup>292</sup> Visser 1997, 746.

<sup>293</sup> Giovannini 1969, 51

<sup>294</sup> Kullmann 1960, 166.

<sup>295</sup> Latacz 1998, 512-516.

<sup>296</sup> La propuesta de solución de Giovannini en el sentido de que el catálogo de naves en nuestra *Ilíada* pudo ser una creación del sacerdote del santuario del oráculo de Delfos con propósito propagandístico —originado en listas de invitación a celebraciones religiosas en Delfos que suponían una paz religiosa entre los griegos y se introducía en la *Ilíada* por motivos de nacionalismo panhelénico— ignora, como se verá, la función estructural del catálogo dentro de la historia de Troya y es inadmisibles por una serie de razones añadidas. Como esa idea está forzada por la suposición básica de Giovannini de que el catálogo reflejaría la *Grecia del siglo VII*, puede al mismo tiempo servir como la más estricta refutación hasta fecha de esa suposición básica. El renacimiento que esa posición, también rechazada por Kirk 1985 (238), experi-



menta en nuevos trabajos (cfr. Kullmann 1993; Kullmann 1999, esp. 111) no representa ningún avance respecto a los conocimientos adquiridos desde 1969 sobre el trasfondo del catálogo.

<sup>297</sup> Volver a sostener la argumentación de que, puesto que el catálogo de naves en nuestra *Ilíada* está en un pasaje donde el concepto «nave» no tiene sentido, «nave» debió de convertirse en una unidad contable general para cantidades de tropa (así Beye 1961; cfr. Visser 1998, 39), sólo puede entenderse como acto desesperado.

<sup>298</sup> Kirk 1985, 231.

<sup>299</sup> En especial si se considera la técnica de vuelta atrás con que el poeta de la historia de Aquiles refleja una gran parte contextuada de la historia general de Troya en los cantos segundo a séptimo, dentro de su pequeña historia; véase Latacz 1997, 161-168.

<sup>300</sup> Véase, sobre todo, Hope Simpson/Lazenby 1970; Kirk 1985, 168-240; Visser 1998.

<sup>301</sup> Visser 1998, 35.

<sup>302</sup> Kirk 1985, 238

<sup>303</sup> Kirk 1985, 238; su valoración de la situación es aquí extrañamente confusa. Lo único que puede sostener ya se ha mencionado. Y de ello *no* se sigue que la razón de la conservación de los nombres de esos lugares fuera especialmente su participación en la «guerra de Troya».

<sup>304</sup> Visser 1998, 30-41.

<sup>305</sup> Visser 1998, 33 ss. 40.

<sup>306</sup> Visser 1998, 41 ss.

<sup>307</sup> Macedonia, Tracia y las islas mencionadas no fueron zona de habla griega y eran el extranjero para los griegos del siglo VIII a. C., y mucho tiempo después (Neumann 1975 y 1975a), aunque en algunas de ellas (Macedonia, Lemnos) parecen haber reinado dinastías de origen griego.

<sup>308</sup> Curiosamente, los investigadores que se ocupan del problema de la falta de poblaciones griegas de Asia Menor en la *Ilíada* suelen echar de menos una mención de esas ciudades, no en el catálogo aqueo, sino en el troyano (Allen 1921, 172, Page 1959, 139; Giovannini 1969, 42; Kirk 1985, 263; Kullmann 1993, 144; el mismo 1999a, 195; y otros). ¿Es que el autor de una lista extrapolada de aliados de los troyanos en la «guerra de Troya», queriendo incluir originalmente también a griegos entre los defensores de Troya, los tuvo que dejar a un lado, porque se acordó de que entonces no había griegos en Asia Menor? Si los griegos de Asia Menor hubieran tenido que ser dejados de lado a causa de la consabida «extrapolación», eso sería en el catálogo aqueo. El error lógico resulta de la extendida confusión de listas de aliados con descripciones de países.

<sup>309</sup> Los griegos de la época poshomérica siempre creyeron que sus colonias asiáticas no se fundaron hasta después de la guerra de Troya. ¿De dónde iban a saberlo? De la *Ilíada*, precisamente del hecho que tratamos aquí: como en la *Ilíada* no hay griegos en Asia y, sin embargo, «describe la guerra de Troya», los griegos debieron de asentarse justamente después.

<sup>310</sup> B. Niese, *Der homerische Schiffskatalog als historische Quelle betrachten*, Kiel 1873. Otros representantes de esta posición se enumeran en Giovannini 1969, 42 nota.

<sup>311</sup> Dickie 1995, 38 ss. (Cursivas de J. L.)

<sup>312</sup> Leski 1968, 749.

<sup>313</sup> Kullmann 1999a, 200 ss.

<sup>314</sup> «Esta épica posee un conocimiento histórico. Ese conocimiento histórico está constituido por tres factores: 1) extrapolaciones de rapsodas griegos en base a las ruinas visibles de Micenas, Tirinto (y acaso originalmente, Pilos), Troya y otras ruinas de tiempos remotos; 2) especulaciones por los colonos eolios en Asia Menor concernientes al tiempo de la caída de Troya que estaba entonces habitada por gente extranjera; 3) memoria de los sucesos ocurridos en el más reciente pasado y proyectados atrás, al tiempo de las ruinas, e información allegada por miembros de sociedades literarias con las que los griegos estaban en contacto, como los fenicios, los babilonios y posiblemente los anatólios (esto es, licios).» Kullmann 1999a, 112. (Original en inglés.)

<sup>315</sup> Estrabón 9, 2, 14.

<sup>316</sup> Estrabón 9, 4, 5.

<sup>317</sup> Estrabón 9, 4, 5.

<sup>318</sup> Estrabón 9, 2, 35.

<sup>319</sup> Estrabón 8, 6, 13.

<sup>320</sup> Estrabón 8, 3, 24.

<sup>321</sup> Estrabón 8, 3, 25.

<sup>322</sup> Estrabón 8, 8, 2.

<sup>323</sup> Burr 1944, 70.

<sup>324</sup> Estrabón 9, 5, 19.

<sup>325</sup> Page 1959, 121 ss.

<sup>326</sup> Visser 1997, 521.

<sup>327</sup> Visser 1997, 279.

<sup>328</sup> Visser 1997, 401.

<sup>329</sup> Visser 1997, 401.

<sup>330</sup> Visser 1997, 402.

<sup>331</sup> Visser 1997, 279.

<sup>332</sup> Visser 1997, 277.

<sup>333</sup> Page 1959, 122.

<sup>334</sup> El caso de Mileto, que parece contradecir esta conclusión, se explicará más adelante.

<sup>335</sup> Aravantinos/Godart/Sacconi 1995; la mencionada versión inglesa de Aravantinos en *Florent Studia Mycenaea I*, Viena 1999, 45-78.

<sup>336</sup> Editado, para suscriptores, por *Instituti Editoriali e Poligrafici Internazionali Pisa/Roma* bajo el título «V. Aravantinos/L. Godart/A. Sacconi edit., Thèbes. Fouilles de la Cadmée. : Les Tablettes en Linéaire B de la Odos Pelopidou. Édition et commentaire». El círculo de especialistas espera con especial interés el anunciado tomo III: *Corpus des textes en Linéaire B de Thèbes*.

<sup>337</sup> Godart/Sacconi 1996, 101. Para la fecha, véase en especial Andrikou 1999

<sup>338</sup> Aravantinos/Godart/Sacconi 1995, 18.

<sup>339</sup> La conferencia aún no se había publicado en el momento de redactar lo presente, pero quien escribe dispuso del manuscrito gracias a la amabilidad del autor. Entretanto, ya se ha publicado: Godart/Sacconi 1999 [publicado 2001].

<sup>340</sup> Godart/Sacconi 1999, 545.

<sup>341</sup> Quiere decir desconocido en sus estructuras geográficas, políticas y sociales.

<sup>342</sup> Niemeier 2001 (en imprenta), manuscrito p. 16, notas 132 y 133. Agradezco a Wolf-Dietrich Niemeier el préstamo del manuscrito.

<sup>343</sup> No hay razón para suponer que el cambio de hegemonía del tiempo

clásico —entre otros, también entre el Peloponeso y Tebas— en la época micénica, no hubo de tener precursor. El mito de los «Siete contra Tebas» —es decir, Argos contra Tebas— podría ser un reflejo de ello. Especulaciones que tienen al mito por una pura fantasía adoptada de Oriente (Burkert 1984, 99-106; cfr. West 1997a, 455-457) se alzan demasiado rápido sobre la realidad histórica.

<sup>344</sup> Los intentos de explicación dictados por la necesidad, ya desde la Antigüedad, para la elección de Aulis como punto de reunión de la flota han sido recogidos por Visser 1997, 247 n. 2. El estado actual del conocimiento en esa cuestión no podría llevar a otra conclusión que la formulada por el comentarista inglés de la *Iliada* M. M. Willcock (1978-1984, 68; cursivas de J. L.) : «... no hay razón inherente en la *Iliada*, para que el contingente beocio tenga el honor de ser mencionado el primero, ni para tener más líderes, ni más lugares designados que otros contingentes». En la *Iliada*, un cantar de Aquiles del siglo VIII a. C., no hay, de hecho, ninguna razón. Ha de encontrarse fuera de la *Iliada*. La propia explicación de Visser ya señalaba en la dirección adecuada: «Un lugar como Aulis [...] era para el lector griego idéntico a la mítica Aulis, el lugar de reunión de la flota griega antes de la partida para Troya [...]. Esa reunión de la flota figuraba como “verdadero” suceso histórico, como el papel de Aulis en las [...] confrontaciones políticas de los siglos V y IV. El mito heroico [...] representaba el testimonio de una realidad geográfico-histórica...». (21) Como ahora empezamos a ver, lo hacía con toda la razón.

<sup>345</sup> Godart/Sacconi 1999, 542.

<sup>346</sup> Para Eleon, Visser 1997, 261-264; para Hyle, Visser 1997, 264 ss.; para Peteon, Visser 1997, 265.

<sup>347</sup> Visser 1997, 315.

<sup>348</sup> Visser 1997, 269.

<sup>349</sup> Godart/Sacconi 1999, 540. 542. Cfr. las siguientes notas.

<sup>350</sup> Se explica para los interesados: cada línea escrita acaba a la derecha con dos sumas que consisten en rayas horizontales = decenas y rayas verticales = unidades; la suma final en la última línea se forma mediante un círculo = 1 ciento + 9 rayas horizontales = 9 decenas + 4 rayas verticales = 4 unidades: 194. En cada línea empieza la primera de las dos sumas con el signo «lámpara de pie», que representa una espiga esquematizada y significa «grano» (GRA, en el texto al pie, del latín «granum»), y la segunda con el signo esquematizado de un olivo (OLIV, al pie, del latín «oliva»), que significa «aceite». La tableta es por lo tanto una suma de cantidades de grano y aceite. Ante cada una de las sumas, están los lugares de donde proceden las correspondientes cantidades en el momento del registro y probablemente se han ingresado en el palacio de Tebas.

<sup>351</sup> Para topónimos micénicos en *-eus*, véase Aravantinos 1999, 56 nota 43. Para la forma locativa, véase R. A. Santiago, Mycenaean Locatives en *-u* en Minos 14, 1975, 120.

<sup>352</sup> Aravantinos 1999, 55 ss. La variación *Eutreis* (micénico)/ *Eutresis* (Homero) aún no ha sido explicada.

<sup>353</sup> Aravantinos 1999, 57. La escritura Lineal B no distingue entre /r/ y /l/ y representa ambos sonidos con el mismo signo (lo que hoy reproducimos con /r/).

<sup>354</sup> De Mileto se hablará más adelante.

<sup>355</sup> Niemeier 2001 (en imprenta). Manuscrito 15-17. (Cursiva de J. L.)

<sup>356</sup> Que en la transmisión de la historia de Troya a través de generaciones

de rapsodas en la época de la poscatástrofe, algunos de ellos, especialmente moradores en la zona asiática, introdujeran lugares costeros (como el río Kaystros, que desemboca en Efeso en el Egeo: 2, 461) corresponde a una práctica habitual también en otras representaciones como armas, menaje, textiles, formas arquitectónicas o usos de lenguaje. Pero lo decisivo es que los rapsodas transmiten el marco básico de manera inalterada también en el campo geográfico. Ninguna de las numerosas poblaciones griegas fundadas a partir de 1100 es introducida en toda la *Iliada* (más adelante se hablará del caso peculiar de Mileto), no porque se excluyeran conscientemente (una *damnatio memoriae* de esa índole carente de lagunas es inconcebible en el trasfondo libre e incontrolado de la praxis de los aedos), sino porque no se hablaba de ellas (como es natural) en la historia de Troya transmitida.

<sup>357</sup> Vansina 1985, 23.

<sup>358</sup> No obstante, se mantuvo, al menos en Chipre, muy probablemente durante todo el tiempo de los «siglos oscuros» (= Lineal C o «silabario chipriota») Heubeck 1979, X 70-73.

<sup>359</sup> Bowra 1964, 38.

<sup>360</sup> Bowra 1964, 41.

<sup>361</sup> Indagación con detalles históricos de este complejo de problemas en Latacz 1979; resumen en Latacz 2000 (Prolegomena, apartado «frecuencia formal y oralidad»).

<sup>362</sup> Bowra 1964, 243-246.

<sup>363</sup> Bowra 1964, 247.

<sup>364</sup> Parry (1928, 112) 1971, 89-91 (tabla).

<sup>365</sup> Parry 1928, 16.

<sup>366</sup> Kirk 1960, 201.

<sup>367</sup> Lezky 1968, 694.

<sup>368</sup> El autor propone tres versos en alemán actual, en los que se nota que la métrica no es satisfactoria. A continuación los sustituye por su versión original del siglo XIV: en alemán medieval, la métrica resulta impecable. Para hacerse una idea del mismo fenómeno, el lector puede actualizar el castellano de una copla del *Libro del buen amor* o del *Cantar del Mío Cid* y comprobar cómo se pierden la métrica y la musicalidad que, en cambio, se recuperan en cuanto se vuelve al lenguaje original. (Nota del traductor.)

<sup>369</sup> Véase Meier-Brügger 2000, 88 § L 300.

<sup>370</sup> Damos aquí los datos originales para conocedores de griego. El conductor del carro del jefe cretense Idomeneo, Meriones, aparece 57 veces en la *Iliada*. En tres de ellas (2,651; 7, 166; 8, 264) aparece en toda la fórmula versificada Μηριονης αταλαντος Ενωαλιω ανδρευοντη. En esta forma, el verso no se puede escandir. Pero si ponemos la forma original reconstruida *Marios hatalantos Enuwalio anrq(w)honta ein*, el verso queda correcto. Pero esta forma debe de ser más antigua que la transmitida en Lineal B (aprox. 1450-1200), porque está constituida con una /r/ silábica breve en *anrq(w)honta*, la cual no existe ya en Lineal B, donde se ha convertido en -or o ro- (Meier-Brügger 1992, II 117, L 401. 2: «La vocalización de las sonantes ya está consumada en micénico»; Horrocks 1997, 202 ss.; enumeración de más comprobaciones disponibles en la fecha con literatura, en Latacz 1998a). Las hipótesis y especulaciones sobremanera complicadas de Berg 1978 y Tichy 1981, 56-63 (fomentadas por Meier-Brügger 1992, I 93, E 405.5) de que el hexámetro se habría originado de combinaciones de medidas líricas como Glykoneus + Aristophaneus no tienen en cuenta, a mi parecer, la realidad de la praxis rapsódica narrativa

improvisada con su tendencia ancestral a las formas rítmicas relativamente simples.

<sup>371</sup> West 1997, 234; West 1997a, 612 (conocimiento original de Schachermeyr 1968).

<sup>372</sup> Borchhardt 1977, E 62 y E 73.

<sup>373</sup> Para el especial efecto del verso de cuatro palabras (*versus tetracolos*) véase Latacz 2000, comentario a la *Ilíada* 1, 75.

<sup>374</sup> West 1988, 159.

<sup>375</sup> West 1988, 161. Cfr. los ejemplos en Latacz 1997, 106 ss.

<sup>376</sup> Meier-Brügger 2000, 92 § 306, 2.

<sup>377</sup> Véase R. Wachter en Latacz 2000 (Prolegomena), 70 § 15.

<sup>378</sup> Horrocks 1997, 208.

<sup>379</sup> Latacz 1998a, 12/15. A las enumeradas pruebas puramente lingüísticas, se añaden ahora nuevas observaciones de Stefan Hiller, quien, superando el término aislado, hace probablemente una penetración en partes del estado lingüístico fijado en la lengua de la Lineal B y el lenguaje hexamétrico de los rapsodas de la época micénica. (Hiller 1999; la cita: 28.)

<sup>380</sup> Lesky 1968, 717-719.

<sup>381</sup> Lesky 1968, 749.

<sup>382</sup> «Ilios» es citado 106 veces en la *Ilíada*; «Troie», 49. Para los dos nombres y su intercambio métricamente condicionado, véase Visser 1997, 83-94 («Das Beispiel Troia»).

<sup>383</sup> Horrocks 1997, 208.

<sup>384</sup> Wachter 2000, 80 nota 20.

<sup>385</sup> West 2000 (véanse los pasajes textuales en cuestión). No es seguro si, de ese modo, se reproducen las formas textuales que Homero pronunció y escribió en esos pasajes, porque no sabemos si los rapsodas del siglo VIII a. C., como Homero, conocían, pronunciaban y escribían la terminación transitoria *-oo* a la vez que la antigua terminación de genitivo *-oio*, de modo que la terminación *ō* (escrita *-ou*) fuera sólo una modalidad de acomodo de la tradición posterior. Si el propio Homero pronunció y escribió *ō* (escrito *-ou*), entonces la introducción de *-oo* en el texto no reproduciría la *Ilíada* de Homero, sino una «Wiliás antehomerica».

<sup>386</sup> Kirk 1960, 197.

<sup>387</sup> En la más reciente exposición en lengua alemana de la lingüística griega por M. Meier-Brügger sólo se encuentra, por desgracia, la descripción de este proceso de transformación (Meier-Brügger 1992, II 79 ss., F 313.3: *-osjo >-ojjo>-ojo>-oo>-ō* [escrito *-ou*]; véase también Chantraine 1986-88, I 194, § 80), pero ninguna referencia a su cronología absoluta.

<sup>388</sup> West 1997, 230.

<sup>389</sup> El clan de nobleza más destacado en la isla de Lesbos, hacia el año 600 a. C.

<sup>390</sup> Atreus era, como hemos visto, el padre de Agamenón y Menelao.

<sup>391</sup> Janko 1992, 19. Resumen de la tabla de pruebas filológicas también en Latacz 1997b, 30-32.

<sup>392</sup> Horrocks 1997. No podemos ocuparnos aquí de la controversia entre partidarios de la «fase eolia» y los «difusionistas».

<sup>393</sup> West 1998, 163; Latacz 1997b, 31.

<sup>394</sup> West 1988, 163.

<sup>395</sup> Spencer 1995, 276.

<sup>396</sup> Spencer 1995, 275 nota 29. Detallado en Latacz 1997b, 31 ss. —Spencer

cer indica también que Lesbos es de los pocos lugares de la Grecia posterior que son nombrados en textos hititas: 275 con nota 24.

<sup>397</sup> Deger-Jalkotzy 1991, 148 ss.

<sup>398</sup> Mountjoy 1993.

<sup>399</sup> Latacz 1994.

<sup>400</sup> Hölkeskamp 2000, 27.

<sup>401</sup> Weiler 2001, 57 ss. (sin conocimiento de Latacz 1994).

<sup>402</sup> Véase, por ejemplo, Korfmann 1999a y cfr. con p. 206 nota 24.

<sup>403</sup> Mountjoy 1998. La cerámica micénica más antigua encontrada hasta ahora en Hisarlik procede de Troya VI d (= LH II A, aprox. 1500-1460); Mountjoy 1997, 276 ss.

<sup>404</sup> ... (se trataba) de una ciudad (...) cuyo nombre ya no es legible. Forrer puso en este pasaje Wilusa [...] una restitución muy insegura, en la que no puede basarse ninguna conclusión histórica... : Heinhold/Karhmer 1977, 176.

<sup>405</sup> Parker 1999.

<sup>406</sup> Aravatinos/Godart/Sacconi 1995. Documento TH Gp 164 (Godart/Sacconi 1999, 541).

<sup>407</sup> Starke 1997, 456.

<sup>408</sup> Bryce 1998, 392-404.

<sup>409</sup> Bryce 1998, 399 ss.

<sup>410</sup> Niemeier 1999, 154. Que eso se consiguió se hace evidente en el hecho chocante de que Mileto sea considerado en el «catálogo troyano» de la *Iliada* como región *caria* que presta apoyo a *Troya*: el pasaje pertenece a los presentados por Page 1959, 142 ss del catálogo troyano que pueden proceder de época micénica.

<sup>411</sup> Page 1959, 32 nota 42.

<sup>412</sup> Véase «Antike Welt» 5/2000, 525.

<sup>413</sup> Peschlow-Bindoat/Herbordt 2002. La autora considera (p. 211) seguras, merced a esta nueva inscripción, las prolongaciones geográficas de Starke 1997 y Hawkins 1999 de sur a norte: Mira - Seha - Wilusa, así como el habla luvia en Asia Menor occidental en el II milenio a. C.

<sup>414</sup> Niemeier 2002 (en imprenta); 351 nota 153a.

## BIBLIOGRAFÍA

- Andrikou 1999 E. Andrikou, «The Pottery from the Destruction Layer of the Linear B Archive», en Pelopidou Street, Thebes. «A Preliminary Report», en: *Florent Studia Mycenaea I*, 79–102.
- Allen 1921 Th. W. Allen, *The Homeric Catalogue of Ships*, Oxford 1921.
- Aravantinos/Godart/  
Sacconi 1995 V. Aravantinos/L. Godart/A. Sacconi, «Sui nuovi testi del palazzo di Cadmo a Tebe», en: Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, Rend. Mor. Acc. Linc. 1995, 1–37.
- Aravantinos 1999 V. Aravantinos, «Mycenaean Texts and Contexts at Thebes: The Discovery of New Linear B Archives on the Kadmeia», en: *Florent Studia Mycenaea I*, 45–78.
- Bartoněk 1991 A. Bartoněk, «Die Erforschung des Verhältnisses des mykenischen Griechisch zur homerischen Sprachform», en: *Latacz* 1991, 289–310.
- Becker/Faßbinder/  
Jansen 1993 H. Becker/J. Faßbinder/H. G. Jansen, «Magnetische Prospektion in der Untersiedlung von Troia 1992», en: *Studia Troica* 3, 1993, 117–134.
- Becker/Jansen 1994 H. Becker/H. G. Jansen, «Magnetische Prospektion 1993 in der Unterstadt von Troia und Ilion», en: *Studia Troica* 4, 1994, 105–114.
- Bennet 1995 J. Bennet, «Space through Time: Diachronic Perspectives on the Spatial Organization of the Pylian State», en: *Aegaeum* 12, 1995, 587–601.
- Bennet 1997 J. Bennet, «Homer and the Bronze Age», en: *Companion* 1997, 511–534.
- Beye 1961 C. R. Beye, A New Meaning of  $\nu\alpha\upsilon\varsigma$  in the Catalogue, en: *American Journal of Philology* 82, 1961, 370–378.
- Bittel 1969 K. Bittel, «Bericht über die Ausgrabungen in Bogazköy im Jahre 1968», en: *Mitteilungen der Deutschen Orient-Gesellschaft* 101, 1969.

- Blegen 1953 C. W. Blegen u. a., *Troy III. The Sixth Settlement*, Princeton 1953.
- Blegen 1963 C. W. Blegen, *Troy and the Trojans*, Londres 1963.
- Blome 1991 P. Blome, «Die dunklen Jahrhunderte», en: *Latacz* 1991, 45–60.
- Borchhardt 1977 J. Borchhardt, «Helme», en: H.-G. Buchholz/J. Wiesner (eds.), *Archaeologia Homerica. Kriegswesen*, Teil I: Schutzaffen und Wehrbauten, Göttingen 1977, E 57–E 74.
- Bowra 1964 C. Bowra, *Heldendichtung*, München 1964 (Original: *Heroic Poetry*, Londres 1952).
- Bryce 1998 T. Bryce, *The Kingdom of the Hittites*, Oxford 1998.
- Burkert 1975 W. Burkert, «Apellai und Apollon», en: *Rheinisches Museum für Philologie* 118, 1975, 1–21.
- Burkert 1984 W. Burkert, *Die orientalisierende Epoche in der griechischen Religion und Literatur*, Heidelberg 1984.
- Burr 1944 V. Burr, *ΝΕΩΝ ΚΑΤΑΛΟΓΟΣ*, Leipzig 1944.
- Carpenter 1956 R. Carpenter, *Folk Tale, Fiction and Saga in the Homeric Epics*, Berkeley 1956<sup>2</sup>.
- Chadwick 1959 J. Chadwick, *Linear B. Die Entzifferung der mykenischen Schrift*, Göttingen 1959 (Original: *The Decipherment of Linear B*, Cambridge 1958).
- Chadwick 1979 J. Chadwick, *Die mykenische Welt*, Stuttgart 1979 (Original: *The Mycenaean World*, Londres 1976).
- Chantraine 1986–88 P. Chantraine, *Grammaire homérique*, Paris<sup>6</sup> 1986–1988.
- Cobet 1994 J. Cobet, «Gab es den Trojanischen Krieg?», en: *Antike Welt* 4/83, nachgedruckt en: *Antike Welt* 25/1994 (Número especial), 3–22.
- Cobet 1997 J. Cobet, Heinrich Schliemann. *Archäologie und Abenteuer*, Munich 1997 (Beck'sche Reihe Nr. 2057).
- Companion 1997 I. Morris/B. Powell (eds.), *A New Companion to Homer*, Leiden etc. 1997.
- Cook 1975 J. M. Cook, «Greek Settlement in the Eastern Aegean and Asia Minor», en: *The Cambridge Ancient History II*, 1975<sup>3</sup>, Kap. XXXVIII.
- Deger-Jalkotzy 1991 S. Deger-Jalkotzy, «Die Erforschung des Zusammenbruchs der sogenannten mykenischen Kultur und der sogenannten dunklen Jahrhunderte», en: *Latacz* 1991, 127–154.
- Der Neue Pauly H. Cancik/H. Schneider (eds.), *Der Neue Pauly. Enzyklopädie der Antike*, Stuttgart/Weimar 1996–
- Dickie 1995 M. Dickie, «The Geography of Homer's World», en: Ø. Andersen/M. Dickie (eds.), *Homer's World. Fiction, Tradition, Reality*, Bergen 1995, 29–56.
- Doblhofer 1993 E. Doblhofer, *Die Entzifferung alter Schriften und Sprachen*, Stuttgart 1993 (Reclam UB 8854).
- Dörpfeld 1894 W. Dörpfeld, *Troja 1893*, Leipzig 1894.
- Dörpfeld 1902 W. Dörpfeld, *Troja und Ilion. Ergebnisse der Ausgrabungen in den vorhistorischen und historischen Schichten von Ilion 1870–1894*, Atenas 1902.



- Düntzer 1979 H. Düntzer, «Über den Einfluß des Metrums auf den Homerischen Ausdruck», en: *Jahrbücher für classische Philologie* 10, 1864, 673–694; auszugsweise wieder abgedruckt en: *Latacz* 1979, 88–108.
- Easton 1992 D. F. Easton, «Schliemanns Ausgrabungen in Troia», en: J. Cobet/B. Patzek (eds.), *Archäologie und historische Erinnerung*, Essen 1992, 51–72.
- Edel 1966 E. Edel, *Die Ortsnamenliste aus dem Totentempel Amenophis' III.*, Bonn 1966.
- Fehrentz 1993 V. Fehrentz, «Der antike Agyieus», en: *Jahrbuch des Deutschen Archäologischen Instituts* 108, 1993, 123–196.
- Florent Studia Mycenaea S. Deger-Jalkotzy/St. Hiller/O. Panagl (eds.), *Florent Studia Mycenaea*. Akten des X. Internationalen Mykenologischen Colloquiums in Salzburg vom 1.–5. Mai 1995, volúmenes I y II, Viena 1999.
- Forrer 1924 E. Forrer, «Vorhomerische Griechen in den Keilschrifttexten von Bogazköi», en: *Mitteilungen der deutschen Orient-Gesellschaft* 63, 1924, 1–24.
- Forrer 1924a E. Forrer, «Die Griechen in den Boghazköi-Texten», en: *Orientalistische Literaturzeitung* 27, 1924, 113–125.
- Friedrich 1930 J. Friedrich, *Staatsverträge des Vatti-Reiches van hethitischer Sprache*, 2. Teil, Leipzig 1930.
- Frühes Ionien J. Cobet/V. von Graeve/W.-D. Niemeier/K. Zimmermann (eds.), *Frühes Ionien: eine Bestandsaufnahme*. Akten des Internationalen Kolloquiums zum einhundertjährigen Jubiläum der Ausgrabungen in Milet, Panionion/Güzeldere 26-09/01-10-1999 (en imprenta, publicado en 2002).
- Fuhrmann 1984 M. Fuhrmann, «Rezension zu Christa Wolfs *Kassandra*», en: *Arbitrium* 1/1984, 209–215.
- Fuhrmann 1986 M. Fuhrmann, *Aristoteles, Poetik*. Griechisch/ Deutsch. Übersetzt und herausgegeben von M. F., Stuttgart 1986 u. ö.
- Garstang/Gurney 1959 J. Garstang/O. R. Gurney, *The Geography of the Hittite Empire*, Londres 1959.
- Genette 1994 G. Genette, *Die Erzählung*, Munich 1994.
- Giovannini 1969 A. Giovannini, *Étude historique sur les origines du Catalogue des Vaisseaux*, Berna 1969.
- Godart 1994a L. Godart, «La scrittura di Troia», en: *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, Rend. Mor. Acc. Linc.* 1994, 457–460.
- Godart 1994b L. Godart, «Les écritures crétoises et le bassin méditerranéen», en: *Académie des Inscriptions & Belles-Lettres. Comptes Rendus des Séances de l'Année* 1994, 707–731.
- Godart/Sacconi 1996 L. Godart/A. Sacconi, «Les Dieux Thébains dans les Archives Mycéniennes», en: *Académie des Inscriptions & Belles-Lettres. Comptes Rendus des Séances de l'Année* 1996, Janvier-Mars, Paris 1996, 99–113.

- Godart/Sacconi 1996a L. Godart/A. Sacconi, «La Triade Tebana nei documenti in Lineare B del palazzo di Cadmo», en: *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, Rend. Mor. Acc. Linc.* 1996, 283–285.
- Godart/Sacconi 1998 L. Godart/A. Sacconi, «Les Archives de Thèbes et le Monde Mycénien», en: *Académie des Inscriptions & Belles Lettres. Comptes Rendus des Séances de l'Année 1997, Juillet-Octobre*, Paris 1998, 889–906.
- Godart/Sacconi 1999 L. Godart/A. Sacconi, «La Géographie des États mycéniens», en: *Académie des Inscriptions & Belles Lettres, Comptes Rendus des Séances de l'Année 1999, Avril-Juin*, Paris 1999 [publicado en 2001], 527–546.
- Gorny 1993 R. L. Gorny, «The Biconvex Seals of Alihar Höyük», en: *Anatolian Studies* 43, 1993, 163–191.
- Grimm 1984 J. und W. Grimm, *Deutsches Wörterbuch*, volumen 15, Nachdruck Munich 1984.
- Gurney 1952 O. R. Gurney, *The Hittites*, Londres 1952 (letzter Nachdruck 1990).
- Gurney 1992 O. R. Gurney, «Hittite Geography: Thirty Years After», en: H. Otten/E. Akurgal/H. Ertem/A. Süel (eds.), *Hittite and Other Anatolian and Near Eastern Studies in Honour of Sedat Alp*, Ankara 1992, 213–221.
- Güterbock/ Bittel 1975 H. G. Güterbock/E. Bittel et al. (eds.), *Bogazköy V*, Berlín 1975.
- Güterbock 1986 H. G. Güterbock, «Troy in the Hittite Texts», en: *Troy/Trojan War* 33–44.
- Güterbock 1990 H. G. Güterbock, «Wer war Tawagalawa?», en: *Orientalia* 59, 1990, 157–165.
- Hachmann 1964 R. Hachmann, «Hisarlık und das Troja Homers», en: K. Bittel/ E. Heinrich/ B. Hroudá/W. Nagel (eds.), *Vorderasiatische Achäologie. Studien und Aufsätze*. Festschrift Anton Moortgat, Berlín [–Oeste] 1964, 95–112.
- Hagenbuchner 1989 A. Hagenbuchner, *Die Korrespondenz der Hethiter*, 2 Teile, Heidelberg 1989.
- Haider 1988 P. W. Haider, *Griechenland–Nordafrika. Ihre Beziehungen zwischen 1500 und 600 v. Chr.*, Darmstadt 1988.
- Hampl 1962 F. Hampl, «Die Ilias ist kein Geschichtsbuch», en: *Serta philologica Aenipontana* 7/8, 1962, 37–63.
- Hawkins/Easton 1996 J. D. Hawkins/D. F. Easton, «A Hieroglyphic Seal from Troia», en: *Studia Troica* 6, 1996, 111–118.
- Hawkins/ Davies 1998 J. D. Hawkins/A. Morpurgo Davies, «Of Donkeys, Mules and Tarkondemos», en: J. Jasanoff/H. Craig Melchert/L. Olivier (eds.), *MIR CURAD. Studies in Honor of Calvert Watkins*, Innsbruck 1998, 243–260.
- Hawkins 1998 J. D. Hawkins, «Tarkasnawa King of Mira. Tarkondemos, Bogazköy Sealings and Karabel», en: *Anatolian Studies* 48, 1998 [publicado en 2000], 1–31.
- Hawkins 1999 J. D. Hawkins, Karabel, «“Tarkondemos” and the

- Land of Mira. New Evidence on the Hittite Empire Period in Western Anatolia», en: *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 23, 1999, 7–14 (= Zusammenfassung eines Kongreßbeitrags Würzburg, Dezember 1998).
- Helck 1979 W. Helck, *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägäis bis ins 7. Jahrhundert v. Chr.*, Darmstadt 1979, 1995<sup>2</sup>.
- Heinhold-Kramer 1977 S. Heinhold-Krahmer, *Arzawa. Untersuchungen zu seiner Geschichte nach den hethitischen Quellen*, Heidelberg 1977.
- Heubeck 1979 A. Heubeck, «Schrift», en: *Archaeologia Homerica*, Cap. X, Göttingen 1979.
- Hiller 1999 St. Hiller, «Homerische und mykenische Phrasen», en: *Flórant Studia Mycenaea I*, 289–298.
- Hölkeskamp 2000 K.-J. Hölkeskamp, «Vom Palast zur Polis – die griechische Frühgeschichte als Epoche», en: H.-J. Gehrke/H. Schneider (eds.), *Geschichte der Antike. Ein Studienbuch*, Stuttgart/Weimar 2000, 17–44.
- Hoffner Jr. 1982 H. A. Hoffner Jr., «The Milawata Letter Augmented and Reinterpreted», en: *Archiv für Orientforschung*, Beiheft 19, 1982, 130–131.
- Hope Simpson/  
Lazenby 1970 R. Hope Simpson/J. F. Lazenby, *The Homeric Catalogue of Ships*, Oxford 1970.
- Horrocks 1997 G. Horrocks, «Homer's Dialect», en: *Companion* 1997, 193–217.
- Houwink ten Cate  
1983-1984 P. H. J. Houwink ten Cate, «Sidelights on the Avviyawa Question from Hittite Vasall and Royal Correspondence», en: *Jaarbericht van het Vooraziatisch-Egyptisch Genootschap «Ex Oriente Lux»* 28, 1983/84, 33–79.
- Iakovides 1977 S. Iakovides, «Vormykenische und mykenische Wehrbauten», en: *Archaeologia Homerica* E 1, Göttingen 1977, 161–221.
- Iakovides 1983 S. Iakovides, *Late Helladic Citadels on Mainland Greece*, Leiden 1983.
- Jablonka 1994 P. Jablonka, «Ein Verteidigungsgraben in der Unterstadt von Troia VI. Grabungsbericht 1993», en: *Studia Troica* 4, 1994, 51–66.
- Jablonka 1996 P. Jablonka, «Ausgrabungen im Süden der Unterstadt von Troia im Bereich des Troia VI-Verteidigungsgrabens. Grabungsbericht 1995», en: *Studia Troica* 6, 1996, 65–96.
- Janko 1992 R. Janko, «The origins and evolution of the epic diction», en: G. S. Kirk, *The Iliad. A Commentary*. volumen IV: tomos 13–16, Cambridge 1992, 8–19.
- Kakridis 1949 J. Th. Kakridis, *Homeric Researches*, Lund 1949.
- v. Kamptz 1982 H. v. Kamptz, *Homerische Personennamen*, (Diss. Jena 1958) Göttingen 1982.

- Kirk 1960 «Objective Dating Criteria in Homer», en: *Museum Helveticum* 17, 1960, 189–205.
- Kirk 1985 G. S. Kirk, *The Iliad: A Commentary*, volumen I: tomos 1–4, Cambridge 1985.
- Klengel 1979 H. Klengel, *Handel und Händler im alten Orient*, Viena/Colonia/Graz 1979.
- Klengel 1989 H. Klengel, *Kulturgeschichte des alten Vorderasien*, Berlin 1989.
- Kolb 1984 F. Kolb, *Die Stadt im Altertum*, Munich 1984.
- Koppenhöfer 1997 D. Koppenhöfer, «TROIA VII – Versuch einer Zusammenschau einschließlich der Ergebnisse des Jahres 1995», en: *Studia Troica* 7, 1997, 293–353.
- Korfmann 1986 M. Korfmann, «Troy: Topography and Navigation», en: *Troy/Trojan War* 1–16.
- Korfmann 1991 M. Korfmann, «Troia –Reinigungs- und Dokumentationsarbeiten 1987, Ausgrabungen 1988 und 1989», en: *Studia Troica* 1, 1991, 17–34.
- Korfmann 1991 M. Korfmann, «Der gegenwärtige Stand der neuen archäologischen Arbeiten in Hisarlık (Troia)», en: *Latacz* 1991, 89–102.
- Korfmann 1992 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1990 und 1991», en: *Studia Troica* 2, 1992, 1–41.
- Korfmann 1992a M. Korfmann, «Die prähistorische Besiedlung südlich der Burg Troia VI/VII», en: *Studia Troica* 2, 1992, 123–146.
- Korfmann 1993 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1992», en: *Studia Troica* 3, 1993, 1–37.
- Korfmann 1994 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1993», en: *Studia Troica* 4, 1994, 1–50.
- Korfmann 1995 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1994», en: *Studia Troica* 5, 1995, 1–40.
- Korfmann 1995a M. Korfmann, «Troia. A Residential and Trading City at the Dardanelles», en: R. Laffineur/W.-D. Niemeier (eds.), *Politeia. Society and State in the Aegean Bronze Age* (= *Aegaeum* 12), 1995, 173–183 + Tafeln XXIII–XXXIII.
- Korfmann 1996 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1995», en: *Studia Troica* 6, 1996, 1–63.
- Korfmann 1997 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1996», en: *Studia Troica* 7, 1997, 1–71.
- Korfmann 1997a M. Korfmann, «Hisarlık und das Troia Homers – Ein Beispiel zur kontroversen Einschätzung der Möglichkeiten der Archäologie», en: B. Pongratz-Leisten/H. Kühne/P. Xella (eds.), *Ana sadi Labnâni li allik. Beiträge zu altorientalischen und mittelmee-rischen Kulturen*. Festschrift Wolfgang Röllig, Kevelaer/Neukirchen-Vluyn 1997, 171–184.
- Korfmann 1998 M. Korfmann (et al.), «TROIA – Ausgrabungen 1997 mit einem topographischen Plan zu „Troia und Unterstadt“», en: *Studia Troica* 8, 1998, 1–70.

- Korfmann 1998a M. Korfmann, «Troia, an Ancient Anatolian Palatial and Trading Center: Archaeological evidence for the period of Troia VI/VII», en: *The Classical World* 91, 1998, 369–385 [versión de: D. Boedeker (eds.), *The World of Troy: Homer, Schliemann, and the Treasures of Priam* (= Seminario de la Smithsonian Institution, 21./22. 2. 1997), Washington 1997].
- Korfmann 1998b M. Korfmann, «Homers Troia aus der Sicht eines Ausgräbers», en: W. Baum (eds.), *Perspektiven eines zeitgemäßen Humanismus. Protokolle der Ersten Klagenfurter Humanismus-Gespräche*, Klagenfurt 1998, 103–125 [transcripción de la conferencia].
- Korfmann 1998c M. Korfmann, «Stelen vor den Toren Troias. Apaliunas–Apollon in Truisa/Wilusa?», en: G. Arsebük/M. J. Mellink/W. Schirmer (eds.), *Light on Top of the Black Hill. Studies presented to Halet Çambel*, Estambul 1998, 471–488.
- Korfmann/  
Mannsperger 1998 M. Korfmann/D. Mannsperger, *TROIA. Ein historischer Überblick und Rundgang*, Stuttgart 1998 [= Troia-Führer 1998].
- Korfmann 1999 M. Korfmann, «TROIA – Ausgrabungen 1998», en: *Studia Troica* 9, 1999, 1–34.
- Korfmann 1999a *TROIA – Ausgrabungen 1999*, Bericht vom 18. Agosto de 1999 (masch.).
- Korfmann 1999b «Zusammenfassung des Kolloquiumsbeitrages und des Vortrages [von Manfred Korfmann] "Homer als Zeitzeuge für die Ruinen von Troia im 8. Jahrhundert v. u. Z."», en: Würzburger Jahrbücher f. d. Altertumswissenschaft 23, 1999, 35–41.
- Korfmann 2000 M. Korfmann, «Homers Troia. Griechischer Außenposten oder hethitischer Vasall?», en: *Spektrum d. Wissenschaft*, 7/2000, 64–70.
- Korfmann 2001 M. Korfmann, «Wilusa/(W)Ilios ca. 1200 v. Chr. – Ilion ca. 700 v. Chr. Befundberichte aus der Archäologie», en: *Troia. Traum und Wirklichkeit. Wissenschaftlicher Begleitband zur Troia-Ausstellung*, Stuttgart/Braunschweig/Bonn 2001/02.
- Kretschmer 1924 P. Kretschmer, «Alaksandus, König von Vilusa», en: *Glotta* 13, 1924, 205–213.
- Kullmann 1960 W. Kullmann, *Die Quellen der Ilias*, Wiesbaden 1960.
- Kullmann 1992 W. Kullmann, *Homerische Motive*, Stuttgart 1992.
- Kullmann 1993 W. Kullmann, «Festgehaltene Kenntnisse im Schiffskatalog und im Troerkatalog der Ilias», en: *Scripta Oralia* 61, Tübingen 1993, 129–147.
- Kullmann 1995 W. Kullmann, «Homers Zeit und das Bild des Dichters von den Menschen der mykenischen Kultur», en: Ø. Andersen/M. Dickie (eds.), *Homer's World. Fiction, Tradition, Reality*, Bergen 1995, 57–75.
- Kullmann 1999 W. Kullmann, «Homer and Historical Memory», en: E. A. Mackay (eds.), *Signs of Orality. The Oral*

*Tradition and Its Influence in the Greek and Roman World*, Leiden etc. 1999, 95–113.

- Kullmann 1999a W. Kullmann, «Homer und Kleinasien», en: J. N. Kazazis/A. Rengakos (eds.), *Euphrosyne. Studies in Ancient Epic and Its Legacy in Honor of Dimitris N. Maronitis*, Stuttgart 1999, 189–201.
- Latacz 1979 J. Latacz, *Homer. Tradition und Neuerung*, Darmstadt 1979 (Wege der Forschung, volumen 463).
- Latacz 1988 J. Latacz, «Neues von Troja», en: *Gymnasium* 95, 1988, 385–413.
- Latacz 1991 J. Latacz (ed.), *Zweihundert Jahre Homer-Forschung. Rückblick und Ausblick* (Colloquia Raurica, volumen 2), Stuttgart/Leipzig 1991.
- Latacz 1991a J. Latacz, «Hauptfunktionen des antiken Epos in Antike und Moderne», en: *Der altsprachliche Unterricht* 34/3, 1991, 8–17.
- Latacz 1994 J. Latacz, «Between Troy and Homer. The So-Called Dark Ages in Greece», en: *Storia, Poesia e Pensiero nel mondo antico. Studi in onore di Marcello Gigante*, Nápoles 1994, 347–363.
- Latacz 1995 J. Latacz, *Achilleus. Wandlungen eines europäischen Heldenbildes*, Stuttgart/Leipzig 1995, 1997<sup>2</sup>.
- Latacz 1997 J. Latacz. *Homer. Der erste Dichter des Abendlands*, (Munich/Zurich 1985) Düsseldorf/Zurich 1997<sup>3</sup>.
- Latacz 1997a J. Latacz, Artículo «Epischer Zyklus», en: *Der Neue Pauly*, volumen 3, 1997, Sp. 1154–1156.
- Latacz 1997b J. Latacz, «Troia und Homer», en: *Troia. Mythen und Archäologie*, ed. v. H. D. Galter (= Grazer Morgenländische Studien, eds. v. H. D. Galter y B. Scholz, volumen 4), Graz 1997, 1–37.
- Latacz 1998 J. Latacz, «Die griechische Literatur in Text und Darstellung». volumen 1: *Archaische Periode*, Stuttgart (1991) 1998<sup>2</sup>.
- Latacz 1998a J. Latacz, Artículo, «Epos. II. Klassische Antike», en: *Der Neue Pauly*, volumen 4, 1998, 12–22.
- Latacz 2000 J. Latacz (ed.), *Homers Ilias: Gesamtkommentar* (Prolegomena; I 1: Texto y traducción; I 2: Comentarios), Munich/Leipzig 2000.
- Latacz 2002 Frühgriechische «Epik und Lyrik in Ionien», en: *Frühes Ionien* (en prensa).
- Leaf 1915 W. Leaf, *Homer and History*, Londres 1915.
- Lehmann 1985 *Die mykenisch-frühgriechische Welt und der östliche Mittelmeerraum in der Zeit der »Seevölker«-Invasionen um 1200 v. Chr.*, Opladen 1985 (= Rheinisch-Westfälische Akademie der Wissenschaften. Geisteswissenschaften. Vorträge. G 276).
- Lehmann 1991 G. A. Lehmann, «Die „politisch-historischen“ Beziehungen der Ägäis-Welt des 15.–13. Jh.s v.Chr. zu Ägypten und Vorderasien: einige Hinweise», en: *Latacz* 1991, 105–126.
- Lehmann 1996 G. A. Lehmann, «Umbrüche und Zäsuren im östli-

- chen Mittelmeerraum und Vorderasien zur Zeit der "Seevölker"-Invasionen um und nach 1200 v. Chr. Neue Quellenzeugnisse und Befunde», en: *Historische Zeitschrift* 262, 1996, 1–38.
- Lesky 1968 A. Lesky, Artículo, «Homeros», en: *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, volumen complementario XI, Stuttgart 1968, Sp. 687–846.
- Mannsperger 1995 B. Mannsperger, «Die Funktion des Grabens am Schiffslager der Achäer», en: *Studia Troica* 5, 1995, 343–356.
- Meier-Brügger 1992 M. Meier-Brügger, *Griechische Sprachwissenschaft*, 2 Bde., Berlín/Nueva York 1992.
- Meier-Brügger 2000 M. Meier-Brügger, *Indogermanische Sprachwissenschaft*, Berlín 2000<sup>7</sup>.
- Mellink 1986 J. Mellink, «Postscript», en: *Troy/Trojan War*, 93–101.
- Mordtmann 1872 A. D. Mordtmann, «Entzifferung und Erklärung der armenischen Keilschriften von Van und der Umgegend», en: *Zeitschrift der deutschen Morgenländischen Gesellschaft* 26, 1872, 465–696.
- Mountjoy 1993 P. A. Mountjoy, *Mycenaean Pottery. An Introduction*, Oxford 1993.
- Mountjoy 1997 P. A. Mountjoy, «Troia Phase VI<sup>f</sup> and Phase VI<sup>g</sup>: The Mycenaean Pottery», en: *Studia Troica* 7, 1997, 275–294.
- Mountjoy 1998 «The East Aegean-West Anatolian Interface in the Late Bronze Age: Mycenaean and the Kingdom of Ahhiyawa», en: *Anatolian Studies* 48, 1998 [publicado en 2000], 33–67.
- Müller 1930 K. Müller, *Tiryns III. Die Architektur der Burg und des Palastes*, Augsburg 1930.
- Naumann 1971 R. Naumann, *Architektur Kleinasien von ihren Anfängen bis zum Ende der hethitischen Zeit*, Tübingen 1971<sup>2</sup>.
- Neumann 1975 G. Neumann, Artículo, «Makedonia», en: *Der Kleine Pauly*, Munich 1975, Sp. 910–919.
- Neumann 1975a Artículo, «Thrake», en: *Der Kleine Pauly*, Munich 1975, Sp. 777–783.
- Neumann 1992 G. Neumann, «System und Ausbau der hethitischen Hieroglyphenschrift», en: *Nachrichten der Akademie der Wissenschaften in Göttingen* 4/1992, 23–48.
- Neumann 1993 G. Neumann, «Zu den epichorischen Sprachen Kleinasien», en: G. Dobesch/G. Rehrenböck (eds.), *Hundert Jahre Kleinasiatische Kommission der Österreichischen Akademie der Wissenschaften*, Viena 1993, 289–296.
- Neumann 1999 G. Neumann, «Wie haben die Troer im 13. Jahrhundert gesprochen?», en: *Würzburger Jahrbücher für die Altertumswissenschaft* 23, 1999, 15–23.
- Niemeier 1998 W.-D. Niemeier, «The Mycenaeans in Western Anatolia and the Problem of the Origins of the Sea Peoples», en: S. Gitin/A. Mazar/E. Stern (eds.), *Mediterranean Peoples in Transition. Thirteenth to*

- Early Tenth Centuries BCE (Symposium Jerusalem 3.–7. April 1995), Jerusalem 1998, 17–65.
- Niemeier 1999 W.-D. Niemeier, «Mycenaeans and Hittites in War in Western Asia Minor», en: *Aegaeum* 19, 1999, 141–155 (+ Tafel XV).
- Niemeier 2001 W.-D. Niemeier, en: M. Akurgal/M. Kerschner/H. Mommsen/W.-D. Niemeier (eds.), *Töpferzentren der Ostägäis. Archäometrische Untersuchungen zur mykenischen, geometrischen und archaischen Keramik aus Fundorten in Westkleinasien* (3. Ergänzungsheft der Österreichischen Jahreshefte), Viena 2001.
- Niemeier 2002a W.-D. Niemeier, «Milet von den Anfängen bis ans Ende der Bronzezeit», en: *Frühes Ionien* (en imprenta).
- Niemeier 2002b W.-D. Niemeier, «Hethitische Quellen und spätbronzezeitliche Topographie und Geschichte des westlichen Kleinasien», en: *Frühes Ionien* (en imprenta).
- Niese 1873 B. Niese, *Der homerische Schiffskatalog als historische Quelle betrachtet*, Diss. Kiel 1873.
- Nilsson 1967 M. P. Nilsson, *Geschichte der griechischen Religion I*, Munich 1967<sup>3</sup>.
- Olivier 1999 J.-P. Olivier, «Rapport 1991–1995 sur les textes en écriture hiéroglyphique crétoise, en Linéaire A et en Linéaire B», en: *Florent Studia Mycenaea* II, 419–435.
- Otten 1966 H. Otten, «Hethiter, Vurräter und Mitanni», en: *Fischer Weltgeschichte*, volumen 3: Die altorientalischen Reiche II. Das Ende des 2. Jahrtausends, Frankfurt/M. 1966, 102–176.
- Otten 1988 H. Otten, *Die Bronzetafel aus Bogazköy. Ein Staatsvertrag Tutvalijas IV (= Studien zu den Bogazköy-Texten. Beiheft 1)*, Wiesbaden 1988.
- Page 1959 D. Page, *History and the Homeric Iliad*, Berkeley & Los Angeles 1959.
- Parker 1999 V. Parker, «Die Aktivitäten der Mykenäer in der Ost-Ägäis im Lichte der Linear B-Tafeln», en: *Florent Studia Mycenaea* II, 495–502.
- Parry 1928 *L'Épithète traditionnelle dans Homère*, Paris 1928.
- Parry 1971 A. Parry (ed.), *The Making of Homeric Verse. The Collected Papers of M. Parry*, Oxford 1971.
- Peschlow-Bindokat/  
Herbordt 2001 A. Peschlow-Bindokat/S. Herbordt en: *Archäologischer Anzeiger* 2001 (en imprenta).
- Pestalozzi 1945 H. Pestalozzi, *Die Achilleis als Quelle der Ilias*, Diss. Zurich 1945.
- Pfeiffer 1982 R. Pfeiffer, *Die Klassische Philologie von Petrarca bis Mommsen*, Munich 1982.
- Richter 1992 W. Richter, *Heinrich Schliemann. Dokumente seines Lebens*, Leipzig 1992.
- Riemschneider 1954 M. Riemschneider, *Die Welt der Hethiter*, Stuttgart 1954.
- Sakellariou 1958 M. B. Sakellariou, *La migration grecque en Ionie*, Atenas 1958.



- Schachermeyr 1983 F. Schachermeyr, *Die griechische Rückerinnerung im Lichte neuer Forschungen*, Viena 1983.
- Schachermeyr 1986 F. Schachermeyr, *Mykene und das Hethiterreich*, Viena 1986.
- Schliemann 1874 H. Schliemann, *Trojanische Alterthümer. Bericht über die Ausgrabungen in Troja*, Leipzig 1874. Nachdruck mit einem Vorwort von M. Korfmann, Munich/Zurich 1990.
- Schliemann 1884 *Troja. Ergebnisse meiner neuesten Ausgrabungen auf der Baustelle von Troja [...] im Jahre 1882*, Leipzig 1884.
- Schliemann 1891 H. Schliemann, *Bericht über die Ausgrabungen in Troja im Jahre 1890*, Leipzig 1891.
- Siebler 1990 M. Siebler, *Troia – Homer – Schliemann: Mythos und Wahrheit*. Mainz 1990.
- Sommer 1932 F. Sommer, *Die Avvjavá-Urhunden*, Munich 1932.
- Spencer 1995 N. Spencer, «Early Lesbos between East and West: A "Grey Area" of Aegean Archaeology», en: *The Annual of the British School at Athens* 90, 1995, 269–306.
- Sperling 1991 J. Sperling, «The Last Phase of Troy VI and Mycenaean Expansion», en: *Studia Troica* 1, 1991, 155–158.
- Starke 1990 F. Starke, *Untersuchungen zur Stammbildung des heilschrift-luwischen Nomens*, Wiesbaden 1990.
- Starke 1995 F. Starke, *Ausbildung und Training von Streitwagenpferden. Eine hippologisch orientierte Interpretation des Kikkuli-Textes*, Wiesbaden 1995 (= Studien zu den Bogazköy-Texten, 41).
- Starke 1997 F. Starke, «Troia im Kontext des historisch-politischen und sprachlichen Umfeldes Kleinasiens im 2. Jahrtausend», en: *Studia Troica* 7, 1997, 447–487.
- Starke 1998 F. Starke, Artículo, «Vattusa», en: *Der Neue Pauly*, volumen 5, 1998, Sp. 185–198.
- Starke 1998a F. Starke, Artículo, «Hethitisch», en: *Der Neue Pauly*, volumen 5, 1998, Sp. 521–523.
- Starke 1998b F. Starke, Artículo, «Kleinasien, C. Hethitische Nachfolgestaaten», en: *Der Neue Pauly*, volumen 6, 1999, Sp. 518–533.
- Starke 1999 F. Starke, Artículo, «Luwisch», en: *Der Neue Pauly*, volumen 7, 1999, Sp. 528–534.
- Starke 2000 F. Starke, Artículo, «Mira», en: *Der Neue Pauly*, volumen 8, 2000, Sp. 250–255.
- Starke 2001 F. Starke, «Troia im Machtgefüge des 2. Jahrtausends v. Chr.», en: TROIA. Wissenschaftlicher Begleitband zur Troia-Ausstellung 2001/2002, Stuttgart 2001, 34–45.
- Stein-Hölkeskamp 2000 E. Stein-Hölkeskamp, «Die Welten des Homer», en: H.-J. Gehrke/H. Schneider (eds.), *Geschichte der Antike*. Ein Studienbuch, Stuttgart/Weimar 2000, 44–58.
- Stoevesandt 2000 M. Stoevesandt, «Figuren-Index», en: *Latacz 2000* (Prolegomena), 173–207.
- Strabon *The Geography of Strabo*. Con traducción inglesa de

- H. L. Jones, Volúmenes I–VIII, Londres/Nueva York 1917–1932.
- Troy/Trojan War M. J. Mellink (eds), *Troy and the Trojan War. A Symposium held at Bryn Mawr College October 1984*, Bryn Mawr 1986.
- Tsountas/Manatt 1897 C. Tsountas/J. I. Manatt, *The Mycenaean Age*, Londres 1897.
- Vansina 1985 J. Vansina, *Oral Tradition as History*, Londres 1985.
- Ventris/Chadwick 1973 M. Ventris/J. Chadwick, *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge 1956; 2. verbesserte und erweiterte Auflage von J. Chadwick, Cambridge 1973.
- Visser 1997 E. Visser, *Homers Katalog der Schiffe*, Stuttgart/Leipzig 1997.
- Visser 1998 E. Visser, «Formale Typologien im Schiffskatalog der Ilias: Befunde und Konsequenzen», en: H. L. C. Tristram (ed.), *New Methods in the Research of Epic*, Tübingen 1998, 25–44.
- Wachter 2000 R. Wachter, «Grammatik der homerischen Sprache», en: *Latacz 2000* (Prolegomena), 61–108.
- Watkins 1986 C. Watkins, «The Language of the Trojans», en: *Troy/Trojan War* 45–62.
- Webster 1958 T. B. L. Webster, *From Mycenae to Homer*, Londres 1958 (dt.: Von Mykene bis Homer. Anfänge griechischer Literatur und Kunst im Lichte von Linear B, Munich/Viena 1960).
- Weiler 2001 G. Weiler, *Domos Theiou Basileos. Herrschaftsformen und Herrschafts-Architektur in den Siedlungen der Dark Ages*, Munich/Leipzig 2001.
- Weltatlas 1958 *Großer historischer Weltatlas*. Extraído de Bayerischen Schulbuch-Verlag, volumen I. Teil: Vorgeschichte und Altertum, Munich (1953) 1958<sup>3</sup>.
- West 1988 M. L. West, «The Rise of the Greek Epic», en: *Journal of Hellenic Studies* 108, 1988, 151–172.
- West 1997 M. L. West, «Homer's Meter», en: *Companion* 1997, 218–237.
- West 1997a M. L. West, *The East Face of Helicon. West Asiatic Elements in Greek Poetry and Art*, Oxford 1997.
- West 2000 *Homerus. Ilias*. Recensuit Martin L. West, volumen II, München/Leipzig 2000.
- Wilamowitz 1903 U. v. Wilamowitz-Moellendorff, «Apollon», en: *Hermes* 38, 1903, 575–586.
- Willcock 1978–1984 M. M. Willcock, *Homer. Iliad*, edición con introducción y comentarios de M. M. W., Londres 1978–1984 (2 ed.).

## PROCEDENCIA DE LAS ILUSTRACIONES

- P. 12–13 Mapa en las páginas 12-13: Frank Starke/Schober + Reinhard Grafik-Design, Stuttgart
- P. 27 Troia-Projekt der Universität Tübingen/Esling Grafic, Flörsheim-Weilbach
- P. 28, 30, 31 Troia -Projekt der Universität Tübingen
- P. 32 de: Justus Cobet, Heinrich Schliemann, Munich (C. H. Beck) 1997, 75
- P. 56, 58, 59 Troia-Projekt der Universität Tübingen
- P. 60 Christoph Haußner, München
- P. 67, 77, 81 Troia- Projekt der Universität Tübingen
- P. 82 de: Ronald L. Gorny, «The Biconvex seals of Alisar Höyük», en: *Anatolian Studies* 43, 1993, 166
- P. 90 de: Ernst Doblhofer, *Die Entzifferung alter Schriften und Sprachen*, Stuttgart (Reclam) 1993, 192
- P. 100 Frank Starke/ Reinhard Grafik-Design, Stuttgart
- P. 101 de: *Der Neue Pauly*, volumen 5, Stuttgart (Metzler) 1998, Sp. 191/192
- P. 106 de: Margarete Riemschneider, *Die Welt der Hethiter. Große Kulturen der Frühzeit*, essen (Phaidon/ Athenaion) o. J. Tafel 98, 99
- P. 124–125 de: J. Garstang/ O. R. Gurney, *The Geography of the Hittite Empire*, Londres (The British Institute of Archaeology at Ankara) 1959, X
- P. 127 Troia-Projekt der Iniversität Tübingen
- P. 221 de: Alfred Heubeck, Schrift. *Archaeologia Homerica*, volumen III, Cap. X, Göttingen (Vandenhoeck & Ruprecht) 1979, 40
- P. 267, 276–277 Joachim Latacz
- P. 305 de: Edzard Visser, *Homers Katalog der Schiffe*, Stuttgart und Leipzig (Teubner) 1997, 99
- P. 328 de: V. Aravantinos, L. Godart/ A. Sacconi, *Sui nuovi testi del palazzo di Cadmo a Thebe, in Atti della Accademia Nazionales dei Lincei*, Serie IX, Vol. VI, 1995, 812
- P. 335 de: V. Aravantinos, «Mycenaeac Texts and Contexts at Thebes», en: S. Deger-Jalkotzy / St. Hiller / O. Panagl (eds.), *Floerant Studia Mycenaea*, volumen I, Viena (Verlag der Österreichischen Akad. der Wissenschaften) 1999, 55

## ÍNDICE

Tomar en serio a Homero .....	7
Proemio .....	15
Introducción .....	19

### PRIMERA PARTE

## TROYA

La antigua situación de las fuentes: nada auténtico .....	37
El problema básico: ¿Hisarlik se llamó realmente, alguna vez, Troya/ILios? .....	40
Estaciones de una búsqueda: ¿Cómo se llamaba Hisarlik en la Edad de Bronce? .....	44
LA NUEVA MIRADA HACIA ORIENTE .....	44
SE DESCUBRE EL BARRIO BAJO DE TROYA .....	46
Conjeturas .....	46
Descubrimientos .....	47

<i>Bajo Ilion está Troya VI</i> . . . . .	47
<i>¿La muralla?</i> . . . . .	49
<i>Primeras consecuencias</i> . . . . .	50
<i>El foso</i> . . . . .	51
<i>La puerta de la ciudad</i> . . . . .	54
<i>La muralla</i> . . . . .	58
<i>El segundo foso</i> . . . . .	61
<i>La puerta occidental y la calzada carretil</i> . . . . .	64
El resultado: Troya VI/VIIa es una ciudad	
anatolia comercial y residencial . . . . .	66
<i>Ciudad residencial</i> . . . . .	66
<i>Ciudad comercial</i> . . . . .	70
APARECE UN DOCUMENTO ESCRITO . . . . .	80
El idioma del sello: luvio . . . . .	84
Contenido del sello: ¡un escriba en Troya! . . . . .	106
La zona de distribución del sello luvio . . . . .	108
Troya, ¿una ciudad residencial de los hititas? . . . . .	110
«ILIOS» Y «TROYA»: AMBOS NOMBRES SE REHABILITAN . . . . .	112
«Ilios» es «Wilusa» . . . . .	115
¿Es «Troya» = «Taruwisa»/«Tru(w)isa»? . . . . .	138
Conclusiones:Troya y el Imperio Hitita . . . . .	150
EL TRATADO ALAKSANDU . . . . .	152
La parte contraria:«Aqueos» y «Dánaos»,	
se rehabilitan dos nombres más . . . . .	173
«ACHAI(W)IA» Y «ACHIJAWA» . . . . .	175
«DANAOL» Y «DANAJA» . . . . .	184
CONCLUSIONES . . . . .	191
El resultado: El escenario de la acción	
de Homero es histórico . . . . .	195

Estado básico de la cuestión .....	203
La <i>Iliada</i> de Homero y la historia de Troya .....	216
LA HISTORIA DE TROYA, ¿UN PRODUCTO	
DE LA FANTASÍA DE HOMERO? .....	216
SCHLIEMANN DESCUBRE EL LUGAR DE LA ACCIÓN:	
TROYA Y MICENAS .....	217
NUEVOS DESCUBRIMIENTOS .....	218
Se descifra la «Lineal B» .....	218
Los micénicos eran griegos .....	222
La historia de Troya es anterior a Homero .....	223
Resultado parcial: No hay ruptura de lenguaje	
ni étnica entre los micénicos y Homero .....	230
¿TIENE LA HISTORIA DE TROYA UN TRASFONDO	
HISTÓRICO? CONTROVERSIAS Y POSIBILIDADES .....	232
LA NUEVA SITUACIÓN DESDE 1996 .....	233
Piedras, documentos y el poema <i>Iliada</i> .....	234
¿Qué puede enseñar la <i>Iliada</i> sobre Troya? .....	238
Dos imágenes de Troya: los hititas y Homero .....	241
<i>La imagen de Troya de la arqueología</i>	
<i>y de los documentos hititas</i> .....	241
<i>La imagen de Troya y la acción de Troya</i>	
<i>en Homero</i> .....	242
UN TRASFONDO HISTÓRICO DE LA HISTORIA DE TROYA	
ES PROBABLE. INDICIOS DE LA PROPIA <i>ILÍADA</i> .....	252
La historia de Troya es sólo bastidor para la <i>Iliada</i> .....	252
La historia de Troya le es familiar al público	
de la <i>Iliada</i> .....	258

El centro de la <i>Ilíada</i> no es la historia de Troya, sino la de Aquiles . . . . .	265
La historia de Troya sólo es marco de acción para la <i>Ilíada</i> . . . . .	269
La <i>Ilíada</i> memora la historia de Troya manifiesta y claramente . . . . .	273
CONCLUSIONES: LA ILÍADA DE HOMERO ES SÓLO UNA FUENTE SECUNDARIA PARA LA HISTORIA DE TROYA . .	281
La historia de Troya fuera de Homero . . . . .	283
LA FORMA BOSQUEJADA DE LA HISTORIA DE TROYA . . . .	283
LA HISTORIA DE TROYA A LA LUZ DE LAS FUENTES EXTRAHOMÉRICAS . . . . .	286
¿Cuándo se ideó la historia de Troya? . . . . .	292
LOS NOMBRES DE LOS ATACANTES Y DE LA CIUDAD ATACADA SON MICÉNICOS . . . . .	296
EL MUNDO DE LOS ATACANTES ES MICÉNICO . . . . .	300
El «catálogo de naves» . . . . .	300
<i>El estado de la cuestión</i> . . . . .	300
<i>Probabilidades hasta ahora</i> . . . . .	313
<i>Nueva seguridad: a Lineal B de Tebas</i> <i>de los años noventa</i> . . . . .	326
RESULTADO: LA HISTORIA DE TROYA SE IDEÓ EN LA ÉPOCA MICÉNICA . . . . .	336
¿Cómo llegó la historia de Troya hasta Homero? . .	340
LA POESÍA RAPSÓDICA ORAL DE LOS GRIEGOS . . . . .	343
LA POESÍA RAPSÓDICA ORAL DE LOS GRIEGOS ES MICÉNICA . . . . .	352
(W)ILIOS EN LA POESÍA RAPSÓDICA GRIEGA . . . . .	362
EL PÚBLICO DE LA POESÍA RAPSÓDICA . . . . .	371

Historia e historia de Troya . . . . .	375
El resultado: una guerra de Troya es probable . . . .	381
Notas . . . . .	387
Bibliografía . . . . .	409
Procedencia de las ilustraciones . . . . .	421